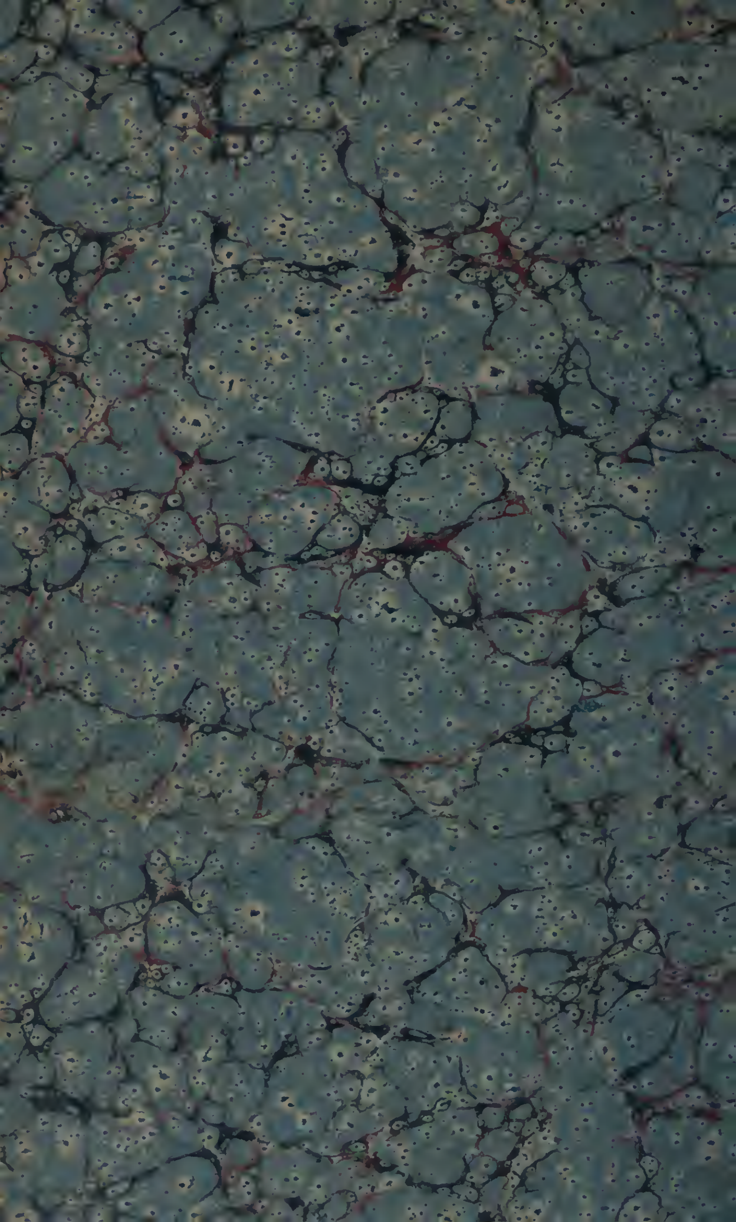
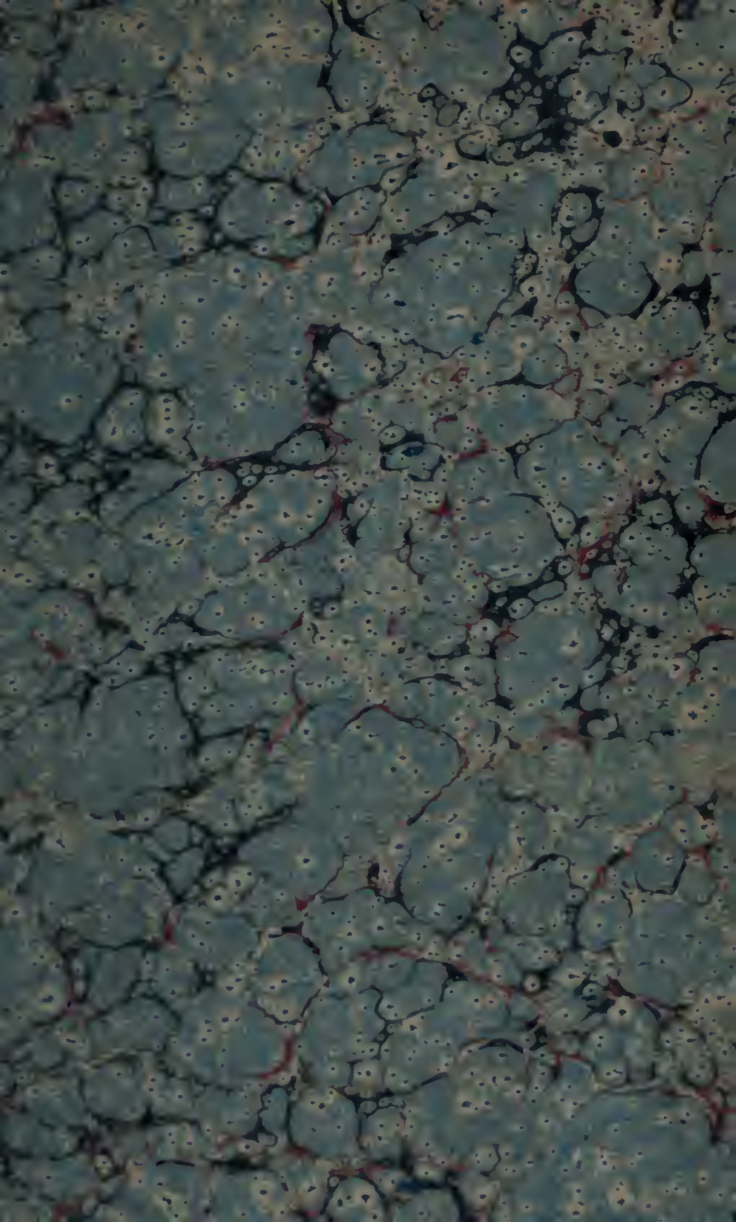






TESORO

DE

AUTORES ILUSTRES.

TOMO LXVI.

AMADIS DE GAULA.

IV.

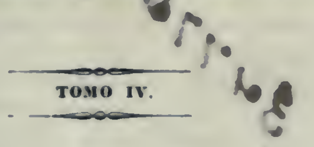
AMADIS DE GAULA.

HISTORIA

DE ESTE INVENCIBLE CABALLERO,

EN LA CUAL SE TRATAN

SUS ALTOS HECHOS DE ARMAS Y CABALLERÍAS.



TOMO IV.



BARCELONA.
POR D. JUAN OLIVERES, IMPRESOR DE S M.,
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 10.

1848.

CONTINUACION DEL LIBRO IV.

CAPITULO XIV.

De la carta que la infanta Oriana envió á la Reina su madre desde la ínsula Firme donde estaba.

« Muy poderosa reina Brisena, mi señora madre, yo la « triste y desdichada Oriana vuestra hija, con mucha hu- « mildad mando besar vuestros pies y manos. Mi buena se- « ñora, ya sabeis como mi adversa fortuna, queriéndome « ser mas contraria y enemiga que á ninguna mujer de las « que fueron ni serán, no lo mereciendo yo, dió causa á « que de vuestra presencia y reino desterrada fuese con « toda crueza del Rey mi señor y mi padre; y con tanto dolor « y angustia de mi triste corazon, que yo misma me ma- « ravillo como un solo dia la vida puedo sostener; pues no « contenta mi gran desventura con lo primero, veyendo « como antes á la cruel muerte que á contradecir el man- « damiento del Rey mi padre con la obediencia que con « razon ó sin ella le debo estaba dispuesta á la cumplir, « quiso darme el remedio muy mas cruel para mí que la « pasion y triste vida que en lo primero tener esperaba; « porque en fenecer yo sola fenecia una triste doncella, « que segun sus grandes fortunas, mucho mas convenien- « te y apacible la muerte le fuera que la vida. Mas de lo « que agora se espera, si despues de Dios, vos, señora, ha- « biendo piedad de mí, no procurais el remedio, no solamen- « te yo, mas otras muchas gentes que culpa no tienen, « con muy crueles y amargas muertes fenecerán sus vidas

« muy crudamente: Y la causa dello es, que ó por permi-
« sion de Dios, que sabe la gran sinrazon y agravio que se
« me hace, ó porque mi fortuna, como dicho tengo, lo ha que-
« rido, los caballeros que en la ínsula Firme se hallaron
« desbarataron la flota de los romanos con grandes muer-
« tes y prisiones de los que defender se quisieron : yo fuí
« tomada con todas mis dueñas y doncellas, y llevada á la
« mesma ínsula, donde con tanta reverencia y honestidad
« como si en vuestra real casa estuviese me tienen y soy
« tratada. Y porque ellos envian al Rey mi señor y mi pa-
« dre ciertos caballeros con intencion de paz, si en lo que
« á mi toca algun medio se diese, acordé de antes que ellos
« allá llegasen escribir esta carta, por la cual y por las
« muchas lágrimasque con ella se derramaron y sin ella
« se derraman, suplico yo á vuestra gran nobleza y virtud
« ruegue al Rey mi padre haya mancilla y compasion, dan-
« do mas larga al servicio de Dios que á la gloria y honra
« perecedera deste mundo, y no quiera poner en condicion
« el gran estado en que la noble fortuna con mucho favor
« le ha puesto. Pues que mejor él que otro alguno sabe la
« gran fuerza y sinjusticia que, sin lo yo merecer, se me
« hizo. » Acabada la carta de leerla Reina, le mandó á Durin que sin respuesta no se partiese, porque convenia ante hablar al Rey; y él dijo que así lo haria como lo mandaba, y díjole como todas las infantas, dueñas y doncellas que con su señora quedaban le besaban las manos. La Reina envió á rogar al Rey que sin otro alguno se viniese á su cámara porque le queria hablar, y asílo hizo; y como en la cámara solos quedaron, hincó la Reina los hinojos delante dél llorando y díjole : Señor, leed esta carta, que vuestra hija Oriana me ha enviado, y habed piedad della y de mí. El Rey la levantó por las manos, y tomó la carta y leyóla, y por darle algun contentamiento le dijo : Reina, pues que Oriana escribe aquí aquellos caballeros envian á mí, podrá ser tal la embajada que ella satisfaga la mengua recibida; y si tal no fuere, haed por bien mejor

que con algun peligro sea sostenida mi honra, que sin él sea menoscabada mi fama. Y rogándola mucho que remitiéndolo todo á Dios, en cuya mano y voluntad estaba, se dejase de tomar mas congojas; y con esto se partió della y se tornó á su palacio. La Reina mandó llamar á Durin. Vete, y di á mi hija que esos caballeros vengan como por su carta escribe y se sepa la embajada que traen, que no hay que la pueda responder, ni el Rey su padre se sabe determinar; y que venidos, si camino de concordia se pudiese hallar, que con todas mis fuerzas lo procuraré, y salúdamela mucho y á todas sus doncellas, y dile que agora es tiempo en que se debe mostrar quién es. Lo principal en su fama, que sin esto ninguna cosa que de preciar y estimar fuese le quedaria; y lo otro en sufrir las angustias y pasiones como persona de tan alto linaje; que así como Dios los estados y grandes señoríos á las personas da, así sus angustias y cuidados son muy diferentes en grandeza de los de las otras mas bajas personas, y que la encomiendo yo á Dios que la traya con mucha honra á mi poder. Durin le besó las manos y se tornó por su camino, del cual no se dirá mas, porque en este viaje no llevó concierto alguno, ni Oriana con la respuesta de su madre quedó con la esperanza que deseaba. La historia dice que el rey Lisuarte, estando un dia despues de haber oido misa en su palacio con sus ricos hombres, queriendo comer, que entró por la puerta un escudero y le dió una carta, la cual era de creencia, y el Rey la tomó, y leyéndola le dijo: Amigo, ¿qué es lo que quereis y cuyo sois? Señor, dijo él yo soy don Cuadragante de Irlanda que vengo á vos con mandato. Pues decid lo que quereis, dijo el Rey, que de grado os oiré. El escudero dijo: Señor, don Cuadragante y don Brian de Monjaste son llegados de la ínsula Firme en vuestro reino con mandato de Amadis de Gaula y de los príncipes y caballeros que con él estan; y antes que en vuestra corte entrasen quisieron que lo supiésedes, porque si ante vos pueden venir seguros, deciros han su embajada,

y si no publicarlo han por muchas partes y volverse han donde vinieron. Por tanto, señor, respondedme lo que vos placerá, porque no se detengan. Oido esto por el Rey estuvo un poco sin nada responder, lo cual todo gran señor debe hacer por dar lugar al pensamiento; si considerando que de las embajadas de los contrarios siempre se sigue mas provecho que otro inconveniente alguno, porque si lo que traen es su servicio tómalo, y si al contrario, le quedan grandes avisos. Y porque parece poco sufrimiento rehusar de no oir á los semejantes, dijo al escudero: Amigo, decid á esos caballeros que con toda seguridad mientras en mi reino estuvieren pueden venir á mi corte, y que yo les oiré todo lo que decir me querrán. Con esto se tornó el mensajero, y sabida la respuesta del Rey salieron de la nao don Cuadragante y don Brian de Monjaste armados de muy ricas armas, y al tercero dia llegaron á la villa cuando el Rey acababa de comer. Y como iban por las calles mucho los miraban todos, que muy bien los conocian, y se decian unos á otros. Malditos sean los traidores que con sus mezclas falsas hicieron perder tales caballeros y otros, muchos de gran valor á nuestro señor el Rey. Pero otros que mas sabian de como habia pasado, toda la culpa cargaban al Rey, que quiso sojuzgar su discrecion á hombres escandalosos y envidiosos. Así fueron por la villa hasta que llegaron al palacio, y entrados en el patio descabalgaron de sus caballos, y entraron donde el Rey estaba, y saludáronlo con mucha cortesía; y él los recibió con muy buen talante, y don Cuadragante le dijo: A los grandes príncipes conviene oir los mensajeros que á ellos vienen quitada y apartada de el toda pasion; porque si la embajada que les traen les contenta, mucho alegres deben ser haberla graciosamente recibido; y si al contrario, mas con fuertes ánimos y recios corazones deben poner el remedio que con respuestas desabridas; y á los embajadores se requiere decir honestamente lo que les es encomendado, sin temer ningun peligro que dello les pueda venir. La causa

de nuestra venida á vos, rey Lisuarte, es por mandato y ruego de Amadis de Gaula y de otros muchos grandes caballeros que juntos en la ínsula Firme quedan, los cuales vos hacen saber como andando las tierras extrañas buscando las aventuras peligrosas, tomando las justas y castigando las contrarias, así como la grandeza de su virtud y fuertes corazones requieren, supieron de muchos como ,vos, por seguir voluntad que razon y justicia, no curando de los grandes amonestamientos de los grandes de vuestros reinos, ni de las muchas lágrimas de la gente mas baja, ni habiendo memoria de lo que á Dios de buena conciencia se debe, quisisteis desheredar á vuestra hija Oriana, heredera destos vuestros reinos despues de vuestra vida, por heredar otra vuestra hija menor, la cual con muchos dolores y llantos muy doloridos, sin ninguna piedad entregastes á los romanos dándola por mujer el Emperador de roma contra todo derecho y fuera de voluntad, así suya, como de todos vuestros naturales; y como estas tales cosas sean muy señaladas ante Dios, y él sea el remediador dellas, quiso permitir, que sabido por nosotros, pusiésemos remedio en cosa que tan gran agravio se hacia contra su servicio, y así se hizo, no con voluntad ni intencion de injuria, mas de quitar tan gran fuerza á desaguisado, de la cual sin gran vergüenza nuestra no nos podríamos partir, que vencidos los romanos que la llevaban fue por nosotros tomado y llevada con gran acatamiento y reverencia como á su estado real convenia á la ínsula Firme, donde acompañada de muchas nobles señoras y grandes caballeros la dejamos, y porque nuestra intencion no fue sino servir á Dios y mantener derecho, aquellos señores y grandes caballeros acuerdan de vos requerir, que, en lo que aquella noble infante toca querais dar algun medio como cesando el grande agravio y tan conocida fuerza, sea restituida en vuestro amor con aquellas firmezas que á la verdad y buena conciencia se requieren dar; y si por ventura vos, Rey, algun sentimiento de nosotros teneis, quede para su tiempo, porque

no seria razon que lo cierto de aquella princesa con lo dudoso de nosotros se mezclase. El Rey, despues que don Cuadragante hubo acabado su razon, respondió en esta guisa. Caballeros, porque las demasiadas palabras y duras respuestas no acarrean virtud, ni de los corazones flacos hacen fuertes, será mi respuesta breve, y con mas paciencia que vuestra demanda merece. Vosotros habeis cumplido aquello que segun vuestro juicio mas vuestras honras satisface, con mas sobrada soberbia que con demasiado esfuerzo, porque no á gran gloria se debe contar saltear y vencer á los que sin ningun recelo y con toda seguridad caminan, no teniendo en las memorias como yo, siendo lugar teniente de Dios, á él y no á otro ninguno soy obligado de dar cuenta de lo que por mí fuere hecho. Cuando la enmienda desto tomada fuere, se podrá hablar en el medio que vos se pide, y porque lo demás será sin ningun fructo no es menester replicacion. Don Brian de Monjaste le dijo: Ni á nosotros otra cosa conviene, sino que sabida vuestra voluntad, y la cuenta que de lo pasado á Dios debemos, ponga cada una de las partes en ejecucion aquello que mas su honra cumple. Y despedidos del Rey cabalgaron en sus caballos, y salieron del palacio, y don Grumedan con ellos, á quien el Rey mandó que los aguardase hasta que de la villa saliesen. Cuando don Grumedan se vió con ellos fuera de la presencia del Rey, díjoles: Mis buenos señores, mucho me pesa de lo que veo, porque yo conociendo la gran discrecion del Rey y la nobleza de Amadis, y de todos vosotros, y los grandes amigos que acá teníades, mucha esperanza tenia que este enojo habria algun buen fin: paréceme que siendo todo al contrario, agora mas que nunca dañado lo veo, hasta que á nuestro Señor plega poner en ello aquella concordia que menester es; porque tanto vos ruego que me digais como se halló en la ínsula Firme Amadis en tal tiempo, que mucho ha que dél no se supieron nuevas ningunas, aunque muchos de sus amigos lo han buscado con grandes afanes por tierras

extrañas. Don Brian de Monjaste le dijo: Mi señor don Grumedan, en lo que decis del Rey y de nosotros no será menester á vos que tan sabido lo teneis daros la cuenta muy larga, sino que conocida está la gran fuerza que el Rey á su hija hizo, y la razon que á nosotros nos obliga de la quitar; y ciertamente, dejando su enojo y el nuestro aparte, placer hubiéramos que algun medio se tomara en lo que á él y á la infanta Oriana toca; mas pues que todavía con mucho rigor le place proceder contra nosotros, mas que con justa causa, él verá que la salida dello le será mas trabajosa que la entrada le parece. Y á lo que, mi buen señor, preguntais de Amadis, sabréis que era aquel que en esta corte fue llamado el caballero Griego, y llevó consigo aquella dueña por quien los romanos fueron vencidos y la corona ganada de las doncellas. ¡Santa María, valme! dijo don Grumedan, ¿es verdad que aquel caballero Griego que aquí vino era Amadis? Verdad sin duda ninguna es, dijo don Brian. Agora vos digo yo, dijo don Grumedan, que me tengo por hombre de mal conocimiento, que bien debiera yo pensar que caballero que tales extrañezas hacia en armas sobre todos los otros, que no debiera ser sino él. Agora vos pregunto: ¿los dos caballeros que aquí dejó que me ayudasen en la batalla que aplazada tenia con los romanos quién eran? Don Brian le dijo riendo: Vuestros amigos Angriote de Estrabaus y don Bruneo de Bonamar. A Dios merced, dijo él, que si yo los conociera no temiera tanto mi batalla como la temia, y agora conozco que gané en ella muy poca prez, pues que con tales ayudadores no tuviera en mucho vencer á dos tantos de los que fueron. Si Dios me valga, dijo don Cuadragante, yo creo que si por vuestro corazon se juzgase, vos solo bastábades para ellos. Señor, dijo don Grumedan, cualquier que yo sea, soy mucho en el amor y voluntad de vosotros, y si á Dios pluguiese de dar algun cabo bueno en esto sobre que venís. Así fueron hablando hasta salir de la villa y una pieza mas adelante; y queriendo don Grumedan despedirse dellos,

vieron venir á Esplandian, el hermoso doncel, de caza, y Ambor, hijo de Angriote de Estrabaus, con él; y él traia un gavilan, y cabalgando en palafren muy hermoso y ricamente guarnido que la reina Brisena le habia dado, y vestido de ricos paños, que así por su hermosura tan estremada como lo que dél Urganda la Desconocida habia escrito al rey Lisuarte, como en la tercera parte desta historia mas largo lo cuenta, el Rey y la Reina le mandaban dar cumplidamente lo que menester habia; y cuando llegó donde ellos estaban, saludólos, y ellos á él. Don Brian de Monjaste preguntó á don Grumedan quién era aquel tan hermoso doncel, y él le dijo: Mi señor, este se llama Esplandian, y fue criado por gran aventura, y muy grandes cosas escribió Urganda al Rey de lo que él será. Válame Dios, dijo don Cuadragante, mucho hemos allá en la ínsula Firme oido decir este doncel, y bien será que lo llameis y oirémos lo que dice. Entonces don Grumedan lo llamó, que ya era pasado, y dijo: Buen doncel, tornad y enviaréis encomienda al caballero Griego que con vos de tanta cortesía usó en daros los romanos que para matar tenia. Entonces Esplandian se tornó y dijo: Mi señor, mucho alegre seria en saber de aquel tan noble caballero, donde se las pudiese enviar como vos mandais y él lo merece. Estos caballeros van donde él está, dijo don Grumedan. Díceos verdad, dijo don Cuadragante, que nosotros llevarémos vuestro mandado al que se llama el caballero Griego, y agora se llama Amadis. Cuando Esplandian esto oyó, dijo: ¡Como! señores, ¿es este Amadis de quien todos tan altamente hablan de sus grandes caballerías y tan extremado es entre todos? Sí, sin falta, dijo don Cuadragante, este es. Yo os digo, dijo Esplandian, que en mucho se debe tener su gran valor, pues tan señalado es entre tantos buenos; y si la envidia que dél se tiene pone osadía á muchos de se hacer sus iguales, pues no menos debe ser loado por su gran mesura y cortesía, que aunque yo le tomé con gran ira y saña, no dejó por eso de me hacer gran honra, que

me dió aquellos caballeros que vencidos tenia y de quien gran enojo habia recibido, lo cual mucho le agradezco; y plega á Dios de me llegar á tiempo que con tanta honra como él lo hizo con otra tal se lo pueda pagar. Mucho fueron contentos todos aquellos caballeros de lo que oyeron decir, y por extraña cosa tenian su gran hermosura; y lo cual dél les habia dicho don Grumedan, y sobre todo la gracia y discrecion con que con ellos hablaba; y don Brian de Monjaste le dijo: Buen doncel, Dios vos haga hombre bueno, así como vos hizo hermoso. Muchas mercedes, dijo él, por lo que me decís, mas si algun bien me tiene guardado; agora lo quisiera para poder servir al Rey mi señor que tanto ha menester el servicio de los suyos; y señores, adios quedeis encomendados, que ha gran pieza que de la villa salí; y don Grumedan se despidió dellos, y se fue con él, y ellos se fueron á entrar en su nave para se tornar á la ínsula Firme. Mas agora deja la historia de hablar dellos, y torna al rey Lisuarte.

CAPITULO XV.

De como el rey Lisuarse demandó consejo al rey Arban de Norgales, y á don Grumedan, y á Guilan el Cuidador, y lo que le respondieron.

Despues que aquellos caballeros del rey Lisuarte se partieron, mandó llamar al rey Arban de Norgales, á don Grumedan y á Guilan el Cuidador, y díjoles: Amigos, ya sabeis en lo que estoy puesto con estos caballeros de la ínsula Firme, y la gran mengua que de ellos he recibido; y ciertamente, si yo no tomase la enmienda de manera que aquel orgullo que tienen sea quebrantado, no me ternia por rey, ni pensaria que por tal ninguno me tuviese; y por dar aquella cuenta de mí que los cuerdos deben dar, que

es hacer sus cosas con gran consejo y mucha deliberacion, quiero que como os hube dicho me digais vuestro parecer, porque sobre ello yo tome lo que mas á mi servicio cumple. El rey Arban, que era buen caballero y muy cuerdo, y que mucho deseaba la honra del Rey, le dijo: Señor, estos caballeros y yo hemos mucho pensado y hablado como nos lo mandastes por vos dar el mejor consejo que nuestros juicios alcanzaren; y fallamos, que pues vuestra voluntad es de no venir en ninguna concordia con aquellos caballeros, que con mucha diligencia y gran discrecion se debe buscar el aparejo para que sean apremiados y su locura refrenada; que nosotros, señor, de una parte vemos que los caballeros que en la ínsula Firme estan son muchos y muy poderosos en armas, como vos lo sabeis, que ya por la bondad de Dios todos ellos fueron mucho tiempo en vuestro servicio; y demas de lo que ellos pueden y valen, certificados somos que han enviado á muchas partes por grandes ayudas, las cuales creemos que hallarán, porque son de gran linaje, así como hijos y hermanos de reyes, y de otros grandes hombres, y por sus personas ha ganando otros muchos amigos; y cuando así vienen gentes de muchas partes prestamente se allega gran hueste; y de la otra parte, señor, vemos vuestra casa y corte muy despojada de caballeros, mas que en ningun tiempo que en la memoria tengamos, y la grandeza de vuestro estado ha traido en vos poner en muchas enemistades que agora mostrarán las malas voluntades que contra vos tienen, que muchas dolencias destas acostumbran á descubrir las necesidades que con las bonanzas estan suspensas y calladas, y así por estas causas, como por otras muchas que decir se podrian, seria bien que vuestros servidores y amigos sean requeridos, y se sepa lo que en ello teneis; en especial al Emperador de Roma, á quien ya mas que á vos toca esto, como la Reina vos dijo; y visto el poder que se vos apareja, así, señor, podréis tomar el rigor ó el partido que se nos ofrece. El Rey se tuvo

por bien aconsejado, y dijo que así lo queria hacer, y mandó á don Guilan que él tomase cargo de ser el mensajero para el Emperador, que á tal caballero como él convenia tal embajada; y él le respondió: Señor, para eso y para mucho mas está mi voluntad presta á vos servir; y á Dios plega por la su merced que así como lo yo deseo se cumpla, en acrecentamiento de vuestra honra y gran estado, y el despacho sea presto, que vuestro mandamiento será puesto en ejecucion. El rey le dijo: Con vos no será menester sino creencia, y esta es que digais al Emperador como él de su voluntad me envió á Salustanquidio y á Brondajel de Roca, su mayordomo mayor, con otros asaz caballeros que con ellos vinieron á demandar á mi hija Oriana para se casar con ella; que yo por le contentar y le tomar en mi deudo, contra la voluntad de todos mis naturales, teniendo á esta por señora despues de mis dias, me dispuse á se la enviar, como quiera que con mucha piedad mia, y mucho dolor y angustia de su madre, por la ver apartar de nosotros en tierras tan extrañas; y que recibida por los suyos con sus dueñas y doncellas, y entrados en la mar fuera de los términos de mis reinos, que Amadis de Gaula, con otros caballeros sus amigos, salieron con otra flota de la ínsula Firme, y que desbaratados los suyos y muerto Salustanquidio, fué tomada por ellos mi hija con todos los que vivos quedaron, y llevada á la mesma ínsula, donde la tienen, y que han enviado sus mensajeros por los cuales me profieren algunos partidos; pero yo, conociendo que á él mas que á mí toca este negocio, no he querido venir con ellos en ninguna contratacion, hasta le hacer sabidor que sepa que con lo que yo mas satisfecho seria, es que allí donde ellos la tienen por nosotros cercados fuesen, de tal suerte que diésemos á todo el mundo á conocer, que ellos como ladrones y salteadores, y nosotros como grandes principes habiamos castigado este insulto tan grande que tanto nos toca. Y vos decid en caso lo que os pareciere allende desto, y si en esto

acuerda que se ponga luego en ejecucion, porque las injurias siempre crecen con la dilacion de la enmienda que dellas se debe tomar. Don Guilan le dijo: Señor, todo se hará como lo mandais, y á Dios plega que mi viaje haya aquel efecto que en mi voluntad está de vos servir; y tomando una carta por dó creido fuese, se partió á entrar en la mar, y lo que hizo la historia lo contará adelante. Esto hecho, mandó el Rey llamar á Brandoibas, y mandó que fuese á la ínsula de Mongaza á don Galbanes, que luego con toda la gente de la ínsula para él se viniese, y dende se pasasen en Irlanda al rey Cildadan y le dijese otro tanto, y trabajase con él como con el aparejo de guerra mayor que haber pudiese viniese á él donde supiese que estaba; y así mesmo mandó á Filispinel que fuese á Gasquilan, rey de Suesa, y le dijese en lo que estaba; pues que era caballero tan famoso y tanto le agradaba y procuraba hazañas, que agora ternia tiempo de mostrar la virtud y ardimiento de su corazon; y así envió á otros muchos sus amigos y aliados y servidores, y á todo su reino que estuviesen apercibidos para cuando estos mensajeros tornasen; y mandó buscar muchos caballos y armas por todas partes para hacer la mas gente de caballo que pudiese. Mas agora dejarémos esto que no se dirá mas hasta su tiempo, por decir lo que Arcalaus el encantador en sus castillos, esperando siempre de hacer algun mal, como él y todos los malos de costumbre lo tienen siempre, llególe esta nueva de la discordia y gran rotura que entre el rey Lisuarte y Amadis estaba, y si dello hubo placer no es de contar, porque estos eran los dos hombres del mundo á quien el mas desamaba, y nunca de su pensamiento ni cuidado se partia en pensar como seria causa de su destruccion; y pensó qué podria hacer en tal coyuntura como esta en que dañar les pudiese, que su corazon no se podia otorgar de ser en ayuda de ninguno dellos; y como en todas las maldades era muy sotil, acordó de trabajar en que se juntase otra tercera hueste, así de los enemigos

del rey Lisuarte como de Amadis, y ponerla en tal parte, que si la batalla viesen que muy ligeramente los de su parte pudiesen vencer y destruir los que quedasen; y con este deseo y pensamiento, cabalgó en su caballo, tomando consigo los servidores que menester habia, y fuese por sus jornadas así por tierra como por la mar al rey Arábigo, que tan mal trecho allí habia quedado de la batalla que él y los otros seis reyes sus compañeros hubieron con el rey Lisuarte, como lo cuenta la parte tercera desta historia, del gran daño y mengua que en ella de Amadis y de su linaje habian recibido; y como á él llegó le dijo: ¡Oh rey Arábigo! si aquel corazon y esfuerzo que á la grandeza de tu real estado se requiere tener tienes, y aquella discrecion con que gobernar lo debes, aquella contraria fortuna que el tiempo pasado te fué tan enemiga, con mucho arrepentimiento dello te quiere dar la enmienda tal, que con doblada victoria el gran menoscabo de tu honra sea satisfecho, lo cual si sabido eres, conocerás ser en tu mano el remedio dello. Tu Rey, sabrás como estando yo en mis castillos con gran cuidado de pensar en tu pérdida y buscar como reparada fuese, porque del acrecentamiento de tu real estado ocurre á mí como á servidor tuyo muy grandísimo provecho, supe por nueva muy cierta como tus grandes enemigos y los mios, el rey Lisuarte y Amadis de Gaula, son en todo el extremo de rotura el uno contra el otro, y sobre causa de tal calidad, que ningun medio ni remedio se espera, ni puede haber sino gran batalla y destruccion del uno dellos, ó por ventura de entrambos; y si mi consejo quisiéredes, tomar es cierto que no solamente será remedio de la pérdida pasada, mas con muchos señoríos tus estados aumentados serán y los de aquellos que tu servicio queremos. El rey Arábigo cuando esto le oyó y vió á Arcalaus llegar de tan luengas tierras y con tanta priesa, dijo: Amigo Arcalaus, la grandeza del camino y la fatiga de vuestra persona me dan causa á que vuestra venida en mucho tenga y creer todo aquello que me dijéredes, y

quiero que por extenso me sea declarado esto que me decís, porque mi voluntad nunca por tiempo adverso dejará de seguir lo que á la grandeza de mi persona conviene. Entonces Arcalaus le dijo: Sabrás, Rey, que el Emperador de Roma, queriendo tomar mujer, envió al rey Lisuarte que le diese á su hija Oriana; el cual usando su grandeza, aunque esta infanta es su derecha heredera de la Gran Bretaña, se dispuso á se la dar, y entrególa á un primo cormano del mismo Emperador, llamado Salustanquidio, príncipe muy poderoso, y llevándola con gran compaña de romanos por la mar, salió á ellos Amadis de Gaula con muchos caballeros sus amigos, y muerto este príncipe y destruida toda su flota, y presos y muertos muchos de los que en ella fallaron, fue robada y tomada Oriana, y llevada á la ínsula Firme donde la tienen. La mengua que desto viene al rey Lisuarte y al Emperador ya lo puedes conocer; y quiero que sepas que este Amadis de quien te hablo es uno de los caballeros de las armas de las sierpes que contra tí fueron, y contra los seis reyes que contigo estuvieron en la gran batalla que con el rey Lisuarte hubiste, y este era el que el yelmo dorado traia, que por virtud de su alta proeza y gran esfuerzo la victoria de las tus manos fué quitada. Así que por esto que te digo, el rey Lisuarte de un cabo y Amadis de otro llaman la mas gente que pueden, donde con razon se debe y puede juzgar que el mesmo Emperador, por vengar tan gran lástima de su corazon y mengua de su honra, verná en persona; pues de aquí puedes juzgar, habiendo batalla, que daño della les puede ocurrir; y si tú quieres llamar tus compañas, yo te daré por ayudador á Barsinan, señor de Sansueña, hijo del otro Barsinan que el rey Lisuarte hizo quemar en Londres; y darte he mas á todo el gran linaje de Dardan el Soberbio, que Amadis en Vindilisora mató, que será gran compaña de muy buenos caballeros; y así mesmo haré venir al Rey de la Profunda Insula que contigo escapó de la batalla; y con toda esta gente nos podrémos poner en tal parte don-

de por mí serán guiados, que dada la batalla por ellos, así á los vencidos como á los vencedores llevarán muy seguramente en las manos sin ningun peligro de tus gentes; pues ¿qué puede de aquí redundar, sino que, demas de ganar tú gran victoria, toda la Gran Bretaña te será sujeta, y tu real estado puesto en la mas alta cumbre de ningun emperador del mundo? Agora mira, Rey poderoso, si por tan pequeño trabajo y peligro quieres perder tan gran gloria y señorío. Cuando el rey Arábigo esto oyó, fué muy alegre y díjole: Mi amigo Arcalaus, gran cosa es esta que me habeis dicho; y como quiera que mi voluntad tenga de no tentar mas la fortuna, gran locura seria dejar las cosas que con mucha razon á dar grande honra y provecho se ofrecen; porque si como se espera salen, y la misma razon las guia, reciben los hombres aquel fruto que su trabajo merece; y si lo contrario les sale, hacen aquello que por virtud son obligados, dando la cuenta de sus honras que dar se debe, no teniendo en tanto las desventuras pasadas que el remedio dellas cuando el caso se ofrece dejen de probar, sin los tener sumidos y abatidos, y deshonrados todos los dias de su vida. Y pues que así es, lo que será de mi será de mis gentes y amigos, perded cuidado. En lo otro proveed con aquella aficion y diligencia que veis que para semejantes casos conviene. Arcalaus, tomada aquesta palabra del Rey, se partió para Sansueña, y habló con Barsinan, trayendo á la memoria la muerte de su padre y de su hermano Gandalote, el que venció don Guilan el Cuidador y lo llevó preso al rey Lisuarte y lo mandó despeñar de una torre, al pié de la cual su padre fuera quemado; y asi mesmo le dijo como en aquel tiempo le tenia su hecho acabado para que su padre fuese Rey de la Gran Bretaña, que tenia preso al rey Lisuarte y á su hija, y como por el traidor de Amadis le fuera todo quitado; que agora tenia tiempo de no solamente ser vengado de sus enemigos á su voluntad, mas que aquel gran señorio que su padre creado habia él estaba en dis-

posicion de lo cobrar; y que tuviese corazon, que sin él las grandes cosas pocas veces se podian alcanzar, y que si la fortuna á su padre fué tan contraria, que dello arrepentida, á él queria hacer la satisfaccion del daño recibido. Y así mismo le dijo como el rey Arábigo con todo su poder se aparejaba, porque veia la cosa tan vencida, que se no podia errar en ninguna manera, y todas las otras ayudas que para este negocio tenia ciertas, y otras cosas muchas, como aquel que tal oficio siempre habia usado y muy gran maestro de maldades habia salido. Como Barsinan fuese mancebo muy orgulloso, y en lo malo á su padre pareciese, con poca premia y trabajo le trajo á todo lo que quiso, y con corazon muy ardiente y soberbia demasiada le respondió, que con toda aficion y voluntad haria este viaje, llevando consigo toda la gente de su señorío, y fuera dél todos los que seguir le quisiesen. Arcalaus cuando oyó estas razones fué muy alegre como hallaba aparejado al contentamiento de su voluntad, y díjole que fuese todo apercibido para cuando el aviso le enviase, porque esto era necesario que fuese hecho con diligencia. Y desde allí fué prestamente y con corazon alegre al Rey de la Profunda Insula, y razonó con él muy gran pieza; y tanto le dijo y tales razones le dió, que así como á estos, le hizo mover y apercibir toda su gente muy en órden, como aquel que lo tal necesidad tenia. Esto hecho, se tornó á su tierra y habló con los parientes de Dardan el Soberbio, por cuanto creia á todos con la semejante habla venir poco provecho, y lo mas secreto que pudo concertó con ellos, diciéndoles el grande aparejo que tenian. Así estuvo esperando al tiempo para poner en obra lo que habeis oido. Mas agora no habla la historia dél hasta su tiempo, y torna á contar lo que aconteció á don Cuadragante y á don Brian de Monjaste despues que de la corte del rey Lisuarte se partieron.

CAPITULO XVI.

Como don Cuadragante y Brian de Monjaste con fortuna se perdieron en la mar; y como la ventura les hizo hallar á la reina Briolanja, y lo que con ella les acaeció.

Don Cuadragante y don Brian de Monjaste, despues que de don Grumedan se partieron, como la historia lo ha contado todo, anduvieron por su camino, hasta que llegaron al puerto donde su nave tenian, en el cual entraron por se ir á la insula Firme con la respuesta que del Rey Lisuarte llevaban, y todo aquel dia les fue la mar muy agradable con viento próspero para su viaje; mas la noche venida, la mar se comenzó á embravecer, con tanta fortuna y tan reciamente, que de él todos pensaron ser perdidos y anegados, y fue la tormenta tan grande, que los marineros perdieron el tino que llevaban, con tanto desconcierto que la fusta iba por la mar sin ningun gobernable; y así anduvieron toda la noche con harto temor, porque á semejante caso no bastan armas ni corazon. Y cuando el alba del dia apareció, los marineros pudieron mas reconocer, y hallaron que estaban mucho allegados al reino de Fenisa, donde la muy hermosa Briolanja reina era; y en aquella hora la mar comenzó con mas bonanza, y queriendo volver su mas derecho camino, aunque muy gran traviesa habian de tomar, vieron á su diestra venir una nao muy grande á maravilla, y como su nao fuese muy ligera, que de aquella no podria recibir ningun daño aunque de enemigos fuese, acordaron de la esperar, y como cerca fueron y la vieron mas á su voluntad, parecióles la mas hermosa que nunca vieron, así de grandeza como de rico atavío, que las velas y cuerdas eran todas de seda, y guarnida todo lo que ver se podia de muy ricos paños, y al bordo della vieron ca-

balleros y doncellas que estaban hablando, muy ricamente vestidos. Mucho fueron maravillados don Cuadragante y don Brian de Monjaste de la ver, y no podian pensar quién en ella viniese, y luego mandaron á un escudero de los suyos que en un batel fuese á saber cuya era aquella gran nao, y quién en ella venia. El escudero así lo hizo, y preguntando aquellos caballeros que por cortesía se lo dijesen, ellos respondieron que allí venia la Reina Briolanja que pasaba á la ínsula Firme. A Dios merced, dijo el escudero, con tan buenas nuevas, que mucho placer habrán de las saber aquellos que acá me enviaran. Buen escudero, dijeron las doncellas, decidnos si os place quién son estos que decís. Señoras, dijo él, son dos caballeros que este mismo camino llevan que vosotras, y fortuna de la mar los ha echado á esta parte, donde segun lo que hallan será para su trabajo gran descanso; y porque ellos se os mostrarán tanto que yo vuelva, no es menester de mí saber mas. Con esto que oides se tornó y díjoles: Señores, mucho os debe placer con las nuevas que traigo, y por bien empleada se debe tener la tormenta pasada y el rodeo del camino, pues teneis tal compaña para ir donde quereis; sabed que en la nao viene la reina Briolanja que á la ínsula Firme va. Mucho fueron alegres aquellos dos caballeros con lo que el escudero les dijo, y luego mandaron enderezar su nao para se llegar á ella; y cuando ellos mas cerca fueron, las doncellas les conocieron, que ya otra vez los habian visto en la corte del Rey Lisuarte, cuando la Reina su señora allí algun tiempo estuvo, y muy alegres lo fueron á decir á su señora como allí estaban dos caballeros mucho amigos de Amadis, que el uno era don Cuadragante, y el otro don Brian de Monjaste. La Reina cuando lo oyó fue muy alegre, y salió de su cámara con las dueñas que consigo tenia para los recibir, que Tantales su mayordomo le habia dicho cómo los dejaba en la ínsula Firme de camino para ir al rey Lisuarte; y cuando ella salió ya ellos estaban dentro en la nao, y fueron para le

besar las manos; mas ella no lo consintió, antes los tomó á entrambos cada uno por su brazo, y así los tuvo una pieza abrazados con mucho placer, y des que se levantaron los tornó abrazar y dijoles: Mis buenos señores y amigos, mucho agradezco á Dios porque vos hallé, que no pudiera venir agora cosa que con mas me pluguiere que con vosotros, sino fuese ver á Amadis de Gaula, aquel á quien yo con tanto derecho y razon debo amar, como vosotros sabeis. Mi buena señora, dijo don Cuadragante, gran sinrazon seria si así no fuese como lo decís, y el placer que de nosotros habeis Dios os lo agradezca, y nos lo servirémos en lo que mandáredes. Muchas mercedes, dijo ella: agora me decid cómo aportastes en esta tierra. Ellos la dijeron como partieron de la ínsula Firme con mandado de aquellos señores que allí estaban para el Rey Lisuarte, y todo lo que con él habia pasado, y como quedaban sin ningun concierto en toda rotura, que no faltó nada, y cómo queriéndose tornar, la gran tormenta desa noche los habia echado áquella parte, donde daban por muy bien empleada su fatiga y trabajo, pues que en el camino la podian servir y agradar hasta la poner donde queria. La Reina les dijo: Pues yo no he estado muy segura sin grande espanto de la tormenta que decís, que ciertamente nunca pensé que pudiéramos guarecer; pero como esta mi nao es muy gruesa y grande, y las áncoras y maromas muy recias, plugo á la voluntad de Dios que nunca la fortuna las pudo quebrar ni arrancar. Y en esto del rey Lisuarte que me decís, yo supe de mi mayordomo Tantales como vosotros íbades á él con esta embajada, y bien me tuve por dichosa, que como este sea un Rey tan entero y que tan cumplidamente la fortuna le ha favorecido y ensalzado en todas las cosas, que teniendo en mucho el caso de Oriana, querria antes probar y tentar su poder que dar forma de ningun asiento, y por esta causa yo acordé de juntar todo mi reino y los todos mis amigos que fuera dél son, y con mucha aficion les rogar y mandar que esten prestos y aparejados de guerra

para cuando mi carta vean, y á todos dejo con gran voluntad de me servir, y mi mayordomo Tantales con ellos para que los guie y traiga; y entre tanto pensé que seria bien de ir yo á la ínsula Firme á estar con la princesa Oriana, y pasar con ella la ventura que Dios diere; esta es la causa por donde aquí me habeis hallado, y soy muy alegre porque irémos juntos. Mi señora, dijo don Brian de Monjaste, de tal señora y tan hermosa como vos no se espera toda virtud y nobleza así como por la obra parece.

La Reina les rogó que mandasen ir su nao cabe la suya, y ellos se fuesen con ella; y así se hizo, que los aposentaron en una muy rica cámara, y siempre con ella y á su mesa comian, hablando de las cosas que mas les agradaba. Pues así como vos digo fueron por su mar adelante para la ínsula Firme. Agora sabed, que al tiempo que Abiseos, tio desta Reina, fue muerto con dos hijos suyos en venganza de la muerte que él hizo á su hermano el Rey, padre de Briolanja, y le habian tomado el reino Amadis y Agrajes, como mas largamente lo cuenta el principio de esta historia, que quedó otro hijo pequeño, que un caballero mucho suyo lo criaba. Este mozo era ya caballero muy recio y esforzado, segun habia parecido en las cosas de grandes afrentas en que se halló; y como hasta allí habia sido muy mozo, no pensaba, ni discrecion le daba lugar, sino en seguir mas las armas que en procurar las cosas de su provecho; y como ya de mayor edad fuese, hubo algunos de los servidores de su padre que huidos andaban, que á la memoria le trujeron la muerte de su padre y de sus hermanos, y como aquel reino de Sobradisa de derecho era suyo y que aquella Reina lo tenia forzosamente; que si el corazon tuviese para el reparo de cosa que tanto le cumplia como para las otras cosas que con poco trabajo podria cobrar aquella gran pérdida y ser gran señor, agora tornando al reino, ó sacando tal partido, que honradamente como hijo de quien era pudiese pasar. Pues este caballero, que Trion habia nombre, como ya fuese codicio-

so de señorear, siempre estaba pensando en esto que aquellos criados de su padre le decian, y aguardando tiempo convenible para el remedio de su deseo; y como agora supiese esta gran discordia que entre el rey Lisuarte y Amadis estaba, pensó que tanto ternia que hacer Amadis en aquello que de lo otro no ternia memoria, y puesto que la tuviese, que su gran poder no bastaria á tantas partes, segun con tan grandes hombres estaba revuelto, que este caballero era el mayor entrevalo que él hallaba. Y sabiendo la partida de la reina Briolanja, como tan desacompañada fuese que en toda su nao llevaba veinte hombres de pelea, y ninguno dellos de mucha afrenta, salió luego de un castillo muy fuerte que de su padre Abiseos le habia quedado, del cual y no de mas era señor, y fue por casa de sus amigos, y diciéndoles el caso allegó hasta cincuenta hombres bien armados y algunos ballesteros y archeros, y guarneciendo dos navíos, se metió en la mar con intencion de prender á la Reina, y con ella sacar un gran partido, y si tal tiempo viese le tomar todo el reino. Y sabiendo la via que llevaba, una tarde le salió á la delantera sin sospecha que dél se tuviese, y como lejos los de la nao viesen aquellos dos navíos, dijéronlo luego á la Reina, y salieron luego don Cuadragante y Brian de Monjaste al borde de la nao; y viendo como derechamente venian contra ellos, hicieron armar esos que ende estaban y ellos se armaron y no curaron sino de seguir su camino, y así los otros llegaron tan cerca que bien se podia oir lo que dijesen. Entonces Trion dijo en alta voz: Caballeros que en esta nao venís, decid á la reina Briolanja que aquí está Trion su primo que le quiere hablar, y que mande á los suyos que se no defiendan, sino que ninguno de ellos se escapará de ser muerto. Cuando la Reina esto oyó, hubo gran miedo y espanto, y dijo: Señores, este es el mayor enemigo que tengo, y pues ahora se atrevió á hacer esto, no es sin gran causa ni sin gran compaña. Don Cuadragante le dijo: Mi buena señora, no temais nada, que en placien-

do á Dios muy presto sera castigado de su locura. Entonces mandó á uno que le dijese que si él solo queria entrar donde la Reina estaba que de grado lo recibirian. El dijo: pues así es, yo la veré mal su grado y de todos vosotros. Entonces mandó á un caballero criado de su padre que con la una nao acometiese la nao por la otra parte, y que pugnase de la entrar, y él así lo hizo. Como don Brian de Monjaste los vido apartar, dijo á don Cuadragante que tomase de aquella gente la que le pluguiese y guardase la otra parte, y así lo hicieron, que don Cuadragante quedó á la parte de Trion, y Brian de Monjaste á la del otro caballero. Don Cuadragante mandó á los suyos que estuviesen delante y él quedó lo mas cubierto que pudo tras ellos y díjoles que si Trion quisiese entrar que no se lo estorbasen. Estado así el negocio la nao fue acometida muy reciamente por ambas partes; porque los que la combatian sabian bien como en ella no habia defensa ni peligro para ellos, que de los caballeros de la ínsula Firme ninguna cosa sabian. E como llegaron, Trion con la soberbia que traia, y la gana de acabar su hecho, en llegando saltó en la nao sin ningun recelo y la gente de la Reina se comenzó á retraer como les era mandado. Don Cuadragante como dentro lo vido pasó por los suyos y como era muy grande de cuerpo, como la historia os lo ha contado en la segunda parte, y lo vió Trion, bien conoció que aquel no era de los que él sabia; pero por eso no perdió el corazon, antes se fue para él con mucho denuedo, y diéronse tan grandes golpes por cima de los yelmos, que el fuego salia dellos y de las espadas; mas como don Cuadragante era de mayor fuerza y le dió á su voluntad, fue Trion tan cargado del golpe, que la espada se le cayó de la mano y cayó de rodillas en el suelo, y don Cuadragante miró y vido como todos los contrarios entraban en la nao á mas andar, y dijo á los suyos: Tomad este caballero. Entonces pasó á los otros, y al primero que delante se halló dióle por cima de la cabeza tan gran golpe que no hubo

menester maestro; los otros cuando vieron preso á su señor y aquel caballero muerto y los grandes golpes que don Cuadragante daba á unos y á otros, pugnaron cuanto pudieron por se tornar á su nao. Y con la priesa que don Cuadragante y los suyos les dieron algunos se salvaron, y otros murieron en el agua, así que en poca de hora fueron todos vencidos, y echados de la nao que ya como suya tenian. Entonces miró á la otra parte donde Brian se combatia, y vió como estaba dentro de la nao con los enemigos, y que hacia gran estrago en ellos, y envióle los que él tenia que le fuesen á ayudar y él quedó con los otros atendiendo á los contrarios si le querian acometer. Y con esta ayuda que á don Brian le llegó y los que él tenia muy prestamente fueron todos vencidos; porque aquel caballero su capitan fue asi muerto; y vieron como la nao se apartaba como cosa vencida. Entonces los que estaban vivos demandaban merced; y don Brian mandó que ninguno muriese pues que no se defendian, y así se hizo, que los tomaron presos y se apoderaron de la nao. La reina Briolanja en toda esta revuelta estuvo metida en su cámara con todas sus dueñas y doncellas rogando á Dios hincadas de rodillas que las guardase de aquel peligro y á aquellos caballeros que la ayudaban y defendian. Estando así, llegó uno de los suyos y dijo: Señora, salid fuera y veréis como Trion es preso y toda su compaña maltrecha y desbaratada, que estos caballeros de la ínsula Firme han hecho grandes maravillas en armas, las cuales ningunos pudieran hacer. Cuando la Reina, esto oyó fue tan alegre como podeis pensar, y alzó las manos y dijo: Señor Dios todo poderoso, bendito vos seais porque en tal tiempo y tal aventura me trajisteis á estos caballeros, que de Amadis y de sus amigos no me puede venir sino toda buena ventura. Y salida de la cámara, vido como los suyos tenian preso á Trion, y que don Cuadragante guardaba que no llegasen á combatir; y vió como en la nao que don Brian habia ganado estaban los suyos apoderados della y llegó-

se á don Cuadragante y díjole : Mi buen señor, mucho agradezco á Dios y á vos lo que por mí habeis hecho, que ciertamente yo estaba en gran peligro de mi persona y reino. El dijo: Mi buena señora, veis ahí vuestro enemigo mandad dél hacer justicia. Trion, cuando esto oyó, no estuvo seguro de la vida, y hincó los hinojos ante la Reina y dijo : Señora, demándoos merced que no muera : mirad á vuestra gran mesura y que soy de vuestra sangre; y si vos he enojado algun tiempo vos lo podré servir. Como la Reina era muy noble, hubo piedad dél y dijo : Trion, no porque vos lo mereceis, mas por lo que á mí toca yo os aseguro la vida hasta que mas con estos caballeros sobre ello vea, y mandó que lo metiesen en su cámara y lo guardasen. Así estando, don Brian de Monjaste se vino á la Reina y ella lo fue á abrazar y díjole : Mi buen señor, ¿ qué tal venís ? El la respondió : Señora, muy bueno y mucho alegre de haber venido á tal dicha que en alguna cosa os pudiese servir; una herida traigo, mas merced á Dios no es peligrosa. Entonces mostró el escudo y vieron como una saeta lo habia atravesado con parte del brazo en que lo tenia. La Reina con las sus hermosas y delicadas manos se la quitó lo mas paso que pudo, y le ayudó á desarmar, y curáronsela como otras muchas veces otras mayores y mas peligrosas le habian curado, que los escuderos, así dél como de todos los otros caballeros andantes siempre andaban apercibidos de las cosas que para de presto necesarias eran para las heridas. Todos fueron muy alegres de aquella buena dicha que les vino, y cuando quisieron ir tras la nao de Trion vieron como iba muy lejos, y dejáronse della. Y alzaron sus velas y fueron su camino derechamente á la ínsula Firme sin ningun intrevalo que les viniese. Acaeció pues, que á la hora que ellos llegaron al puerto, que Amadis y todos los mas de aquellos señores andaban en sus palafrenes, holgando por una gran vega que debajo de la cuesta del castillo estaba, como otras muchas veces lo hacian ; y como viesen llegar aquellas fustas al puerto, lle-

gáronse á la mar por saber cuyas fuesen, y llegando á la mar hallaron los escuderos de don Cuadragante y de don Brian de Monjaste que salian de un batel y iban á les hacer saber su venida, y la de la reina Briolanja, porque la saliesen á recibir; y como vieron á Amadis y á aquellos caballeros, dijéronles el mandado de sus señores, con que muy alegres fueron y llegáronse todos á la ribera de la mar y los otros desde la nao se saludaron con mucha alegría, y don Brian de Monjaste les dijo: ¿Qué vos parece? cómo venimos mas ricos que de aqui fuimos; no lo habeis hecho así vosotros, sino es estar encerrados como gente perdida. Todos comenzaron á reir, y le dijeron que, pues tan ufano venia, que mostrase la ganancia que habia hecho. Entonces echaron en la mar una barca asaz grande y entraron en ella la Reina y ellos ambos y otros hombres que los pusieron en tierra, y todos aquellos caballeros se apearon de sus palafrenes, y fueron á besar las manos á la Reina; mas ella no las quiso dar, antes los abrazó con mucho amor.

Amadis llegó á ella y pidióle las manos, mas cuando cerca de sí lo vió tomóle entre sus muy blancos y hermosos brazos, y así le tuvo un rato que nunca le dejó, y las lágrimas le vinieron á los ojos, que le caian por las sus muy fermosas faces con el placer que hubo en lo ver, porque desde la batalla que el rey Lisuarte hubo con el rey Cildadan, que lo vió en Fenusa, aquella villa donde el Rey estaba; no lo habia visto, y aunque ya su pensamiento fuese apartado de pensar en lo haber por casamiento, y ninguna esperanza dello tuviese, este era el caballero del mundo que ella mas amaba, y por quien antes ponia su persona y estado en peligro de lo perder; y cuando le dejó no le pudo hablar que tanto estaba turbada de la gran alegría. Amadis le dijo: Señora, muchas gracias doy yo á Dios que vos trajo donde os pudiese ver, que mucho lo he deseado, y agora mas que en otro tiempo, porque con vuestra vista daréis muy gran placer

á estos caballeros, y mucho mas á vuestra buena amiga la infanta Oriana, que yo creo que ninguna persona le pudiera venir que tanta alegría y contento la dé como vos, mi buena señora, le daréis. Ella le respondió: Mi buen señor, por eso partí yo de mi reino, principalmente por vos, ver, que era la cosa del mundo que yo mas deseaba; y Dios sabe la gran congoja que hasta aquí he tenido en pasar tan largo tiempo sin que de vos, mi señor, yo pudiese saber ningunas nuevas, aunque mucho lo he procurado: y agora cuando mi mayordomo me dijo de vuestra ventura y me dió vuestra carta, luego pensé, dejando todo lo que mandastes á buen recaudo, de me venir á vos y á esta señora que decís, porque agora es tiempo que sus amigos y servidores le muestren el deseo y el amor que le tienen.Mas si no fuera por Dios y por estos caballeros que por gran ventura conmigo juntó, mucho peligro de mi persona pudiera pasar en este viaje, lo cual ellos dirán, como quien lo remedió por el su gran esfuerzo y valentía, y esto quede para mas despacio. Despues que la Reina salió salieron todas las dueñas, doncellas y caballeros, y sacaron las bestias que traian, y para la Reina un palafren muy guarnido, como á tal señora convenia, y cabalgaron todas, y fuéronse al castillo donde Oriana estaba, la cual como su venida supo, tuvo tan gran placer que fue cosa extraña, y rogó á Mabilia, á Grasinda y á las otras infantas que á la entrada de la huerta la saliesen á recibir, y ella se quedó con la reina Sardamira en la torre. Cuando la reina Sardamira vió el placer que todos mostraban con las nuevas que las trujeron dijo á Oriana: Mi señora, ¿quién es esta que viene que tanto placer ha dado á todos? Oriana la dijo: Es una Reina la mas hermosa, así de su parecer como de su fama que yo en el mundo sé, como agora lo veréis. Cuando la reina Briolanja llegó á la puerta de la huerta y vió á tantas señoras y tan bien guarnidas mucho fue maravillada, y hubo el mayor placer del mundo por haber allí venido; y volvióse

contra aquellos caballeros y díjoles: Mis buenos señores, á Dios seais encomendados, que aquellas señoras me quitan que no quiera vuestra compañía mas. Y riendo con mucha gracia hízose apear, y se metió con ellas, y luego la puerta fue cerrada. Todas vinieron á ella y la saludaron con mucha cortesía. Grasinda fue mucho maravillada de su hermosura y gran apostura: y si á Oriana no hubiera visto, que esta no tenia par, bien creyera que en el mundo no habria mujer que tanto bien como aquella pareciese. Así la llevaron á la torre donde Oriana estaba, y cuando se vieron fuéronse la una á la otra los brazos tendidos y con mucho amor se abrazaron. Oriana la tomó por la mano y la llevó á la reina Sardamira, y díjole: Reina señora, hablad á la reina Sardamira y hacedle mucha honra que bien lo merece, y ella así lo hizo, que con gran cortesía se saludaron, guardando á cada una de ellas lo que á sus reales estados convenia. Y tomando á Oriana en medio se asentaron en su estrado, y todas las otras señoras al rededor dellas. Oriana dijo á la reina Briolanja: Mi buena señora, gran cortesía ha sido la vuestra en me venir á ver de tan lejana tierra, y mucho vos lo agradezco porque tal camino no se puede hacer sino con sobra de mucho amor. Mi señora, dijo la Reina, á gran desconocimiento y á muy mal comedimiento me debria ser contado si en este tiempo en que estais no diese á entender á todo el mundo el deseo que tengo de vuestra honra y de crecer vuestro estado; especialmente siendo este cargo tan principal de Amadís de Gaula á quien yo tanto amo y debo, como vos, mi señora, muy bien sabeis. Y cuando esto supe de Tantales que aquí se halló, luego mandé apercibir todo mi reino que vengan á lo que él mandare; y parecióme que entre tanto debia hacer este camino para vos acompañar y ver á él, que mucho deseaba ver mas que á ninguna persona deste mundo, y estar mi señora con vos hasta que vuestro negocio se despache, y á nuestro Señor plega que sea como vos lo deseais. Así plega á él, dijo Oriana por la

su santa piedad ; y esperanza tengo yo que don Cuadragante y Brian de Monjaste traerán algun asiento con mi padre. Briolanja, que sabia la verdad que ninguno traian, no se lo quiso decir.

Así estuvieron hablando una gran pieza en las cosas que mas placer les daban ; y cuando fue hora de comer, la doncella de Denamarca dijo á Oriana : Acuérdeseos, señora, que la Reina viene de camino y querrá cenar y descansar , y es ya tiempo que os paseis á vuestro aposentamiento y la lleveis con vos , pues es vuestra huéspeda Oriana. le preguntó si estaba todo aderezado : ella dijo que sí. Entonces tomó á la reina Briolanja por la mano , y despidióse de la reina Sardamira y de Grasinda , las cuales se fueron á sus aposentamientos , y fuese con ella á su cámara mostrándola mucho amor. Y des que fueron llegadas , Briolanja preguntó quién era aquella tan bien guarnida y hermosa dueña que cabe la reina Sardamira estaba. Mabilia la dijo como se llamaba Grasinda , y que muy noble dueña era y rica , y díjole la causa porque habia venido á la corte del rey Lisuarte y la grande honra que allí Amadis la hizo ganar , y la honra que ella le hizo no lo conociendo ; y contola muy por extenso todo lo que habia pasado con Amadis, que ella mucho amaba , llamándose caballero de la Verde Espada , y como llegó al punto de la muerte cuando mató al Endriago , y le sanó un maestro que esta dueña le dió , el mejor que en gran tierra se podria hallar: todo se lo contó que no faltó ninguna cosa. Cuando la Reina esto oyó, dijo: Mezquina de mí , ¿ porqué ante no lo supe, que llegó á me hablar , y pasé por ella muy livianamente ? pero remedio habrá, que aunque su merecimiento no lo mereciese , solo por haber hecho tanta honra con tanto provecho á Amadis, soy yo muy obligada de la mucho agradecer , honrar y hacer placer todos los dias de mi vida ; porque despues de Dios yo no tengo otro reparo de mis trabajos ni que á mí corazon contentamiento dé , sino este caballero ; y en cenando la mandaré llamar , porque quiero que me conozca.

Oriana dijo : Reina mi amiga , no sola sois vos la que por esta causa honrar le debe, que veisme aqui que si por ese caballero que habeis dicho no fuese, yo seria la mas perdida y desventurada mujer que nunca nació , porque estaria en tierras extrañas con tanta soledad, que no me fuera sino la muerte , y desheredada de aquello de que Dios me hizo señora ; y como ya habeis sabido , este noble caballero, socorredor y amparador de los corridos , sin á ello le mover otra cosa sino su noble virtud , se ha puesto en esto que veis porque mi justicia sea guardada. Amiga señora , dijo la Reina , no hablemos de Amadis , que este nació para semejantes cosas, que así como Dios lo extremó y apartó en gran esfuerzo de todos los del mundo, así quiso que fuese en todas las otras bondades y virtudes. Pues asentadas á la mesa fueron de muchos y diversos manjares servidas , así como convenia á tan grandes princesas, hablando en cosas que les agradaban ; y des que hubieron cenado, mandaron Oriana y la reina Briolanja á la doncella de Denamarca que fuese á por Grasinda y la dijese que la querian hablar. La dondella así lo hizo , y Grasinda vino luego con ella, y cuando entró Grasinda donde ellas estaban, la reina Briolanja la fue á abrazar y díjole : Mi buena señora, perdonadme , que no supe quién érades cuando aqui vine, que si lo supiera con mas amor y aficion os recibiera, porque vuestra virtud lo merece; y por la grande honra y buena obra que de vos, Amadis, recibió , somos sus amigas y mucho obligadas á vos lo agradecer ; y de mí vos digo que nunca en tiempo seré que lo pueda pagar que lo no haga ; porque aunque de lo mio le dé, de lo suyo le doy; que todo lo que tengo es suyo y por suyo lo tengo. Mi buena señora, dijo Grasinda, si alguna honra hice á este caballero que decís , yo soy tan satisfecha y contenta dello, como nunca nadie lo fue de persona á quien placer hubiese hecho ; y lo que me decís agradezco yo mucho mas á vuestra virtud que á la deuda en que él me sea , que pluguiese á Dios que en lo demás en que él me ha pagado lo que

de mí recibió me dé lugar á que yo se lo sirva. Entonces Mabilia la dijo : Mi buena señora , decidnos si os pluguiere como hubistes conocimiento con Amadis , y por qué causa en vos halló tan buen acogimiento, pues que no lo conocíades ni sabíades su nombre. Ella se lo contó todo , como la tercera parte desta historia mas largo lo cuenta. Y mucho rieron de Brandasidel, el que hizo ir en el caballo cabalgando á viesas, la cola en la mano ; y díjoles como lo habia tenido mal llagado en su casa algunos dias , y que habia oido decir dél muy grandes y extrañas cosas en armas que habia hecho por todas las ínsulas de Romanía y Alemania, donde todos los que las sabian eran maravillados de como por un solo caballero fueron tales cosas y tan peligrosas acabadas ; y de los tuertos y grandes agravios que habia enmendado por muchas dueñas y doncellas, y otras personas que su ayuda y socorro hubieron menester; y como lo habia conocido por el Enano y por la Verde Espada que traia, por cuyo nombre él se llamaba. Y asímesmo les contó toda la batalla que con don Garandan hubo, y la que despues pasó con los otros once caballeros, que por los vencer quitó al Rey de Bohemia de muy cruda guerra con el Emperador de Roma ; y otras muchas cosas las contó que dél en aquellas partes habia sabido y que serian largas de escribir. Y entonces les dijo : Por estas cosas que dél oia y por lo que dél ví en mi presencia, quiero, señoras, que sepais lo que conmigo mesma le aconteció. Yo fuí tan pagada dél y de sus grandes hechos, que como quiera que yo fuese para en aquella tierra asaz rica y gran señora , y él anduviese como un pobre caballero , sin que dél mas noticia hubiese sino lo dicho , tuviera por bien de lo tomar en casamiento ; y pensaba yo que en tener á su persona ninguna Reina de todo el mundo me fuera igual. Y como le ví tan mesurado y con grandes pensamientos y congoja, y sabiendo la gran fortaleza de su corazon , sospeché que aquello no le venia sino por causa de alguna mujer que él amase ; y por mas certificarme hablé con Gandalin , que me pare-

ció muy cuerdo escudero, y preguntéselo, y él conociendo donde mi pensamiento tiraba, por una parte me lo negó, y por otra me dió á entender que no seria su cuita por al sino por alguna que amase ; y bien ví yo que lo dijo porque me quitase de aquel pensamiento y no procediese mas adelante, pues que dello no habria fruto ninguno. Y se lo agradecí mucho, y de aquella hora adelante me aparté de mas pensar en ello. Briolanja cuando esto le oyó, miró contra Oriana riendo, y díjole : Mi señora, paréceme que este caballero, por mas partes que yo pensaba anda sembrando esta dolencia, y acuérdeseos de lo que os hube dicho en este caso en el castillo de Miraflores. Bien se me acuerda, dijo Oriana. Esto fue que la reina Briolanja, yendo á ver á Oriana á este castillo do Miraflores, como el segundo libro lo dice, le dijo casi otro tanto que con Amadis le habia acontecido. Pues así en aquella como en otras cosas muchas estuvieron hablando hasta que fue hora de dormir, y Grasinda se despidió dellas, y se tornó á su cámara, y ellas quedaron en la suya, y á la reina Briolanja hicieron en la cámara de Oriana una cama cabe la suya, porque ella y Mabilia dormian juntas ; y asi se echaron á dormir, donde aquella noche descansaron y holgaron á su contento.

CAPITULO XVII.

De la embajada que don Cuadragante y don Brian de Monjaste trujeron del rey Lisuarte, y lo que todos los caballeros y señores que allí estaban acordaron sobre ello.

Otro dia de mañana todos aquellos nobles señores y caballeros se juntaron á oir misa, y la embajada que don Cuadragante y don Brian de Monjaste del rey Lisuarte traian. Oida la misa, estando allí todos juntos, don Cuadragante les dijo : Buenos señores, nuestro mensaje y la res-

puesta del Rey fue tan breve, que vos no podemos decir otra cosa sino que debeis de dar gracias á Dios porque con mucha justicia y razon, ganando gran prez y fama podais experimentar la gran virtud de vuestros corazones, que el rey Lisuarte no quiere sino el rigor. Y con esto les dijo todo lo que con él habia pasado, y como sabian cierto que enviaba al Emperador de Roma y á todos sus amigos. Agrajes, á quien nada desto pesaba, aunque por el ruego de Oriana hasta allí mucho se templase, dijo: Por cierto, buenos señores, yo tengo creido que, segun el estado en que este negocio está, que muy dificultoso seria buscar seguridad para esta princesa y para la fama de vuestras honras que remedio para esta guerra: y hasta aquí porque ella con gran aficion me mandó y rogó que en lo que pudiese templase vuestras sañas y la mia, me he escusado de hablar tanto como mi corazon deseaba; pero agora que se sabe el cabo de su esperanza, que era pensar que con el Rey su padre se podria tomar algun medio, y no se hallando, yo quedo libre de lo que mas por la servir que por mi voluntad le habia prometido; y digo, señores, que en cuanto á mi querer y gana toca, que soy mucho mas alegre de lo que traeis, que si el rey Lisuarte otorgara lo que de nuestra parte le pedistes, porque pudiera ser que só color de paz y concordia se pusiera en contrataciones cautelosas donde pudiéramos recibir algun engaño, porque el rey Lisuarte y el Emperador como poderosos, sin pena pudieran muy presto llegar sus gentes, lo que nosotros así no pudiéramos hacer, por cuanto las nuestras han de venir de muchas partes y de muy luengas tierras; y aunque el peligro nuestro por estar en esta fortaleza tan fuerte fuera, seguro y sin daño, haciéndonos alguna no lo fuera el de nuestras honras. Y por esto, señores, tengo por mejor la guerra conocida que los tratos y concordia disimulada, pues que por ello, como he dicho, á nosotros mas que á ellos daño venir podria. Todos dijeron que decia verdad, y que luego se debia poner recaudo en que la gente viniese, y

darle la batalla dentro en su tierra. Amadis, que muy sospechoso estaba, y con gran recelo que la concordia por alguna manera se podria hacer, y habria de entregar á su señora; y aunque su honra della y la de todos ellos se asegurase y guardase por entero, que el deseo de su cuitado corazon quedaba en tanta extremidad de dolor y tristeza poniéndola en parte donde la ver no pudiese, que seria ya imposible de poder sostener la vida, cuando oyó lo que los mensajeros traian y lo que su primo Agrajes dijo, aunque de todo el mundo le hicieran señor no le pluguiera tanto, porque ninguna afrenta, ni guerra, ni trabajo, por grave que fuese, no lo tenia en nada en comparacion de tener á su señora como la tenia, y dijo: Señor primo, siempre vuestras cosas han sido como de caballero, y por tales las tienen todos los que vos conocen; y mucho debemos agradecer á Dios los que de vuestro linaje y sangre somos por haber entre nosotros echado caballero que en las afrentas tal recaudo de su honra, y en las cosas de consejo con tanta discrecion la acreciente. Y pues así vos como estos señores vos habeis determinado lo mejor, á mí escusado me será sino seguir lo que vuestra voluntad y suya fuere. Angriote de Estrabaus, como era un caballero muy cuerdo y muy esforzado, y que mucho y lealmente á Amadis amaba, bien conoció que aunque no se adelantaba á hablar y se remitia á la voluntad de todos, que bien le placia de la discordia; y esto mas bien lo atribuia él á su gran esfuerzo, que no se contentaba sino con las semejantes afrentas, que aquello era, que no otra cosa alguna que dél supiese, y dijo: Señores, á todos debe placer con lo que vuestros mensajeros trajeron y con lo que Agrajes dijo, porque aquello es lo cierto y seguro; pero dejando lo uno y lo otro aparte, digo, señores, que la guerra no es mucho mas honrosa que la paz, y porque las cosas que para esto podria decir son tantas, que diciéndolas mucho enojo vos daria, solamente quiero traeros á la memoria, que des que fuistes caballeros hasta agora siempre vuestro deseo fue

buscar las cosas peligrosas y de mayores afrentas, porque vuestros corazones con ellas extremadamente de los otros fuesen ejercitados y ganasen aquella gloria que por muchos es deseada, y alcanzada por muy pocos; pues con esto mucha aflicion y aficion de vuestros ánimos es procurada, cuando ni en cualquier, tiempo de los pasados tan cumplidamente lo alcanzastes como en el presente; que por cierto, aunque en calidad deste á muchas dueñas y doncellas hayais socorrido, en cantidad no es memoria que por vosotros ni por vuestros antecesores haya sido otro semejante alcanzado; ni aun será en los venideros tiempos sin que muchos dellos pasen. Y pues que la fortuna ha satisfecho nuestro deseo tan cumplidamente, dando causa que así como nuestros ánimos en el otro mundo son inmortales, lo sean nuestras famas en este en que vivimos, póngase tal recaudo como lo que ella á ganar nos ofrece porque por nuestra culpa y negligencia no se pierda. Habido por bueno todo lo que estos caballeros dijeron, y poniendo en obra su parecer, acordaron de enviar luego á llamar toda la gente de su parte, y con esto se fueron á comer. Y deja la historia por agora de hablar dellos, y torna á los mensajeros que habian enviado como dicho es, y la historia lo ha contado.

CAPITULO XVIII.

Como el maestro Elisabat llegó á la tierra de Grasinda, y desde allí pasó al Emperador de Constantinopla con el mandado de Amadis, y de lo que con él trató.

Dice la historia que el maestro Elisabat anduvo tanto por la mar hasta que llegó á la tierra de Grasinda su señora, y allí mandó llamar á todos los mayores del señorío, y mostróles los poderes que de ella traia, y rogóles

muy ahincadamente que luego aquello se cumpliese; los cuales con gran voluntad le respondieron que todos estaban prestos para lo cumplir mucho mejor que si ella presente estuviese; y luego dieron órden para que se hiciese gente de caballo, y ballesteros, y archeros, y otros hombres de guerra, y se aderezasen muchas fustas, y otras se hiciesen de nuevo. Y como el maestro vió el buen aparejo de ropa, dió el recaudo dello á un caballero su sobrino, mancebo que Libeo se llamaba; y rogándole que con mucho cuidado en ello trabajase, se metió á la mar, y se fue al Emperador de Constantinopla; y como llegó, se fue al palacio y dijéronle como estaba hablando con sus hombres buenos. El maestro entró en la sala, y llegó á besarle las manos, las rodillas en el suelo; y el Emperador lo recibió benignamente, porque de antes lo conocia y lo tenia por buen hombre. El maestro le dió la carta de Amadis, y como el Emperador la leyó, fue mucho maravillado, que el caballero de la Verde Espada fuese Amadis de Gaula, á quien grandes dias mucho habia deseado conocer, por las cosas extrañas que muchos de los que le habian visto le dijeron dél, y dijole: Maestro, mucho soy quejoso de vos si supistes el nombre de este caballero y no me lo dijistes, porque corrido estoy de que hombre de tan alto estado y linaje, y tan sonado por todo el mundo á mi casa viniese, y no recibiese en ella la honra que él merecia, sino solamente como la de un caballero andante. El maestro le dijo: Señor, yo juro á las órdenes que tengo que hasta que él se dejó de llamar el caballero Griego, y se hizo conocer á Grasinda mi señora y á nosotros dos, nunca supe que él fuese Amadis. ¡Cómo! dijo el Emperador, ¿el caballero Griego se llamó despues que de aquí fué? El maestro le dijo: ¿Luego, señor, no han llegado á vuestra corte las nuevas de lo que hizo llamándose el caballero Griego? Ciertamente, dijo el Emperador, nunca lo oí sino agora, no. Pues oiréis grandes cosas, dijo él, si á la vuestra merced pluguiere que las diga. Mucho lo tengo

por bien, dijo el Emperador, que las digais. Entonces el Maestro le contó como despues que de allí habian partido, llegaron donde su señora Grasinda estaba, y como por el don que el caballero de la Verde Espada la habia prometido la llevó por la mar á la Gran Bretaña, y por cual razon, y como ante que allá llegase, mandó que no le llamasen sino el caballero Griego, y las batallas que en la corte del rey Lisuarte hizo con Salustanquidio, y los otros caballeros romanos que contra él habian tomado la batalla por las doncellas, y como luego los venció tan ligeramente; y así mismo le contó las grandes soberbias que los romanos antes que á la batalla saliesen decian, y como dijeron al rey Lisuarte que á ellos les diesen aquella empresa contra el caballero Griego, porque tenian en su pensamiento por cosa muy cierta que en sabiendo que se habia de combatir con ellos no le osaria esperar; porque los Griegos temian como al fuego á los romanos; y tambien contó la batalla de don Grumedan, y como el caballero Griego le dejó allí dos caballeros sus amigos, y como vencieron á los tres romanos; todo se lo contó que no faltó nada, así como aquel que presente habia sido á todo ello. Todos cuantos allí estaban fueron maravillados de tal bondad de caballero, y muy alegres de como habia quebrantado la gran soberbia de los romanos. El Emperador lo estuvo mucho loando y dijo: Maestro, agora me decid la creencia que yo vos oiré. El Maestro le dijo todo el negocio del rey Lisuarte y de su hija, y por cual causa fue tomada en la mar por Amadis y por aquellos caballeros, y las cosas que con sus naturales habia pasado el rey Lisuarte; y de como Oriana se habia enviado á quejar por todas partes de aquella tan gran sinjusticia que el Rey su padre con tanta crueldad la hacia desheredándola sin ninguna causa de un reino tan grande y tan honrado, donde Dios la habia hecho heredera; y como no curando de conciencia, ni usando de ninguna piedad, queriendo heredar en sus reinos otra hija menor, la

entregó á los romanos con muchos llantos y dolores, asi della, como de todos cuantos la veian, y como sobre estas quejas y grandes clamores de aquella princesa se juntaron muchos caballeros andantes de gran linaje y de muy alto hecho de armas, de los cuales le contó todos los nombres de los mas dellos, y como alli en la ínsula Firme los habia hallado Amadis, que desto nada sabia. Y alli él con ellos hubieron consejo de como esta infanta fuese socorrida y ante ellos no pasasen tan gran fuerza como aquella; que si era verdad que ellos fuesen obligados á reparar las fuerzas que á las dueñas y doncellas se hacian, y por ellas habian sufrido muchos afanes y peligros, que mucho mas les obligaba aquella tan señalada y tan manifiesta á todo mundo; y que si aquella no socorriesen, que no solamente perderian la memoria del socorro y amparo que á las otras habian hecho, mas que quedaban deshonrados para siempre, y no les cumplia parecer donde hombres buenos hubiese. Y contóle como fue la flota por la mar, y la gran batalla que con los romanos hubieron, y como al cabo fueron vencidos, y muerto Salustanquidio, el primo del Embajador, y preso Brondajel de Roca, el duque de Ancona y el arzobispo de Talancia, y los otros presos y muertos; y como llevaron aquella princesa con todas sus dueñas y doncellas á la ínsula Firme, y que desde alli habian enviado mensajeros al rey Lisuarte requiriéndole y rogándole que dejando de hacer gran crueldad y sinjusticia á su hija, la quisiese tornar á su reino sin rigor ninguno, y que dando tal seguridad cual en tal caso convenia, á vista de otros reyes se la enviarian luego con todo el despojo y presos que habian tomado. Y que lo que él de parte de Amadis le suplicaba, que si llegarse á lo justo no quisiese, estando todavía determinado en su mal propósito, y el Emperador de Roma viniese en su ayuda con gran juntamiento de gentes contra ellos, que á su merced, como uno de los principales ministros de Dios que en la tierra habia dejado para mantener justicia

cuanto mas ser tan conocido este tan gran agravio que á esta virtuosa princesa se le hacia, que muy justa causa era de la socorrer, y allende desto dar algun socorro á aquel noble caballero Amadis para apremiar á los que la justicia no quisiesen, y ayudase á que no pasase tan gran fuerza y tuerto como en aquello se hacia; y que demás de servir á Dios en ello y hacer lo que debia Amadis y todo su línaje y amigos, le serian obligados á se lo servir todos los dias de su vida. Cuando esto el Emperador oyó, bien vió que el caso era grande y de gran hecho, así por ser de la calidad, que era como porque sabia la gran bondad del rey Lisuarte; y en cuanto su honra y fama siempre habia tenido, y tambien porque conocia la soberbia del Emperador de Roma, que era mas hecho á seguir su voluntad que seso ni razon, y bien creyó que esto no se podia curar sino con gran afrenta, y en mucho lo tuvo: pero considerando la gran justicia que aquellos caballeros tenian, y como Amadis habia venido de tan luengas tierras á le ver, y le habia dado palabra aunque liviana fuese, y no dicha aquella parte que la él tomó, quizo mirar á su grandeza acordándose de algunas soberbias que el Emperador de Roma en algunos tiempos pasados le habia hecho; y respondió al maestro Elisabat y díjole: Maestro, muy grandes cosas me habeis dicho, y de tan buen hombre como vos sois todo se puede y debe enteramente creer por vuestro respeto.

Y pues que el esforzado caballero ha menester mi ayuda, yo se la daré tan cumplidamente que aquella palabra que él de mí tomó, aunque en alguna manera liviana pareciese, la halle muy verdadera y muy cumplida, como palabra de tan gran hombre como yo soy, dada á tan honrado y señalado caballero como él es, porque nunca en cosa me ofrecí que al cabo no acabase. Y todos cuantos allí estaban hubieron muy gran placer de lo que el Emperador respondió, y sobre todos Gastiles, su sobrino, aquel que ya oistes que fué mucho amigo de Amadis, llamándose el

caballero de la Verde Espada cuando mató á el Endriago. Y luego se hincó de rodillas ante el Emperador su tio, y dijo: Señor, si á la vuestra merced pluguiere y mis servicios lo merecen, hágaseme por vos esta señalada merced, que sea yo enviado en ayuda de aquel noble y virtuoso caballero que tanto ha honrado la corona de vuestro imperio. El Emperador cuando esto le oyó dijo: Buen sobrino, yo vos lo otorgo y así me place que sea, y desde agora vos mando á vos y al marqués de Saluder que tomeis cargo de guarnecer una flota y tan buena como á la grandeza de mi estado se requiere; porque de otra manera no me podria venir honra dello; y si fuere menester vos y él iréis en ella y podeis dar la batalla al Emperador de Roma como cumple. Gastiles le besó las manos y se lo tuvo en gran merced; y así como él lo mandó lo hicieron él y el Marqués. Cuando el maestro Elisabat esto vió, bien podeis pensar el gran placer que dello sintiera, y dijo el Emperador: Señor, por esto que me habeis dicho os beso las manos de parte de aquel buen caballero, y por el presente me queda mucho que hacer; sírvase vuestra merced de me dar licencia, y si el Emperador de Roma llegase su gente, pues que es hombre de muy gran sentimiento para semejantes casos; y si él las llegare, así mismo por consiguiente vos mandeis llamar las vuestras, porque á un tiempo lleguen á los que esperaren. El Emperador le dijo: Maestro id con Dios, y deso dejad á mí el cargo, que si menester será allá veréis quien yo soy y en lo que á Amadis tengo. Así el maestro se despidió del Emperador, y se tornó á la tierra de su señora Grasinda.

CAPITULO XIX.

Como Gandalin llegó en Gaula y habló al rey Perion lo que su señor Amadis le mandó, y la respuesta que le dió.

Gandalin llegó en Gaula, donde con mucho placer fué recibido por las buenas nuevas que de Amadis llevaba, de quien mucho tiempo habia que no las habian sabido; y luego apartó al Rey y díjole todo cuanto su señor le mandó que le dijese, así como ya oistes. Y como este fuese un Rey tan esforzado que ninguna afrenta por grande que fuese temia, en especial tocando á aquel hijo que era un espejo luciente en todo el mundo, y que él tanto amaba, dijo: Gandalin, esto que de parte de tu señor me dices se hará luego; y si ante que yo lo vieres, dile que le no tuviera por caballero si aquella fuerza dejara pasar, porque á los grandes corazones es dado las semejantes empresas; y yo, que si el rey Lisuarte no quisiere llegar razon, que será por su daño; y mira que te mando que nada desto digas á mi hijo don Galaor, que aquí tengo muy doliente, tanto que muchas veces le he tenido mas por muerto que por vivo, y aun agora tiene mucho peligro; ni á su compañero Norandel, que por le ver es aquí venido, que á él yo se lo diré. Gandalin le dijo: Señor, como la vuestra merced manda se hará, y mucho me place por ser dello avisado, que yo no mirara en ello y pudiera muy fácilmente errar. Pues vete y verlo has en su cámara, dijo el rey Perion, y dile nuevas de su hermano, y guarda no te sienta nadie á lo que vienes. Gandalin se fué á la cámara de don Galaor, y estaba tan flaco y tan malo, que él fué maravillado de lo ver; y como entró hincó los hinojos por le besar las manos, y Galaor le miró, y conoció que era Gandalin, y las lágrimas le vinieron á los ojos con gran

placer, y dijo: Mi amigo Gandalin, tú seas muy bien venido, ¿qué me dices de mi hermano y señor Amadis? Gandalin le dijo: Señor, él queda en la ínsula Firme sano y bueno y con mucho deseo de vuestra vista, y no sabe señor de vuestro mal, ni yo lo sabia hasta que el Rey mi señor me lo dijo, que viene aquí con su mandado para le hacer saber á él y á la Reina su venida; y cuando él sepa el estado de vuestra salud mucho pesar habrá, como de aquel á quien ama y precia mas que á persona de su linaje. Norandel que allí estaba le abrazó, y preguntó por Amadis que tal venia; y él le dijo lo que habia dicho á don Galaor, y les contó algunas cosas de las que en las ínsulas de Romanía y en aquellas extrañas tierras le habian acaecido. Norandel dijo á don Galaor: Señor, razon es que con tales nuevas como estas tomeis esfuerzo y desecheis vuestro mal, porque vamos á ver aquel caballero, que así Dios me ayude él es tal, que aunque por al no fuese sino por le ver, todos lo que algo valen debrian tener en poco el trabajo de su camino aunque muy largo fuese. Estando asi hablando y preguntando Galaor á Gandalin muchas cosas, entró el Rey y tomó á Norandel por la mano, y hablando entre otras cosas le sacó de la cámara, y cuando fueron donde Galaor no los pudiese oir el Rey le dijo: Mi buen amigo, á vos conviene que luego vos vayais á vuestro padre, porque segun he sabido os habrá menester y á todos los suyos; y no os detengais en otras demandas, porque yo sé cierto que será muy servido con vuestra ida, y desto no digais nada á don Galaor vuestro amigo, porque esto seria ponerle en gran alteracion, de que mucho daño venir le podria segun su flaqueza. Norandel le dijo: Señor, de tan buen hombre como vos no se debe tomar sino el consejo sin mas preguntar la causa, porque cierto soy que así será como vos lo decís, y yo me despediré esta noche de don Galaor, y mañana entraré en la mar, que allí tengo mi fusta que cada dia espera. Esto hizo el Rey porque Norandel cumpliese lo que á su padre obligado era,

y tambien porque él no viese como él mandaba aderezar su gente y apercibia sus amigos. Así estuvieron aquel dia mas alegres con don Galaor, porque lo estaba con las nuevas de su hermano Gandalin dijo á la Reina lo que Amadis le suplicaba, y ella le dijo que todo se haria como él lo enviaba á decir. Mas Gandalin amigo, dijo la Reina, mucho estoy turbada de estas nuevas, porque entiendo que mi hijo estará en gran cuidado y despues en gran peligro de su persona. Señora, dijo Gandalin, no temais, que él habrá tanta gente que ni el rey Lisuarte ni el Emperador de Roma no le osen acometer. Así plega á Dios, dijo la Reina. Venida la noche Norandel dijo á don Galaor: Mi señor, yo acuerdo de me ir, porque veo que vuestra dolencia es larga, y para yo no aprovechar en ella, mejor será que en otras cosas entienda, porque como vos sabeis ha poco que soy caballero, y no he ganado tanta honra como me seria menester para ser tenido entre los buenos por hombre de algun valor; y lo que supe de vuestro mal me estorbó de un camino en que estaba puesto cuando de casa de mi padre el Rey salí, y agora me conviene de ir á otra parte donde es menester mi ida, y Dios sabe el pesar que mi corazon siente de no poder andar en vuestra compañía. Mas placiendo á Dios en este comedio de tiempo en que yo cumpla lo que escusar no puedo, seréis mas mejorado, y terné cargo de venir á vos, y irémos de consuno á buscar algunas aventuras. Don Galaor, como esto oyó sospiró con gran congoja, y díjole: El dolor que yo mi buen ser, sea Dios servido con todo, y á él seais encomendado. Y si caso fuere que vais al Rey vuestro padre y mi señor besadle las manos por mí, y decilde que quedo á su servicio aunque harto mas muerto que vivo, como vos, mi buen señor, vedes. Norandel se fué á su cámara muy triste por el mal de don Galaor su leal amigo; y otro dia de mañana oyó misa con el rey Perion, y despidióse de la Reina y de su hija, y de todas las dueñas y doncellas; y la Reina y todas las otras lo encomendaron mucho á Dios co-

mo aquellas que mucho lo amaban, y así entró luego en la mar. Y aquí no cuenta cosa que le acaeciese, sino que con muy buen tiempo llegó á la Gran Bretaña, y se fué donde el Rey su padre estaba, y fué así dél como de los otros todos muy bien recibido, como buen caballero que era.

CAPITULO XX.

De como Lasindo, escudero de don Bruneo de Bonamar, llegó con el mandado de su señor al Marqués y á Branfil, y lo que con ellos hizo.

Lasindo, el escudero de don Bruneo de Bonamar, llegó donde el Marqués estaba, y como le dijo el mandado de su señor, Branfil se congojó tanto por no se hallar en lo pasado con aquellos caballeros, y no haber sido en la toma de Oriana, que se queria matar; y hincó los hinojos delante de su padre, y muy ahincadamente le pidió por merced que mandase poner en obra lo que su hermano enviaba demandar. El marqués como era buen caballero y sabia la gran amistad que sus hijos tenian con Amadis y con todo su linaje, de que gran honra y estima le crecia, díjole: Hijo, no te congojes que yo lo haré cumplidamente, y te enviaré si menester es con tan buena compaña que la tuya no sea la peor. Branfil le besó las manos por ello, y luego se dió órden como la flota se aderezase y la gente para ella, que este Marqués era muy gran señor, y muy rico, y habia en su señorío muy buenos caballeros, y de otra gente de guerra mucha y muy bien armada.

CAPITULO XXI.

Como Isanjo llegó con el mandado de Amadis al buen rey de Bohemia, y el gran recaudo que en él halló.

El caballero de la ínsula Firme Isanjo llegó al Rey de Bohemia, y dió la carta de Amadls y la creencia al rey Tafinor. No vos podrá hombre decir el placer que con él hubo cuando lo vió, y dijo: Caballero, vos seais muy bien venido, y mucho agradezco á Dios este mensaje que me traeis, y por lo que se hará podréis ver vos con la voluntad que se recibe y si vuestro camino no es bien empleado; y llamando á su hijo Grasandor le dijo: Hijo, si yo soy obligado á tener conocimiento de las grandes ayudas y provechos que el caballero de la Verde Espada me hizo estando él en mi reino, tú lo sabes, que demas de ser por él guardada y acrecentada la honra de mi real corona, él me quitó de la mas cruda y peligrosa guerra que nunca Rey tuvo, así por la tener con hombre tan poderoso como lo es el Emperador de Roma, como por él ser en sí mismo tan soberbio y fuera de toda razon, donde no se esperaba otro fin sino ser yo y tú perdidos, destruidos, ó por ventura y al cabo muertos; y aquel noble caballero, que Dios por mi bien á mi casa trajo, lo reparó todo á mi honra y de mi reino como tú vistes. Y así como testigo dello te mando que veas esta carta que me envia, y lo que este caballero de su parte me ha dicho, y con toda diligencia te apareja para que aquel gran beneficio que de aquel caballero recibimos sea satisfecho; y sabed que aquel caballero se llama Amadis de Gaula, aquel de quien de tantas cosas y tan famosas por todo el mundo se cuentan, y por no ser conocido se llamó el caballero de la Verde Espada. Grasandor tomó la carta y oyó lo que Isanjo le dijo, y respon-

dió á su padre diciendo: ¡Oh señor! que descanso tan grande recibe mi corazon, en que aquel noble caballero haya menester el favor de vuestro real estado, y en ver el conocimiento que de las cosas pasadas vos, señor, teneis, y así para la satisfaccion de mi voluntad á la vuestra merced plega que quedando el conde Galtines para llevar la gente si menester fuere, á mí me dé licencia con veinte caballeros que luego me vaya á la ínsula Firme á servir á quien tanto debo, que aunque en esta cuestion algun atajo se dé, gran honra será para mí estar en compañía de tal caballería como ayuntada allí está. El Rey le dijo: Hijo, yo tuviera por bien que esperaras á ver el fin desto, y llevaras aquel aparejo que á la honra mia y tuya convenia llevar; mas pues así esto te place fágase como lo pides, y escoge los caballeros que mas te placerá, y yo mandaré que luego sea aparejada una nao en que vayas, y á Dios plega de te dar tan buen viaje y tanta gloria en honra de aquel noble caballero, que con todo nuestro estado le paguemos la deuda que él con su persona sola nos dejó. Esto se hizo luego, y este Grasandor, infante heredero del rey Tafinor de Bohemia, tomó consigo los veinte caballeros que mas le contentaron, y se metió á la mar, y fué el camino de la ínsula Firme.

CAPITULO XXII.

De como Landin, sobrino de don Cuadragante, llegó en Irlanda, y de lo que con la Reina recaudó.

Landin llegó con el mandado de su señor don Cuadragante en Irlanda, y secretamente habló con la Reina, y díjole el mandado de su Señor; y como ella oyó tan gran revuelta y peligrosa, como quiera que sabia ser su padre el rey Abies de Irlanda, muerto por la mano de Amadis,

como en el primer libro desta historia lo ha contado, y conservando siempre en su corazon aquel rigor y enemistad que en semejante caso suele tenerse; pero consideró que era mejor donar remedio en los daños presentes que acordarse de lo pasado, que casi como olvidado estaba; y habló con algunos de aquellos de quien se fiaba, y con ellos tuvo tal manera, que sin que el Rey su marido lo supiese, don Cuadragante su tio fuese muy ayudado, con intencion que crecida la parte de Amadis el rey Lisuarte seria destruido, y su marido el rey Cildadan con su reino salido de le ser subjeto y tributario. Pues así como vos habemos contado, todas estas gentes quedaron apercibidas con aquella voluntad y deseo que se requiere tener á los vencedores. Mas agora deja la historia de hablar dellos, por contar lo que los mensajeros del rey Lisuarte hicieron.

CAPITULO XXIII.

Como don Guilan el Cuidador llegó en Roma con el mandado del rey Lisuarte su señor, y de lo que hizo en su embajada con el emperador Patin.

Don Guilan el Cuidador anduvo tanto por sus jornadas, que á los veinte dias despues que de la Gran Bretaña partió fue en Roma con el emperador Patin, el cual halló con muchas gentes y grandes aparejos para recibir á Oriana, que cada dia la esperaba, porque Salustanquidio su primo y Brondajel de Roca le habian escripto como ya lo tenian despachado, y que presto serian con él todo recaudo, y estaba mucho maravillado de como tanto tardaban; y don Guilan entró así armado como venia, sino las manos y la cabeza, en el palacio, y fuese donde el Emperador estaba, y hincó los hinojos y besóle las manos, y dióle la carta que llevaba; y el Emperador le conoció muy bien, que muchas veces le viera en la casa del rey Lisuarte al tiempo que él

alli estuvo, cuando se volvió muy mal ferido del golpe que Amadis le dió de noche en la floresta, como el libro segundo desta historia lo cuenta, y díjole: Don Guilan, vos seais muy bien venido, entiendo que venís con Oriana vuestra señora; decidme donde queda, y mi gente que la trae. Señor, dijo él, Oriana y vuestra gente quedan en tal parte donde á vos ni á ellos convenia. ¿Cómo es esto? dijo el Emperador. El le dijo: Señor, leed esta carta, y cuando os pluguiere deciros he á lo que vengo, que mucho hay, mas de lo que pensar podeis. El Emperador leyó la carta, y vió que era de creencia, y como en todas las cosas fuese muy liviano y desconcertado, sin mas mirar á otro consejo, le dijo: Agora me decid la creencia desta carta delante de todos estos que aqui estan, que me no podria mas sufrir. Don Guilan le dijo: Señor, pues así os place, así sea. El Rey mi señor os hace saber de como Salustanquidio y otros muchos caballeros con ellos llegaron en su reino, y de vuestra parte le demandaron á su hija Oriana para ser vuestra muger; y él conociendo vuestra virtud y grandeza, aunque esta infanta fuese su derecha heredera y la cosa del mundo que él y la Reina su mujer mas amasen, por os tomar por su hijo y por ganar vuestro amor, contra la voluntad de todos los de sus reinos, se la dió con toda la compaña y atavíos que á la grandeza de vuestro estado y suyo convenia; y que entrados en la mar, fuera del término de su Reino, salió Amadis de Gaula con otros muchos caballeros con otra flota, y desbaratados los vuestros y muertos muchos con el príncipe Salustanquidio, y presos Brondajel de Roca, el arzobispo de Talancia, el duque de Ancona, y otros muchos con ellos, fue Oriana tomada con todas sus dueñas y doncellas, y la reina Sardamira, y todos los presos y despojos fueron llevados á la ínsula Firme, donde la tienen; y que desde allí le han enviado mensajeros con algunos conciertos; pero que los no ha querido oir hasta que vos, señor, á quien este hecho tanto toca, lo sepais, y vea como lo sentís; haciéndoos saber que si á vos como á él os

parece que deben ser castigados, sea tan breve, que el tiempo largo no haga la injuria mayor. Cuando el Emperador esto oyó fue muy espantado, y dijo con gran dolor de su corazon: ¡Oh captivo Emperador de Roma! si tú esto no castigas, no te cumple sola una hora en este mundo vivir, y tornó y dijo: ¿Es cierto que Oriana es tomada y mi primo muerto? Cierto sin ninguna duda, dijo don Guilan, que todo ha pasado como vos he dicho. Pues agora, caballero, os volved, dijo el Emperador, y decid al Rey vuestro señor que esta injuria y la venganza della yo la tomo á mi cargo, y que él no entienda en otra cosa sino en mirar lo que yo haré, que si deudo con él yo quiero, no es para darle trabajo ni cuidado, sino para los vengar de quien enojo le hiciere. Señor, dijo don Guilan, vos respondeis como gran señor, que sois caballero de gran esfuerzo; pero entiendo que lo habeis con tales hombres que bien será menester lo de allá con lo de acá. Y el Rey mi señor hasta agora está bien satisfecho de todos los que enojo le han hecho, y así lo estará de aquí adelante. Y pues tan buen recaudo en vos, señor, hallo, yo me partiré, y mandad poner en cobro lo que cumple, y muy presto con tal aparejo como es menester para tomar venganza, sin que del contrario se reciba. Con esto se despidió don Guilan del Emperador, y no muy contento, que como este fuese un muy noble caballero, y muy cuerdo y esforzado, y viese con tan poca autoridad y liviandad hablar á aquel Emperador, gran pesar llevaba en su corazon de ver al Rey su señor en compañía de hombre tan desconcertado, donde no le podia venir si por gran dicha no fuese sino toda mengua y deshonra; y así se volvió por su camino, llorando muchas veces la gran pérdida que el Rey su señor por su culpa habia hecho en perder á Amadís y á todo su linaje, y á otros muchos que tanto valian y por su causa estaban en su servicio y agora le eran tan grandes enemigos. Pues con mucho trabajo llegó á la Gran Bretaña, y fue bien recibido del Rey y de todos los de la corte. Y luego habló con el Rey, y le dijo todo lo que en el

Emperador hallado habia, y como se aparejaba para venir con gran priesa, y con esto le dijo: Quiera Dios que del deudo deste hombre vos venga honra, que así Dios me ayude muy poco contento tengo de su autoridad, y no puedo creer que gente que tal caudillo traya haga cosa que buena sea. El Rey le dijo: Don Guilan, mucho soy alegre de veros venido bueno y con salud, y si teniendo yo á vos y á otros tales que me han de servir, solamente habrémos menester la gente del Emperador, que aunque él no la rija ni la guie, vosotros bastais para gobernar á él y á mí; y pues él así lo toma, menester es que acá nos halle con tal recaudo, que veyéndolo no tenga en tanto su poder como agora lo tiene. Así estuvo el Rey aderezando todas las cosas que convenia con mucha diligencia, que bien sabia que sus contrarios no dejaban de llamar cuantas gentes podian haber; que él supo como el Emperador de Constantinopla, y el rey Perion, y otros muchos llamaban sus gentes para los enviar á la insula Firme; y por dichoso se tenia, segun la bondad de Amadis y de todos aquellos caballeros que con él estaban, que viéndose con aquellos tan grandes poderes no se podrian sufrir de lo no buscar dentro en su reino; y por esta causa no cesaba de buscar ayudas de todas partes, pues veia que le serian menester, y tambien supo como el rey Arábigo, y Barsinan, rey de Sansueña, y otros muchos con ellos aderezaban gran armada, y no podia saber á donde acudirian. Estando en esto, llegó Brandoibas, y dijole como el rey Cildadan se aparejaba para cumplir su mandado, y que don Galbanes le suplicaba que le no mandase ser contra Amadis y Agrajes su sobrino; y que si desto contento no fuese, que él le dejaria libre y desembarazada la insula de Mongaza como habia quedado al tiempo que dél la recibió, que mientras él la tuviese que fuese su vasallo, y cuando no lo quisiese ser que dejando la insula quedase libre. El Rey como era muy cuerdo, aunque su necesidad fuese grande, bien vió que don Galbanes tenia razon, y envióle á decir que quedase, que aunque

en aquella jornada no le sirviese, presto vernia tiempo en que se pudiese enmendar; pues dende á pocos dias llegó don Filispinel del rey Gasquilan de Suesa, y dijo al Rey como le habia recibido muy bien, y que con gran voluntad le vernia á ayudar, y combatirse con Amadis por cumplir lo que tanto deseaba. Sabido por el Rey el gran aparejo que tenia, acordó de no dilatar, y mandó llamar á su sobrino Guiontes y díjole: Sobrino, es menester que luego vayais lo mas pronto que ser pudiere al Patin, emperador de Roma, y le digais que yo estoy contento de lo que de su parte don Guilan me dijo, y que yo me voy á la mi villa de Vindilisora, porque es cerca del puerto donde él ha de desembarcar, y que allí llegaré todas mis compañas, y estaré en el campo en real esperando su venida; que le ruego yo mucho que sea lo mas presto que ser pudiere, porque, segun su gran poder y el mio, si luego en el comienzo á nuestros contrarios sobramos de gentes, muchas ayudas les faltarán de las que vernán poniendo dilacion. Y vos, sobrino, no vos partais dél hasta venir en su compaña, que vuestra ida le porná mayor gana y cuidado para su venida. Guiontes le dijo: Señor, por mí no quedará de ser cumplido lo que mandais. El Rey se partió luego para Vindilisora, y mandó llamar todas sus gentes, y Guiontes se metió á la mar en una fusta guarnida y aderezada de lo que para semejante viaje convenia, así de marineros como de viandas para ir á Roma.

CAPITULO XXIV.

Como Grasandor, hijo del rey de Bohemia, se encontró con don Guiontes, y lo que le avino con él.

Dicho vos habemos como Grasandor se partió de casa de su padre el Rey de Bohemia en una fusta con veinte caba-

lleros para se ir á la ínsula Firme. Pues navegando por la mar, quiso la ventura que lo guió topase una noche con Guiontes, sobrino del rey Lisuarte, que con su mandado iba á Roma al Emperador como ya oistes, y viéndose cerca unos de los de los otros, Grasandor mandó á sus marineros que enderezasen contra aquella nao para la tomar; y Guiontes, como no llevaba otra compañía sino la que necesario era para el gobernar de la fusta, y algunos otros servidores, y iba en cosa que tanto cumplia al Rey su señor, no pensó en al sino en se quitar de toda afrenta y cumplir su viaje, segun le era mandado; mas tanto no se pudo arredrar que tomado no fuese, y traido delante de Grasandor así armado como estaba: preguntóle quién era; y él dijo que él era un caballero del rey Lisuarte, que iba con su mandado al Emperador de Roma; y que si él por cortesía le mandase soltar, y pudiese cumplir su camino, que mucho se lo agradeceria, pues que causa ni razon ninguna habia para lo detener. Grasandor le dijo: Caballero, como quiera que yo espero de ser muy presto contra ese Rey que decís en ayuda de Amadis de Gaula, y por esto sea obligado á no tratar bien á ninguno de los suyos, quiero usar con vos de toda mesura y dejaros ir, á tal partido, que me digais vuestro nombre y el mandado que al Emperador llevais. Guiontes le dijo: Si por no deciros mi nombre, y á lo que voy ganase mas honra, y el Rey mi señor fuese mas servido, escusado seria preguntármelo, pues que seria en vano; pero porque mi embajada es pública y en decirla con quien yo soy cumplo mas lo que debo, haré lo que me pedís. Sabed que á mí llaman Guiontes, y soy sobrino del rey Lisuarte, y el mensaje que llevo es traer âl Emperador con todo su poder lo mas presto que pueda para que se junte con el Rey mi tio, y vayan contra aquellos que á la infanta Oriana tomaron en la mar, como entiendo que habreis sabido, porque cosa tan grande no se puede escusar de ser pública en muchas partes del mundo; así por ser tan nombrados y preciados en todo él los que lo hicie-

ron, como por ser la ofensa hecha á dos personas tan principales y de tanto valor como lo son mi tio y el Emperador de Roma, el cual en esto ha sido el mas agraviado, y el que mas debe sentir esta afrenta; lo uno por haber perdido al príncipe Salustanquidio su primo, y lo otro por haber perdido á su esposa la muy hermosa princesa Oriana, y estar en prision como lo estan el arzobispo de Talancia y la reina Sardamira; y conforme á esta tan gran pérdida, así estaba juntando toda la mas gente que podria para hacer tan grande la venganza en aquellos que tal afrenta le hicieron, especialmente en Amadis de Gaula, que la enemistad que con él tiene es mayor que con ninguno de los que con él fueron en este hecho, así por ser el caudillo de los demás, como tambien por le haber muerto á don Garandan, que era un caballero muy principal de su linaje, estando Amadis en la corte del rey Tafinor de Bohemia, llamándose el caballero de la Verde Espada. Agora vos he dicho todo lo que saber quereis, y dejadme ir si vos pluguiere mi camino. Grasandor le dijo: Vos lo habeis dicho como caballero; yo os suelto, que os vais donde quisiéredes, y venid presto con ese que decís, que presto hallaréis los que buscais.

Así se fue Guiontes, y Grasandor mandó á uno de aquellos caballeros que con él iban que en una barca que allí llevaban se tornase para su padre y le dijese aquellas nuevas, y lo que aquel caballero le habia dicho; y pues el hecho estaba en tal estado, que le pedia por merced le avisase cuando el Emperador su gente moviese para ir al rey Lisuarte, y que sin otro llamamamiento que le fuese hecho enviase toda su gente á la ínsula Firme con el conde Gastiles, porque seyendo lo suyo lo primero en mucho mas seria tenido. Y el escudero lo hizo así como su señor lo mandó, que entrando en la barca se volvió para Bohemia, y dió al Rey su mandado, lo cual por este Rey sabidas tales nuevas que su hijo le envió, mandó partir su flota con mucha gente y

bien armada, como aquel que con mucha aficion y amor estaba de acrecentar la honra y provecho de Amadis. Grasandor tiró por su mar adelante, y al amanecer del siguiente dia de súbito se levantó un bravo y oscúro temporal, y muy grande tormenta, que muchas veces estuvieron al punto de ser perdidos, y hácia la parte que navegaban les sobrevino un viento tan recio, que el maestel del navío, aunque muy fuerte y fornido era le tronchó con el cual, y con las grandes velas dió en el ancho mar. Entonces fue el temor de todos muy mayor, sino fue en el muy valiente y esforzado caballero Grasandor que nunca el peligro y gran tormenta que al presente via le puso en punto de pavor mas que si nada pasado hubiera; y lo que él sentia era la dilacion de no ver al su muy grande amigo Amadis de Gaula. Así que en esta tan temerosa tormenta se les pasó la mayor parte del dia, y ya la noche les sobrevenia y la gran tormenta se habia aplacado. Cuando Bayeno, un excelente marinero, que muy diestro era en el arte de la navegacion, que el Rey de Bohemia habia hecho ir en compañía de su hijo, reconoció la tierra, que ya otras muchas veces por allí habia navegado; y volviéndose para el príncipe Grasandor con muy grande alegría le pidió albricias, y díjole que antes que la noche cerrase serian surtos en el puerto de la ínsula Firme, la cual estando en esto descubrieron muy clara que todos la vieron; y como algunos de la ínsula Firme los vieron dijéronlo á Amadis, y él mandó que fuesen á saber quien venia en aquella nao, y así se hizo. Y cuando le dijeron que era el príncipe Grasandor, hijo del Rey de Bohemia, hubo muy gran placer, y cabalgó y fuese á la posada de don Cuadragante, y tomaron consigo á Agrajes, y fueron á lo recibir con gran alegria, los cuales iban muy ricamante aderezados conforme á tan grandes señores convenia, é iban desta manera. Amadis de Gaula iba en un hermoso caballo ruano guarnecido de verde, y las ropas que él llevaba tambien eran de terciopelo verde con muy rica guarnicion, dando á entender la

grande esperanza que tenia de ver acabada aquella tan peligrosa guerra muy á su honra y de su señora Oriana y un capote con muchos ojales de oro para él, con lo cual acrecentaba su hermosura. Don Cuadragante iba cabalgando en una hacanea blanca y guarniciones blancas y su vestido amarillo con muy buena guarnicion. Agrajes iba cabalgando en un caballo morcillo con guarniciones doradas y caparazon de brocado, el cual iba vestido de negro como aquel que no era enamorado. Estos tres caballeros de cuenta, con otros muchos caballeros que no eran de tanta cuenta, que por la prolijidad se dejan de poner, fueron á recibir á este príncipe Grasandor, porque de todos era tan amado, que no solamente estos tres principales caballeros mas toda la demas gente se holgaban y mostraban gran alegría con su venida. Y cuando llegaron al puerto ya era salido de la mar Grasandor y todos sus caballeros, y estaban todos á caballo; y cuando Grasandor vido venir á Amadis contra sí, adelantóse de los suyos, y fuelo á abrazar con tanto placer y contento de su corazon, que pensar no su puede; y no con menos contento Amadis se fue para él y estuvieron así abrazados por un espacio, y dijole Amadis: Mi señor Grasandor vos seais muy bien venido, y mucho placer he con vuestra vista. Mi buen señor, dijo él, á Dios plega por la su merced que siempre conmigo placer hayais, que sea tan crecido como lo yo traigo en saber que el Rey mi padre y yo os podemos pagar algo de aquella gran deuda en que nos dejasteis; y bien será que sepais unas nuevas que en el camino por dó vengo hallé, para que con tiempo pongais el remedio que para tal cosa se requiere. Amadis le dijo: Pues señor, contadnos esas nuevas. Entonces Grasandor le contó lo que de Guiontes habia sabido, así como ya lo oisteis que lo prendió, y como desde allí envió á su padre para que en sabiendo que la gente del Emperador movia, que él sin otro llamamiento enviase luego toda su gente, en lo cual no pusiese duda alguna, sino que vernia antes que la de los contra-

rios, y que de allí perdiese cuidado del llamamiento. Don Cuadragante dijo: Si todos nuestros amigos con tal voluntad nos ayudan como este señor, no temeríamos mucho esta afrenta. Así se fueron al castillo, y Amadis llevó á su posada á Grasandor, y hizo aposentar los suyos y mandóles todo lo que hubiesen menester, y envió á todos aquellos señores que viniesen á ver aquel príncipe tan honrado que les era venido, los cuales así lo hicieron que luego vinieron todos á la posada de Amadis, así vestidos de paños de seda muy preciados; como siempre en los lugares que algun reposo tenian lo habian acostumbrado; y cuando Grasandor los vido y vió tantos caballeros, y de que su fama por todas partes tan sonada era, mucho fue maravillado y por muy honrado se tuvo en se ver en compañia de tales hombres. Todos llegaron con mucha cortesía á lo abrazar, y él á ellos y le mostraron mucho amor. Amadis les dijo; Buenos señores, bien será que vosotros sepais lo que este caballero nos dijo de lo que del rey Lisuarte supo. Entonse lo contó todo, como lo ya oisteis, y todos dijeron que seria bien que fuesen enviados otros mensajeros á llamar la gente que apercibida estaba, y así se hizo. Y porque muy larga y enojosa seria esta escritura si por extenso se dijesen las cosas que en estos viajes pasaron, solamente vos contarémos que llegados estos mensajeros á donde iban, las gentes por sus señores fueron llamadas y metidas en sus naves, y caminaron todas á la ínsula Firme cada uno con los que se dirán. El buen rey Perion trujo de los suyos y de sus amigos tres mil caballeros. El rey Tafinor de Bohemia con el conde Galtines mil y quinientos caballeros. Tantales, mayordomo de la reina Briolanja, trujo mil y doscientos caballeros. Branfil, hermano de don Bruneo trujo seiscientos caballeros. Landin, sobrino de don Cuadragante trujo de Irlanda seiscientos caballeros. El rey Ladajan de España envió á su hijo don Brian de Monjaste con dos mil caballeros. Don Gandales trujo del rey Languines de Escocia, padre de Agrajes, mil y quinientos caballeros.

La gente del Emperador de Constantinopla que trujo Gastiles su sobrino fueron ocho mil caballeros. Todas estas gentes que la historia cuentà llegaron á la ínsula Firme, y el primero que allí vino fue el rey Perion de Gaula, por la priesa que se dió, y porque su tierra era mas cerca que ninguna de las otras; y si él fue bien recibido de sus hijos, y de todos aquellos señores no es necesario decillo, y así mesmo del gran placer que con ellos hubo. Y por él fue acordado que toda la gente de la ínsula Firme saliese con sus tiendas y aparejos á una vega que debajo del castillo estaba, que muy llana y hermosa era, cercada de muchas arboledas en que habia muchas fuentes; y así se hizo, que desde allí adelante todos estaban en el real en el campo, y así como la gente venia, así era allí luego aposentada, y des que todos fueron juntos, ¿quién vos podrá decir qué caballeros y qué armas allí eran? Por cierto podeis creer que en memoria de hombres no era que gente tan escogida y tanta como aquella, fuese en ninguna sazon junta como esta lo fue. Oriana, á quien mucho pesaba desta discordia no hacia sino llorar y maldecir su ventura: pues la habia traido á tal estado que tan gran perdicion de gentes, si Dios por su misericordia no lo remediase, á su causa fuese venida; pero aquellas señoras que con ella estaban con mucha piedad y amor le daban consuelo, diciendo que ni ella ni los que en su servicio estaban eran cargo de nada desto ante Dios ni ante el mundo; y aunque no quiso la hicieron subir á lo mas alto de la torre, de donde toda la vega y gente se parecia. Y cuando ella vido todo aquel campo cubierto de gentes y tantas armas relucir, y las tiendas, no pensó sino que todo el mundo era allí ajuntado; y cuando todos estaban mirando que en algo no entendian, Mabilia se llegó á Oriana y le dijo muy paso: ¿Qué os parece, señora, hay en el mundo quien tal servidor y amigo como vos teneis tenga? Oriana dijo: ¡Ay mi señora y verdadera amiga! ¿qué haré? que mi corazon no puede sufrir en ninguna manera lo que veo, que desto no

me puede redundar sino mucha desventura, que de un cabo está este que decis que es la lumbre de mis ojos y el consuelo de mi triste y desconsolado corazon, sin el cual seria imposible poder vivir yo, y del otro está mi padre, que aunque muy cruel le he hallado, no le puedo negar aquel verdadero amor que como hija le debo. Pues cuitada de mí ¿qué haré? que cualquier destos que se pierda siempre seré la mas triste y desventurada todos los dias de mi vida que nunca mujer lo fue; y comenzó á llorar apretando las manos una con otra.

Mabilia le tomó por ellas y díjole: Señora, por Dios os pido que dejeis estas congojas y tengais esperanza en Dios, el cual muchas veces por mostrar su gran poder trae las cosas semejantes de gran espanto con muy poca esperanza de se poder remediar; y despues con no pensado consejo les pone el fin al contrario de lo que los hombres piensan; y así, señora, puede acaecer en esto si á él le pluguiere. Y puesto caso que la rotura por él permitida esté, habeis de mirar que una fuerza tan grande como es la que vos hacen, que sin otra mayor no se podia remediar. Pues dad gracias á Dios que no es en cargo vuestro, como estos señores vos han dicho. Oriana, como muy cuerda fuese, bien entendió que decia verdad, y algun tanto fue consolada. Pues así estuvieron gran pieza mirando, y despues acogiéronse á sus aposentos. El rey Perion, de que vido toda la gente aposentada, tomó consigo á Grasandor, hijo del Rey de Bohemia, y Agrajes, y dijo que queria ver á Oriana; y así se fue con ellos al castillo, y mandó á Amadis y á don Florestan que quedasen con la gente. Cuando Oriana supo la venida del Rey mucho le plugo, porque despues que él por su ruego hizo caballero á Amadis su hijo, llamándose el Doncel del Mar, estando en casa del rey Languines de Escocia, así como el primero libro desta grande historia lo cuenta, nunca lo habia visto hasta entonces, y juntó consigo todas aquellas señoras para lo recibir. Pues el Rey y aquellos caballeros llegados á su aposentamiento, entra-

ron donde Oriana estaba, y el Rey la saludó con mucha cortesía, y ella á él muy humildemente, y despues á la reina Sardamira, y á todas las otras infantas y señoras; y Mabilia vino á él, y hincó los hinojos en la tierra y quísole besar las manos ;mas él las tiró para sí y abrazóla con muy crecido amor, y díjole: Mi buena señora, muchas encomiendas vos traigo de la Reina vuestra tia y de vuestra prima Melicia, como aquella á quien ellas mucho aman y precian, y Gandalin vos traerá su mandado, que quedó para venir con Melicia, que será aquí con vos, y hará compañía á esta señora que tambien lo merece. Mabilia le dijo: Dios se lo agradezca por mí lo que, señor, me decís, y yo se lo serviré en lo que á mi mano venga; y mucho soy leda de la venida de mi prima Melicia, y así lo hará esta princesa, que ha mucho tiempo que la desea ver, por buenas nuevas que della se dicen. El Rey se tornó para Oriana y díjole: Mi buena señora, la razon que me ha dado causa de sentir y me pesar mucho de vuestra fatiga, aquella misma con mucho deseo me obliga de procurar el remedio della; y por esto soy aquí venido, donde á nuestro señor plega de me dar gracia, que las cosas de vuestro servicio y honra serán acrecentadas como yo lo deseo, y vos, mi buena señora, lo deseais; y mucho maravillado estoy del Rey vuestro padre, que siendo tan cuerdo y tan cumplido en todas las buenas maneras que Rey debe tener, que en este caso que tanto á su honra y fama toca, tan cuerda y cortamente se haya habido; y ya que lo primero tanto errado fuese debiéralo enmedar en lo segundo, que me han dicho todos estos caballeros que con mucha cortesía le han requerido con la paz, y que no los quiso oir; y sí alguna escusa para su desculpa tiene, no es al, salvo que los grandes yerros tienen esta dolencia, que no saben volver las espaldas para se tornar al buen conocimiento; antes estando rigurosos en su yerro y porfía, piensan con otros yerros y insultos muy mayores dar remedio á los primeros. Pues el provecho y honra que desto se le apareja. Dios, que

es el verdadero saber y juez de la gran sinjusticia y sin razon, que vos hace lo sabe, que en esta cosa tan señalada muy señaladamente mostrará su poder, y vos, mi señora, en él tened mucha esperanza, que él vos ayudará y tornará aquella grandeza que vuestra justicia y gran virtud merece. Oriana, como muy entendida era, y todas las cosas mejores que otra mujer conociese, miróle mucho al Rey, y parecióle tan bien en su persona como en su habla que nunca vido otro que así le pareciese, y bien conoció que aquel merecia ser padre de tales hijos, y que con mucha razon era loado y corria su fama por todas las partes del mundo por uno de los mejores caballeros que en él habia; y fue tan consolada en lo ver, que si el amor que á su padre habia tan grande no fuera, que en muy grandes congojas y cuidados la tenia puesta, no tuviera en nada que todo el mundo fuera contra ella, teniendo de su parte tal caudillo con la gente que él gobernar esperaba, y díjole: Mi buen señor, ¿ qué gracias vos puedo dar desto que me habeis dicho, una pobre captiva desheredada doncella como yo lo soy? Por cierto no otras ningunas, sino las que vos han dado todas aquellas á quien con mucho peligro hasta aquí socorrido habeis, que son servir á Dios en ello y ganar aquella gran fama y prez que entre las gentes habeis ganado. Una cosa demando que por mí se haga, demás de ser tan grandes beneficios que de vos, mi buen señor, recibo; que es, que en todo lo que la concordia se pudiere poner se ponga con el Rey mi madre, porque no solamente nuestro Señor seria servido en se escusar muertes de tantas gentes, mas yo me ternia por la mas bienaventurada mujer del mundo si acabar se pudiese. El Rey le dijo: Las cosas son llevadas en tal estado, que muy dificultoso seria poderse hallar la igualeza de las partes; pero muchas veces acaece en el extremo de las roturas se hallar la concordia que con mucho trabajo hasta allí hallar no se pudo, y así en esto puede acaecer; y si tal se hallase, podeis vos mi buena señora ser cierta, que así por el servicio de Dios

como por el vuestro, con toda aficion será por mi voluntad otorgado, como aquel que desea mucho serviros. Oriana se lo agradeció con mucha humildad, como aquella en quien todavirtud reinaba mas que en otra mujer. En este comedio que el rey Perion con Oriana hablaba, Agrajes y Grasandor hablaban con la reina Briolanja, y la reina Sardamira, y Olinda y las otras señoras. Y cuando Grasandor vido á Oriana y á aquellas señoras tan extremadas en hermosura y gentileza sobre todas cuantas él habia visto ni oido, estaba tan espantado, que no sabia qué decir, y no podia creer sino que Dios por su mano las habia hecho. Y como quiera que á la hermosa Orina, y á la reina Briolanja y á Olinda ninguna se le podia igular, sino fuese Melicia, que por venir estaba, tan bien le pareció el buen donaire, gracia y gentileza de la infanta Mabilia y su gran honestidad, que desde aquella hora adelante nunca su corazon fue otorgado de servir ni amar á ninguna mujer como aquella; que así fue preso su corazon, que mientras mas la miraban mas aficion le ponia, como en semejantes tiempos y autos suele acaecer. Pues estando así casi turbado, como caballero mancebo, que nunca del reino de su padre habia salido, preguntó á Agrajes que por cortesía le quisiese decir los nombres de aquellas señoras que allí con Oriana estaban. Agrajes le dijo quien eran todas y la grandeza de sus estados; y como aun Mabilia estuviese con el rey Perion y con Oriana, tambien le preguntó por su nombre; y Agrajes le dijo como era su hermana, y creyese que en el mundo no habia mujer de mejor talante ni mas amada de cuantos la conocian. Grasandor calló, que no dijo nada, y bien juzgó por su corazon que Agrajes decia en todo verdad, y así era, que todos cuantos á esta hermosa infanta conocian la amaban por la grande humildad y gracia que en ella habia. Estando asi con mucho placer todos por se le dar á Oriana; que alegrar no se podia, la reina Briolanja dijo á Agrajes: Mi buen señor y gran amigo, yo he menester de hablar con don Cuadragante y con Brian de Monjaste delan-

te de vos sobre un caso; ruego vos mucho que los hagais venir aqui antes que os vais. Agrajes le dijo: Señora, eso luego se hará, y mandó á un criado suyo que los llamase; los cuales vinieron, y la Reina los apartó con Agrajes y les dijo: Mis señores, ya sabeis el peligro en que me vi, donde despues de Dios la bondad de vosotros me libró, y como metistes en mi prision aquel mi primo Trion, el cual yo tengo preso; y pensando mucho que haré dél, de un cabo veo ser este hijo de Abiseos, mi tio, que á mi padre á tan gran tuerto y traicion mató, y que la simiente de tan mal hombre debria perecer, porque sembradas por otras partes no pudiesen nacer de ella semejantes traiciones; y de otro constreñidome el gran deudo que con él tengo, y que muchas veces acaece ser los hijos muy diversos de los padres; y que al acometimiento que este hizo, fue como mancebo por algunos malos consejeros, como lo he sabido, no sé determinar en lo que haga, y por esto os hice llamar, para que, como personas que en esto y en todo vuestra grande discrecion alcanza lo que hacer se debe, me digais vuestro parecer. Don Brian de Monjaste le dijo: Mi buena señora, vuestro gran seso ha llegado tanto el cabo lo que en este caso decir se podria, que no queda que consejar, salvo traeros á la memoria, que una de las causas por donde los principes y señores son loados, y sus estados y personas seguros y en mucho tenidos, es la clemencia, porque con esta siguen la doctrina de aquel cuyos ministros son; al cual, haciendo las personas lo que deben se debe referir todo lo restante; y seria que porque mas vuestra duda se aclarase en determinar el un camino de los que, señora, habeis dicho, lo mandásedes aquí venir, y hablando con él por la mayor parte se podria juzgar algo de lo que ver ni adevinar por el cabo en ausencia suya se podria. Todos tuvieron por bien lo que don Brian dijo, y así se hizo; que la Reina rogó al rey Perion que se detuviese alguna pieza hasta que con aquellos caballeros tomase conclusion de un caso en que mucho le iba. Venido Trion, pareció delante de

la Reina con mucha humildad, y con tal presencia que bien daba á entender el gran linaje donde venia. La Reina le dijo: Trion, si yo tengo causa de vos perdonar ó mandar poner en ejecucion la venganza del yerro que me hicistes, vos lo sabeis, pues tambien vos es notorio lo que vuestro padre al mio hizo; pero cómo quiera que las cosas hayan pasado, conociendo que el mayor deudo que en este mundo yo tengo sois vos; soy movida, no solamente á haber piedad de vuestra juventud, habiendo en vos el conocimiento que de razon haber debeis, mas á os tener en aquel grado y honra que si de enemigo que me habeis sido me fuésedes amigo y servidor. Pues yo quiero que delante destos caballeros me digais y declareis vuestra voluntad, y sea tan enteramente, que buena ó al contrario parezca sin temer en vuestra boca sino aquella verdad que hombre de tan alto lugar decir debe. Trion, que otra peor nueva esperaba, dijo: Señora, en lo que á mi padre toca no se responder; porque la tierna edad en que yo quedé me escusa; en lo mio cierto es, que así por el mi querer y voluntad, como por lo de otros muchos que me aconsejaron, yo quisiera poneros en tal estrecho y á mí en tanta libertad, que pudiera alcanzar el estado y que la grandeza de mi linaje demanda; pero pues que la fortuna asi en lo primero de mi padre y de mis hermanos como en esto segundo me ha querido ser tan contraria, no siento quedar en mí reparo, salvo conociendo ser vos la derecha heredera de aquel reino que de nuestros abuelos quedó; y la gran piedad y merced que me haceis, alcance con muchos servicios y por vuestra voluntad lo que por fuerza mi corazon deseaba. Pero vos Trion, dijo la Reina, si así lo haceis y me sois leal vasallo, yo vos seré, no solamente prima mas hermana verdadera, y de mi alcanzaréis aquellas mercedes con que vuestra honra quede satisfecha, y vuestro estado muy contento.

Entonces Trion hincó los hinojos y besóle las manos; y de allí en adelante este Trion le fue á esta noble Reina

tan leal en todas las cosas, que así como ella mesma todo el reino mandaba. Donde los grandes deben tomar ejemplo para que sean inclinados á perdon y piedad en muchos casos que se requieren tener con todos, y muy mejor con los sus deudos, agradeciendo á Dios que seyendo de una sangre de un arbolorio los hizo señores dellos, y á ellos sus vasallos, y aunque algunas veces yerren, sufren el enojo considerando el gran señorío que sobre ellos tienen. La Reina le dijo: Pues apartando de mí todo enojo ,y dejándoos en vuestro libre poder , quiero, que tomando cargo de gobernar y mandar esta mi gente hagais aquello que la voluntad de Amadis fuere. Mucho loaron aquellos caballeros lo que esta muy hermosa Reina hizo. Y de allí en adelante este caballero por ellos fue muy honrado, como adelante mas largamente se dirá, y por todos los otros que su bondad y gran esfuerzo conocieron. El rey Perion se despidió de Oriana y de aquellas señora , y con aquellos caballeros se tornó al real. Y la reina Briolanja encargó mucho á Agrajes que hiciese conocer á Trion su primo con Amadis, y le dijese todo lo que con él habia pasado contándoselo por extenso. Pues llegado el rey Perion al real halló que entonces llegaba allí Balais de Carsante con veinte caballeros de su linaje muy buenos, y muy bien armados y aparejados para servir de ayuda á Amadis. Y quiero que sepais que este fue uno de los caballeros que Amadis sacó de la prision de Arcalaus el encantador con otros muchos, y el que cortó la cabeza á la doncella que juntó á Amadis y á su hermano don Galaor para que se matasen. Y por cierto si por este no fuera , al uno dellos convenia morir, ó entrambos, así como el primer libro desta grande historia lo cuenta. Este Balais dijo al Rey y á todos aquellos caballeros, como el rey Lisuarte estaba en el real cerca de Vindilisora, y que segun le habian dicho, que podria tener hasta seis mil de á caballo y otras gentes de á pié; y que el Emperador de Romá era llegado al puerto con muy gran flota, y toda la gente salia

de la mar, y asentaban su real cerca del rey Lisuarte; y que así mesmo era venido á Gasquilan, rey de Suesa, y que traia ochocientos caballeros de muy buena gente; y el rey Cildadan era ya allá pasado con dos cientos caballeros, y que creia que en aquellos quince dias no moveria de allí porque la gente venia muy fatigada de la mar. Esto pudo muy bien saber ese Balais de Carsante por un fuerte castillo muy bueno que él tenia en el señorío del rey Lisuarte y estaba en tal comarca donde sin mucho trabajo podria muy bien saber todas las nuevas de la gente. Así pasaron aquel dia holgando por aquellos campos, aderezando todas sus armas y caballos para la batalla, aunque todas eran hechas de nuevo, tan ricas y lucidas como adelante se dirá. Otro dia de gran mañana llegó al puerto el maestro Elisabat con la gente de Grasinda, en que venian quinientos caballeros y archeros, todos muy buena gente. Cuando Amadis lo supo, tomó á Angriote de Estrabaus á don Bruneo de Bonamar, y fue á lo recibir con aquella voluntad y amor que la razon le obligaba; y hicieron salir toda la gente de la mar, y aposentáronla en el real con la otra gente; y Libio, sobrino del Maestro, con ella, como su capitan. Y ellos tomaron al maestro Elisabat entre sí, y con mucho placer que con él hubieron lo llevaron al rey Perion, y Amadis le dijo quien era, y lo que por él habia hecho, como la tercera parte de esta historia lo cuenta en la muerte del Endriago; y como no le pudiera venir á tan buen tiempo persona que tanto les aprovechara. El rey Perion lo recibió muy bien y de buen talante, y díjole: Mi buen amigo, quede para despues de la batalla, si vivos quedáremos, la disputa ¿á quién debe agradecer mas Amadis mi hijo, á mí que despues de Dios de nada lo hice, ó á vos que de muerto lo tornastes vivo? El maestro le besó las manos, y con mucho placer le dijo: Señor, sea así como lo mandais, que hasta que mas se vea no quiero daros la ventaja de á quién es mas obligado. Todos hubieron placer de lo que el Rey dijo y de la respuesta del maestro

Elisabat, y luego dijo al Rey: Mi señor, yo os traigo dos nuevas que os cumple saber, y son, que el Emperador de Roma es ya partido con su flota, en la cual, segun fuí certificado de personas que allá envié, lleva diez mil de caballo; y asi mesmo me llegó mandado de Gastiles, sobrino del Emperador de Constantinopla, como ya era dentro en la mar con ocho mil de caballo que su tio enviaba en ayuda de Amadis, y que á su creer en este tercero dia será en el puerto. Todos cuantos lo oyeron fueron muy alegres y muy esforzados con tales nuevas, especial la gente de mas baja condicion. Pues así como oís estaba el rey Perion con toda aquella compaña atendiendo la gente que venia y aderezando lo que necesario para la batalla era.

CAPITULO XXV.

Como el Emperador de Roma llega en la Gran Bretaña con su flota, y de lo que el rey Lisuarte y él hicieron.

Dice la historia que Guiontes, sobrinodel rey Lisuarte, despues que de Grasandor se partió, como habeis oido, él se fue derechamente á Roma, y así con su priesa como con la que el Emperador se daba, muy prestamente fue armada gran flota, y guarnida de aquellos diez mil caballeros que vos ya contamos. Y luego el Emperador se metió á la mar, y sin ningun embargo que en el camino hubiese llegó en la Gran Bretaña á aquel puerto de la comarca de Vindilisora, donde sabia que el rey Lisuarte estaba; y como él lo supo cabalgó con muchos hombres buenos, y con aquellos dos reyes, Cildadan y Gasquilan, y fuelo á recibir; y cuando llegó ya toda la gente era de la mar salida y el Emperador con ella, y como se vieron fuéronse á abrazar y recibiéronse con mucho placer. El Emperador le dijo: Si alguna mengua ó enojo, vos, Rey, habeis por mi causa

recibido, yo estoy aquí, que con doblada victoria vuestra honra será satisfecha; y así como yo solo fuí la causa dello, así querria que solo con los mios se me diese lugar para tomar la venganza, porque á todos fuese ejemplo y castigo que á tan alto hombre como yo soy nadie se atreviese á enojar. El Rey le dijo: Mi buen amigo y señor, vos y vuestra gente venís maltratados de la mar, segun el largo camino, mandadlos salir y aposentar, y refrescarán del trabajo pasado, y entre tanto habrémos aviso de nuestros enemigos, y sabido podréis tomar el lugar y consejo que os mas placerá. El Emperador quisiera que luego fuera la partida; mas el Rey que mejor que él sabia lo que necesario era, y con quién habia la cuestion, detúvola hasta el tiempo convenible, que bien sabia que en aquella batalla estaba todo su hecho. Así estuvieron en aquel real bien ocho dias allegando la gente que de cada dia venia al Rey. Pues así acaeció que andando un dia el Emperador y los reyes, y otros muchos señores y caballeros, cabalgando por aquellas vegas y prados alderredor del real, vieron venir un caballero armado en su caballo, y un escudero con él que le traia las armas; y si alguno me preguntase quien era, yo le diria que Enil, el buen caballero, sobrino de don Gandales, y como al real llegó preguntó si estaba alli Arquisil, un pariente del emperador Patin, y fuele dicho que sí, y que cabalgaba con el Emperador; y cuando esto oyó fue muy alegre, y fuese donde vido andar la gente, que bien pensó que allí estaria, y cuando á ellos llegó halló que el Emperador y aquellos reyes estaban hablando en un prado cerca de una ribera en las cosas que á la batalla pertenecian; y Enil supo que con ellos estaba Arquisil, y él se fue para ellos y saludólos muy humildemente y ellos le dijeron que fuese muy bien venido y qué demandaba. Enil, cuando esto oyó, dijo: Señor, vengo de la ínsula Firme con mandado de aquel noble caballero Amadis de Gaula, mi señor, hijo del rey Perion, á un caballero que se llama Arquisil. Cuando esto oyó Arquisil que por él preguntaban

dijo: Caballero, yo soy el que vos demandais decid lo que quisiéredes que oido vos será. Enil le dijo: Arquisil, Amadis de Gaula os hace saber como llamándose el caballero de la Verde Espada, estando en la corte del rey Tafinor de Bohemia llegó allí un caballero llamado don Garandan, con otros once caballeros de los cuales vos fuistes el uno, y que él hubo batalla con el dicho don Garandan, en la cual fue vencido y muerto, siendo vos del todo presente, como vos bien vistes, y que luego otro dia lo hubo con vos y con vuestros compañeros, él y otros once caballeros como se asentó, y que siendo vos y ellos vencidos os tomó en su prision, de la cual á ruego vuestro vos hizo libre, y que le prometistes como leal caballero, que cada vez que por él fuésedes requerido os tornaríades en su poder. Y agora por mi os llama que cumplais lo que hombre de tan alto lugar y tan buen caballero como vos sois debe cumplir. Arquisil dijo: Cierto, caballero, en todo lo que habeis dicho habeis dicho muy grandísima verdad, que así pasó como lo decís. Solamente queda si aquel caballero que se llamaba de la Verde Espada es Amadis de Gaula. Algunos caballeros de los que allí estaban le dijeron que sin duda lo podia creer. Entonces Arquisil dijo al Emperador: Oido habeis, señor, lo que este caballero pide, que yo no puedo escusar, sino cumplir lo que soy obligado, porque podeis creer que él me dió la vida y me quitó que no me matasen aquellos que gran voluntad lo tenian; y por esto, señor, os suplico no os pese de mi ida, que si la dejase en tal caso no era razon que hombre tan poderoso y de tan alto linaje como vos me tuviese por su deudo ni en su compañía. El Emperador, como era muy acelerado, y las mas veces miraba mas al contentamiento de su pasion ó aficion que á la honestidad de la grandeza de su estado, dijo: Vos, caballero, que de parte de Amadis habeis venido, decidle que harto debe estar de me hacer los enojos que los pequeños suelen á los grandes hacer; de otra manera bien apartado esta, y que venido es el tiempo que él sabrá quien yo soy y lo que

puedo, que me no escapará en ninguna parte, ni en esa cueva de ladrones en que se, acoge que me pague lo que me ha hecho con las setenas á mi voluntad; y vos Arquisil cumplid en lo que vos piden, que no tardará mucho que vos no meta en mano este de quien sois preso para que hagais dél lo que os placerá. Enil, cuando esto oyó, fue muy sañudo, y pospuesto todo temor dijo: Bien creo, señor, que Amadis os conoce; que ya otra vez os vió, mas como á caballero andante que como á gran señor; y así mesmo vos á él; que no vos partistes de su presencia tan livianamente. Pues en lo de agora, así como vos venís de otra forma, asi él viene á vos buscar; lo pasado júzguelo quien lo sabe, y Dios lo porvenir, que á él y no á otro alguno le es dado.

Como el rey Lisuarte aquello vido, hubo recelo que por mandado del Emperador aquel caballero algun daño recibiese, de lo cual él sentiria gran pesar, y así lo habia habido de todo lo que le habia oido decir; porque muy apartado era de su condicion, sino como Rey ser honesto en la palabra, y en la obra muy riguroso, y antes que el Emperador nada dijese tomóle por la mano y díjole: Vamos á nuestras tiendas que es tiempo de cenar, y este caballero goce de la libertad que los mensajeros suelen y deben tener. Así fué el Emperador tan sañudo como si el enojo fuera con otro grande como él. Arquisil llevó á Enil á su tienda, y hízole mucha honra, y luego se armó, y cabalgando en su caballo se fué con él. Pues aquí no cuenta de cosa que le acaeciese, sino que llegaron á la ínsula Firme en paz y concordia; y como cerca del real fueron y Arquisil vió tanta gente, que ya del Emperador de Constantinopla era llegada, fué mucho maravillado de la ver, y calló que no dijo nada, antes mostró que no lo miraba. Y Enil lo llevó á la tienda de Amadis, donde así dél como de los otros caballeros que con él estaban fué muy bien recibido. Pues allí estuvo Arquisil cuatro dias, que Amadis le traia consigo, y le mostraba toda la gente y los señalados caballeros, y décíale sus nombres, los cuales

por sus bondades y grandes hechos de armas eran muy conocidos por todas partes del mundo. Mucho se maravillaba de ver tal caballería, en especial de aquellos muy hermosos caballeros, que bien creia que si algun revés el Emperador habia de haber, no era sino por estos, que de la otra gente no temia mucho ni se curaba dellos si tales caudillos no tuviesen, que el esfuerzo destos era bastante para hacer esforzados á todos los de su parte; y bien vió que el Emperador su señor habia menester grande aparejo para les dar batalla; y teníase por malaventurado ser en tal tiempo, que si muy lejos estuviese, oyendo decir de una cosa tan señalada y tan grande como aquella, vernia por ser en ella; pues en ellá estando y no lo poder ser, teníase por el mas desventurado caballero del mundo; y cayó en tal pensamiento que sin lo sentir ni querer las lágrimas le caian por las faces, y esta gran congoja acordó de tentar la virtud y nobleza de Amadis. Así fué, que estando el esforzado Amadis y otros muchos grandes señores y esforzados caballeros en la tienda del rey Perion y Arquisil con ellos, que aun no lo era dicho donde habia de tener prision, él se levantó de donde estaba, y díjole al Rey: Señor, vuestra merced sea de me oir delante estos caballeros con Amadis de Gaula. El Rey le dijo que de grado le oiria todo lo que él tuviese por bien de decir. Entonces Arquisil contó alli todo lo que le aconteció en la batalla que don Garandan, él y los otros sus compañeros hubieron con Amadis y con los caballeros del Rey de Bohemia, y como fueron vencidos, maltrechos y muerto don Garandan; y como Amadis por su gran mesura le quitó á él de las manos de aquellos que gran sabor y intencion tenian de lo matar, y como á ruego y peticion suya le soltó y dejó ir porque pusiese algun reparo á sus compañeros que muy llagados estaban, dejándole en prenda su fe y palabra como su preso de le acudir vez cada que por él fuese requerido, como mas largo lo cuenta la parte tercera de este historia, y que agora fue-

ra por Amadis llamado, y era venido como todos veian para cumplir su palabra, y estar en aquella parte donde por él fuese mandado y señalado; pero que Amadis, usando con él de aquella libertad que su gran mesura y virtud con todos los que su gracia y ayuda habian menester acostumbrado tenia, en le dar licencia para que él en aquella batalla que se esperaba dar tan señalada en el mundo, pudiese al Emperador su señor servir, como debia, por él prometia como leal y buen caballero delante dél y de todos los que allí presentes estaban, si vivo quedase, de venir donde le fuese mandado á cumplir su prision. Amadis, que á la sazon en pié con él estaba por le honrar, le respondió: Arquisil mi buen señor, si yo hubiese de mirar á las seberbias y demasiadas palabras del Emperador vuestro señor, con mucho rigor y crueza trataria todas sus cosas, sin temer que por ello en ninguna desmesura cayese; mas como vos sin cargo seais, y el tiempo nos haya traido á tal estado que la virtud de cada uno de nos será manifiesta, tengo por bien de venir en lo que pedido habeis, y doyos licencia que podais ser en esta batalla, de la cual sin peligro saliendo, seais en esta ínsula dentro de diez dias á cumplir lo que por mí y los de mi parte os fuere mandado. Arquisil se lo agradeció mucho, y ansí lo prometió. Algunos podrán decir por cual razon se hace tanta mencion de un caballero tal como este tan poco nombrado en esta tan gran historia. Digo que la causa dello es así; porque en lo pasado este con mucho esfuerzo trató todas las afrentas que por él pasaron, como adelante oiréis, que por su gran linaje y noble condicion llegó á ser Emperador de Roma; y siempre tuvo á Amadis, que fue la causa de alcanzar tan gran señorío, en lugar de verdadero hermano, como cuando sea tiempo y sazon mas largo se contará. Pues de allí salidos aquellos señores, y recogidos en sus tiendas y albergues, Arquisil se armó, y cabalgando en su caballo se despidió de Amadis y de todos los que con él estaban, y se tornó por el camino que viniera; y no cuenta

la historia cosa que le acaeciera, sino que llegó á la hueste del Emperador, donde dió á todos mucho placer con su venida; y aunque muchas cosas le preguntaron, no quiso decir sino solamente la gran cortesía que de aquel muy noble caballero Amadis habia recibido, que bien podeis creer que sus cortesias eran tales y tantas, que á duro en ningun caballero en algun tiempo se podrian hallar. Y quiero que sepais la causa porque estos caballeros caminaban tan largos caminos sin aventura hallar en los tiempos pasados, era porque no entendian todos en al, salvo en aderezar y aparejar las cosas necesarias para la batalla, que les semejaba segun la grandeza de aquesta gran afrenta, que entremeterse en algunas otras demandas que á esta estorbo pusiesen era cosa de menos valer. Llegado Arquisil al real, habló con el Emperador á parte, y díjole la verdad de todo lo que visto habia, asi de la gran gente de sus contrarios, como de los muchos caballeros señalados que alli estaban, de los cuales le contó por su nombre todos los mas dellos; y como Amadis de Gaula le habia dado licencia por su gran virtud para ser en aquella batalla, no le dando ninguna pena ni se curando mucho dello; y que lo que habia sabido era, que en sabiendo que la hueste movia, moveria luego para él sin ningun temor; y que de todo le avisaba porque hiciese lo que mas cumplia á su servicio. El Emperador cuando esto oyó, aunque muy soberbio y desconcertado fuese, como oido habeis, y así lo era cierto en todas las cosas que hacia, conociendo la bondad deste caballero, por la cual él le tenia mucho amor, y que no le diria sino la verdad; cuando esto oyó fué desmayado, así como lo suelen ser todos aquellos que su esfuerzo depende mas en palabras que en obras; y ya no quisiera ser puesto en aquella demanda, que bien conoció la gran diferencia de la una gente á la otra, y nunca él pensó, segun el gran poder suyo, junto con el del rey Lisuarte, que Amadis tuviera facultad ni aparejo para salir de la insula Firme, y que allí lo cercarian, así

por la tierra como por la mar, de manera que ó por hambre ó por otro partido alguno pudiera cobrar á Oriana y la falta y mengua que sobre su honra tenia; y de allí adelante, mostrando mas esperanza y esfuerzo que en lo secreto tenia, procuró de se conformar con la voluntad del rey Lisuarte y de aquellos hombres buenos. Así estuvieron en aquel real quince dias tomando alarde y recibiendo caballeros que de cada dia les venian: así que hallaron que eran por todos estos porque se siguen: El Emperador trajo diez mil de caballo. El rey Lisuarte seis mil y quinientos. Gasquilan, rey de Suesa, ochocientos. El rey Cildadan doscientos. Pues todo aderezado, mandó el Emperador y los reyes que el real moviese, y la gente fuese detenida en aquella gran vega por donde habian de caminar; y así se hizo, que puestos todos en sus batallas, el Emperador de sus gentes hizo tres haces. La primera dió á Floyan, hermano del príncipe Salustanquidio, con dos mil y quinientos caballeros. La segunda dió á Arquisil con otros tantos, y él quedó con los cinco mil para los hacer espaldas; y rogó al rey Lisuarte que tuviese por bien que él llevase la delantera, y así se hizo; aunque él mas quisiera llevarla á su cargo, porque no tenia en mucho aquella gente, y habia miedo que del desconcierto dellos les podria venir algun revés; pero otorgólo por le dar aquella honra, lo cual en semejantes casos es mal mirado, que apartada toda aficion se debe seguir lo que la razon guia. El rey Lisuarte hizo de su gente dos haces: en la una puso con el rey Arban de Norgales tres mil caballeros, y que fuesen con él Norandel, su hijo, don Guilan el Cuidador, don Cendil de Ganota y Brandoibas; y dió de su gente mil caballeros al rey Cildadan y á Gasquilan con tres mil que ellos tenian que fuesen otra haz; y los otros tomó consigo, y dió el su estandarte al bueno de don Grumedan, que con mucho pesar y angustia de su corazon miraba aquel, trueque tan malo que el rey Lisuarte le habia hecho en dejar la gente que contraria tenia por la que

llevaba. Pues hecho esto y concertadas las haces, movieron por el campo tras el fardaje, que iba asentar real con los aposentadores. ¿Quién os podrá decir los caballos y armas tan ricas y tan lucidas, y de tantas maneras como allí iban? Por cierto muy grande trabajo seria en lo contar; solamente se dirán de las que el Emperador, y los reyes, y otros algunos señalados caballeros llevaban; pero esto será cuando el dia de la batalla se armaren para entrar en ella. Mas agora no hablarémos de ellos hasta su tiempo, y contarse ha lo que hizo el rey Perion y aquellos señores que con él estaban en el real cabe la ínsula Firme.

CAPITULO XXVI.

De como el rey Perion movió la gente del real contra sus enemigos, y como repartió las haces para la batalla.

Dice la historia que este rey Perion, como fuese un caballero muy cuerdo y de gran esfuerzo, y hasta allí siempre la fortuna lo habia ensalzado en lo guardar y defender su honra, y se viese en una tan señalada afrenta, en que su persona y hijos y todo lo mas de su linaje se habia de poner, y conociese al rey Lisuarte por tan esforzado y vengador de sus injurias, que al Emperador y su gente no lo preciaba tanto como nada en saber su condicion, que siempre estaba pensando en lo que menester era, porque bien se ternia por dicho, que si la fortuna contraria les fuese, que aquel Rey, como can rabioso, no daria á su voluntad contentamiento con el vencimiento primero; antes con mucha diligencia y rigor, no teniendo en nada ningun trabajo, los buscaria donde quiera que fuesen, como él lo tenia pensado siendo vencedor de lo hacer; y á vueltas de las otras cosas que eran necesarias de proveer, tenia siempre personas en tales partes, de quien supiese lo que sus enemigos hacian, de los cuales fue luego avisado de como la

gente venia ya contra ellos, y en que ordenanza. Pues sabido esto, luego otro dia de mañana se levantó y mandó llamar todos los capitanes y caballeros de gran linaje, y díjoselo, y como su parecer era que el real se levantase, y la gente en aquellos prados se hiciese repartimiento de las haces, porque todos supiesen á qué capitan y seña habian de acudir; y que hecho esto moviesen contra sus enemigos con gran esfuerzo y mucha esperanza de los vencer con la justa demanda que llevaban. Todos lo tuvieron por bien, y con mucha aficion le rogaron que así por su dignidad real y gran esfuerzo y discrecion, tomase á su cargo de los regir y gobernar en aquella jornada, y que todos le serian obedientes. El lo otorgó, que bien conoció que pedian lo justo, y no se podia escusar dello. Pues mandándolo poner en obra, el real fue levantado y la gente toda armada y á caballo puesta en aquella gran vega. El buen Rey se puso en medió de todos en un caballo muy hermoso y muy grande, y armado de muy ricas armas, y tres escuderos que las armas le llevaban, y diez pajes en diez caballos, todos de una divisa, que por la batalla anduviesen y socorriesen á los caballeros que los menester hubiesen; y como él era de tanta edad que lo mas de la barba y la cabeza la tuviese blanca, y el rostro encendido con el calor de las armas y de la orgulleza del corazon; como todos sabian su gran esfuerzo, parecia tan bien, y tanto esfuerzo dió á la gente que lo estaban mirando, que les hacia perder todo pavor, que bien cuidaban que despues de Dios aquel caudillo seria causa de les dar la gloria de la batalla; y asi estando, miró á Don Cuadragante y díjole: Esforzado caballero, á vos encomiendo la delantera; y tú mi hijo Amadis, y Angriote de Estrabaus, y don Gavarte de Val Temeroso, y Enil, y Balais de Carsante, y Landin, que le hagais compañía con los quinientos caballeros de Irlanda, y mil y quinientos de los que yo traje. Y vos, mi buen sobrino Agrajes, tomad la sañuda haz, y vayan con vos don Bruneo de Bonamar y Branfil su hermano con la gente su-

ya y con la vuestra, en que seréis mil y seiscientos caballeros. Y vos, honrado caballero Grasandor, que tomeis la tercera. Y tú, mi hijo don Florestan, y Landin de Tajarque, Dragonis, y Elian el Lozano, con la gente de vuestro padre el Rey, y Trion con la gente de la reina Briolanja, que seréis dos mil y setecientos caballeros, le haced compañía. Y dijo á don Brian de Monjaste: Y vos, honrado caballero mi sobrino, habed la cuarta haz con vuestra gente y con tres mil caballeros del Emperador de Constantinopla, que llevareis cinco mil caballeros, y vayan con vos Mansian de la Puente de Plata, y Sadamon, y Urlandin, hijo del conde Urlan; y mandó á don Gandales que tomase mil caballeros de los suyos y socorriese á las mayores priesas. Y el Rey tomó consigo á Gastiles con la gente que del Emperador le quedaba, y púsose debajo de su seña, y rogó á todos que así mirasen por ella, como si el mesmo Emperado allí en persona estuviese. Concertadas las haces, como habeis oido, movieron todos sus ordenanzas por el campo, tocando muchas trompetas y otros instrumentos de guerra, Oriana, las Reinas, las infantas, las dueñas y las doncellas estábanlos mirando y rogando á Dios de corazon les ayudase, y si su voluntad fuese los pusiese en paz. Mas agora deja la historia de hablar dellos, que se iban á juntar con sus enemigos como oides, y torna á Arcalaus el encantador y su compañía.

CAPITULO XXVII.

Como sabido por Arcalaus el encantador como todas estas gentes se aderezaban para pelear, envió á mas andar á llamar al rey Arábigo y sus compañas.

Arcalaus el encantador, así como oido habeis, tenia apercibido al rey Arábigo, y á Barsinan, señor de Sansueña, y al Rey de la Profunda Insula, que habia escapado de la

batalla de los siete reyes, y á todos los parientes de Dardan el Soberbio, y como supo que las gentes eran venidas al rey Lisuarte y Amadis, envió con mucha priesa á un caballero su pariente que se llamaba Garin, hijo de Grumen, el que Amadis mató cuando á él y á otros tres caballeros con Arcalaus el encantador les tomó á Oriana, así como el libro primero desta historia lo cuenta, y mandóle que no holgase ni dia ni noche hasta lo hacer saber á todos estos reyes y caballeros, y les diese mucha priesa en su venida; y él quedó en su castillo llamando á sus amigos y los del linaje de Dardan, y llegando la mas gente que podia. Pues este Garin llegó al rey Arábigo, el cual halló en su gran ciudad llamada Arábiga, que era la mas principal de todo su reino, del nombre de la cual todos los reyes de allí se llamaban Arábigos, porque su señorío alcanzaba gran parte en la tierra de Arabia; y habló con él todo lo que Arcalaus le hacia saber, y con todos los otros que sus gentes tenian apercebidas; y sabido por ellos aquella nueva, luego sin mas tardar los llevaron todos unos y otros juntos, y asonados cerca de una villa muy buena del señorío de Sansueña, la cual habia nombre Califan, y asentaron sus tiendas en aquellos campos, y serian por todos hasta doce mil caballeros, y allí concertaron toda su flota, que fue asaz grande y de buena gente, con las mas viandas que haber pudieron, como aquellos que iban á reino extraño, y con mucho placer y tiempo aderezado fueron por su mar adelante, y á los ocho dias aportaron en la Gran Bretaña á la parte donde Arcalaus tenia un castillo muy fuerte, puerto de mar. Arcalaus tenia ya consigo seiscientos caballeros muy buenos, que todos los mas dellos desamaban mucho al rey Lisuarte y á Amadis, porque como á malos siempre los habian corrido y muerto muchos de sus parientes, y estos todos los mas andaban huidos. Cuando esta flota allí aportó no vos podria decir el gran placer y contento que los unos con los otros hubieron; y sabido por los espías de Arcalaus como ya las gentes del

rey Lisuarte y de Amadis iban unas contra otras, y el camino que llevaban, y luego á ellos movieron con toda su compaña. La delantera hubo Barsinan, que era mancebo y recio caballero, muy deseoso de vengar la muerte de su padre y de su hermano Gandalod, y demostrar el esfuerzo y ardimiento de su corazon, con dos mil caballeros y algunos archeros y ballesteros. Arcalaus hubo la segunda haz, que podeis creer que en esfuerzo y gran valentia no era peor que él: antes aunque la media mano derecha tenia perdida, que en gran parte no se hallaria mejor caballero ni mas valiente, sino que sus malas obras y falsedades le quitaban todo el prez que su esfuerzo ganaba. Este llevaba los seiscientos caballeros, y el rey Arábigo le dió dos mil y cuatrocientos de los suyos. La tercera haz hubo el rey Arábigo y el otro Rey de la Profunda Insula con toda la otra gente, y llevaba consigo seis caballeros parientes de Brontajar Danfania, el que Amadis mató en la batalla de los siete reyes cuando trajo el yelmo dorado, asi como lo cuenta el tercero libro desta historia; y este Brotajar Danfania era tan valiente, así de cuerpo como de fuerza, que con él, esperaban vencer los de su parte; y ciertamente así fuera, sino porque Amadis vió el gran daño que en las gentes del rey Lisuarte hacia, y que si mucho durase que él bastaba para dar la honra de la batalla á los de su parte, y fue para él y de un golpe se lo tuyó, de manera que cayó en el campo, donde fue muerto. Estos seis caballeros que vos cuento vinieron de la ínsula Sagitaria, donde se dice que al comienzo los sagitarios hacian su habitacion, y eran tan grandes de cuerpo y de fuerza como aquellos que de derecho linaje venian de los mayores y mas valientes gigantes que en el mundo hubo. Pues estos supieron esta gran batalla que se ordenaba y pusieron en sus voluntades de ser en ella; así por vengar la muerte de aquel Brontajar, que era el mas principal hombre de su linaje, como por se probar con aquellos caballeros de que tan gran fama oian; y por esta causa se vinieron al rey

Arábigo, al cual mucho plugo con ellos, y rogóles que fuesen en su batalla, y así lo otorgaron contra su voluntad, que mas quisieran que los mandara poner en la delantera En este comedio llegó allí el duque de Bristoya, que como quiera que él fuera por Arcalaus requerido no habia osado demostrarse, teniendo por liviana cosa lo que decia; mas cuando vió el grande aparejo de gente que habia juntado, tuvo por buen partido de se ir para ellos, por vengar si podia la muerte de su padre, que mataron don Galbanes y Agrajes con Olivas, así como el libro primero desta historia lo cuenta, y por cobrar su tierra que el rey Lisuarte le habia tomado, diciendo que su padre muriera por aleve, y consideró que si al rey Lisuarte le fuese mal, que él podria ser restituido en lo suyo, y vengarse de Amadis y de aquellos que tanto mal le habian hecho; y como llegó y el Arábigo y aquellos señores le vieron, y les dijeron quién era, gran placer hubieron con él y mucho los esforzó en su venida, porque en mas tenia aquel que era natural de la tierra y tenia en ella algunas villas y castillos con lo que traia, que á otro que extraño fuese con mucho mas. Este Duque fue sobresaliente con los suyos y con quinientos caballeros que el Rey le dió; pues con tal compaña como oides y en tal ordenanza, partieron aquellas compañas por una traviesa con las mayores guardas que poner pudieron, con acuerdo de se poner en tal parte donde estuviesen seguros, y saliesen cuando fuese sazon á dar á sus enemigos.

CAPITULO XXVIII.

Como el Emperador de Roma y el rey Lisuarte se iban con todas sus compañas contra la ínsula Firme á buscar á sus enemigos.

Dice la historia que el Emperador de Roma y el rey Lisuarte partieron del real que cabe Vindilisora tenian, con

todas aquellas compañas que dicho vos habemos, y acordaron de andar mucho despacio porque las gentes y caballos fuesen holgados; y aquel dia no anduvieron mas de tres leguas, y asentaron su real cerca de una floresta en un gran llano, y holgaron allí aquella noche, y otro dia al alba dél dia partieron en su ordenanza como vos contamos, y así continuaron su camino, hasta que supieron de algunas personas de la tierra como el rey Perion y sus compañas venian contra ellos, y que los dejaban dos jornadas de donde ellos estaban; y luego el rey Lisuarte mandó proveer que Ladasin el Esgrimador, que se llamaba primo hermano de don Guilan, con cincuenta caballeros fuese descubriendo la tierra siempre de la hueste tres leguas. Y al tercero dia se toparon con la guardia del rey Perion, que así mesmo lo habia proveido con Enil y cuarenta caballeros con él, y allí pasaron los corredores unos con otros, y cada uno lo hizo saber á los suyos y no osaban pelear, porque asi les era mandado; y las huestes llegaron de un cabo y de otro tanto que no habia en medio mas espacio de media legua en un campo muy llano. En estas huestes venian muchos caballeros, grandes sabidores de guerra, de manera que muy poca ventaja se podian llevar los unos á los otros; y no pareció sino que de acuerdo de las partes la una gente y la otra hicieron fortalecer con muchas cavas y otras defensas sus reales, para allí se socorrer si mal les fuese. Así estando estas huestes como oís, llegó Gandalin, escudero de Amadis, que con Melicia, de Gaula á la ínsula Firme habia venido, y habíase aquejado mucho por llegar antes que la batalla se diese, y la causa dello es esta. Ya sabeis como Gandalin era hijo de aquel buen caballero don Gandales que á Amadis crió, y su hermano de leche; y desde el dia que Amadis fue caballero llamándose el Doncel del Mar, supo que no era su hermano, que hasta allí por hermanos se habian tenido; y desde aquella hora siempre Gandalin le guardó como su escudero; y como quiera que por él muchas veces habia sido por él impor-

tunado que le hiciese caballero, Amadis no se atrevió á lo hacer, porque este era el mayor remedio de sus amores; este era el que muchas veces le libró de la muerte, que segun las angustias y mortales deseos que por su señora Oriana pasaba, y contino atormentaban y afligian su corazon, si en este Gandalin no faltara el consuelo que siempre halló, mil veces fuera muerto: que como este fuese el secreto de todo, y con otro ninguno no pudiese hablar, si por alguna manera de sí lo apartara, no era otra cosa salvo apartar de sí la vida; y como él supiese que haciéndole caballero no podian estar en uno, porque luego le convenia ir á buscar las aventuras donde honra ganase, aunque la razon á ello mucho le obligaba, como esta gran historia lo ha contado, así por la parte de su padre que lo crió y sacó de la mar, como por ser él que le sirvió mejor que nunca caballero de escudero fue servido, no se atrevia á lo apartar de sí; y Gandalin habiendo este conocimiento, que muy cuerdo era, y con el demasiado amor que le tenia; y como quiera que desease mucho ser caballero por se mostrar hijo del buen caballero Gandales y criado de tal hombre, no le osaba ahincar mucho por le ver en tan gran necesidad; pero agora, veyendo como ya tenia en su poder á su señora Oriana, que por grado ó por fuerza no la habia de quitar de sí sin la vida perder, acordó que con mucha razon le podia demandar caballería, y en especial en un caso tan grande y tan señalado como aquella batalla seria; y con este pensamiento, despues de le haber dado las encomiendas de la Reina su madre, y de le haber dicho de la venida de su hermana Melicia, y de todas las señoras que con ella habian venido, y como era la cosa mas hermosa del mundo ver juntas á Oriana, á la Reina Briolanja y á Melicia, en quien toda la hermosura del mundo encerrada estaba; y así mesmo como don Galaor su hermano algo mejor quedaba, y las encomiendas que della traia, tomóle un dia por aquel campo donde ninguno oir les pudiese, y díjole: Señor, la causa porque vos he

dejado de os pedir con aquella aficion y voluntad que me convenia que me hiciésedes caballero, porque pudiese cumplir la honra y gran deuda que á mi padre y á mi linaje debo, vos lo sabeis, que aquel deseo que siempre he tenido de os servir, y el conocimiento de la necesidad en que siempre habeis estado de mi servicio, han dado lugar, que aunque mi honra hasta aquí haya sido menoscabada, que antes á lo vuestro socorriese que á lo mio que tan tenido era; y agora que puedo ser escusado, porque en vuestro poder veo aquella que tanta congoja vos daba, ni para conmigo, ni menos para con otros ninguna escusa que honesta fuese podrian hallar dejando de seguir la órden de caballeria. Porque vos suplico, señor, por me hacer merced, que hayais placer de me la dar; pues sabeis cuanta deshonra no la teniendo de aquí adelante se me seguirá, que en cualquiera manera y parte donde yo fuere soy vuestro para vos servir con el amor y voluntad que de mí siempre conocistes.

Cuando Amadis esto le oyó, fue tan turbado que por una pieza no pudo hablar, y dijole: ¡Oh mi verdadero amigo y hermano, que tan grave es á mí cumplir lo que pides! Por cierto no en menos grado lo siento, que si mi corazon de mis carnes se apartase, y si con algun camino de razon apartarlo pudiese con todas mis fuerzas lo haria; mas tu peticion veo ser tan justa, que en ninguna manera se puede negar; y siguiendo mas la obligacion en que te soy que la voluntad de mi querer, yo me determino que asi como lo pides se haga; solamente me da pena por no lo haber antes habido, porque con aquellas armas y caballo que tu honra merece, se cumplirá esta honra que tomar quieres. Gandalin hincó los hinojos por le besar las manos; Amadis lo alzó y lo tuvo abrazado, viniéndole las lágrimas á los ojos con el mucho amor que le tenia, que ya tenia en sí figurado la gran soledad y tristeza en que se veria no le teniendo consigo, y dijole: Señor, deso no hayais cuidado, que don Galaor por su bondad y mesura

diciéndole yo como queria ser caballero, me mandó dar su caballo y todas sus armas, pues que á él con su mal poco le aprovechaban, y yo lo tuve en merced, y le dije que tomaria el caballo, porque era muy bueno, y la loriga y el yelmo, mas que las otras armas habian de ser blancas como á caballero novel convenia. Dábame su espada, y yo, señor, le dije que vos me dariais una de las que la reina Menoresa vos diera; y mientras allí estuve hice hacer todas las otras armas que convienen con sus sobreseñales, y aquí lo tengo todo. Pues que así es, dijo Amadis, bien será que la noche antes del dia que la batalla hubiéremos de haber, veles armado en la capilla del Rey mi padre, y otro dia cabalga en su caballo así armado, y cuando quisiéremos romper contra nuestros enemigos el Rey te hará caballero, que ya sabes que en todo el mundo no se podrá hallar otro mejor hombre, ni de quien mas honra recibas en este auto. Gandalin le dijo: Señor, todo cuanto decís es verdad, y á duro hallaria hombre otro tal caballero como el Rey; pero yo no seré caballero sino de vuestra mano. Pues que así lo quieres, dijo Amadis, así sea, y haz lo que te digo. Todo se hará como lo mandais, dijo él, que Lasindo, escudero de don Bruneo, me dijo agora cuando llegué que ya tenia otorgado de su señor que le hiciese caballero, y él y yo velarémos las armas juntos, y Dios por su piedad me guie como yo pueda cumplir las cosas de su servicio y de mi honra, así como la órden de caballería lo manda, y que en mí parezca la crianza que de vos he recibido. Amadis no le dijo mas, porque sentia gran congoja en le oir aquello, y muy mayor en pensar que habia de llegar á efecto. Así fue Amadis donde el Rey su padre andaba haciendo fortalecer el real y aderezar las cosas convenientes á la batalla como sus enemigos hacian. Asi estuvieron las huestes dos dias que en al no entendian, salvo en aderezar todas gentes, cada uno su cargo, para estar muy presto para la batalla. Y al segundo dia en la tarde llegaron las espías del rey Ará-

bigo suso en la montaña que cerca de allí estaba, y no se quisieron mostrar, porque así les fue mandado, y vieron los reales tan cerca como vos dijimos uno de otro, y luego lo hicieron saber al rey Arábigo, el cual con todos aquellos caballeros acordó que las escuchas se tornasen donde bien pudiesen ver lo que se hacia, y ellos quedasen encubiertos lo mas que ser pudiese, y en tal parte, que aunque aquellas gentes se aviniesen y los quisiesen demandar que los no tuviesen, y que por la sierra se pudiesen acoger á sus naos, si en tal estrecho fuesen que lo hubiesen menester, y si ellos peleasen saldrian allí sin sospecha, y darian sobre los que quisiesen á su salvo. Y así lo hicieron, que se pusieron en un lugar muy áspero y muy fuerte en gran manera, y tomaron todos los pasos y subidas á la montaña, y fortaleciólo de manera que tan seguro estaba como en una fortaleza; y allí esperaron el aviso de sus escuchas; pero no se pudieron ellos encubrir tanto que antes que allí llegase el rey Lisuarte no fuese avisado de como desembarcaron en su tierra, y la gente que venian; y por esta causa mandó alzar todas las viandas, asi de ganados como de todo otro á la parte de aquella comarca, y que la gente de las aldeas y lugares flacos se acogiesen á las ciudades y villas, y las velasen y rondasen, y no se partiesen de allí hasta que la batalla pasase, y dejó en ellas algunos de los caballeros que le hacian harta mengua para en lo que estaba. Mas no supo mas de lo que habian hecho ni donde habian parado. El rey Perion tambien supo de aquella gente, y recelábase dellos, mas no sabia donde estaban; así que á ambas las partes ponian temor. Pues estando así la cosa como oís, á cabo de tres dias que los reales se asentaron, el emperador Patin se aquejaba mucho porque la batalla se diese, que vencido ó vencedor no veia la hora de ser tornado á su tierra, porque así acontece muchas veces á los hombres accidentales que apresuradamente hacen sus cosas, cuanto presto las aborrecen, como este con su liviandad hacia

Amadis y don Cuadragante y todos los otros caballeros así mesmo aquejaban mucho al rey Perion que la batalla se diese, y que Dios fuese juez de la verdad. Pues el Rey no lo queria menos que todos, mas habíalo detenido hasta que las cosas estuviesen en disposicion cual convenia, y luego mandaron á pregonar que todos al alba del dia oyesen misa y se armasen, y cada gente acudiese á su capitan, porque la batalla se daria luego, y así mismo se hizo por los contrarios que lo supieron. Pues venida el alba las trompetas sonaron, y tan claros se oian los unos á los otros como si juntos estuviesen. La gente comenzó á armar y á ensillar sus caballos, y por las tiendas oir misas, y cabalgar todos y se ir por sus señas. ¿Quién seria aquel de tal sentido y memoria que puesto caso que lo viese y mucho en ello metiese todas sus mientes, que pudiese contar ni escribir las armas y caballos con sus divisas y caballeros que allí juntos eran? Por cierto mucho loco y fuera de todo saber el hombre que aqueste pensamiento en sí tomase; y por ello, dejando lo general, algo de lo particular se dirá aquí, y comenzarémos por el Emperador, de Roma que era valiente de cuerpo y fuerza, asaz buen caballero si su gran soberbia por discrecion no se la gastase. Este se armó de unas armas negras, así el yelmo como el escudo y sobreseñales, salvo que en el escudo llevaba como figurada una doncella de la cinta arriba, á semejanza de Oriana, hecha de oro, muy bien labrada y guarnida de muchas piedras y perlas de gran valor, pegada en el escudo con clavos de oro, y por sobre lo negro de las sobrevistas llevaba tejidas unas cadenas muy ricamente bordadas, las cuales tomó por divisa, y juró de nunca las dejar hasta que en cadenas llevase á Amadis y a todos los que fueron en le tomar á Oriana. Y cabalgó en un caballo hermoso y grande, y su lanza en la mano; así se salió del real y se fue donde estaba acordado que se juntasen sus gentes. Luego tras él salió Floyan, hermano del príncipe Salustanquidio, armado de unas armas amarillas y negras á cuarterones, y no habia otra cosa en

ellas, salvo que iba muy extremado y señalado entre los suyos. Tras él salió Arquisil; este llevaba unas armas azules y blancas de plata de por medio y todas sembradas de unas rosas de oro así, que iba muy señalado. El rey Lisuarte llevaba unas armas negras y águilas blancas por ellas, y un águila en el escudo, sin otra riqueza alguna; pero al cabo bien salieron de gran valor, segun su dueño en aquella batalla hizo. El rey Cildadan llevó unas armas todas negras que despues que fue vencido en la batalla de los ciento por ciento que con el rey Lisuarte hubo, donde quedó su tributario, nunca otras trajo. De don Gastilan, rey de Suesa, no se dirá las armas que llevaba hasta su tiempo como adelante oiréis. El rey Arban de Norgales y don Guilan el Cuidador, y don Grumedan no quisieron llevar sino unas armas mas de provecho que de parecer, y nó mostrando la tristeza que tenian en ver al Rey su señor puesto en mucha afrenta con aquellos que ya fueron en su casa y en su servicio y que tanta honra le habian dado. Agora vos dirémos las armas que llevaba el rey Perion y Amadis y algunos de aquellos caballeros y grandes señores que de su parte estaban. El rey Perion se armó el yelmo y el escudo limpios y muy claros de muy buen acero, y las sobreseñales de una seda colorada de una muy viva color, y en un hermoso caballo que le dió su sobrino don Brian de Monjaste, que su padre el Rey de España le envió veinte dellos muy hermosos que por aquellos caballeros repartió, y así salió con la seña del Emperador de Constantinopla. Amadis fue armado de unas armas verdes, tales cuales llevó al tiempo que mató á Jamongomadan y á Basagante su hijo, que eran los mas fuertes gigantes que en el mundo se hallaban, todas sembradas muy bien de leones de oro, y con estas armas tenia él mucha aficion, porque las tomó cuando salió de la Peña Pobre, y con ellas se fue á ver á su señora al castillo de Miraflores como en el segundo libro desta historia se cuenta. Don Cuadragante sacó unas armas pardillas y flores de plata

sembradas por ellas, y un caballo muy bueno de los de España. Don Bruneo de Bonamar no quiso mudar las suyas, que era una doncella figurada en el escudo y un caballero hincado de rodillas que parecia que le demandaba merced. Don Florestan, el bueno, y buen justador, llevó unas armas coloradas con flores de oro por ellas, y un caballo muy hermoso y lucido de los de España. Agrajes llevaba las armas de un fino rosado, y en el escudo muy bien pintada una mano de una doncella que tenia un corazon muy apretado con ella. El bueno de Angriote de Estrabaus no quiso mudar sus armas de finos azules y de plata. Y todos los otros caballeros de quien no se hace mencion por no dar enojo á los que lo leyeren, llevaban armas muy ricas de sus colores como mas agradaban. Y así salieron al campo con buena ordenanza. Pues la gente toda junta, cada uno con sus capitanes segun que habeis oido, movieron muy paso á paso por el campo á la hora que el sol salia, que les daba en las armas, y como todas eran nuevas y frescas y muy lucidas y resplandecian de tal manera que era maravilla de los ver, que á los que los miraban la vista de sus ojos les turbaban. Pues á esta hora llegaron Gandalin y Lasindo, escudero de don Bruneo armados de armas blancas como convenian á caballeros noveles. Gandalin se fue á donde su señor Amadis estaba, y Lasindo á don Bruneo. Cuando Amadis lo vido venir salió de la batalla á él y rogó á don Cuadragante que detuviese la gente hasta que él hiciese á aquel su escudero caballero; y tomóle consigo y fuese donde el rey Perion estaba, y por el camino le dijo: Mi verdadero amigo, yo te ruego mucho que hoy en esta batalla te quieras haber con mucho tiento y cordura, y no te partas de mí, porque cuando menester sea te pueda acorrer, que aunque has visto muchas batallas y grandes afrentas, y á tu parecer piensas que sabrás hacer lo que cumple y que no te falta sino para ello solamente esfuerzo, no lo creas, que muy gran diferencia es entre el mirar y el obrar, porque cada uno piensa viendo las cosas que muy mayor

recaudo en ellas daria que él que las trata, si en el caso estuviese; y despues que en ello se ve muchos embarazos se ponen delante, que por no le haber usado le ofende; y grandes mudanzas y desasosiegos hallan que de antes no las tenian pensadas, y esto es porque todo está en la obra, aunque algo con la vista aprender se puede; y como tu comienzo sea de un tan alto hecho en armas como al presente tenemos, y de tantos te hayas de guardar, es menester que, así para aguardar tu vida como tu honra, que mas preciada es y en mas tener se debe, que con mucha discrecion y buen saber, no dando tanto lugar al esfuerzo que el seso y el entendimiento se turbe, y hayas y acometas nuestros enemigos, y yo terné mucho cuidado de mirar por ti cuanto pudiere, y ansí lo haz tú por mí cada vez que vieres que es menester. Gandalin, cuando esto le oyó, dijo: Mi señor, todo se hará como vuestra merced lo manda en cuanto yo pudiere y el saber me alcanzare, y á Dios le plega que así sea, que harto será para mí ponerme en los lugares donde vuestro socorro haya menester. Así llegaron donde el rey Perion estaba, y Amadis le dijo: Señor, Gandalin quiere ser caballero, y mucho me pluguiera que lo fuese de vuestra mano; pero pues á él le place serlo de la mia, véngovos á suplicar que de vuestra mano haya la espada, porque cuando le fuere menester haya memoria desta gran honra que recibe y de quien se la da. El Rey miró á Gandalin y reconoció el caballo de don Galaor su hijo, y las lágrimas le vinieron á los ojos, y dijo: Gandalin amigo, ¿qué tal dejaste á don Galaor cuando dél te partistes? El le dijo: Señor, mucho mejorado en su dolencia, mas con mucho dolor y gran pesar en su corazon, que por mucho que se le encubrió vuestra partida, bien la supo, aunque no la causa della, y á mí me conjuró que le dijese la verdad si lo sabia, y yo le dije, señor, que de lo que yo entendí era dello que íbades á ayudar al rey de Escocia, padre de Agrajes, que tenia cuestion con unos vecinos suyos, y no le quise decir la verdad, porque en tal

cosa y tal afrenta como él está, pensé que aquello era lo mejor. El Rey sospiró muy de corazon, como aquel á quien amaba, y en sus entrañas tenía y pensaba que despues de Amadis no habia en el mundo mejor caballero que él, así de esfuerzo como de las otras buenas maneras que buen caballero debe tener, y dijo: ¡Oh mi buen hijo! á nuestro Señor plega que no vea yo la tu muerte y con honra te vea quitado desta grande aficion que con el rey Lisuarte tienes, porque quedando libremente puedas ayudar á tus hermanos y á tu linaje. Entonces Amadis tomó una espada que le traia Durin, hermano de la doncella de Denamarca, á quien habia mandado que le aguardase, y dióla al Rey, y él hizo caballero á Gandalin, besándole y poniéndole la espuela diestra, y el Rey le ciñó la espada, y así se cumplió su caballería por la mano de los mejores caballeros que nunca armas trujeron; y tomándole consigo se volvió á don Cuadragante, y cuando á él llegaron salió á abrazar á Gandalin por le honrar, y díjole: Mi amigo á Dios plega que vuestra caballería sea en vos tan bien empleada como hasta aquí ha sido la virtud y buenas maneras que escudero debe tener; y creo que así será, porque el buen comienzo todas las mas veces trae buen fin. Gandalin se humilló, teniéndole en merced la gran honra que le daba. Lasindo fue caballero por la mano de su señor y Agrajes le dió la espada, y podeis creer que estos dos noveles hicieron en su comienzo tanto en armas en esta batalla, y sufrieron tantos peligros y trabajos, que para todos los dias de su vida ganaron honra y gran prez, así como la historia lo contará mas largamente adelante. Yendo las batallas como digo, no anduvieron mucho que vieron á sus enemigos venir contra ellos en aquella órden que arriba oistes; y cnando fueron cerca los unos de los otros, Amadis conoció que la seña del Emperador de Roma traia la delantera, y hubo muy grande placer porque con aquellos fuesen los primeros golpes, que como quiera que al rey Lisuarte desamase, siempre tenia en la memoria haber sido en su cor-

te, y de las grandes honras que dél habia recibido y sobre todo lo que mas temia y dudaba ser padre de su señora, á quien el tanto temor tenia de dar enojo; y en el su corazon tenia puesto si hacerlo pudiese, con mucho peligro suyo, de se apartar de donde el rey Lisuarte anduviese por no topar con él, ni dar ocasion de lo enojar; aunque él bien sabia segun las cosas pasadas, que aquella cortesía no la esperaba dél; sino que como mortal enemigo le buscaria la muerte. Pero de Agrajes os digo que su pensamiento estaba muy alejado del de Amadis que nunca rogaba á Dios que le guiase para que él pudiese llegarlo á la muerte y destruir todos los suyos, que siempre tenia delante sus ojos la descortesía y poco conocimiento que les habia hecho en la ínsula de Mongaza, y lo que contra su tio don Galvanes y los de su parte habia hecho que aunque la misma ínsula le habia dado, mas por deshonra que por honra lo tenia, pues fue sobre ser vencidos, donde toda la honra quedaba con el Rey. Y si en aquel tiempo allí se hallara no la consintiera tomar á su tio, antes le diera otro tanto en el reino de su padre. Y con esta gran rabia que tenia muchas veces se hubiera de perder en esta batalla por se meter en las mayores priesas que via por matar ó prender al rey Lisuarte; mas como el otro fuese muy esforzado y usado de aquel menester no se daba mucho por él, ni dejaba de se combatir con todas las otras partes donde convenia, como adelante se dirá.

Estando las batallas para romper unas con otras, solamente esperando el son de las trompetas y añafiles, Amadis, que en la delantera estaba, vió venir un escudero en un caballo, que venia á mas andar de la parte de los contrarios, y á muy grandes voces preguntando si estaba allí Amadis de Gaula. Amadis le dió de la mano que se llegase á él. El escudero lo hizo, que luego fue para él; y llegando á él dijo: Escudero, ¿qué quereis? que soy Amadis á quien buscais. El escudero le miró, y á su parecer en toda su vida habia visto caballero que asi pareciese arma-

do y díjole: Buen señor, yo creo bien lo que me decís, que vuestra presencia da testimonio de vuestra gran fama que así por todas las partes del mundo está extendida, Pues agora decid lo que quereis, dijo Amadis. El escudero dijo: Señor, Gasquilan, rey de Suesa mi señor, vos hace saber como en el tiempo pasado cuando el rey Lisuarte tenia guerra con vos y con don Galbanes, y otros muchos caballeros de vuestra parte y de la suya estaban sobre la ínsula de Mongaza, que él vino á la parte del rey Lisuarte con deseo y pensamiento de se combatir con vos, no por enemistad y malquerencia que os tenga, sino por la gran fama que de vuestras grandes caballerías ha oido, en la cual guerra estuvo, hasta que malherido se volvió á su tierra, sabiendo que vos no estábades en parte donde este su deseo efecto pudiese haber, y que agora le hizo saber desta guerra en que estais, donde, segun las causas della, no se podrá escusar cuestion ó batalla, y en que es venido á ella con aquella mesma gana y propósito que la otra vez vino; y dícevos, señor, que antes que las batallas se junten rompais con él dos ó tres lanzas, que él de grado lo hará; porque si las batallas se juntan, no os podria topar á su voluntad, porque habrá estorbo de otros muchos caballeros. Amadis dijo al escudero: Buen escudero, decid al Rey vuestro señor que todo lo que por vos me envia á decir yo lo supe en aquel tiempo que en aquella guerra no pudo ser; y que esto que él agora pide y quiere, antes lo tengo á grandeza de su gran esfuerzo que á otra enemistad y malquerencia que dél conociese; y aunque mis obras no sean tan cumplidas como la fama dellas, yo me tengo por muy contento en que hombre de tan gran guisa, y de tan gran honor, y de tanta nombradía como él es me tenga en tan buena posesion; y pues esta demanda es mas voluntaria que necesaria, querria que si á él le pluguiese, que mi bien ó mi mal lo probase en cosa de mas honra y provecho; pero si á él lo que me envia á decir mas le agrada, que yo lo haré como él lo pide. El escudero le di-

jo : Señor, el Rey mi señor bien sabe lo que acaesció con Madarque, el jayan de la ínsula Triste su padre, y como le vencistes por salvar al rey Cildadan y á don Galaor vuestro hermano, y que como quiera que esto le tocase, como cosa de padre á quien tan deudo es, que sabiendo la gran cortesía que con él usastes, antes sois digno de gracias que de pena, y que si él ha gana de se probar con vos, no es al, salvo la gran envidia que de vuestra bondad tiene, que hace cuenta que si os vence será su loor y fama sobre todos los caballeros del mundo, y si él fuese vencido no será denuesto grande, ni vergüenza serlo por la mano de quien tantos caballeros y gigantes y otras cosas fieras fuera de la natura de los hombres ha vencido. Pues que así es, dijo Amadis, decidle que si, como he dicho, esto que pide mas le contenta, que yo estoy presto de lo hacer y cumplirle su voluntad.

CAPITULO XXIX.

Como da cuenta por qué causa este Gasquilan, rey de Suesa, envió á su escudero con la demanda que oido habeis á Amadis.

La historia cuenta por qué causa este caballero vino dos veces á buscar á Amadis por se combatir con él, que sin razon sería que un tan gran príncipe como este, que con tal empresa viniese de tan lejanas tierras como era su reino, no fuese sabido y publicado su buen deseo. Ya la historia tercera deste libro os ha contado como este Gasquilan es hijo de Madarque, el jayan de la ínsula Triste, y de la hija de Lasino, rey de Suesa, por parte del cual fue allí habido por rey, porque el Rey su abuelo murió sin heredero; y como este fuese valiente de cuerpo, como hijo de jayan, y de gran fuerza, en muchas cosas de armas que se probó las pasó todas á su honra enteramente, que en

todas aquellas partes no se hablaba de bondad de caballero tanto como de la suya, aunque era mancebo. Este fue enamorado en gran manera de una princesa muy hermosa que se llamaba Pinela, que despues de la muerte del Rey su padre por señora de la ínsula Fuerte quedó, que con el reino de Suesa confinaba; y por su amor emprendió muchos peligros de su persona para la atraer á que lo amase; mas ella, conociendo ser de linaje de gigantes y muy follon y soberbio, nunca fue otorgada á le dar esperanza ninguna de sus deseos; pero algunos de los grandes de su señorío, temiendo la grandeza y soberbia deste Gasquilan, que viendo no tener remedio en sus amores, y que el gran amor no se tornase en desamor y enemistad, como algunas veces acaece, y que donde estaban en paz no se les volviese en cruel guerra, tuvieron por bien de aconsejarle que no asi esquivase tan crudamente sus embajadas, y que con alguna infintosa esperanza le detuviese lo mas que pudiese. Pues con este acuerdo, cuando esta señora se vió muy aquejada dél, envióle á decir, que, pues Dios la habia hecho señora de tan gran tierra, su propósito era, y así lo habia prometido á su padre al tiempo de su finamiento, de no casar sino con el mejor caballero que se pudiese hallar en el mundo, aunque de gran estado no fuese; y que ella habia procurado mucho por saber quién lo fuese, enviado sus mensajeros á muchas tierras extrañas, los cuales le habian traido nuevas de uno que se llamaba Amadis de Gaula; que este Amadis era extremado entre todos los del mundo por el mas esforzado y valiente caballero, emprendiendo y acabando las cosas peligrosas que los otros acometer no osaban; y que si él tan valiente y esforzado era, con este Amadis se combatiese y lo venciese, que ella cumpliria su deseo y la promesa que á su padre hizo, y le daria su amor y le haria señor de sí y de su reino, que bien creia que despues de aquel no le quedaria par de bondad. Esto respondió esta hermosa princesa por se quitar de sus repuestas, y tambien porque seguro de los suyos que Ama-

dis vieron y oyeron sus grandes hechos, supo que no era igual la bondad de Gasquilan á la suya con gran parte, Como esto le fue dicho á Gasquilan, así por el gran amor que á esta princesa tenia, como la presuncion y soberbia suya le pusieron en buscar manera como esto que le era mandado pudiese poner en obra. Y por esta causa que oís vino estas dos veces de su reino á buscar á Amadis; la primera á la guerra de la ínsula de Mongaza, de donde volvió herido de un golpe que Don Florestan le dió en la batalla que con él y con el rey Arban de Norgales hubieron; la segunda en esta cuestion del rey Lisuarte, porque hasta allí nunca pudo saber nuevas de Amadis, porque anduvo desconocido llamándose el caballero de la Verde Espada por las ínsulas de Romanía, por Alemania y Constantinopla, donde hizo las extrañas cosas en armas que la tercera parte desta historia cuenta. El escudero deste Gasquilan tornó á él con la respuesta de Amadis tal cual la habeis oido; y como se la dió, dijo él: Amigo, agora traes aquello que yo mucho tengo deseado, y todo viene á mi voluntad, y yo entiendo ganar el amor de mi señora si yo soy aquel Gasquilan que tú conoces. Entonces demandó sus armas, las cuales eran desta manera: el campo de las sobreseñales y sobrevistas pardillo y grifos dorados por él, y el yelmo y escudo eran limpios como un espejo claro; en medio del escudo, clavado con clavos de oro un grifo de oro, guarnido con muchas piedras preciosas y piedras de gran valor, el cual tenia en sus uñas un corazon, que con ellas lo atravesaba todo, dando á entender por el grifo y su fiereza la esquiveza y gran crueldad de su señora; que así como tenia aquel corazon atravesado con las uñas, así el suyo lo estaba de los grandes cuidados y mortales deseos que della continuamente le venian; y aquellas armas pensaba él traer hasta que á su señora hubiese, y tambien porque considerando traellas en su remembranza, le daban esfuerzo y gran descanso en sus cuidados. Pues armado como ois, tomó en su mano una lanza gruesa y de un hierro grande y limpio, y fuese don-

de el Emperador estaba, y pidióle por merced que mandase á su gente que no rompiese hasta que él hubiese una justa que tenia concertada con Amadis, y que no le tuviese por caballero si del primer encuentro no se lo quitase de su estorbo. El Emperador, que mejor que él lo conocia y le habia probado, aunque no lo mostró, bien tenia creido que mas duro le seria de acabar que lo que él pensaba. Así se partió dél y pasó por las batallas. Todos estuvieron quedos por mirar la batalla destos dos tan sumos caballeros y tan señalados. Así llegó Gasquilan á la parte donde Amadis estaba aparejado para lo recibir; y aunque él sabia que este era un valiente caballero, teníale por follon y soberbio, que no temia mucho su valentía, porque á estos tales en el tiempo que mas piensan hacer y mas menester lo han, allí Dios les quebranta su gran soberbia, porque los semejantes tomen ejemplo; y como lo vió venir enderezó su caballo contra él, y cubrióse con su escudo lo mejor que supo, y dió de las espuelas, y fue lo mas recio que pudo ir contra Gasquilan, y él asímesmo iba muy desapoderado cuanto el caballo lo podia llevar; y encontráronse en los escudos, de manera que las lanzas fueron en pedazos por el aire, y al juntar el uno con el otro fue el golpe tan duro, que todos pensaron que ambos eran hechos pedazos; y Gasquilan fue fuera de la silla, y como era valiente de cuerpo y el golpe fue grande, dió tan gran caida en el campo duro, que quedó tan desacordado que no se pudo levantar, y hubo el brazo diestro sobre que cayó quebrado, y así quedó en el campo tendido como muerto. El caballo de Amadis hubo la espalda quebrada, y no se pudo tener; y Amadis fue ya tanto desacordado, pero no de manera que dél no saliese luego, antes que cayese con él; y así á pié fue á donde Gasquilan yacia por ver si era muerto.

El Emperador de Roma, que la batalla miraba, como lo vido muerto, que así él como todos los otros lo pensaron, y Amadis á pié, dió voces á Floyan que la delantera tenia

que socorriese con su batalla, y así lo hizo Floyan; y como don Cuadragante esto vido puso las espuelas á su caballo, y dijo á los suyos: Heridlos, señores, y no dejeis ninguno á vida. Entonces se fueron los unos contra los otros á se encontrar; mas Gandalin, como vido á su señor Amadis á pié, y que las haces rompian, hubo gran recelo dél, y fué delante de todos cuantos por le acorrer, y vido venir á Floyan delante de todos los suyos, y fuese para él, y encontráronse ambos de muy recios golpes, y Floyan cayó del caballo, y Gandalin perdió las estriberas ambas, mas no cayó. Entonces llegaron muchos de los romanos para socorrer á Floyan, y don Cuadragante á Amadis, y cada uno puso el suyo á caballo, que en al no entendieron; pero como los romanos llegaron muchos, muy presto cobraron á Gasquilan, que algo mas acordado estaba, y sacaron de la priesa á gran trabajo. Don Cuadragante en su llegada, antes que la lanza perdiese, derribó á tierra cuatro caballeros; y del primero que derribó fué tomado el caballo por Angrioto de Estrabaus, y se lo trajo prestamente á Amadis; y Gavarte de Val Temeroso y Lansin siguieron la via de don Cuadragante, y hicieron mucho daño en los enemigos, como aquellos que en tal menester eran muy usados. Estos que vos digo llegaron delante de su haz; pero cuando la una y la otra batalla se juntaron, el ruido y las voces fué tan grande, que no se oian los unos á los otros, y allí viérades caballos sin señores, y los caballeros dellos muertos, y dellos heridos, y pasaban sobre ellos los que podian; y Floyan, como era valiente y deseoso de ganar honra, y de vengar la muerte de Salustanquidio su hermano; como á caballo se vió, tomó una lanza y se fué á Angriote, que le vió hacer cosas extrañas en armas, y encontróle por un costado tan reciamente, que por muy poco no le derribó del caballo, y quebró la lanza, y puso mano á su espada, y fué á herir á Enil, que delante de si halló, y dióle por cima del yelmo tan gran golpe que las llamas salieron dél: pasó tan recio por entrambos al

través de las batallas que ninguno dellos le pudo herir, tanto que se maravillaron de su ardimiento y gran prez; y antes que á los suyos llegase, topó con un caballero de Irlanda, criado de don Cuadragante, y dióle tal golpe por encima del hombro que le cortó hasta la carne y los huesos, y fué tan mal trecho que le fué forzado de salir de la batalla. Amadis en este tiempo tomó consigo á Balais de Carsante y á Gandalin, y con gran saña, viendo que los romanos tan bien se defendian, entró lo mas recio que pudo por el un costado de la batalla, y aquellos que le seguian, y dió tan grandes golpes de espada que no habia hombre que lo viese que no fuese mucho espantado; y mucho mas lo fueron aquellos que lo esperaban, que tan gran miedo les puso que ninguno le osaba atender; antes se metia entre los otros, como hace el ganado cuando de los lobos son acometidos; y yendo así sin hallar defensa; salióle al encuentro un hermano bastardo de la reina Sardamira, que Flamineo habia nombre, muy buen caballero en armas; y como vió á Amadis hacer tales maravillas y que ninguno le osaba esperar, fué para él, y encontróle en el escudo con su lanza que se lo falsó, y la lanza fué quebrada en piezas; y al pasar Amadis le pensó herir en el yelmo, mas como pasó recio no pudo, y hirió al caballo en el lomo junto con los arzones de detrás, y cortole todo lo mas del cuerpo y de las tripas, y dió con él en el suelo gran caida, tanto que pensó que le habia abierto por las espaldas. Don Cuadragante y los otros caballeros que por la otra parte se combatian apretaron tanto los contrarios, que si no fuera porque llegó Arquisil con la segunda haz en su socorro, todos fueran destrozados y vencidos; mas como este llegó, todos fueron reparados, y cobraron gran esfuerzo, y por su llegada cayeron á tierra de los caballos mas de mil caballeros de la una y de la otra parte. Este Arquisil se encontró con Landin, sobrino de don Cuadragante, y diéronse tan grandes golpes de las lanzas y los caballos uno con otro, que ambos cayeron en tierra. Flo-

yan que á todas partes andaba, habia socorrido con cincuenta caballeros á Flamineo, que estaba á pié, y le diera un caballo, que Amadis despues que lo derribó no miró por él, porque vió venir la segunda haz, y por ser primero en la recibir, dejóle en poder de Gandalin y de Balais, los cuales pensaron que muerto quedaba, y fueron á herir en la haz de Arquisil, porque los suyos en su llegada no recibiesen daño, que llegaban muy holgados; y como Floyan vió á pié á Arquisil que se combatia con Landin, dió muy grandes voces diciendo: ¡Oh caballeros romanos, socorred á vuestro capitan! Entonces arremetió muy bravo, y mas de quinientos caballeros con él, y si no fuera por Angriote, y Enil, y Gavarte de Val Temeroso, que lo vieron y dieron voces á don Cuadragante, que con mucha priesa socorrieron, y muchos caballeros de los suyos con ellos, Landin fuera en aquella hora muerto ó preso; mas como estos llegaron, hirieron tan reciamente que era maravilla de ver. Flamineo, que como dicho es estaba ya á caballo, tomó los mas que pudo, y socorrió como buen caballero á los suyos. La priesa fué allí tan grande, y tantos caballeros muertos y derribados, que todo aquel campo donde ellos se combatian estaba ocupado de los muertos y de los heridos; mas como los romanos eran muchos, tomaron á Arquisil á pesar de sus enemigos, y don Cuadragante y sus compañeros á Landin, y así salvó cada uno al suyo, y los hicieron cabalgar en muchos caballos, que muchos habia allí sin señores. Amadis andaba á la otra parte haciendo maravillas en armas, y como ya lo conocian todos los mas le dejaban la carrera por dondo queria ir; pero todo era menester, porque los romanos eran muchos mas, y si no fuera por los caballeros señalados de la otra parte á su voluntad los trajeran. Mas luego socorrió Agrajes y don Bruneo de Bonamar con su haz, y llegaron tan recios y tan juntos, que como los romanos anduviesen todos desbaratados, muy prestamente los hicieron dos partes; de manera que ningun remedio tenian,

si el Emperador con su batalla, en que traia cinco mil caballeros, no socorriera. Esta gente, como era mucha, dió tan gran esfuerzo á los suyos, que muy prestamente cobraron todo lo que habian perdido. El Emperador llegó armado y en su gran caballo, como es dicho, y como era grande de cuerpo, y venia delante de los suyos, parecia tanbien á todos los que lo veian que era maravilla; y fué mucho mirado, y al primero que delante de sí halló fué á Balais de Carsante, y encontróle en el escudo tan reciamente que quebró la lanza, y topóle con el caballo que venia muy holgado, y como el de Balais cansado anduviese, no pudo sufrir el duro golpe, y cayó con su señor de tal manera que fué muy quebrantado. El Emperador, cuando tal encuentro hizo, tomó en sí gran orgullo, y metió mano á la espada y comenzó á decir á grandes voces: Roma, Roma, á ellos mis caballeros, no se vos escape ninguno, y luego se metió por la priesa dando muy grandes y fuertes golpes á todos los que delante de sí hallaba á guisa de buen caballero; y yendo así haciendo gran daño, encontróse con don Cuadragante, que así mismo andaba con la espada en la mano hiriendo y derribando cuantos alcanzaba. Y como se vieron fué el uno contra el otro muy recio, las espadas altas en las manos, y diéronse tales golpes por cima de los yelmos, que el fuego salia dellos y de las espadas; mas como don Cuadragante era de mas fuerza, el Emperador fué tan cargado del golpe que perdió las estriberas, y húbose de abrazar al cuello del caballo, y quedó ya cuanto desacordado. Acaeció que aquella hora se halló allí Constancio, hermano de Brondajel de Roca, que era buen caballero mancebo, y como vió al Emperador su señor en tal manera, hirió al caballo de las espuelas, y fué para don Cuadragante con la lanza sobre mano, y dióle una gran lanzada en el escudo que se lo falsó, y hirióle muy malamente en el brazo; y en tanto don Cuadragante volvió á lo herir con la espada: el Emperador hubo lugar de se tornar á la parte donde los suyos

estaban. Constancio como vió que era en salvo no paró; mas antes como llegaba holgado él y su caballo, salióse muy presto, y fué á la parte donde Amadis andaba, y cuando vió las cosas extrañas que hacia, y los caballeros que dejaba por el suelo muertos y heridos por dó quiera que iba, fué tan espantado, que no podia creer que fuese sino algun diablo que allí era venido para los destruir; y estándole mirando, vió como salia á él un caballero que fué gobernador del príncipe de Calabria por Salustanquidio, y hirióle de la espada por el cuello del caballo, y Amadis le dió por cima del yelmo tan gran golpe, que asi el yelmo como la cabeza le hizo dos partes, y luego cayó muerto en el suelo; por lo cual Constancio hubo muy gran dolor, que muy buen caballero era. Y luego llamó á Floyan á grandes voces y dijo: Á este, á este herido matad, que es el que nos destruye sin ninguna piedad. Entonces ambos juntos vinieron á él, y diéronle muy grandes golpes de las espadas; mas Amadis á Constancio que delante de si halló, dióle tal golpe en el brocal del escudo que se lo hizo pedazos; y no se detuvo allí la espada; antes llegó al yelmo y el golpe fué tan grande, que Constancio, fué atordido, y cayó del caballo abajo. Como los romanos que á Floyan aguardaban lo vieron con Amadis y á Constancio en el suelo, juntáronse mas de veinte caballeros, y dieron en él, mas no lo pudieron derribar del caballo, y no osaban parar con él, que al que alcanzaba no habia menester mas de un golpe. Estando así la batalla, que los romanos, como eran muchos mas, tenian algo de ventaja, socorrió Grasandor y el esforzado don Florestan, y llegaron á tiempo que los romanos tenian cercados á Agrajes, á don Bruneo, y á Angriote, que les habian muerto los caballos, y habíanlos socorrido Lasindo, Gandalin y Gavarte de Val Temeroso, y Branfil, que acaso se hallaron juntos; mas la muchedumbre de la gente que sobre ellos estaba era tanta, quo estos que digo, aunque muchos caballeros derribaron y mataron, y pasaron mucho peligro,

no pudieron llegar á ellos. Y como don Florestan llegó y vido allí tan gran priesa, bien cuidó que no seria sin mucha causa, y como llegó conoció aquellos caballeros que socorrian á Agrajes y á sus compañeros, y como Lasindo lo vido dijo: ¡Oh señor don Florestan! socorred aquí, si no perdidos son vuestros amigos. Y él como esto oyó dijo: Pues llegad vos á mí y irémos los que osaren atender.

Entonces se metió por la gente derribando y matando cuantos alcanzaba hasta que la lanza quebró; y puso mano á su espada y dió tan grandes golpes con ella, que grande espanto ponia á todos los que allí estaban, y aquellos caballeros que os dije fueron teniendo con él hasta que llegaron donde Agrajes y sus compañeros estaban á pié como habeis oido. ¿Quién os podrá decir lo que allí pasaron en aquel socorro, y lo que habian hecho los que estaban cerrados? Por cierto no se puede contar, que tan pocos como ellos eran se pudiesen defender de tantos como los querian matar; pero aun con todo, todos ellos estaban en muy grande peligro de sus vidas, y si la ventura no trajera por alli á Amadis, al cual Floyan y los suyos habian dejado, porque los veinte caballeros que vos dije que socorrieron á Constancio habia él muerto y derribado los seis; y como vido que le dejaban y se apartaban dél, y oyó las grandes voces que en aquella priesa se daban, acudió allí, y como llegó luego los conoció en las armas, y comenzó á llamar á los suyos, y juntáronse con él mas de cuatrocientos caballeros, y como allí fuese la mayor priesa que en todo aquel dia habia sido, acudieron tambien de la parte de los romanos Floyan, Arquisil y Flamineo con toda la mas gente qne pudieron juntar, y comenzóse la mas cruda batalla y peligrosa que hombre vido. Allí viérades hacer maravillas á Amadis, las cuales nunca fueron vistas ni oidas que caballero pudiese hacer; tanto, que así á los contrarios como á los suyos propios hacia mucho maravillar, así de los que mataba, como de los que derribaba heridos. Y como las voces eran muchas y el ruido que allí se

hacia muy grande, así el Emperador como todos los mas que en la batalla andaban acudieron allí. Don Cuadragante, que por otra parte andaba, fuele dicho por un ballestero de á caballo la cosa como estaba, el cual luego á gran priesa juntó consigo mas de mil caballeros que le aguardaban de su haz, y díjoles: Agora, señores y amigos, parezca vuestra bondad y esfuerzo, y seguidme que mucho es menester vuestro socorro. Todos se fueron con él, y él delante, y cuando llegaron á la priesa habia tanta gente de una parte y de otra, que apenas podian llegar á los enemigos. Y como él vido esto así, con su gente como la traia junta, que era muy buena y de buenos caballeros, dió por el un costado tan reciamente, que en su llegada fueron por el suelo mas de doscientos caballeros; y tambien os digo que los que él á derecho golpe alcanzaba que no habian menester maestro. Amadis, cuando vido á don Cuadragante lo que él y su gente hacian, fue muy maravillado; y metióse tan desapoderadamente por los contrarios, dando tales golpes y tan pesados, que no dejaba hombre en su silla; pero aquella hora Arquisil, Floyan y Flamineo, y otros muchos con ellos, se combatian tan esforzadamente, que pocos habia que mejor lo hiciesen; y pugnaban cuanto podian de llegar á la muerte á Agrajes y sus compañeros, que con él á pie estaban, y á don Florestan, y á los otros que vos dijimos que cabe ellos estaban para los defender, que despues que pasaron la gran priesa de la gente y llegaron á ellos, nunca por gente que viniese, ni por golpes que les diesen los pudieron quitar de allí; y como vieron ellos lo que los suyos hacian y tan gran daño en sus enemigos, apretaron tan recio á los romanos, así por la parte de don Cuadragante como de la de Amadis, y de don Gandales, que sobrevino con ochocientos caballeros de los que él traia á su cargo, que á mal de su grado, aunque el Emperador daba muy grandes voces, que despues que don Cuadragante le dió aquel gran golpe de la espada, mas entendió en gobernar la gente que en pelear, los cuales hicieron

perder el campo; de manera que á Amadis, y á Angriote de Estrabaus, y don Bruneo, que mucho afan y peligro habian pasado, pudieron cobrar caballos, en que cabalgaron; y luego se metieron en la priesa contra los romanos que iban de vencida, y así los llevaron hasta dar en la batalla del rey Arban de Norgales, á tal hora que era ya puesto el sol, y por esto el rey Arban los recogió consigo, y no quiso romper, que así se lo envió á mandar el rey Lisuarte, por ser la hora tal, y porque de sus contrarios quedaba mucha gente por entrar en la vuelta, y hubo recelo de recibir dello algun revés, que bien cuidaba que para los primeros bastaba el Emperador con los suyos; y así por esto, como por la noche que sobrevino, que fue la cosa mas principal, recogieron á los romanos, y los contrarios se detuvieron, que los no siguieron mas. De manera que la batalla se partió con harto daño de ambas partes, aunque los romanos recibieron el mayor. Amadis y los de su parte, como por ellos quedó el campo, hicieron llevar todos los heridos de los suyos, y su gente despojó todos los otros, y quedaron en el campo los heridos y muertos de la parte de los romanos, que los no quisieron matar, de los cuales muchos murieron por no ser conocidos. Pues vueltas las gentes, así de un cabo como de otro á sus reales, hubo algunos hombres de órden que en las batallas venian para reparar las ánimas de los que menester lo hubiesen, que como vieron tan grande destrozo y las voces que los heridos daban demandando piedad y misericordia, así de un cabo como de otro por servicio de Dios, de trabajar como alguna tregua hubiese en que los heridos se reparasen y los muertos fuesen enterrados; y así lo hicieron, que estos hablaron con el rey Lisuarte y con el Emperador, y los otros con el rey Perion, y todos tuvieron por bien que la tregua se asentase para el dia siguiente. Aquella noche pasaron con grandes guardas, y curaron de los heridos, y los otros descansaron del gran trabajo que habian pasado. Venida la mañana fueron muchos á buscar á sus parientes, y

otros á sus señores. Allí viérades los llantos tan grandes de ambas partes, que de oirlos ponia gran dolor, cuanto mas de lo ver. Todos los vivos los llevaron al real del Emperador, y los muertos fueron soterrados, de manera que el campo quedó desembarazado. Así pasaron aquel dia enderezando sus armas y curando de sus caballos, y á don Cuadragante curarón de la herida del brazo, y vieron que era poca cosa; pero aun otro caballero que la tuviera que no fuera tal como él, no se pusiera en armas ni en trabajo, él no quiso por eso dejar de ayudar á sus compañeros en la batalla siguiente. Venida la noche todos se acogieron á sus tiendas, y al alba del dia se levantaron al son de las trompetas, y oyeron misa, y luego toda la gente fue armada y puesta á caballo, y cada capitan recogió los suyos. Así de la una parte como de la otra fue acordado que las delanteras tomasen las batallas que no habian peleado, y así se hizo.

CAPITULO XXX.

Como sucedió en la segunda batalla á cada una de las partes, y por qué causa la batalla se partió.

El rey Lisuarte puso en la delantera al rey Arban de Norgales, á Norandel y á don Guilan el Cuidador con los otros caballeros que ya oistes, y él con su batalla, y el rey Cildadan le hicieron espaldas, y tras ellos el Emperador y todos los suyos, cada uno en su haz y con sus capitanes, segun y por la ordenanza que tenia. El rey Perion dió la delantera á su sobrino don Brian de Monjaste, y el rey Gastiles con la seña del Emperador de Constantinopla les iba haciendo espaldas, y todas las otras batallas en su concierto; de manera que las que mas desviadas estuvieron el primero dia que pelearon, agora iban mas cer-

ca. Con esta ordenanza movieron los unos contra los otros, y cuando fueron cerca tocaron las trompetas de todas partes, y las haces de Brian de Monjaste y del rey Arban de Norgales se juntaron tan bravamente, que de la primera arremetida fueron por el suelo mas de quinientos caballeros, y sus caballos sueltos por el campo. Don Brian se halló con el rey Arban, y diéronse muy grandes encuentros, así que las lanzas fueron quebradas, mas otro mal no se hicieron; y metieron mano á sus espadas, y comenzaronse á herir por todas partes á cual mas daño se podian hacer, y como aquellos que muchas veces lo habian usado. Norandel y don Guilan dieron todos juntos en la gente de sus contrarios, y como eran muy valientes y esforzados, hicieron mucho daño, y mas hicieran si no fuera por un caballero pariente de don Brian que con la gente de España habia venido, que habia nombre Fileno, que tomó consigo muchos españoles, que eran buena gente de guerra, y hirió tan recio en aquella parte donde Norandel y don Guilan andaba, que así á ellos como á todos los que delante sí tomaron los llevaron una pieza por el campo; pero allí hacian cosas extrañas Norandel y don Guilan por reparar los suyos. Al rey Arban y á don Brian despartieron de su batalla, así los unos como los otros, por la gran priesa que á la otra parte habia; y cada uno dellos comenzó á esforzar los suyos, hiriendo y derribando en los contrarios; pero como la gente de España fuesen mejor cabalgados, hubieron tan gran ventaja, que si no porque el rey Lisuarte y el rey Cildadan socorrieron con sus haces, no les tuvieran campo y todos fueran perdidos; mas con la llegada destos reyes fue todo reparado. El rey Perion, como vido la seña del rey Lisuarte, dijo á Gastiles: Agora, mi buen señor, movamos, y todavía mirad por esta seña, que yo así lo haré. Entonces fueron denodadamente contra sus enemigos. El rey Lisuarte los recibió como aquel á quien nunca falleció corazon ni esfuerzo, que sin duda podeis creer que en su tiempo nunca huvo rey que me-

jor ni mas determinadamente su cuerpo aventurase en las cosas que á su honra tocaban, así como por esta grande historia podeis ver en todas las batallas y afrentas en que se halló. Pues vueltas así estas gentes en número tan crecido, ¿ quién vos podria contar las caballerías que allí se hicieron? Seria imposible al que verdad quisiere decir, que tan buenos caballeros fueron allí muertos y llagados, que casi los caballos no podian andar sino sobre ellos. Deste rey Lisuarte digo, que como hombre lastimado, no teniendo su vida en nada, se metia entre sus enemigos tan esforzadamente, que pocos hallaba que le osasen atender. El rey Perion, yendo por otra parte haciendo maravillas, acaso se encontró con el rey Cildadan, y como se conocieron no quisieron acometerse; antes pasaron el uno por el otro, y fueron á herir adelante, y derribaron muchos caballeros muertos y llegados á tierra. Como el Emperador vió tan gran revuelta y le pareció estar los de su parte en gran peligro, mandó á sus capitanes que con todas sus haces rompiesen lo mas denodadamente que ser pudiese, y que así lo haria él; lo cual fue hecho, que todas las batallas juntas con el Emperador dieron en los contrarios. Mas antes que ellos llegasen, las otras de la parte contraria, des que los vieron venir, así mesmo todos juntos arremetieron por el campo, así es que todos fueron mezclados unos con otros, de manera que no podia haber concierto ninguno ni aguardar ninguno á su capitan. Mas andaban tan envueltos y tan juntos que no se podian herir, ni aun con las espadas; y trabábanse á brazos, y derribábanse de los caballos, y mas eran que murieran de los pies dellos que de las heridas que se daban. El estruendo y ruido era tan grande, así de las voces como del reñir de las armas, que todos aquellos valles de las montañas hacian resonar, que no parecia sino que todo el mundo era allí juntado; y por cierto asi lo podeis bien creer, que no el mundo, mas la mayor parte de la cristiandad y la flor della estaba allí donde tanto daño en ella se recibió aquel dia, que por

muchos y luengos tiempos no se pudo reparar. Así que esto se puede dar por ejemplo á los reyes y grandes señores, que antes que las cosas hagan las miren y piensen primero con la buena conciencia, mirando mucho los inconvenientes que dello se puede seguir, porque no á su cargo y por su yerro y aficiones laceren y mueran los que culpa no tienen, como muchas veces acaece. Que puede ser que la inocencia de estos tales lleve sus ánimas á buen lugar. Así que por mayor muerte, y muy mas peligrosa se puede contar, aunque al presente las vidas les quede, á los causadores de tal destruccion como esta á que dió ocasion este rey Lisuarte, aunque muy discreto y sabio en todas las cosas era, como oido habeis; pero causó la esto no querer estar á consejo de otro alguno, sino del suyo propio. Pues dejando todo esto aparte, que segun la gran soberbia y la ira; que sobre nosotros estan muy señoreadas para nos poner en muchas pasiones y en grandes tribulaciones, donde creo que los amonestamientos son escusados, tornarémos al próposito; y digo, que como todas las batallas así anduviesen y muriesen muchas gentes, la priesa era tan grande que no se podian valer los unos á los otros, que todos estaban ocupados, y delante se hallaban con quien pelear. Agrajes siempre tenia el cuidado de mirar por el rey Lisuarte, y no le habia visto con la gran priesa y muchedumbre de gente; y yendo por entre las batallas, vióle que acababa de derribar de un encuentro á Dragonis, en que quebró la lanza, y tenia la espada en la mano con gran saña por lo herir, y Agrajes fue para él con su espada y díjole: ¡Ah, rey Lisuarte, que yo soy el que mas te desama! El Rey, como lo oyó, volvió la cabeza y fue para él, y Agrajes á él, y tan recios llegaron el uno al otro, que no se pudieron herir; y Agrajes soltó el espada en la cadena con que la traia, y abrazóse con él, que como ya es dicho en otras partes desta historia, este Agrajes fue el caballero mas acometedor y de mas vivo corazon que en su tiempo hubo, y si así la fuerza como el esfuerzo le

ayudara, no hubiera en el mundo mejor caballero que él; y así era uno de los buenos que en gran parte se podria hallar. Pues estando abrazados, cada uno pugnaba cuanto podia por derribar al otro; que Agrajes se viera en gran peligro, porque el Rey era mas valiente de cuerpo y de fuerza, si no por el buen rey Perion que sobrevino, con el cual vinieron don Florestan, Landin y Enil, y otros muchos caballeros, y cuando así vió á Agrajes pugnó de lo socorrer; y de la otra parte salió Norandel, y don Guilan el Cuidador, y Brandoibas, y Guiontes, sobrino del Rey, que estos, aunque en otras partes hacian sus entradas y grandes caballerías, siempre tenian ojo á mirar mucho por el Rey, que así lo tenian en cargo. Pues como estos llegaron se hirieron de las espadas, que las lanzas quebradas eran, todos tan bravamente, que cosa extraña era de ver; y llegábanse de entrambas partes para socorrer cada uno al suyo; mas el rey y Agrajes estaban tan asidos que no los podian quitar, ni tampoco derribarse el uno al otro, porque los de su parte los tenian en medio, y los sostenian que no cayesen. Como aqui fuese la mayor priesa de la batalla y el mayor ruido de las grandes voces, ocurrieron allí muchos caballeros de ambas partes; entre los cuales vino don Cuadragante, y llegó y vió la revuelta, y al Rey abrazado con Agrajes, metióse muy recio por todos, y echó mano del Rey tan bravamente que por poco hubiera derribado á entrambos, que no osó herir al Rey por no dar á Agrajes, y porque le dieron muchos golpes los que al Rey defendian nunca le soltó. El rey Arban de Norgales que venia con el Emperador de Roma, que habia gran pieza que no habia visto al Rey, llegó allí, y como lo vido en tan gran peligro fue muy desapoderado, y abrazóse con don Cuadragante muy recio; así estaban todos cuatro abrazados, y al rededor dellos el rey Perion y los suyos, que nunca cesaban de se combatir. Pues así estando la cosa en tan gran revuelta y peligro, sobrevino de la parte del rey Lisuarte el Emperador y el rey Cildadan con mas

de tres mil caballeros, y de lo otra Gastiles y Grasandor con muchas compañas, y llegaron los unos y los otros á la priesa con tan gran estruendo, que por fuerza hicieron derramar los que se combatian, y los que estaban abrazados hubieron por bien de se soltar, y quedaron todos cuatro á caballo pero muy cansados, que casi en las sillas tener no se podian; y tanta fue la gente que á la parte del rey Lisuarte cargó, que en muy poco estuvo el negocio de se perder, si no fuera por la grande bondad y esfuerzo del rey Perion, y de don Cuadragante, y de don Florestan, y los otros sus amigos, que como muy esforzados caballeros que en aquel tiempo sobrevinieron, y hicieron tales cosas y sufrieron tanto que fue gran maravilla. Así estando en esta priesa como oides, llegó aquel esforzado caballero Amadis que habia andado á la diestra parte de la batalla; y habia muerto de un solo golpe á Constancio, y desbaratado todo lo mas de aquella parte; y traia en su mano la su muy buena espada teñida de sangre hasta el puño y vinieron con él el conde Galtines, y Gandalin, y Trion, y como vió tanta gente sobre su padre, y sobre los suyos y no estar al Emperador delante combatiéndose, como cosa que ya por vencida tenia, puso las espuelas á su caballo, que entonces habia tomado á un doncel de los de su padre que venia holgado, y metióse tan recio y tan denodado por la gente que fue maravilla de lo ver. Floyan, que lo conoció en las sobreseñales, hubo recelo, que si al Emperador llegase, que todos no serian tan poderosos de se lo defender ni amparar, y lo mas presto que pudo se puso delante aventurando su vida por salvar la suya del Emperador. Don Florestan que hácia aquella parte se halló entraba á la par con Amadis, y como vió á Floyan fue á él lo mas presto que pudo, y diéronse muy grandes golpes de las espadas por cima de los yelmos, mas Floyan fue desacordado que no se pudo tener en el caballo, y cayó en tierra, y allí fue muerto, así del golpe como de la mucha gente que sobre él anduvo. Amadis no curó de su ba-

talla, antes como llevaba los ojos puestos en el Emperador, y mas en el corazon de lo matar si pudiese, que ya entre los suyos estaba, metióse con muy gran rabia entre ellos por le herir; y como quiera que de todas partes grandes golpes le diesen por se lo defender, nunca tanto pudieron hacer los contrarios que le estorbasen de se juntar con él; y como él llegó alzó el espada, y hirióle de toda su fuerza, y dióle tan gran golpe por encima del yelmo que le desapoderó de toda su fuerza, y hizole caer la espada de la mano, y quedó sin sentido; y como Amadis vido que iba á caer del caballo, dióle muy prestamente otro gran golpe por encima del hombro que le cortó todas las armas y la carne hasta el hueso, de manera que todo aquel cuarto con el brazo le quedó colgando, y cayó del caballo, tal que dende á poco fue muerto. Cuando los romanos, que muy cerca dél estaban, lo vieron, dieron muy grandes voces, de manera que llegaron muchos, y tornóse á avivar la batalla, que llegaron allí de presto Arquisil y Flaminco con otros muchos caballeros donde Amadis y don Florestan estaban, y diéronse muy grandes y fuertes golpes de todas partes; mas el conde Galtines, Gandalin y Trion dieron voces á don Bruneo y Angriote que se juntasen con ellos para los socorrer. Y los cinco, á pesar de todos ellos, llegaron en su ayuda haciendo mucho daño. El rey Perion estaba con don Cuadragante, y con Agrajes, y otros muchos caballeros á la parte del rey Lisuarte y del rey Cildadan, y otros muchos que con ellos estaban, y combatíanse muy reciamente: así que allí fue la mas recia batalla que en todo el dia habia sido, y mayor mortandad de gentes. Mas á esta hora sobrevino don Brian de Monjaste y don Gandales, que habian recogido de los suyos seiscientos caballeros, y dieron en los enemigos tan bravamente donde Amadis y sus compañeros estaban, que mal de su grado los retrajeron una gran pieza. A estas grandes voces que entonces se dieron, Arban, rey de Norgales, volvió la cabeza y vido como los romanos perdian el campo, y dijo al

rey Lisuarte: Señor retraedvos, sino perderos heis. Cuando el Rey esto oyó miró, y bien conoció que decia verdad. Entonces dijo al rey Cildadan que le ayudase á retraer á los suyos en son que no se perdiesen, y así lo hicieron, que siempre vueltos á los contrarios y dándose muy grandes golpes con ellos, se retrajeron hasta se poner en igual de los romanos, y allí se detuvieron todos, porque Norandel, y don Guilan, y Cendil de Ganota, y Ladasin, y otros muchos que con ellos se pasaron á la parte de los romanos, que era lo mas flaco, para los esforzar; pero todo era nada, que ya la cosa iba de vencida. Estando la batalla en tal estado como oís, Amadis vido como la parte del rey Lisuarte iba perdida sin ningun remedio, y que si la cosa pasase mas adelante que no seria en su mano de lo poder salvar, ni aquellos grandes amigos suyos que con él estaban; y sobre todo le vino á la memoria ser este el padre de su señora Oriana, aquella á quien sobre todas las cosas del mundo amaba y tenia, y las grandes honras que él y su linaje los tiempos pasados habian dél recibido, las cuales se debian anteponer á los enojos, y que toda cosa que en tal caso se hiciese seria gran gloria para él, contándose mas á sobrada virtud que á poco esfuerzo. Y vido que muchos de los romanos llevaban á su señor haciendo gran duelo y que la gente se esparcia. Y porque venia la noche acordó, aunque afrenta pasase de alguna vergüenza, de probar si podria servir á su señora en cosa tan señalada; y tomó consigo al conde Galtines, que cabe sí tenia, y fuese cuanto pudo por entrambas las batallas á gran afan, porque la gente era mucha y la priesa grande que los de su parte, como conocian la ventaja, apretaban á sus enemigos con gran esfuerzo, y en los otros ya casi no cabia defensa, si no por el rey Lisuarte y el rey Cildadan, y los otros señalados caballeros; y llegaron él y el Conde al rey Perion su padre, y díjole: Señor la noche viene que á poca de hora no nos

podríamos conocer los unos á los otros, y si mas durase la contienda seria muy gran peligro, segun la muchedumbre de la gente, que así podríamos matar por yerro á los amigos como á los enemigos, y ellos á nosotros; paréceme que será bien apartar la gente, que segun el daño que nuestros enemigos han recibido de nosotros, bien creo yo que mañana no nos osarán esperar. El rey Perion, que muy gran pesar tenia en su corazon de ver morir tanta gente sin culpa ninguna, díjole: Hijo, hágase como á vos os pareciese, así por eso que decís, como porque mas gentes no mueran, que aquel Señor que todas las cosas sabe, bien ve que esto mas se deja por su servicio, que por otra ninguna causa, que en nuestra mano está toda su destruccion, segun ya vemos que son vencidos. Agrajes estaba cerca del Rey, y Amadis no le habia visto, y oyó todo lo que pasaron, y vino con gran furia á Amadis y dijo: ¿Cómo, señor primo, agora que teneis á vuestros enemigos vencidos y desbaratados, y estais en disposicion de quedar el mas honrado príncipe del mundo, los quereis salvar? Señor primo, dijo Amadis, á los nuestros querria yo salvar, que con la noche no se matasen los unos á los otros, que á nuestros enemigos por vencidos los tengo, que no hay en ellos defensa ninguna. Agrajes, como muy cuerdo era, bien conoció la voluntad de Amadis, y díjole: Pues que no quereis vencer, no debeis señorear, y siempre seréis caballero andante, pues que en tal coyuntura os vence y ciega la piedad; pero hágase como por bien tuviéredes. Entonces el rey Perion y don Cuadragante, á quien desto mucho placer y contento rescibia por el rey Cildadan, con quien tanto deudo tenia, y á quien él mucho amaba, por una parte, y Amadis y Gastiles por la otra, comenzaron á apartar la gente, y hiciéronlo con tan poca premia, que ya la noche los partia. El rey Lisuarte que estaba en esperanza ninguna de cobrar lo perdido, y determinado á morir antes que ser vencido,

cuando vido que aquellos caballeros apartaban la gente fue mucho maravillado, y bien creyó que no sin algun gran misterio aquello se hacia, y estuvo quedo hasta ver lo que dello podria redundar. Y como el rey Cildadan vido lo que los contrarios hacian, dijo al Rey: Paréceme que aquella gente no nos seguirá, y honra nos hacen; y pues que así es, recojamos la nuestra, y vamos á descansar, que tiempo es. Así se hizo, que el rey Arban de Norgales, y don Guilan el Cuidador, y Arquisil, y Flamineo con los romanos retrajeron toda la gente. Así se partió esta batalla como oides, y por cuanto el comienzo desta grande historia fue fundado sobre aquellos grandes amores que el rey Perion tuvo con la reina Elisena, que fueron causa de ser engendrado este caballero Amadis su hijo, del cual y de los que él tiene con su señora Oriana ha procedido y procede tanta y tan gran escriptura, aunque algo parezca salir de propósito, razon es que así para su disculpa destos que tan desordenadamente amaron, como para los otros que como ellos aman, se diga que fuerza tan grande es sobre todas la de los amores, que con una cosa de tan gran hecho como esta fue, y tan señalada por el mundo, donde tales y tantas gentes de grandes estados se juntaron, y tantas muertes hubo y la honra tan grandísima que ganaban los vencedores, que dejándolo todo aparte, allí entre la ira y la saña y gran soberbia, con tan antigua enemistad, que la menor destas es bastante para cegar los sentidos á cualquiera hombre por muy discreto y esforzado que sea, allí tuvo tanta fuerza el amor que este caballero tenia con su señora, que olvidando la mayor gloría que en este mundo se puede alcanzar, que es el vencer, pusiese tal embarazo, por donde sus enemigos recibiesen el beneficio que habeis oido, que sin duda ninguna podeis creer que en la mano y voluntad de Amadis y de todos los de su parte estaba toda la destruccion y perdimiento del rey Lisuarte, y de toda su gente sin se poder valer. Pero no es razon que se atribuya sino á aquel todo poderoso Se-

ñor que es reparador de todas las cosas, que bien se puede creer que fue así por él permitido que se hiciese, segun la gran paz y concordia que desta tan grande enemistad redundó, como adelante por extenso vos contarémos. Pues las gentes ya apartadas y tornadas á sus reales, pusieron treguas por dos dias, porque los muertos y los heridos eran muchos, y acordáronse que seguramente cada una de las partes pudiese llevar los suyos. El trabajo que pasaron en soterrar los muertos, y los grandes llantos y alaridos que por ellos hicieron, seria escusado decirlo por entero; porque la muerte del emperador de Roma, segun lo que por él se hizo, puso olvido en los restantes. Pero lo uno y lo otro se dejará de contar, así porque seria prolijo y enojoso, como por no salir del propósito comenzado.

CAPITULO XXXI.

Como el rey Lisuarte hizo llevar el cuerpo del Emperador á Roma á un monasterio; y como habló con los romanos sobre aquel hecho en que estaba, y la respuesta que le dieron.

Llegó á su tienda el rey Lisuarte y rogó al rey Cildadan que allí se apease y desarmase, porque antes de usar reposo, diesen órden como el cuerpo del Emperador se pusiese en donde debia estar; y como desarmados fueron, aunque muy quebrantados y cansados estaban, llegaron entrambos á la tienda del Emperador, donde muerto estaba, y hallaron todos los mayores de sus caballeros en su derredor dél haciendo gran duelo. Que aunque este Emperador de su propio natural fuese soberbio y desabrido, por la cual causa con mucha razon los que estas maneras tienen deben ser desamados, era muy franco y liberal en hacer á los suyos tantos bienes y mercedes, que con esto encubria mucha parte de sus defectos. Porque aunque to-

dos tengan mucho contentamiento de los que con gracia y cortesía reciben á los que á ellos llegan, mucho mas tienen de los que aun con alguna aspereza ponen en por obra las cosas que les piden, porque el efecto verdadero está en obrar la virtud, y no en la plática. Llegados allí estos dos reyes quitaron aquellos caballeros de hacer su duelo, y rogáronles que se fuesen á sus tiendas, y se desarmasen y curasen de sus llagas, que ellos no se quitarian de allí hasta que aquel cuerpo fuese puesto á donde se requeria estar tan gran príncipe. Pues idos todos, que no quedaron sino los oficiales de la casa, mandó el rey Lisuarte que aparejasen al Emperador como luego pudiesen caminar con él, y lo llevasen á un monasterio que á una jornada de allí cabe una su villa que habia nombre Lubaina, porque desde allí se pudiese con mas reposo á Roma llevar á la capilla de los Emperadores. Esto así hecho, tornáronse los reyes á la tienda donde habian salido, y allí les tenian aderezado de cenar, y cenaron, y al parecer de los que allí estaban con buen semblante. Pero alguno habia que en el secreto no era así; antes su espíritu estaba afligido y con mucho cuidado, el cual era el rey Lisuarte, porque cumplida la tregua no esperaba ningun remedio á su salud, que segun la ventaja que sus enemigos le habian tenido en las dos batallas pasadas, y la flaqueza grande que en sus gentes conocia, especialmente en los romanos, que era la mayor parte, y habiendo conocimiento del gran esfuerzo de los contrarios, por dicho se tenia que no era parte para sostener la tercera batalla, y no esperaba otra cosa en ella, salvo ser deshonrado y vencido, aunque lo mas cierto era muerto, porque él no deseaba la vida mas que cuanto la honra sostener pudiese. Y cuando hubo cenado, el rey Cildadan se fué á su tienda, y el rey Lisuarte quedó en la suya. Así pasaron aquella noche poniendo grandes guardas en su real; y venida la mañana, el Rey se levantó, y des que hubo oido misa llevó consigo al rey Cildadan, y fuese á la tienda del Emperador, al cual ha-

bian ya llevado, y á Floyan con él al monasterio que vos dije; y hizo llamar á Arquisil, y á Flamineo, y á todos los otros grandes señores que allí de su compaña estaban, y venidos ante él, hablóles en esta guisa: Mis buenos amigos, el doble pesar que yo tengo de la pérdida es mas que no la venida, y la gana y voluntad Dios la sabe. Pero como estas sean cosas muy comunes en el mundo, que escusar no se pueden, así como cada uno de vos habrá visto y oido, no queda otro remedio, sino que dejando aparte los muertos, los vivos que quedan pongan tal remedio á sus honras, que no parezca que la muerte natural dellos redunda otra muerte artificial en los que viven. Lo pasado es sin remedio para lo presente y porvenir; por la bondad de Dios tantos quedamos, que si con el amor y voluntad que los buenos son tenidos y obligados nos ayudamos, yo fio en él que con mucha gloria y ventaja cobrarémos aquello que hasta aqui se ha perdido; y quiero que de mí sepais, que si todo el mundo contrario tuviese y los que conmigo estan me dejasen, no partiré deste lugar sino vencedor ó muerto; así que, mis buenos amigos, mirad quien sois y del linaje que venís, y haced en esto de manera que todo el mundo se dé á conocer que en la muerte del señor no estaba la de todos los suyos. Acabada el rey Lisuarte su habla, como Arquisil fuese el mas principal de todos ellos, así en esfuerzo como en linaje, porque como muchas veces se vos ha dicho, á este venia de derecho la sucesion del imperio, se levantó de donde estaba asentado, y respondió al Rey diciendo: A todo el mundo le es notorio, despues que Roma se fundó, las grandes hazañas y afrentas que los romanos en tiempos pasados á su muy gran honra acabaron, de las cuales las historias estan llenas, y en ellas señalados sus hechos famosos entre todos los del mundo, así coma el lucero entre las estrellas; y pues de tan excelente sangre venimos, no creais vos, mi buen señor rey Lisuarte, ni otro ninguno, sino que agora mejor que de primero, y con mas esfuerzo y cuidado, pos-

poniendo todo el peligro y temor que nos venir pudiese, seguirémos aquellos que los nuestros famosos antecesores siguieron, por donde dejaron en este mundo fama tan loada con perpetua memoria, y como los virtuosos lo deben seguir; y vos no vos dejeis caer, ni á vuestro corazon deis causa de flaqueza, que por todos estos señores me profiero, y por los otros que aquellos y yo tenemos encargo de gobernar y mandar, que la tregua salida tomarémos la delantera de la batalla, y con mas esfuerzo y corazon resistirémos y apremiarémos á nuestros enemigos que si el Emperador nuestro señor delante estuviese. Mucho pareció bien á todos cuantos allí estaban lo que este caballero dijo, principalmente al rey Lisuarte, y bien dió á entender que con mucho derecho merecia la honra y gran señorío que Dios le dió, como adelante se dirá. Con esta respuesta se fue muy contento el rey Lisuarte para su tienda, y dijo al rey Cildadan: Mi buen señor, pues que tal recaudo hallamos en los romanos y con tan buena voluntad nos ayudan, lo cual de mí creido así no era; y teniendo tan buen caballero y tan esforzado por caudillo como este Arquisil, gran razon es y cosa muy acertada que nosotros, pospuesto todo peligro, tomemos este negocio segun la razon nos obliga; y de mí os digo, que salida la tregua, no habrá cosa sino luego la batalla, en la cual, si Dios la victoria no me da, no quiero que me dé la vida, que la muerte me será mas honra. El rey Cildadan, como fuese muy buen caballero y de grande esfuerzo, aunque su corazon siempre llorase aquella tan gran lástima que sobre sí tenia, en se ver tributario de aquel Rey, mirando mas á lo que su promesa y juramento era obligado, que contentamiento de su voluntad ni querer, le dijo: Mi señor, mucho soy alegre de lo que en los romanos se halla, y mucho mas en haber conocido el esfuerzo de vuestro gran corazon, que las cosas semejantes que son pasadas, y las presentes que se esperan son el toque donde se debe de descubrir su virtud; y en lo que

á mí toca, tened esperanza, que, vivo ó muerto, donde vos quedáredes quedará este mi cuerpo. Cuando el rey Lisuarte esto le oyó mucho se lo agradeció, y lo tuvo en tanto, que desde aquella hora, segun despues por él se supo, propuso en su voluntad, que como quiera que la fortuna próspera ó adversa le viniese, de le soltar el señorio que sobre él tenia, lo cual así lo hizo como adelante oiréis. Esta cosa es muy señalada y mucho de notar á quien la leyere, que solamente por conocer el rey Lisuarte con la gran aficion que este Rey se le profirió á morir en su servicio, aunque el efecto no hubo, tuvo por bien de le dejar libre de aquel vasallaje que sobre él tenia, por donde se da á entender que la buena y verdadera voluntad, así en lo espiritual como en lo temporal, merece tanto galardon y premio, como si por la propia obra pasase, porque della nace el efecto de lo bueno, y de lo contrario lo malo. Llegados estos reyes á sus tiendas, comieron y descansaron, y dando órden en las cosas necesarias para dar fin á esta afrenta tan grande y tan señalada que sobre sus honras y vidas tenian. Mas agora dejarémos á los unos y á los otros en sus reales como habeis oido, esperando que en la tercera batalla estaba la gloria y vencimiento de la una parte, aunque la certidumbre de la una muy conocida y clara estuviese, y contaros hemos lo que en este medio tiempo acaeció, por donde conoceréis que la soberbia y gran saña, y el peligro tan junto y tan cercano que estas gentes tenian unas de otras, no pudieron estorbar aquello que Dios poderoso en todas las cosas tenia prometido que se hiciese.

CAPITULO XXXII.

Como sabido por el santo ermitaño Nasciano, que á Esplandian el hermoso doncel crió, esta gran rotura destos reyes, se dispuso á los poner en paz, y de lo que en ello hizo.

La historia cuenta que aquel santo ermitaño Nasciano, que á Esplandian criara, como la tercera parte desta historia lo cuenta, estando en su ermita en aquella gran floresta que ya oistes, mas habia cuarenta años, que segun era el lugar de esquivo y apartado pocas veces iba ninguno, que él siempre tenia sus provisiones para gran tiempo; y no se sabe si por gracia de Dios ó por las nuevas que dello pudo oir, supo como estos reyes y grandes señores estaban en tanto peligro y afrenta, así de sus personas como de todos aquellos que en su servicio iban, de lo cual mucho se dolió, y porque á la sazon estaba tan doliente que andar ni se levantar podia, siempre rogaba á Dios que le diese salud y esfuerzo para que él pudiese ser reparo destos que eran en su santa ley; porque como él hubiese confesado á Oriana y della supiese todo el secreto de Amadis, y ser Esplandian su hijo, bien conoció el gran peligro que se aventuraba en haberla de casar con otro; y por aquí pensó, que pues Oriana estaba en tal parte donde la ira de su padre no podia temer, que seria bien, aunque él viejo y cansado fuese, de se poner en camino y llegar á la ínsula Firme, porque con su licencia della, que de otra manera no podia ser, pudiese desengañar al rey Lisuarte de lo que no sabia, y tuviese tal manera, que poniendo la paz y concordia allegase el casamiento de Amadis y della. Con este pensamiento y deseo, cuando un poco aliviado se sintió, tomó consigo dos hombres de aquel lugar á dó su hermana vivia, que era la madre de Sargil, el que an-

daba con Esplandian; y encima de su asno se metió al camino; aunque con mucha flaqueza y pequeñas jornadas, y mucho trabajo, anduvo tanto, que llegó á la ínsula Firme al tiempo que el rey Perion y toda la gente era ya partida para la batalla, de lo cual mucho placer hubo. Pues allí llegado, hizo saber á Oriana su venida, y como ella lo supo, fué muy alegre por dos cosas; la primera porque este santo ermitaño habia criado y dado despues de Dios la vida á su hijo Esplandian, y la otra por tomar consejo con él de lo que á su alma y buena conciencia se requeria; y luego mandó á la doncella de Denamarca que saliese á él, y lo trajese donde estaba, y así lo hizo.

Cuando Oriana lo vió entrar por la puerta, ella se fue para él, y hincó las rodillas ante él, y comenzó de llorar muy reciamente y díjole: ¡Oh santo hombre! dadme vuestra bendicion á esta mujer malaventurada y muy pecadora, que por su mala ventura y la de los otros muchos fue nacida en este mundo. Al santo ermitaño le vinieron las lágrimas á los ojos de la piedad que della hubo, y alzó la mano y bendíjola, y díjole: Aquel Señor que es reparador y poderoso en todas las cosas os bendiga, y sea la guarda y reparo en todas vuestras cosas. Entonces la tomó de los brazos y la levantó del suelo, y díjole: Mi buena señora y amada hija, con mucha fatiga y gran trabajo soy venido por vos hablar, y cuando á vos pluguiere mandadme oir, porque yo no me puedo mucho detener, ni el estilo de mi vivir ni hábito me da licencia para ello. Oriana, así llorando como estaba, le tomó por la mano sin ninguna cosa le responder, que los grandes sollozos no le daban lugar, y se metieron en su cámara con él, y mandó que allí solos los dejasen, y así fue hecho. Cuando el ermitaño vió que sin recelo podia decir lo que quisiese, dijo: Mi buena señora, yo estando en aquella ermita donde ha tanto tiempo que he demandado á Dios nuestro señor que haya piedad de mi ánima, poniendo en olvido todo lo mundanal, por no recibir algun intervalo en mi propósito, fuí sabidor

como el Rey vuestro padre y el Emperador de Roma con muchas gentes son venidas cotra Amadis de Gaula, y asímesmo él con su padre y otros muchos príncipes y caballeros de gran estado van á les dar batalla. Lo que de ahí se puede seguir quien quiera lo conocerá, que segun la muchedumbre de las gentes, y el gran rigor con que se demandan y buscan, no puede aquí redundar sino en mucha perdicion dellos y en gran ofensa de Dios nuestro señor; y porque la causa, segun me dicen, es el casamiento que vuestro padre quiere juntar de vos y del Emperador de Roma, yo, señora, me dispuse á hacer este camino que veis como persona que sabe el secreto de cómo vuestra conciencia en este caso está, y el gran peligro de vuestra persona y fama, si lo que el Rey vuestro padre quiere hubiese efecto; y porque de vos, mi buena hija, en confesion lo supe, no he tenido licencia de poner en ello aquel remedio que á tan gran daño como aparejado está conviene. Agora que veo el estado en que las cosas están, será mas pecado callarlo qué decirlo. Vengo á vos, amada hija, hayáis por mejor que vuestro padre sepa lo pasado, y que no vos pueda dar otro marido si no el que teneis; que no lo sabiendo, pensando que lo que él quiere justamente se puede cumplir, su porfía será tal que con gran destruccion de los unos y de los otros siguiese su propósito, y al cabo sea publicado así como el Evangelio lo dice, que ninguna cosa puede oculta ser que sabida no sea. Oriana, que algun tanto mas el espíritu reposado tenia, lo tomó por las manos y se las besó muchas veces contra su voluntad dél, y díjole: ¡ Oh muy santo hombre y siervo de Dios! en vuesro querer y voluntad pongo y dejo todos mis trabajos y angustias para que hagais aquello que mas al bien de mi alma cumple; y aquel Señor á quien vos servís, y yo tengo tanto ofendido, le plega por su santa piedad de lo guiar no como yo muy pecadora lo merezco, mas como él por su infinita bondad lo suele hacer con aquellos que mucho lo han errado, si de todo corazon, como yo agora le ha-

go, merced le piden. El hombre bueno con mucho placer le respondió: Pues, amada hija, en este Señor que decís que á ninguno faltó en las grandes necesidades, si con verdadero corazon y contricion le llaman, tened mucha esperanza; y á mí conviene, como aquel que con mas honestidad lo puede y debe hacer, poner aquel remedio que su servicio sea, y vuestra honra sea guardada con aquella seguridad que á la conciencia de vuestra ánima se requiere; y porque de la dilacion mucho daño se puede seguir, conviene que luego por vos, mi buena señora, me sea dada licencia, porque el trabajo de mi persona (si ser pudiere) alcance algo del fruto que yo deseo. Oriana le dijo: Mi señor Nasciano, aquel doncel que despues de Dios distes la vida os encomiendo que le rogeis por él, y si acá tornáredes haced por le traer con vos, y á Dios vais encomendado, que os guie de manera que vuestro deseo se cumpla á su santo servicio. Así el santo ermitaño se despidió, y con mucha fatiga de su espíritu, y con grande esperanza de cumplir su buena voluntad, entró por el camino por dó supo que la gente iba; pero como él fuese tan viejo, como la historia lo cuenta, y no pudiese andar sino en su asno, su caminar fue tan vagaroso, que no pudo llegar hasta que las dos batallas ya dadas eran, como dicho es, así que, estando las dos huestes en tregua y soterrando los muertos y curando los heridos, llegó este santo hombre al real del rey Lisuarte, y como vido tantas gentes muertas y otros muchos heridos de diversas y terribles heridas, por las cuales muy grandes llantos á todas partes hacian, fue mucho espantado, y alzó las manos al cielo llorando con mucha piedad, y dijo: ¡Oh señor del mundo! á ti plega por tu pasion que por nosotros pecadores pasaste, que no mirando á nuestros grandes yerros y pecados, me des gracia como yo pueda quitar tan grande mal y daño como el que entre estos tus siervos aparejado está. Pues entrando en el real, preguntó por las tiendas del rey Lisuarte, á las cuales sin en otra parte reposar se fue; y como allí llegó, descabalgó de

su asnillo , y entró donde el Rey estaba. Cuando el Rey lo vido conocióla luego , y fue mucho maravillado de su venida ; porque segun su edad grande , bien tenia creido que aun de la ermita no pudiera salir , y luego sospechó que tal hombre como aquel tan pesado y de vida tan santa que no venia sin alguna causa ; y como á él llegó hincó las rodillas y dijo : Padre Nasciano y siervo de Jesucristo, dadme vuestra bendicion. El ermitaño alzó la mano y dijo : Aquel Señor á quien yo sirvo y todo el mundo es obligado á servir vos guarde, y dé tal conocimiento , que no teniendo en mucho las cosas perecederas del mundo, antes las despreciando , hagais tales obras, por donde vuestra ánima haya y alcance aquella gloria y reposo para que fue criada , si por vuestra culpa no lo pierde. Entonces le dió bendicion y alzó por las manos , y él hincó las rodillas para se las besar , mas el Rey lo abrazó y no lo consintió ; y tomándole por la mano le hizo asentar cabe sí, y mandó que luego le trajesen de comer , y así fue hecho ; y des que hubo comido apartóse con él en un retraimiento de la tienda, y preguntóle la causa de su venida, diciéndole que se maravillaba mucho, segun su edad y gran retraimiento, poder venir en aquellas partes tan lejos de su morada. El ermitaño le respondió y dijo : Señor , con mucha razon se debe creer todo lo que decis , que por cierto, segun mi gran vejez, así del cuerpo como de la voluntad y condicion , no estoy para mas sino para salir de mi celda al altar ; pero conviene á los que quieren servir á nuestro señor Jesucristo , y desean seguir sus santas doctrinas y carreras , que en ninguna sazon de su edad, por trabajos ni fatigas que les vengan , hayan de aflojar solamente un momento dellos , que acordándose de como siendo Dios verdadero criador de todas las cosas , sin á ello ninguna cosa le constreñir, sino solamente su santa piedad y misericordia, quiso venir por nos dar el paraíso que cerrado teníamos , en este mundo, donde con tantas injurias y deshonras de tan deshonrada gente recibió muerte y tan cruda pasion. ¿Qué

podemos hacer nosotros por mucho que le sirvamos que pueda llegar á la correa de su zapato, como aquel su grande amigo y servidor lo dijo? Y esto considerando, pospuesto el temor y el peligro de mi poca vida, pensando que aqui mas que en la parte donde estaba podia seguir su servicio, me dispuse con mucho trabajo de mi persona y gran voluntad de mi deseo de hacer este camino, en el cual á él plega de me guiar, y á vos, señor, de recibir mi embajada, quitada y apartada toda saña y pasion, y sobre todo la malvada soberbia, enemiga de toda virtud y conciencia, para que siguiendo su servicio se olviden aquellas cosas que en este mundo al parecer de muchos valen algo, y en el otro, que es el mas verdadero, son aborrecidas. E viniendo mi señor al caso, digo, que estando en aquella espesa y áspera montaña donde conmigo hablastes todas las cosas que tocaban aquel muy hermoso y bien criado doncel Esplandian, supe desta muy grande afrenta y cruda guerra donde vos hallo, y tambien la razon y causa porque se mueve; y porque yo sé muy cierto que lo que vos, mi buen señor, queriades, es casar vuestra hija con el Emperador de Roma, por quien tanto mal y daño es venido, no se podia hacer; no solamente por lo que muchos grandes y otros menores de vuestro reino muchas veces vos dijeron, diciendo ser esta infanta vuestra legítima heredera y sucesora despues de la fin de vuestros dias, que era y es muy legitima causa, para que con mucha razon y buena conciencia se deberia desviar, mas por otra que á vos y á otros es oculta y á mí manifiesta, que con mas fuerza segun la divina y humana lo desvia, por donde en ninguna manera se puede hacer; y esto es, porque vuestra hija es junta en matrimonio con el marido que nuestro Señor tuvo por bien y en su servicio que sea casada. El Rey cuando esto oyó, pensó que como este hombre bueno era ya de muy gran edad, que el seso y la discrecion se le turbaba, ó que alguno no le habia informado muy bien de aquello que habia dicho, y respondióle y dijo:

Nasciano, mi buen amigo, mi hija Oriana nunca tuvo marido ni agora lo tiene, salvo aquel grande Emperador de Roma, que le yo habia dado por marido por ser señor tan poderoso y tan principal; porque con él, aunque de mis reinos apartada fuese, en mucha mayor honra y mas estado la ponia; y Dios es testigo que mi voluntad nunca fue de la desheredar por heredar á la otra hija, como algunos lo dicen, sino porque hacia cuenta que este mi reino junto en tanto amor con el imperio de Roma, la su santa fe católica podia ser mucho ensalzada; que si yo supiera ó pensara en las grandes cosas que desto han redundado, con muy poca premia volveria mi querer y voluntad en tomar otro consejo; pero pues que mi intencion fue justa y buena, entiendo que lo pasado y porvenir no se puede ni debe imputar á mi cargo. El buen hombre le dijo: Mi señor, y aun por eso os dije que lo que á vos os era oculto á mí me es manifiesto; y dejando aparte lo que me decís de vuestra sana y noble voluntad, que segun vuestra gran discrecion y la honra tan alta en que Dios os ha puesto, asi se debe y puede creer, quiero que sepais de mí lo que muy á duro de otro saber podríades, y digo que el dia que por vuestro mandato llegué á las tiendas en la floresta donde la Reina y su hija Oriana con muchas dueñas y doncellas, y vos con muchos caballeros estábades, cuando llevé conmigo aquel bienaventurado doncel Esplandian, que á la leona por la trailla llevaba, á quien el Señor tiene tanto bien prometido, como vos mi buen señor lo habeis oido decir, la Reina y Oriana hablaron conmigo todo el secreto de sus conciencias, para que en nombre de aquel que las crió y las ha de salvar les diese la penitencia que á la salud de sus ánimas convenia; y supe de vuestra hija Oriana como desde el dia que Amadis de Gaula la quitó á Arcalaus el encantador y á los cuatro caballeros que con él la llevaban presa, al tiempo que vos fuistes encantado por la doncella que de Londres os sacó por el don que la prometistes y fuisteis vos preso y en gran peligro de perder vuestra

cuerpo y todo vuestro gran señorío, de lo cual su hermano don Galaor os libró con gran peligro de su vida; que así por aquel gran servicio que hizo, como aun mas por el que su hermano os hizo á vos, que en galardon dello ella prometió casamiento aquel noble caballero reparador de muchos cuitados, flor y espejo de todos los caballeros del mundo, asi en linaje como en esfuerzo y en todas las buenas maneras que caballero debe tener, de donde se guió que por gracia y voluntad de Dios fuese engendrado aquel Esplandian, que tan extremado y señalado le quiso hacer sobre cuantos viven, que con verdad podemos decir ser muchos y grandes tiempos pasados, y en los porvenir pasarán, que por hombres no se supo que persona mortal fuese como tan maravilloso milagro criado, pues lo que de sus hechos públicamente demuestra aquella gran sabidora Urganda la Desconocida, vos, señor, muy mejor que yo lo sabeis. Así que podemos decir que aunque aquello por accidente fue hecho, segun en lo que parece, no fue sino misterio de nuestro Señor, que le plugo que asi pasase; y pues que á él tanto agrada, á vos, mi buen señor, no debe pesar; antes considerando ser esta voluntad, y la nobleza y gran valor deste caballero, habed por bien de lo tomar con todo su gran linaje por servidor y hijo, dando órden como dar se pueda que vuestra honra guardada sea aparte el presente peligro, y en lo porvenir se tenga tal forma, que personas de buena conciencia determinen lo que sea servicio de aquel Señor, para servicio del cual en este mundo nacimos, y vuestro, que despues dél sois su ministro en lo temporal; y agora, gran rey Lisuarte, quiero ver si en vos es bien empleada aquella gran discrecion de que Dios os ha querido guarnecer, y el crecido y gran estado en que mas por su infinita bondad que por vuestros merecimientos os ha puesto; y pues él ha hecho con vos mas de lo que mereceis, no es mucho seguir algo de lo que sus santas doctrinas os enseñan. Cuando esto oido fue por el Rey, mucho fue maravillado, y dijo: ¡Oh padre Nasciano!

¿es verdad que mi hija es casada con Amadis? Por cierto, verdad es, dijo él, que él es marido de vuestra hija, y el doncel Esplandian es vuestro nieto. ¡Oh Santa María, val! dijo el Rey, qué mal recaudo tenérmelo tanto tiempo secreto, que si lo yo supiera ó pensara no fueran muertos ni perdidos tantos cuitados como sin lo merecer lo han sido; y quisiera que vos, mi buen amigo, en tiempo que remediar se pudiera me lo hiciérades saber. Eso no pudo ser, dijo el hombre bueno, porque lo que en confesion se dice no debe ser descubierto; y si agora lo fue ha sido con licencia de aquella infanta, de la cual yo agora vengo, que le plugo que se dijese; y yo fio en aquel Salvador del mundo, que si en lo presente se da tal remedio que su servicio sea, que con poca penitencia lo pasado perdonará; pues que mas la obra que la intencion parece ser dañada. El Rey estuvo una gran pieza pensando sin ninguna cosa decir, donde á la memoria le ocurrió el gran valor de Amadis, y como merecia ser señor de grandes tierras, así como lo era, y ser marido de persona que señora del mundo fuese, y así mesmo el grande amor que él á Oriana habia, y como usaria de virtud y buena conciencia en la dejar por heredera, pues de derecho le venia; y el amor que tenia á don Galaor y los servicios que él y todo su linaje le hicieron, y cuantas veces despues de Dios fue por ellos socorrido en tiempo que otra cosa sino la muerte y destruccion de todo su estado esperaba; y sobre todo ser su nieto aquel muy hermoso doncel Esplandian, en quien tanta esperanza tenia, que si Dios le guardase y llegase á ser caballero, segun lo que Urganda le escribió, no ternia par de bondad en el mundo; y asi mesmo como en la mesma carta le escribió que este doncel pornia paz entre él y Amadis; y tambien le vino á la memoria ser muerto el Emperador de Roma, y que si él con su deudo ganaba honra, que mucho mas con el deudo de Amadis la ternia, así como por la experiencia muchas veces lo habia visto. Y con esto, demás de recibir descanso, así en su persona como en su

reino, creceria en tanta honra, que ninguno en el mundo su igual fuese; y despues que de su cuidado acordó dijo: Padre Nasciano, amigo de Dios, como quiera que mí corazon y voluntad de la soberbia sujuzgado estuviese, y no desease otra cosa sino recibir la muerte ó darla á otros muchos, porque mi honra fuese satisfecha, vuestras santas palabras han sido de tanta virtud, que yo determino de retraer mi querer en tal manera, que si la paz y concordia no viene en efecto, seais vós testigo ante Dios no ser á mi culpa ni cargo; por ende no dejeis de hablar con Amadis, y no le descubriendo nada de mi propósito, tomad su parecer de lo que en este caso quiere, y aquello me decid, y si es tal que con el mio se conforme, poderse ha dar órden como lo presente y porvenir se ataje en aquella manera que á provecho y á honra de ambas partes conviene.

Nasciano hincó los hinojos llorando ante él del gran placer que hubo, y dijo: ¡Oh bienaventurado Rey! Aquel Señor que nos vino á salvar vos agradezca esto que me decis, pues que yo no puedo. El Rey se levantó y dijo: Padre, esto que vos he dicho tengo determinado sin haber en ello otra cosa. Pues conviene, dijo el buen hombre, partirme luego, y antes que la tregua salga trabajar como en esto en que tanto en que nuestro Señor será servido se dé conclusion. Asi salieron el Rey y el hombre bueno á la gran tienda donde muchos caballeros y otras gentes estaban; y queriendo el ermitaño despedirse del Rey, entró por la puerta aquel hermoso doncel su criado Esplandian, y Sargil con él, que la reina Brisena le enviaba por saber nuevas del Rey su señor. Cuando el buen hombre le vido tan crecido entrando ya en talle de hombre, ¿quién vos podria contar la mucha alegría que hubo? Por cierto seria imposible. Pues así como estaban con el Rey se fue contra él lo mas apriesa que él pudo á lo abrazar. El doncel, aunque habia muy gran tiempo que visto no le habia, conociólo luego, y fue á hincar las rodillas delante dél, y

comenzóle á besar las manos, y el hombre santo le tomó entre sus brazos, y besóle muchas veces con tan grandísima alegría, que casi del todo le tenia fuera de sentido; y así desta manera lo tuvo gran rato que no se podia apartar del, diciéndole desta manera: ¡O mi buen hijo! bendita sea la hora en que tú naciste, y bendito y alabado sea aquel Señor que por tan grande milagro te quiso dar la vida y llegarte á tal estado como mis ojos agora te ven. Y cuando en esto estaba todos estaban mirando lo que el hombre bueno hacia y decia, y el grande placer que le daba la vista de aquel su criado, y los corazones se les movia á piedad en ver tanto amor. Mas sobre todos, aunque no lo mostró, fue muy mayor el placer que el rey Lisuarte hubo, que aunque de antes en mucho lo tuviese y le amase, por lo que dél esperaba y por su gran hermosura, no era nada en comparacion de saber cierto que su nieto fuese; y no podia partir los ojos dél, que tan grande fue el amor que de repente le vino, que toda cuanta pasion y enojo que hasta allí de las cosas pasadas tenia, así fue dél partido y tornado al revés, como en el tiempo que mas amor á Amadis tuvo. Y entonces conoció ser verdad lo que Urganda la Desconocida le habia escrito, que este pornia paz entre él y Amadis, y así creyó verdaderamente que seria cierto todo lo demas. Despues que el hombre bueno con tanto amor lo tuvo abrazado, soltóle los brazos con que lo tenia, y el doncel fue á hincar los hinojos ante el rey Lisuarte, y dióle una carta de la Reina, por la cual le suplicaba mucho la paz y concordia si á su honra hacer se pudiese, y otras muchas cosas que no es necesario decirlas. El hombre bueno dijo al Rey: Mi buen señor, mucha merced recibiré, y á gran consolacion de mi espíritu, que deis licencia á Esplandian que me haga compañia mientras por aquí anduviere, porque tenga espacio de lo mirar y hablar con él. Así se haga, dijo el Rey, y yo le mando que de vos no se parta en cuanto vuestra voluntad fuere. El hombre bueno se lo agradeció mucho,

y dijo: Mi buen hijo bienaventurado, id vos conmigo pues que el Rey lo manda. El doncel le dijo: Mi buen señor y verdadero padre, muy contento soy dello, que gran tiempo ha que vos deseaba ver. Así salió de la tienda con aquellos dos donceles Esplandian y Sargil su sobrino, y cabalgó en su asnillo, y ellos en sus palafrenes, y fue su camino donde Amadis tenia su real, hablando con él muchas cosas en que habia sabor, y rogando siempre á Dios que le diese gracia como pudiese dar cabo en aquello sobre que iba, tal que fuese su santo servicio. Pues con esta compañia que habeis oido llegó aquel santo hombre ermitaño al real, y se fue derechamente á la tienda de Amadis, donde halló tantos caballeros y tan bien guarnidos que fue mucho maravillado. Amadis no lo conoció, que nunca lo viera, y no pudo pensar que demandaba hombre tan viejo y tan pesado, y miró á Esplandian, y vídolo tan hermoso que no pudiera creer que persona mortal tanto lo fuese, y tampoco lo conoció; que aunque habló con él cuando le demandó de merced los dos caballeros romanos que tenia vencidos, y se los dió, como esta historia lo ha ya contado, fue tan breve aquella vista que le hizo perder la memoria dél. Mas don Cuadragante que allí estaba lo conoció luego, y fue para él y díjole: Mi buen amigo, abrazar os quiero, y ¿acuérdaseos cuando vos hallamos don Brian de Monjaste y yo que nos distes encomiendas para el caballero Griego? Yo se las di de vuestra parte. Entonces dijo contra Amadis: Mi buen señor, ¿veis aquí el hermoso doncel Esplandian de quien don Brian de Monjaste y yo vos dimos el mandado? Cuando Amadis oyó nombrar á Esplandian, luego lo conoció. y si de lo ver hubo placer esto no es de contar, que así perdió los sentidos con la gran alegría que hubo, que apenas pudo responder, ni de sí mesmo se acordaba; y si ahí alguno quisiera parar mientes, muy claramente pudiera ver su alteracion, mas no habia sospecha en tal caso; antes todos tenian creido que ninguno sino Urganda no sabia quien su padre fuese. Pues

teniéndole don Cuadragante por la mano, Amadis le quiso abrazar, mas Esplandian le dijo: Buen señor, haced antes honra á este santo hombre Nasciano que vos demanda; y como todos oyeron decir ser aquel Nasciano, de quien tanta fama de santidad y estrecha vida por todas las partes era manifiesta, llegáronse á él con mucha humildad, y las rodillas en el suelo le rogaban que les diese su bendicion. El santo ermitaño dijo: Ruego á mi señor Jesucristo que si bendicion de tan pecador como yo soy puede aprovechar, que esta mia abaje la gran saña y soberbia que en vuestros corazones está, y os ponga en tanto conocimiento de su servicio, que olvidando las cosas vanas deste mundo, sigais las verdaderas del que verdadero es. Entonces alzó la mano y bendíjolos.

Amadis se volvió á Esplandian y abrazólo, y Esplandian le hizo el acatamiento y reverencia, no como á padre, que lo no sabia que lo fuese, mas como al mejor caballero de quien nunca oyera hablar, y por esta causa le tenia en tanto y le contentaba su vista, tanto que los ojos no podia dél partir. Y desde el dia que le vido vencer á los romanos, siempre su deseo fué andar en su compañía sirviéndole por ver sus grandes caballerías y aprender para adelante; y agora que se veia en mas edad y cerca de ser caballero mucho mas lo deseaba; y si no fuera por la gran division que el Rey su señor contra Amadis tenia, ya le hubiera pedido licencia para se ir á él, más esto le detuvo hasta entonces. Amadis que los ojos dél partir no podia, veia como el doncel le miraba tan ahincadamente, y sospechó que algo debia saber; mas el buen hombre ermitaño, que la verdad sabia, miraba al padre y al hijo, y como los veia juntos y tan hermosos, estaba tan ledo como si en descanso estuviese, y en su corazon rogaba á Dios por ellos, y que fuese su servicio de le dar lugar á él como entre estos todos que eran la flor del mundo pudiese poner mucho amor y concordia. Pues estando así todos al derredor del santo hombre, él dijo contra don

Cuadragante: Mi señor, yo tengo que hablar de algunas cosas con Amadis; tomad con vos este doncel, pues que mas que ninguno destos señores le habeis conocido y hablado. Entonces tomó por la mano á Amadis, y apartóse con él bien desviado, y díjole: Mi hijo, antes que la causa principal de mi venida se os manifieste, quiero traeros á la memoria el encargo tan grande que mas que otro ninguno de los que viven sois á Dios nuestro señor; en la hora en que nacistes fuistes echado en la mar, cerrado en un arca sin guardador alguno, y aquel Redentor del mundo, habiendo de vos piedad, milagrosamente vos trajo á vista de quien tan bien os crió. Este Señor que os digo os ha hecho el mas hermoso y el mas fuerte, y el mas amado y honrado de cuantos en el mundo se saben, dándovos él su gracia. Por vos han sido vencidos muchos valientes caballeros y gigantes, y otras cosas fieras y desemejadas que en este mundo muy gran daño hicieron: vos sois hoy en el mundo extremado de cuantos en el mundo extremados y esforzados en él son. ¿Pues quién tanto ha hecho por vos, qué es razon que hagais vos por él? Por cierto, si el enemigo malo no os engañase, con mas humildad y paciencia que otro alguno debeis mirar por su servicio; y si así no lo haceis, todas las gracias y mercedes que de Dios habeis recibido, serian en daño y menoscabo de vuestra honra; porque así como su santa piedad es grande en aquellos que le obedecen y conocen, así su justicia es mayor sobre aquellos que dél los mayores bienes han recibido, no habiendo dellos conocimiento. Y agora, mi buen hijo, sabréis como poniendo este viejo y cansado cuerpo á todo peligro de su salud, queriendo seguir aquel propósito por donde quise dejar las cosas deste mundo perecedero, soy venido con gran trabajo y cuidado de mi espíritu, con ayuda de aquel que sin ella nada se puede hacer que bueno sea, á poneros paz y amor donde tanta rotura y desventura está como al presente parece. Y porque yo he hablado con el rey Lisuarte, y porque en él hallo aquello en

que todo buen católico y cristianísimo rey consiste, y siendo en la tierra tan gran ministro de Jesucristo obedecer debe, quise saber de vos, mi buen señor, si ternéis conocimiento, mas aquel que os crió que á la vanagloria deste mundo; y porque sin recelo ni temor alguno podais hablar conmigo, os hago saber como antes que aquí viniese fuí á la ínsula Firme, y con licencia de la infanta Oriana, de quien yo en confesion sé todo su corazon y grandes secretos, tomé este cuidado en que puesto me veis. Amadis como esto le oyó decir, bien creyó que le decia verdad, porque este era un hombre santo y por ninguna cosa diria sino la verdad, y respondióle en esta manera: ¡ Amigo de Dios y y santo ermitaño ! si el conocimiento que tengo de los bienes mercedes que de mi señor Jesucristo he recibido hubiese de poner en obra los servicios que obligado le soy, yo seria el mas bienaventurado caballero que nació; mas recibiendo dél todo y mucho mas de lo que dicho habeis, y yo no solamente no lo conocer ni pagar, mas ofenderlo cada dia en muchas cosas, téngome por muy pecador y errado contra sus mandamientos; y si agora en vuestra venida puedo enmendar algo de lo pasado, mucho alegre y contento seré en que se haga; por ende decid lo que es en mi mano, que aquello con toda aficion se cumplirá. ¡ Ó bienaventurado hijo! dijo el buen hombre, cuanto habeis esta pecadora ánima alegrado y consolado mi desconsuelo en ver tanto mal, y aquel Señor que vos ha de salvar os dé el galardon por mí, y agora sin ningun temor quiero que sepais lo que yo tengo hecho despues que á esta tierra vine. Entonces le contó cuanto él habia hablado con Oriana, y como por su mandado vino al Rey su padre, y todas las cosas que con él habló, y como claramente le dijo que Oriana era casada con él, y el doncel Esplandian su nieto, y como el Rey lo habia tomado con mucha paciencia y que estaba muy llegado á la paz; y que pues con la ayuda de Dios en tal estado lo habia puesto, que él diese órden como quedando casado con aquella princesa se con-

certase la paz entre ellos ambos. Amadis cuando esto oyó, el corazon y las carnes le temblaban con la gran alegría que hubo, en saber que por la voluntad de su señora era descubierto el secreto de sus amores teniéndola en su poder, donde peligro alguno no se aventuraba, y dijo al ermitaño: Mi buen señor, si el rey Lisuarte dese propósito está y por su hijo me quiere, yo lo tomaré por señor y padre para le servir en todo lo que su honra sea. Pues que así es, dijo el buen hombre, ¿cómo os parece que se pueden juntar del todo estas dos voluntades sin que mas mal venga? Amadis le respondió: Paréceme, padre, que debeis hablar con el rey Perion mi señor, y decirle la causa y deseo de vestra venida, y si terná por bien que viniendo el rey Lisuarte en lo que don Cuadragante y don Brian de Monjaste de parte de nosotros le demandaren sobre el hecho de Oriana, de se llegar á la paz con él, yo fio tanto en la su virtud que hallaréis todo el recaudo que deseais; y decidle que algo dello me hablastes, pero que yo lo remito todo á su voluntad. El hombre bueno vido que decia bien, y así lo hizo, que luego se partió de la tienda de Amadis con sus donceles y compaña, y fuese á la del rey Perion, del cual sabido quien era, fué con mucho amor y voluntad recibido. Miró el rey á Esplandian, que le nunca viera, y fué mucho maravillado en ver criatura tan hermosa y tan graciosa, y preguntó al santo hombre ermitaño quien era. El santo hombre le dijo como era su criado, que Dios se lo diera por muy gran maravilla. El rey Perion le dijo: Cuanto mas padre si es este doncel el que traia la leona con que cazaba, y que vos criastes en la selva donde es vuestra morada, de quien muchas y extrañas cosas la gran sabidora Urganda la Desconocida ha enviado á decir que le vernian, si Dios vivir lo deja; y paréceme segun me dicen, que envió á decir al rey Lisuarte por un escripto, que este doncel pornia mucha paz y gran concordia entre él mesmo y mi hijo Amadis. Y si así es, todos nosotros le debemos mu-

cho amar y honrar, pues que así por su causa tanto bien puede venir como vos padre veis. El santo hombre bueno Nasciano le dijo: Mi señor, verdaderamente este es el que vos decis; y si agora teneis razon de le amar, mucho mas la ternéis adelante cuando mas de su hecho supiéredes. Entonces dijo á Esplandian: Hijo, besad las manos al Rey, que bien lo merece. El doncel hincó los hinojos por le besar las manos, mas el Rey le abrazó y le dijo: Doncel, mucho debeis agradecer á Dios la merced que vos hizo en darvos tanta hermosura y buen donaire, que sin conocimiento que de vos se tenga atraeis á todos que vos amen y vos precien; y pues á él le plugo de vos dotar de tanta gracia y hermosura, si le fuéredes obediente mucho mas os tiene prometido. El doncel no le respondió ninguna cosa; antes con gran vergüenza de se oir loar de tal príncipe se le encendió el rostro en calor, lo cual pareció muy bien á todos en lo ver con tanta honestidad como su edad lo demandaba; y mucho se maravillaban de persona tan señalada que no se conocia padre ni madre. El Rey preguntó al santo hombre Nasciano si sabia cuyo hijo fuese. El buen hombre les dijo: De Dios, que hace todas las cosas, aunque de hombre y mujer mortales nació y fué engendrado; pero segun su comienzo y el cuidado que de guardar lo tuvo y criar, bien parece que como á hijo lo ama; y á él placerá por su santa clemencia y piedad que antes de mucho tiempo sabréis mas de su hacienda. Entonces le tomó por la mano y le apartó y díjole: Rey bienaventurado en todas las cosas deste mundo, y en el otro si á Dios temiéredes y miráredes por todas las cosas que sean de su servicio, yo soy venido á estas partes con esta persona tan flaca y cansada de sobrada vejez, con propósito que Dios mi señor me dará gracia que yo le pueda servir en quitar tanto mal como aparejado está, y mis dolencias y grandes fatigas no dieron lugar que antes viniese; y he hablado con el rey Lisuarte, el cual como siervo de Dios querrá venir en paz si

con honra de las partes se puede hacer; y dél he venido á vuestro hijo Amadis, y remitiéndome á vos y seguir á vuestro mandamiento, se escusó de responder á lo que le dije, de manera que en vos, mi señor, queda la paz ó la guerra; pues cuanto seais obligado á desviar las cosas contrarias al servicio de aquel muy alto Señor todos lo saben, segun de los bienes deste mundo, así de mujer como de hijos y reinos vos ha proveido; y agora es tiempo de que él conozca como se lo agradeceis y deseais servir. El Rey, como siempre estuviese inclinado á la paz y sosiego, por la parte del daño que de la guerra se podria seguir, asi como aquel que alli tenia á Amadis, que era lumbre de sus ojos, y don Florestan, y Agrajes, y otros muchos caballeros de su linaje, le respondió y dijo: Padre Nasciano, Dios es testigo de la voluntad que en esta gran rotura yo he tenido, y como lo hubiera escusado si camino para ello pudiera hallar; mas el rey Lisuarte ha dado ocasion que ningun remedio en ella se pudiese hallar, porque mucho contra Dios y su conciencia quiso desheredar á su hija Oriana, como todo el mundo sabe, la cual, como habeis sabido, fue reparada; y aun despues ha sido amonestado que quiera venir en lo que justo sea, y que todo se haria á su ordenanza; pero él, como príncipe poderoso, y mas en este caso soberbio que razonable, pensando que teniendo al Emperador de Roma todo el mundo le habia de ser subjeto, nunca quiso, no solamente ponerse en justicia, mas ni oirla; pues de lo que desto se le ha seguido y ganado, Dios lo sabe y todos lo ven. Mas si agora quiere haber el conocimiento que hasta aquí no ha tenido, yo fio tanto en estos caballeros que de mi parte estan, que harán y seguirán mi parecer, que no es otro sino que estos males sean atajados; y porque vos, padre, veais en cuanta porfía está, solamente que en lo de Oriana su hija se diese medio, era el remedio para todo. El buen hombre le dijo: Mi buen señor, Dios le dará, y yo en su lugar; por tanto, hablad con vuestros caballeros y nombrad tales personas que el bien quie-

ran, que por el rey Lisuarte así será hecho, y yo estaré con ellos como siervo de Jesucristo para soldar y reparar lo que se rompiere. El rey Perion lo tuvo por bien y díjole: Eso luego se hará; que yo daré dos caballeros que con todo amor y voluntad se alleguen á lo que justo fuere. El hombre bueno con esto se tornó muy contento y pagado al real del rey Lisuarte. El rey Perion mandó llamar á su tienda todos los mas principales caballeros, y juntos así les dijo: Nobles príncipes y caballeros, así como todos somos muy obligados en defendimiento de nuestras honras y estados á poner las personas en todo peligro por los defender y mantener justicia, así lo somos para sin toda saña y soberbia de nos volver y recoger en la razon cuando manifiesta nos fuere; porque aunque el comienzo con justicia sin ofensa de Dios las cosas se pueden tomar, pero procediendo en la causa si con fantasía y mal conocimiento no nos llegásemos á lo razonable, lo justo primero con lo postrimero injusto se haria igual; así que conviene que la honra y estimacion, estando por la mayor parte en su perfeccion, si camino de concordia como al presente parece descubriere, que dejando las cosas pasadas aparte, se tome por servicio del alto Señor y reparo de nuestras ánimas á quien tan tenidos somos. Agora sabréis como á mí es venido este santo hombre ermitaño, amigo y siervo de Dios, y segun dice nuestros contrarios querrán paz, mas conforme á buena conciencia que á puntos de honra, si así la queremos. Solamente damanda para el efecto dello se nombren personas de ambas las partes que con buena voluntad, apartada la injusta pasion lo determinen, y parecióme cosa muy justa que lo sepais y deis el voto que mejor vos pareciere porque aquel se siga. Todos callaron por una gran pieza. Angriote de Estrabaus se levantó y dijo: Pues que todos callais daré yo mi parecer, y dijo al Rey: Señor, así por vuestra dignidad real y gran valor de vuestra persona, y mas por el muy gran amor que estos príncipes y caballeros os tienen, tuvieron por bien de os tomar

en esta jornada por su mayor, para que las cosas de la guerra y de la paz sean por vuestro consejo guiadas, conociendo que ningun temor ni aficion terná parte de vos sojuzgar, y yo fio por su virtud que lo que por vos se determinase por ninguno dellos seria contradicho, así que para lo uno y lo otro es vuestro poder bastante; pero pues que á la vuestra merced place de oir lo que cada uno decir querrá, quiero que mi voto se sepa; el cual es, que pues por nosotros se tiene la princesa Oriana con todo lo que con ella se hubo, que seria gran sinrazon, queriendo los nuestros contrarios la paz, estando nuestras honras tan crecidas, haber dese la negar en esta demanda en que tan poco aventuramos; y pues que al comienzo fueron don Cuadragante y don Brian de Monjaste, que así agora lo deben ser, que su discrecion y virtud es tan crecida, que en la hora que agora lo tomaren, en aquella y aun mas allende la dejarán con asiento de paz ó de rotura de guerra. Así como este caballero lo dijo se concertó por el Rey y por aquellos señores, que estos dos caballeros con acuerdo y consejo del Rey determinasen lo que habian de hacer adelante.

CAPITULO XXXIII.

Como el santo hombre Nasciano tornó con la respuesta del rey Perion al rey Lisuarte, y lo que se concertó.

El hombre bueno Nasciano tornó al rey Lisuarte como oistes, y díjole lo que habia hablado con el rey Perion, y como todos por él se mandaban que se parecia que la obra deberia seguir y concertar con las palabras tan buenas que le habia dicho. Como ya el Rey determinado estuviese, y muy ganoso de no dar mas parte al enemigo malo de la que hasta allí habia tenido, donde tanto daño redundado

habia, díjole: Padre, pues por mí no quedará, así como lo veréis; quedadvos aquí con vuestra compaña en esta mi tienda, y yo iré á hablar con estos reyes que tanto mal y peligro han recibido por sostener mi honra. Entonces se fue á la tienda de Gasquilan, Rey de Suesa, que aun en la cama estaba de la batalla que con Amadis hubo, como lo oisteis; y hizo llamar al rey Cildadan y á todos los mayores caballeros, así de los suyos como de los romanos, y díjoles lo que aquel hombre bueno ermitaño le habia dicho allí al comienzo de su venida, como agora en la respuesta que del rey Perion traia, guardando lo que tocaba de Amadis y su hija, que no quiso que por entonces fuese manifiesto; y rogóles mucho que le dijesen su parecer, porque si la salida de aquel concierto buena fuese ó al contrario, á todos su parte alcanzase. En especial queria saber el voto de los romanos, porque segun la gran pérdida que en perder á su señor habian habido, mucho le obligaba á él, negando su propia voluntad, la suya seguir. El rey Cildadan le dijo: Mi señor, gran razon es que á estos caballeros de Roma se les dé la parte que decís y teneis por bien, y el buen comedimiento vuestro les obliga en la fin seguir lo que vuestra voluntad fuere, así como yo y todos los otros que somos en vuestra obediencia lo habemos de hacer, juntos con este noble Rey de Suesa, que para esto su querer no será diverso del nuestro, y agora digan ellos lo que quisieren. Entonces aquel buen caballero Arquisil se levantó y dijo: Si el Emperador mi señor fuese vivo, así por su grandeza, como por haber sido causa suya esta contienda, á él convenia segun su querer y voluntad tomar la paz ó dar la guerra; mas pues él es muerto, puédese decir que con él murió aquello á que era obligado; que nosotros los que de su sangre somos y todos sus vasallos á quien mandar y gobernar habemos, no somos ya mas parte de aquella que vos, mi señor rey Lisuarte, como su igual en la mesma causa quisiéredes tomar, para lo cual ya se vos dijo, y agora se vos dice, que hasta que uno de nosotros

vivo no quede, nunca dejarémos de seguir el propósito que vestra voluntad fuere; así que para lo uno y lo otro á vos, como mas principal, y que ya mas en esto presente atañe que á ninguno, dejarémos el cargo que hacer se debe. Mucho fue el Rey pagado deste caballero y todos cuantos allí eran, porque su respuesta fue conforme á toda discrecion con gran esfuerzo, lo cual pocas veces en una concuerda, y díjole: Pues que en mí lo dejais, yo lo tomo, y si en algo errare mia sea la parte mayor, así como ha concertado la de mi honra. Con esto se fue á su tienda, y mandó al rey Arban de Norgales y á don Guilan el Cuidador que ellos tomasen cargo de hablar con los que el rey Perion nombrara, y con su consejo se diese órden en la determinacion; y luego dijo al ermitaño: Padre, paréceme pues que el negocio es llegado á tal punto, que será bueno que torneis al rey Perion y le digais como yo tengo señalados estos dos caballeros para que con los suyos contraten; y que seria bien, porque las cosas semejantes siempre traen dilacion, y estando en estos reales los heridos nunca pueden ser curados, ni los mantenimientos para las gentes y bestias habidos, que los reales á un punto se levanten, y él con todos los suyos se retraya una jornada por donde vino, y yo á otra, que será á la mi villa de Lubaina, que mal trecha está, y hacer llevar al Emperador á su tierra, y que muchos mensajeros hablen en lo que hacer se debe, y él y yo vernos en lo mejor, y que él diga su voluntad á los suyos, y yo así haré á los mios, y vos estaréis en medio para ser testigo de aquel que á la razon llegar no se quisiere, y que si menester será él, y yo con menos gente nos podrémos ver donde á vos os pareciere. Al buen ermitaño plugo mucho desto; porque bien vió que aunque el concierto no se hiciese que el peligro estaba mas alejado estándolo las gentes. Como quiera que este santo hombre fuese de órden y de tan estrecha vida en lugar tan esquivo, primero fue caballero y muy bueno en armas en la corte del Rey su padre del rey Lisuarte, y des-

pues, de su hijo el rey Falangris ; de manera, que así como en lo divinal tan acatado fuese, no dejaba por ende de entender bien en lo temporal, que mucho lo habia usado, y dijo al Rey : Mi señor, bien me parece lo que decís; solamente queda que á dia cierto sean vuestros mensajeros y los suyos aquí en este lugar, que es el medio camino, y podrá ser que con ayuda de aquel Señor, que sin él ninguna cosa puede ser ayudada, dará tal forma entre ellos, que vos y el rey Perion vos veais, como habeis dicho, y se atajen las dilaciones que por las terceras personas suelen acaecer; y yo me volveré luego y vos enviaré á decir á la hora y sazon que el real podeis mandar levantar, porque aquella se lovante el otro. Así se tornó el buen hombre al rey Perion, y le dijo todo el concierto que nada faltó. Al Rey plugo dello, pues que á tan gran ventaja suya los reales se alzaban, y con acuerdo de don Cuadragante y don Brian de Monjaste mandó pregonar que á otro dia bien de mañana fuesen todos prestos en quitar sus tiendas y otros aparejos para llevar de allí. El buen hombre así lo envió á decir al rey Lisuarte, y lo mas presto que él pudiese seria con él. Pues la mañana venida, las trompetas fueron sonadas por los reales, y alzadas las tiendas; con mucho placer de los unos y de los otros movieron los reales, cada uno donde debia ir. Mas agora los dejarémos ir por sus caminos, y contar vos hemos del rey Arábigo que suso en la montaña estaba como ya oistes.

CAPITULO XXXIV.

De como sabido por el rey Arábigo la partida destas gentes acordó de pelear con el rey Lisuarte.

Contado os habemos como el rey Arábigo, y Barsinan, señor de Sansueña, y Arcalaus el encantador y sus com-

pañas estaban metidos en lo mas bravo y mas fuerte de la montaña aguardando el aviso de las escuchas que continuamente muy secreto sobre los reales tenian; las cuales vieron muy bien las batallas pasadas, y así mesmo la fortaleza de los reales, donde ninguna de las partes podia recibir de noche ningun daño; y como hasta allí no hubiese habido vencimiento ninguno, antes siempre los reales parecian estar enteros, no se atrevió el rey Arábigo á salir de allí, pues que no habia disposicion para contentar su deseo, y siempre su pensamiento fue de esperar á lo postrimero, que bien cuidaba que aunque alguna pieza se detuviesen los unos con los otros, que al fin y al cabo la una parte habia de ser vencida, y mucho placer tomaba consigo porque de la primera no se mostraba el vencimiento, que durando la porfía mas acrecentaba el daño; que á la fin quedarian tales que con poco trabajo y menos peligro despacharia á los que quedasen, y quedaria señor de toda la tierra sin haber en ella quien se lo contradijese; y con mucho placer abrazaba muchas veces á Arcalaus, loándole y agradeciéndole aquello que habia pensado, y prometiéndole grandes mercedes, diciéndole que ya no se podria errar de no ser restituidos en los daños pasados con mucho mas acrecentamiento de lo perdido. Pues asi estando con mucho placer y alegria, vinieron las escuchas, y dijéronle como las gentes habian alzado los reales, y armados se volvian por los caminos que habian allí venido, que no podian pensar qué cosa fuese. Oido esto por el rey Arábigo luego pensó que sobre alguna avenencia se podria partir. Acordó de antes acometer al rey Lisuarte que Amadis, porque aquel muerto ó preso, Amadis ternia poco cuidado del bien ni del mal del reino, y que así lo podria todo ganar; pero dijo que no seria bien acometerlos hasta la noche, porque los tomaria mas descuidados y á su salvo; y mandó á un su sobrino que habia nombre Esclavor, hombre muy sabido de guerra, que con diez de á caballo muy encubiertamente siguiese el rastro y mirase donde

se aposentaban, el cual así lo hizo, que por lo mas encubierto de aquella sierra iba mirando la gente que por el llano iba. El rey Lisuarte, que iba por su camino y siempre tuvo recelo de aquella gente, aunque no sabia donde cierto estuviese; pero que algunos de la tierra le habian dicho como siempre veian gente en aquella montaña á la parte de la mar, mas ninguno allá acercarse osaba, ni el Rey habia tenido tiempo de proveer en ello lo que menester era; tanto tenia que hacer en lo que delante sí tenia. Y yendo por su camino, como dicho es, fue avisado de algunos de la comarca como habian visto gente de á caballo ir encubiertos por los cerros de aquella sierra. El Rey, como fuese muy apercibido y de vivo corazon, luego pensó lo que vino, que no se podia partir de aquella gente si á su parte acostasen sin gran batalla, la cual por entonces temia por ver su gente tan mal trecha de las batallas pasadas; pero con su fuerte corazon no tardó de poner el remedio que cumplia, y llamando al rey Cildadan y á los capitanes todos, les dijo las nuevas que habia sabido de aquellas gentes, y que les rogaba tuviesen ya todas sus gentes armadas y en buenas ordenanzas, porque si menester fuese los hallasen con aquel recaudo que convenia á caballeros. Todos le respondieron que así como lo mandaba se cumpliria por ellos, y que creyese que antes que mengua ni daño recibiesen perderian las vidas. Algunos hubo que secretamente le dijeron que lo hiciese saber al rey Perion, porque aquella gente era holgada, y la suya estaba toda al contrario, y que habian recelo que no se podria sin gran peligro dellos partir; que mirasen que todos eran sus enemigos, que si la ventura contraria le fuese, que no habria en ellos piedad ni dejarian de hacer el mal que pudiesen. Entonces don Grumedan y Brandoibas, hacian cuenta, si esto se hiciese que el, Rey su señor no habria de quien temer, y que por este camino la paz seria mas firme y abreviada entre ellos. Mas el Rey, como muchas veces vos hemos dicho, que siempre temió mas la pérdida de la

honra que el seguimiento de la vida, respondióles que las cosas no estaban tanto al cabo del bien que quisiese encargarse de sus contrarios, que podria ser que lo que agora se les figuraba gran afrenta que á la fin saldria al contrario; y que no pensasen en al, sino herir reciamente á los enemigos si viniesen, como siempre en las cosas de mayores afrentas que aquella era en que se habian visto lo hicieran. Y luego mandó á Filispinel que con veinte caballeros se acostasen á la montaña, y lo mas cuerdamente que pudiese ser, de manera que se no perdiese y tomase algun aviso, y así lo hizo como él lo mandó. Entre tanto hizo recoger la gente que habia ya andado gran pieza, y que las bestias refrescasen, porque si pudiesen llegasen á Lubaina sin mas reparar, porque él mas temia ser acometido de noche que de dia, y si la gente reparase que no seria en su mano segun estaban fatigados de los poder escusar que no se desarmasen y no durmiesen, de manera que asaz poca gente les podia desbaratar; y cuando una pieza reposaran mandó que cabalgasen, y llevó delante de sí todo el fardaje y los heridos, aunque aquellos dias de la tregua habia enviado todos los mas á aquella villa. Filispinel se fue derechamente á la montaña, y con gran recaudo que pudo sintió luego las espias y la gente de Esclavor; y quedando él con los mas de los que llevaba á vista de los contrarios, envió aviso al Rey, haciéndole saber como habia hallado aquellos caballeros que siempre iban atalayando, y que creia que la otra gente no estaria muy lejos. El Rey no hacia sino andar su camino con harta priesa, porque la afrenta si viniese la tomase cerca de aquella su villa, que hacia cuenta que aunque bien cercada no estuviese, que mejor en ella que en el campo se podria reparar; asi que en poca de hora se alejó gran pieza de la montaña. Esclavor, sobrino del rey Arábigo, como vido que lo habian descubierto, envióle á hacer saber á su tio, y que su parecer era que sin detenencia alguna deberia descender de la montaña á lo llano, que pues descubiertos

eran que el rey Lisuarte no queria parar sino en parte que á su ventaja fuese. Cuando este mensajero llegó al rey Arábigo toda su gente estaba de buen reposo aparejando para la noche, sin pensamiento alguno de acometer á sus enemigos de dia, y no pudieron tan presto armarse y cabalgar, que como la gente mucha fuese, que gran pieza no tardase; y lo que mas embarazo les puso fue los malos pasos de la montaña; que asi como para se defender habian escogido lo mas áspero y fuerte, así para ofender lo hallaron muy contrario. Pues así como así esta gente comenzó á seguir al rey Lisuarte; pero antes que de la montaña saliesen él iba ya tan gran trecho, que por mucho que despues á lo llano salieron y aguijaron tras él no lo pudieron alcanzar hasta bien cerca de la villa; mas Arcalaus, como sabia la tierra, iba diciendo al rey Arábigo que se no aquejase porque la gente no se fatigase, pues á la vista los llevaban no era posible podérseles ir, y que no tuviese en nada que se le acogiesen á la villa, que él sabia muy bien que mas peligroso estaria en ella que en el campo, segun sus pocas fuerzas. En este comedio de tiempo acaeció; que por voluntad de Dios, porque aquella mala gente su mal deseo no pusiese en efecto, que el buen hombre y santo ermitaño envió á Esplandian su criado y á Sargil su sobrino al rey Lisuarte á le hacer saber como el negocio estaba en buen estado, y que lo mas presto que él pudiese seria con él en Lubaina para dar órden como los cuatro caballeros de ambas partes se juntasen. Cuando estos donceles llegaron al real del Rey halláronlo partido pieza habia, y ellos siguieron la vía que llevaba: y anduvieron tanto, que llegaron al lugar donde el Rey habia reposado, y allí supieron como iba con recelo y con mas priesa, y apresuraron su camino por lo alcanzar; y antes que la hueste del Rey viesen, vieron decender la gente de la montaña á gran andar, y luego pensaron que era la del rey Arábigo, que estando con la reina Brisena oyeron decir de aquella gente, y vieron como la Reina enviaba al-

gunas gentes de unos lugares á otros á la parte donde se decia estar aquella compaña; y como así lo viesen y con tanto poder, y el su señor con tan poco, y tan fatigada su gente que los no podria sufrir, y se veria en gran peligro, de lo cual Esplandian mucho dolor y pesar hubo, dijo á Sargil: Hermano, sígueme, y no holguemos hasta que si ser pudiere el Rey nuestro señor sea socorrido, porque aquella mala gente no le puedan empecer. Entonces volvieron las riendas á los palafrenes y tornaron por el camimino que venian al mas andar que pudieron todo lo que del dia les quedó y de la noche, que nunca pararon; y otro dia al alba llegaron al real del rey Perion, que aquel dia no habia andado mas de cuatro leguas, y halló asentado su real en una ribera de árboles y huertas, y tenia á la parte de la montaña su guarda de muchos caballeros, porque tambien hubo nuevas de unos pastores de aquella gente; y como movian del lugar donde estaban, recelóse dellos, y por esta causa mandó poner gran guarda; y como allí llegaron fuese Esplandian derechamente á la tienda de Amadis, y halló al buen hombre ermitaño que se levantaba y queria caminar; y cuando así con tanta priesa vió al doncel, díjole: Mi buen hijo, ¿qué venida tan apresurada es esta? El le dijo: Mi señor padre, tanto es de priesa que hasta que á Amadis halle no vos lo puedo contar. Entonces descabalgó del palafren, y entró en la cama donde Amadis estaba armado, que estuvo toda la noche en la guarda del campo, y al alba se vino á dormir y reposar, y dispertándolo le dijo: ¡O señor! si en algun tiempo vuestro noble corazon deseó grandes hazañas, venida es la hora donde su grandeza mostrar puede, que aunque hasta aquí por muy grandes afrentas y muy peligrosas hayais pasado, ninguna tan señalada como esta ser pudo. Sabréis, buen señor, como la gente que se ha dicho estar en la montaña con el rey Arábigo, va cuanto mas puede sobre el rey Lisuarte mi señor; y creo, mi señor, que segun la muchedumbre della y la poca y mal reparada

del Rey, se le puede escusar gran peligro; así que despues de Dios el solo remedio vuestro es el suyo. Amadis como aquello oyó, levantóse muy presto y dijo: Buen doncel, esperadme aquí, que si yo puedo vuestro trabajo no será en balde. Entonces se fue luego á la tienda del rey Perion su padre, y contándole aquellas nuevas le suplicó mucho que le diese licencia para hacer aquel socorro, del cual mucha honra y gran prez podria recibir, y seria muy loado en todas partes donde se supiese; y esto le pidió Amadis hincados los hinojos, que nunca levantar se quiso hasta que el Rey, como era llegado á toda virtud, y nunca su tiempo pasase sino en semejantes cosas de gran fama, le dijo: Hijo, hágase como tú lo quieres, y toma la delantera con la gente que te placerá, y yo te seguiré; que si con este rey Lisuarte hemos de tener paz, esto la hará mas firme; y si guerra, mas vale que por nos sea destruido que no por otros, que por ventura serán mas nuestros enemigos que agora lo es él; y luego mandó tocar las trompetas y los añafiles, y como la gente estaba toda armada y sospechosa de rebato, luego á caballo fueron cada uno con su capitan. El rey Perion y Amadis habian hecho cabalgar á Gastiles, el sobrino del emperador de Constantinopla, y con su seña se salieron del real, tras la cual siguieron todas las otras; y como todos fueron juntos en el campo, el Rey les dijo todas las nuevas que habia sabido, y rogóles mucho que no mirando á lo pasado quisiesen mostrar su virtud en socorrer aquel Rey que con la mala gente en tan gran necesidad estaba. Todos lo tuvieron por bien, y que como él lo mandase se haria. Entonces Amadis tomó consigo á don Cuadragante, y á don Florestan, y á Angriote de Estrabaus, Gavarte de Val Temeroso y Gandalin, y Enil, y cuatro mil caballeros, y al maestro Elisabat, que así en esta jornada como en las batallas pasadas hizo cosas maravillosas de su oficio, dando la vida á muchos de los que haber no la pudieran sino por Dios y por él. Con esta compaña tomó el camino, y el Rey su pa-

dre y todos los otros en sus batallas ordenadas tras él. Mas agora deja el cuento de hablar dellos, que se iban á mas andar, y torna á contar lo que los Reyes en este medio tiempo hicieron.

CAPITULO XXXV.

De la batalla que el rey Lisuarte hubo con el rey Arábigo y sus compañas, y como fué el rey Lisuarte vencido y socorrido por Amadis de Gaula, aquel que nunca faltó de socorrer al menesteroso.

Contado vos habemos de como el rey Lisuarte fue avisado de los caballeros que á la montaña envió como habian visto ya las atalayas de la gente del rey Arábigo, y como él con gran priesa se iba por llegar á la su villa de Lubaina, porque si afrenta alguna le viniese allí se pudiese reparar, que segun la gente llevaba mal parada de las batallas que ya oistes, bien tenia creido que aquel gran poder de sus enemigos no lo podria sufrir. Pues así fue, que él yendo su camino, las compañas del rey Arábigo lo siguieron hasta que fue noche, y siempre llevaban á Esclavor con los diez de á caballo y otros cuarenta que el Rey su tio le envió junto consigo; y segun la gente de la montaña anduvo despues que al llano bajaron, bien lo pudieran alcanzar, mas la noche hacia tan oscura que no se veian los unos á los otros; y por esta causa, y tambien por lo que Arcalaus dijera de la poca fuerza de la villa dondo ellos llevaban esperanza, no curaron de pelear con ellos, mas fueron todavía á sus espaldas y sus corredores casi envueltos con los del rey Lisuarte. Así anduvieron hasta que vino el alba del dia, que muy cerca unos de otros se vieron y á muy poco trecho de la villa. Entonces el rey Lisuarte, como esforzado príncipe, reparó con todos los

suyos, y hizo de su gente dos haces; la primera dió al rey Gildadan, y con él Norandel su hijo, y el rey Arban de Norgales, y don Guilan el Cuidador, y Cendil de Ganota, y con ellos hasta dos mil caballeros. En la segunda fue Arquisil y Flamineo, romanos, y Guiontes su sobrino, y Brandoibas, y otros muchos caballeros de su compañía, y con ellos hasta seis mil caballeros; que si estas dos batallas estuviesen reparadas de armas y caballos holgados, no tuvieran mucho que temer á sus enemigos; mas todo lo tenian al revés, que las armas eran todas rotas por muchos lugares de las batallas pasadas, y los caballos muy flacos y cansados, así que del trabajo grande pasado y como del presente, que en todo aquel dia y noche no habian parado sino muy poco, de lo cual mucho daño se les siguió, como adelante oiréis. El rey Arábigo traia en la delantera á Barsinan, señor de Sansueña, que como es dicho era caballero mancebo esforzado y ganoso de ganar honra, y de vengar la muerte de su padre y de Gandalod su hermano, el que don Guilan venció y llevó preso al rey Lisuarte, y lo mandó en Londres despeñar de una torre, al pié de la cual fue su padre quemado, como lo cuenta el primero libro desta historia, y llevaba consigo dos mil caballeros, y las otras batallas tras dél, como dicho es. Pues como fuese el dia claro y se viesen cerca unos de otros, fuéronse á acometer reciamente, de manera que de los encuentros primeros muchos caballos fueron sin señores; y Barsinan quebró su lanza, y puso mano á su espada, y dió grandes golpes con ella, como aquel que era muy valiente y estaba con gran saña. Norandel, que delante de los suyos venia, se encontró con un tio deste Barsinan, hermano de sa madre, que fue gobernador de la tierra despues que su padre de Barsinan fue muerto, hasta que este su sobrino entró en edad de saber regir, y dióle tan gran encuentro que le falsó el escudo y la loriga, y pasó la lanza á las espaldas, y dió con él muerto en tierra sin detenimiento alguno.

El rey Cildadan derribó otro caballero que venia con este, que era de los buenos de la compañía de Barsinan. Y así hirieron de grandes golpes don Guilan y el rey Arban de Norgales, y los otros que con ellos venian, que, eran todos muy señalados y escogidos caballeros; de manera que la haz de Barsinan fuera desbaratada sino porque Arcalaus socorrió, y aunque él tenia perdida la mitad de la mano derecha, que Amadis le cortó llamándose Beltenebros, cuando mató á Lindoraque su sobrino, con el grande uso de las armas se mandaba ya con la mano siniestra como con la otra; y en su llegada fueron los de su parte muy esforzados, y tornaron á cobrar gran ardimiento en sus corazones, de manera que muchos de los del rey Lisuarte fueron muertos y mal heridos, y derribados de los caballos. Arcalaus se metió entre ellos y hacia grandes cosas en armas, así como aquel que era valiente y esforzado; pero á esta hora viérades hacer maravillas al rey Cildadan, Norandel, don Guilan y á Cendil de Ganota, que estos eran escudo y amparo de todos los suyos. Pero todo no valiera nada si el rey Lisuarte no socorriera, que los contrarios, como fuesen mas y mas holgados, ya los traian de vencida; mas el rey Lisuarte que nunca perdió punto en lo que hacer debia en las grandes afrentas que se halló, fue delante de los suyos, mas ganoso de recibir la muerte que dejar de hacer lo que era obligado; y el primero que delante de si halló fue un hermano de Alumas, el que mató don Florestan sobre las doncellas que los enanos guardaban en la fuente de los Olivos, que era primo cormano de Dardan el soberbio, y encóntrole y falsóle todas sus armas, y dió con él muerto en tierra, y su gente hirió tan recio en los otros, que les hicieron perder gran pieza del campo. El Rey metió mano á su espada y dió tan grandes golpes con ella, que á cualquiera que alcanzaba á derecho golpe no habia menester maestro; y aquella hora tomó consigo tan gran saña, que olvidando odo peligro se metió entre los enemigos hiriendo y matan-

do en ellos. Arcalaus que dél antes habia sabido las armas que traia por le conocer, y morir en cualquier manera que él mejor pudiese, que tales eran sus maneras, cuando así lo vido tan desviado de los suyos, fue para Barsinan y díjole: ¿ Barsinan, ves delante de ti tu enemigo, que si este muere todo es despachado ? ¿ No miras lo que hace el rey Lisuarte ? Barsinan tomó diez caballeros de los suyos que le aguardaban, y dijo á Arcalaus: Agora ó él muera ó muramos todos. Entonces todos se fueron para el Rey, y encontráronle de todas partes, así que lo derribaron del caballo, Filispinel andaba siempre junto con los veinte caballeros que ya oistes con que fue á tentar la sierra, y se habian prometido compañía en aquella batalla, y como así vieron derribar al Rey díjoles: ¡ O señores ! agora es tiempo de morir por el Rey. Entonces fueron todos, y llegaron donde el Rey estaba, y hallaron que lo tenian dos caballeros abrazado, que se habian derribado sobre él antes que se levantase, y le habian tomado la espada, y hirieron en Barsinan, y en Arcalaus y los suyos, que mal de su grado los apartaron de allí: mas ya la gente cargaba tanto de los contrarios á las voces que Arcalaus daba llamando á los suyos, que si la ventura no trajera por alli al rey Cildadan, y Arquisil, Norandel y Brandoibas con cantidad de caballeros que socorrieron, el Rey fuera perdido; mas estos mataron tantos que por fuerza de armas cobraron al Rey, que Norandel, como llegase, se dejó derribar del caballo, y hirió de duros golpes á los que le tenian, y cobró la espada del Rey, y púsosela en la mano y díjole: A este mi caballo os acoged, y el Rey así lo hizo, y no partió de allí hasta que Brandoibas dió otro caballo á Norandel y le hizo cabalgar; y luego fueron á ayudar á los suyos que se combatian tan reciamente, que los contrarios no los osaban esperar. Arcalaus dijo á un caballero de los suyos: Di al rey Arábigo que porque me deja matar. Este caballero llegó al rey Arábigo y díjoselo; y él le dijo: Bien veo que pieza ha que era razon de los socorrer, mas

dejábalo porque los contrarios se apartasen mas de la villa; pero pues que lo quiere, así se haga. Entonces tocaron todas las trompetas y fue con toda su gente, y con ellos seis caballeros de la ínsula Sagitaria, y como los halló revueltas y cansados, hirió á su salvo, y hizo grande estrago en ellos. Aquellos seis caballeros que os digo hicieron cosas extrañas en derribar y matar cuantos alcanzaban; así que, con lo que ellos hicieron, como con la mucha gente holgada que con el rey Arábigo llegó, los del rey Lisuarte no los pudieron sufrir, y comenzaron á perder el campo así como gente vencida. El rey Lisuarte que su hecho vido perdido, y que en ninguna manera se podia cobrar, tomó consigo al rey Cildadan, á Norandel, don Guilan, y Arquisil, y otros muchos de los mas escogidos, y púsose ante los suyos, y mandó á la otra gente que se retrajesen á la villa que tenian cerca. ¿Qué vos diré? que en esta huida y vencimiento hizo tanto el Rey en defender los suyos, que nunca tanto su bondad y esfuerzo se mostró despues que caballero fue como entonces, y asi mesmo todos aquellos caballeros que con él se hallaron; pero al cabo con gran menoscabo de su gente, así muertos como muchos presos y otros heridos, fueron por fuerza entrados por las puertas de la villa dentro; y como la gente se comenzó á apretar, y los enemigos ya como gente vencida á cargar sobre ellos, fueron muchos mas los que de allí se perdieron, y allí fueron derribados de los caballos el rey Arban de Norgales, y don Grumedan con la seña del rey Lisuarte, y presos de los contrarios; y así lo fuera el Rey, sino porque algunos de los suyos se abrazaron con él, y por fuerza lo metieron dentro de la villa, y luego las puertas fueron cerradas, y la gente que allí entró fue muy poca. Los contrarios se tiraban á fuera porque los tiraban con arcos y con ballestas, y llevaron consigo al rey Arban y á don Grumedan con la seña del Rey. Arcalaus quisiera que luego fueran muertos; mas el rey Arábigo no lo consintió, diciéndole que se sufriese, que presto habrian al

rey Lisuarte y á todos los otros, y que con acuerdo dél y de los otros grandes señores que allí estaban se haria dellos justicia, y mandólos llevar á ciertos hombres de los suyos que los guardasen muy bien.

Así como os digo fue el rey Lisuarte vencido y desbaratado, y su gente toda la mas perdida, muertos y presos, y él y los otros con él encerrados en aquella flaca villa, donde si la muerte no, otra cosa no esperaba. ¿Pues qué dirémos que lo hizo? ¿Dios y su ventura? Por cierto no, salvo él mesmo por tener las orejas abiertas y aparejadas, mas para recibir las palabras dañosas en creer lo que aquellos malos Brocadan y Gandandel le dijeron de Amadis, que lo que él con sus propios ojos veia; y mas dióse á las maldades de aquellos que á las bondades de Amadis y de su linaje, por los cuales era puesto en la mayor altura de fama que ningun príncipe del mundo. Pues, dejando á Dios nuestro señor aparte, ¿quién le socorrerá? ¿Por ventura, será reparado su daño y su peligro por Brocadan y Gandandel y de su linaje, ó de aquellos que tal oficio sin tener conciencia como ellos tenian y tienen, que es haber envidia de los virtuosos y de los esforzados, que por seguir virtud se ponen á los peligros, y no envidia para desear de seguir lo que ellos siguen, sino para lo dañar y afear con todas sus fuerzas? Pues paréceme que si á esto esperase, que prestamente seria vengada la muerte de Barsinan, señor de Sansueña, y la gran pérdida que el rey Arábigo hubo en la batalla de los siete reyes, y la saña de Arcalaus. ¿Pues de quién será remediado y socorrido? Por cierto de aquel famoso y esforzado caballero Amadis de Gaula, del cual otras muchas veces lo fue, como esta grande historia lo ha mostrado. Pues tenia mucha razon para ello, dejando el servicio de su señora aparte; antes digo que segun los grandes y provechosos servicios le habia hecho, y el mal conocimiento y agradecimiento que de él hubo, con mucha razon y causa debiera ser en su total destruccion. Mas como este caballero fuese nacido

en este mundo para ganar la gloria y la fama dél, no pensaba sino en autos nobles y de gran virtud, así como oiréis que lo hizo con este Rey vencido, encerrado y puesto en el hilo de la muerte, y su reino perdido. Pues tornando al propósito digo, que despues que el rey Lisuarte fue encerrado en aquella su villa, el rey Arábigo se apartó en el campo donde estaba con aquellos grandes señores, y demandándoles su parecer para dar cabo en aquel negocio: entre ellos hubo muchos acuerdos, unos en contra de otros, así como suele acontecer entre los que la ventura les es favorable, que tanto es el bien que no saben escoger de lo bueno lo mejor. Algunos dellos decian que seria bueno descansar alguna pieza, y hacer aparejos para el combate, y poner entre tanto grandes guardas porque el Rey no se fuese. Otros decian que luego seria bien combatirlos antes que mas remedios hacer pudiesen para su defensa, y que como estaban perdidos y medrosos, que presto serian entrados y tomados. Oido todo esto por el rey Arábigo, todos esperaban de seguir su determinacion, porque él era el mayor y cabo de todos ellos, y dijo: Buenos señores y honrados caballeros, siempre oí decir que los hombres deben seguir la buena ventura cuando les viene, y no buscar entrevalos ni achaques para lo dejar; antes con mas corazon y diligencia tomar junto el trabajo, porque junto venga el placer; y por ende digo que sin mas tardar Barsinan y el duque de Bristoya con la gente que ellos querrán se pasen luego del cabo de la villa, y yo y Arcalaus con el Rey de la Profunda ínsula y otros caballeros quedemos desta otra parte, y con el aparejo que tenemos, que es este con que peleamos, sean luego acometidos nuestros enemigos antes que la noche venga, que no quedan dos horas de sol; y si deste combate no los entramos quitarnos hemos á fuera, y la gente podrá refrescar algun tanto, y al alba del dia tornemos á combatir; y de mí vos digo, y así lo diré á todos los mios, y á los otros que me seguir querrán, que no holgaré hasta

morir ó los tomar antes que coma ni beba, y así lo prometo como rey, que mi muerte ó la suya de mañana no faltará. Grande esfuerzo y placer dió el rey Arábigo á aquellos señores, y así como lo él dijo y prometiólo otorgaron todos; y luego mandaron traer de sus provisiones muchas que traian, y hicieron comer y beber á todas sus gentes esforzándolos para el combate, y diciéndoles que al cabo tenian para ser ricos y toda la vida bienaventurados, si por su poco corazon no lo perdiesen. Esto hecho, Barsinan, señor de Sansueña, y el duque de Bristoya con la mitad de la gente se pasaron del cabo de la villa, y el rey Arábigo y la otra quedó á la otra parte, y luego se apearon todos y aparejaron para combatir en oyendo el son de las trompas. El rey Lisuarte así como en la villa fue no quiso holgar, que bien vió su perdimiento: aunque conocia estar en parte donde mucho tiempo defender no se podria, acordó de poner todas sus fuerzas hasta el cabo de la malaventura, morir como caballero antes que ser preso de aquellos tanto sus enemigos mortales; y cuando comió algo que los de la villa dieron, y á los suyos, luego repartió todos los caballeros con los de la villa en las partes del muro donde mas flaqueza estaba, amonestándoles y diciéndoles que despues de Dios la salud y la vida estaba en el defendimiento de sus manos y corazones; pero ellos eran tales, que no habian menester quien vivos los hiciese, y cada uno por sí esperaba morir como el Rey su señor. Pues así estando como oides, los enemigos se vinieron de rondon al combate con aquel esfuerzo que los vencedores suelen tener, y sin ningun temor, cubiertos de sus escudos y sus lanzas en las manos, las que sanas pudieron haber, y los otros con sus espadas, y los ballesteros y archeros á sus espaldas, llegaron al muro, y los de dentro los recibieron con muchas piedras y saetas, así de ballesteros como de archeros; y como la cerca era baja y en algunos lugares rota, así se juntaron los unos con los otros como si en el campo estuviesen; mas con aquel poco de defensa que los

de dentro tenian, y mas con su gran esfuerzo, se defendieron tan bravamente, que los contrarios perdieron aquel ímpotu y arrebatamiento con que llegaron; luego los mas comenzaron á aflojar y desviábanse, y otros se combatian reciamente, de manera que de ambas las partes hubo muchas muertes y heridos. El rey Arábigo y todos los otros capitanes que á caballo andaban nunca cesaban de meter la gente delante, y ellos llegaban á la cerca sin ningun recelo porque los suyos llegasen, y desde los caballos daban con las lanzas á los de encima del muro, así que en muy poco estuvo el rey Lisuarte de ser entrados; mas quísole Dios guardar, que la noche vino con grande escureza. Entonces la gente se tiró á fuera, porque así les fue mandado, y curaron de los heridos, y los otros se repartieron al derredor de la villa, y pusieron su guarda, y bien se tenian por dicho que otro dia al primer combate era despachado el negocio, como lo fue. Mas agora vos contarémos lo que Amadis y sus compañeros hicieron en socorro deste rey Lisuarte.

CAPITULO XXXVI.

Como Amadis iba en socorro del rey Lisuarte, y lo que le aconteció en el camino antes que á él llegase.

Contado vos habemos cómo aquel muy hermoso doncel Esplandian con gran priesa llegó al real del rey Perion, y hizo saber á Amadis de Gaula la gran afrenta y peligro en que el rey Lisuarte su señor estaba, y como luego el rey Perion con toda su gente movió en su socorro, trayendo la delantera Amadis con aquellos caballeros, como ya oistes. Pues agora vos dirémos lo que hicieron. Amadis, despues que del Rey su padre se partió, se aquejó mucho por llegar á tiempo que por él pudiese ser hecho aquel socor-

ro, y que su señora Oriana conociese como con razon ó sin ella siempre la tenia delante de sus ojos para la servir. Y por gran priesa que á la gente dió, como el camino era largo, que desde donde el partió hasta donde el real del rey Lisuarte habia estado cuando las grandes batallas hubieron habia cinco leguas, y desde allı hasta la villa de Lubaina ocho, así que eran por todas trece leguas; y no pudo tanto andar que la noche no le tomase mas de tres leguas de la villa, y con la grande escuridad, y porque Amadis mandó á los guias que se acostasen siempre á la parte de la montaña, por atajar al rey Arábigo que se le no pudiese acoger á algun lugar fuerte, erróse el camino, que los guias desatinaron y no sabian donde ir, ni si habian pasado la villa ó si la dejaban atrás, lo cual dijeron luego á Amadis: y como lo oyó hubo tan grande pesar, que se queria todo deshacer de congoja; y como quiera que él fuese el hombre del mundo mas sufrido y que mejor sabia sojuzgar su saña en cualquiera cosa de pasion, no se pudo entonces tanto refrenar que no se maldijese muchas veces á él y á su ventura que tan contraria le era, y no habia hombre que le osase hablar. Don Cuadragante, á quien tambien mucho pesaba por el rey Cildadan, que él mucho amaba, y con quien él tanto deudo tenia, se llegó á él y le dijo: Buen señor, no temais tanta congoja, que Dios sabe cual es lo mejor, y si él es servido que por nosotros este beneficio se haga á aquellos reyes y caballeros tanto nuestros amigos, él nos guiará; y si su voluntad no es, ninguno tiene poder de hacer esta otra. Y ciertamente, segun lo que despues ocurrió, si aquel yerro no hubiera no se diera tal salida, ni tan honrosa para ellos segun se dió, como adelante se dirá. Pues estando así parados que no sabian que se hacer, preguntó Amadis á los guias si la montaña estaba cerca, dijéronle que creian que sí, segun ellos habian siempre guiado acostándose hácia ella como les mandó. Entonces dijo á Gandalin: Toma uno destos y trabaja por hallar alguna cuesta, y sube en ella, que si la

gente en el real estan fuego ternán, atina bien si algo vieres. Gandalin así lo hizo, que como la sierra á la mano siniestra estuviese, no hicieron sino andar entodavía por aquella mano, y á cabo de una pieza halláronse al pie de la montaña, y Gandalin subió cuanto mas pudo, y miró hácia la parte de lo llano, y vió luego los fuegos de la gente, de que hubo muy gran placer, y llamó á la guia y mostróselos, y díjole si sabria allí atinar; él dijo que sí. Entonces se tornaron á mas andar donde Amadis y la gente estaba, y contáronselo, de que hubo muy gran placer, y dijo: Pues que así es, guiemos y andemos lo mas presto que ser pueda, que ya gran pieza de la noche es pasada. Así fueron todos tras la guia lo mas ordenadamente que pudieron, que ellos no sabian del rey Perion ni él dellos mas de cuanto seguia el rastro. Tanto anduvieron y se acercaron á la villa, que vieron los fuegos del real que eran muchos, y si dello les plugo no es de contar, especialmente aquel esforzado caballero Amadis que en toda su vida nunca tanto en caso se deseó hallar porque el rey Lisuarte conociese que él era siempre el reparo de todas sus afrentas, y que despues de Dios por él se aseguraba su vida y todo su estado, que bien cuidaba que vencido ó muerto desta no podia escapar, segun la poca gente suya y la mucha de sus contrarios, y que sin le ver ni hablar se tornaria; y á esta hora comenzaba á romper el alba, y aun estarian de la villa una legua. Pues el dia venido, el rey Arábigo y todos aquellos caballeros se aparejaron para el combate con muy gran esfuerzo y placer; y como armados fueron, llegáronse todos al muro y á los portillos de la cerca, mas el rey Lisuarte con los suyos se le defendia muy bravamente; mas al cabo, como la gente era mucha y esforzada con la próspera fortuna, y los del Rey pocos y los mas dellos heridos y desmayados, no pudieron tanto resistir ni defender, que los contrarios no los entrasen por fuerza con muy grandes alaridos, así que el ruido y las voces era muy grandísimo por las calles, por las cuales el

Rey y los suyos se defendian muy reciamente, y desde las ventanas les ayudaban las mujeres y mozas y otros que no eran para mas afrenta que aquella. La revuelta de las cuchilladas, y lanzadas, y piedras era tan grande, y el sonido de las voces, que no habia persona que lo viese que no fuese muy espantada. Como el rey Lisuarte y aquellos caballeros sus criados se vieron perdidos, como ya en mas tuviesen ser mas presos que muertos, no se vos podria decir las grandes maravillas que allí hicieron y los terribles golpes que daban, que los contrarios no osaban llegar á ellos, sino con la fuerza de las lanzas y las piedras los iban retrayendo. Pues el rey Cildadan, Arquisil, y Flamineo, y Norandel, que á la otra parte del rey Arábigo se hallaron, podeis creer que no estarian de balde; y con estos fue una brava batalla, que el rey Arábigo entró en la villa y Arcalaus con él, y llevaron consigo los seis caballeros de la ínsula Sagitaria que ya oido habeis, los cuales el Rey tenia siempre cabe sí que le guardasen; y como vido las cosas en tal estado, envió los dos dellos por una traviesa de una calle á la parte donde Barsinan y el duque de Bristoya peleaban, y los otros cuatro metió consigo por aquella parte del rey Cildadan, y díjoles: Agora, mis amigos es tiempo de vengar vuestras sañas y la muerte de aquel noble caballero Brontajar Danfania, que veis ahí los que le mataron, herid en ellos que no tienen defensa ninguna. Entonces estos cuatro caballeros, como se hallaron libres del Rey, ponen mano á sus cuchillos grandes y fuertes, y con gran furia pasaron por todos los suyos apartándolos y derribándolos por el suelo, hasta que llegaron donde el rey Cildadan y sus compañeros estaban, el cual como los vido tan grandes y desmesurados, no era allí ninguno tan ardid ni esforzado que mucho temor no hubiese, y luego dijo á los suyos: Ea, señores, que con estos es la muerte bien empleada; pero sea de tal suerte, que si pudiere ser ellos vayan ante nos. Entonces se van unos á otros tan cruda y tan bravamente como aquellos

que no deseaban otro medio sino morir ó vencer. El uno destos llegó al rey Cildadan, y alzó el cuchillo por le dar por cima del yelmo, y bien pensó de hacerle dos pedazos la cabeza. El Rey, como vido venir el golpe, alzó el escudo, en que lo recibió, y fue tan grande que el espada entró por él hasta el medio, y cortóle el arco ó cerco de acero, y al tirar del cuchillo no lo pudo sacar, y llevó el escudo tras sí. El rey Cildadan, como era de grande esfuerzo, y muchas veces se habia visto en tal menester, no perdió aquella hora el corazon y sentido, antes le dió con su espada en el brazo, que con el peso del escudo no lo pudo tan presto tirar á si, y cortóle la manga de la loriga, y el brazo todo quedó en muy poco colgado, y cayó á sus pies el cuello metido en el escudo. Este se tiró á fuera como hombre tullido, y el Rey ayudó á sus compañeros que con los tres se combatian muy bravamente, y así con el golpe que aquel dió como con su ayuda, los otros desmayaron ya cuanto, de manera que por aquella parte se defendia la calle muy bien sin recibir mucho daño, annque el rey Arábigo estaba tras ellos dándoles voces que no dejasen hombre á vida. Los otros dos caballeros que por la otra parte fueron llegaron á la pelea, y en su llegada fue el rey Lisuarte y los suyos retraidos hasta la traviesa de otra calle, donde algunas de sus gentes estaban sin pelear, porque no cabian en la calle, y allí se detuvieron, mas todo no valia nada, que tanta gente cargaba por todas partes sobre ellos y les tomaban las espaldas, que si Dios por su misericordia no socorriera con la venida de Amadis, no tardaran media hora en ser muertos y presos, segun las heridas tenian, y las armas todas hechas pedazos; pero aunque todo estuviera sano y reparado no montaba nada, que ya eran vencidos y muertos, que por tales ellos mesmos se contaban; mas á esta hora llegaron Amadis y aquella gente que ya oistes, que despues que el dia vino aguijó cuanto pudo, para que antes que se apercibiesen los pudiesen tomar. Y como llegó á la villa y vido la gente dentro,

y otros algunos que andaban de fuera, y dió luego torno al derredor, y hirieron y mataron cuantos pudieron alcanzar, y él por una parte y don Cuadragante por la otra entraron con la gente diciendo á grandes voces: Gaula! Gaula! Irlanda! Irlanda! y como hallaban las gentes desmandadas y sin recelo, mataron muchos, y otros se les encerraban en las casas. Los delanteros que peleaban oyeron las voces y el gran ruido que con los suyos andaban, y los apellidos; luego pensaron que el rey Lisuarte era socorrido, y desmayaron mucho, que no sabian que se hacer, si pelear con los que tenian delante, ó socorrer á los otros. El rey Lisuarte, como aquello oyó y vido que sus contrarios aflojaban cobró corazon, y comenzó á esforzar los suyos, y dieron en ellos tan bravamente, que los llevaron hasta dar en los que venian huyendo de Amadis y de los suyos, así que no tuvieron otro remedio sino poner espaldas con espaldas y defenderse. El rey Arábigo y Arcalaus, como vieronla cosa perdida, metiéronse en una casa, que no tuvieron esfuerzo para pelear en la calle, mas luego fueron tomados y presos. Amadis daba tan duros golpes que ya no hallaba quien los esperase, si no fueron aquellos dos caballeros de la ínsula Sagitaria que ya oistes que en aquella parte peleaban, que vinieron para él, y él aunque los vió tan valientes como la historia lo ha ya dicho, no se espantó dellos; antes alzó la su muy buena espada, y dió al uno dellos tan gran golpe por cima del yelmo, que aunque muy fuerte era no tuvo poder que no ahincase las rodillas ambas en el suelo; y Amadis, como así lo vió, llegó recio y dióle de las manos, y hízole caer de espaldas, y pasó pór él y vió como don Florestan su hermano y Angriote de Estrabaus habian derribado al otro y dejado en poder de los que detrás venian; y pasando todos tres donde estaba Barsinan y el duque de Bristoya, los cuales fueron luego rendidos, que Barsinan se vino luego á abrazar con Amadis, y el duque de Bristoya con don Florestan, porque el rey Lisuarte los apretaba de manera que ya

no habia en ellos sino la muerte, y demandáronles merced. Amadis miró adelante y conoció al rey Lisuarte, y como vido que por allí no habia con quien pelear, tornóse lo mas encubierto que pudo por dó habia venido, y llevó consigo á Barsinan y al duque, y quiso ir á la parte donde habia entrado don Cuadragante, y dijéronle como ya habia despachado el negocio, y que tenia presos al rey Arábigo y á Arcalaus. Como esta nueva supo, dijo á Gandalin: Ve y di á don Cuadragante que yo me salgo de la villa, y que pues esto es despachado que seria bien que nos vamos sin ver al rey Lisuarte; y luego fue por la calle hasta que llegó á la puerta de la villa por donde habia entrado, y hizo cabalgar la gente que con él iba, y él cabalgó en su caballo. El rey Lisuarte como tan presto vido el socorro de su vida y sus enemigos muertos y destrozados, estaba de tal manera que no sabia que se decir y llamó á don Guilan que cabe sí tenia y díjole: ¿Don Guilan, qué será esto? ¿ó quién serán estos que tanto bien nos han hecho? Señor, dijo él, ¿quién puede ser sino quien suele? No es otro sino Amadis de Gaula, que bien oísteis como nombraban su apellido, y bien será, señor, que le deis las gracias que merece. Entonces el Rey dijo. Pues id vos adelante, y si él fuere detenedlo, que por vos bien lo hará, y yo luego seré con vos. Entonces fue por la calle, y cuando don Guilan llegó á la puerta de la villa luego supo que era Amadis, y ya habia cabalgado y se iba con su gente, que no quiso esperar á don Cuadragante porque no lo detuviese, y don Guilan le dió voces que tornase que estaba allí el Rey. Amadis, como lo oyó, hubo muy gran empacho, porque conoció muy bien aquel que lo llamaba, á quien él mucho preciaba y lo amaba; y vido al Rey estar cabe él, y volvió, y cuando fue mas cerca miró al Rey y tenia todas las armas despedazadas y llenas de sangre de sus heridas, y hubo gran piedad de verlo así, que aunque su discordia tan crecida fuese, siempre enia en la memoria ser este el mas cuerdo, mas honrado

y mas esforzado Rey que en el mundo hubiese; y como fue mas cerca descabalgó del caballo, y fue para él, y hincó los hinojos y quísole besar las manos; mas él no se las quiso dar, antes lo abrazó con muy buen talante y lo alzó del suelo. Entonces llegó don Cuadragante, que tras él venia, y el rey Cildadan y otros muchos con ellos que salian por detener Amadis que no se fuese hasta que viese al Rey; y llegaron él, y don Florestan, y Angriote á le besar las manos. Amadis se fue al rey Cildadan y abrazáronse muchas veces. ¿Quién vos podrá contar el placer que todos tenian en se ver así juntos con destruccion de sus enemigos? El rey Cildadan dijo á Amadis: Señor, tornadvos al Rey y yo quedaré con don Cuadragante mi tio. El así lo hizo. Estando en esto llegó Brandoibas con gran afan, que muchas heridas tenia, y dijo al Rey: ¡Señor, los vuestros y los de la villa matan tantos de los contrarios que se metieron en las casas, que todas las calles andan corriendo arroyos de sangre; y aunque sus señores aquello mereciesen, no lo merecen los suyos; por ende mandad lo que se haga en tal cruel destruccion. Amadis dijo: Señor, mandadlo remediar, que en las semejantes afrentas y vencimientos se muestran y parecen los grandes ánimos. El Rey mandó á Norandel su hijo y á don Guilan el Cuidador que fuesen allá y no dejasen matar de los que vivos hallasen; pero que los tomasen á prision y los pusiesen á buen recaudo, y así se hizo. Amadis mandó á Gandalin y á Enil que con Gandales su amo pusiesen muy buen recaudo en el rey Arábigo, en Arcalaus, y en Barsinan, y en el duque de Bristoya, y que por ninguna manera se partiesen dellos, y ellos así lo hicieron. Entonces el rey Lisuarte tomó por la mano á Amadis y díjole: Señor, bien será si á vos pluguiere que demos órden en descansar y holgar, que bien nos hace menester, y luego nos entrarémos en la villa y sacarán la gente muerta. Amadis le dijo: Señor, sea la vueštra merced de nos dar licencia porque podamos con tiempo tornar yo y estos caballeros

al rey Perion mi señor, que con la otra gente viene. Por cierto esa licencia no vos daré yo, que aunque en virtud ni en esfuerzo ninguno os pueda vencer, en esto quiero que seais de mi vencido que aquí esperarémos al Rey vuestro padre, que no es razon que tan brevemente nos partamos sobre cosa tan señalada como agora pasó. Entonces dijo al rey Cildadan: Tened este caballero pues que yo no puedo. El rey Cildadan le dijo: Haced, señor, lo que el Rey vos ruega con tanta aficion, y no pase por hombre tan bien criado como vos tal descortesía. Amadis se volvió á su hermano don Florestan, y á don Cuadragante, y á los otros caballeros, y dijoles: Señores; ¿qué harémos en esto que el Rey manda? Ellos le dijeron que lo que él por bien tuviese. Don Cuadragante dijo, que pues allí habian venido para le ayudar y servir, y en lo mas lo habian hecho, que en lo menos se hiciese. Pues á vos, señor, os parece, así se haga como lo mandais, dijo Amadis. Entonces mandaron á la gente que descabalgasen y pusiesen los caballos por aquel campo, y buscasen algo de comer. Estando en esto vieron venir al rey Arban y á don Grumedan, que las guardas que los tenian los habian dejado, y traian atadas las manos, y fue maravilla como no los mataron. Cuando el Rey los vido hubo gran placer, que por muertos los tenia, y así fuera si no por el socorro que vino. Ellos llegaron y besáronle las manos, y luego fueron á Amadis con aquel placer que podeis pensar que habrian los mayores amigos suyos que se podrian hallar. Todos dijeron al Rey que tomase consigo aquellos caballeros y se aposentase en el monasterio hasta que la villa fuese desembarazada de los muertos. Estando en esto llegó Arquisil, que habia dado recaudo á Flamineo que estaba muy herido, y como vido á Ámadis le fue á abrazar y díjole: Señor, á buen tiempo nos socorristes, que si alguno de los nuestros habeis muerto, otros muchos nos habeis vos salvado. Amadis le dijo: Señor, mucho placer recibo en vos lo dar á vos, que podeis creer y estar

seguro de mi propia voluntad que sin ningun daño vos amo. Pues queriendo el rey Lisuarte ir al monasterio, vieron venir las batallas que el rey Perion traia, que venia á mas andar, y don Grumedan dijo al Rey: Señor, muy buen socorro era aquel, mas si el primero se tardara, tardárase nuestro bien de todo punto. El Rey le dijo riendo y de buen talante: Quien se pusiese con vos, don Grumedan, en debate sobre las cosas de Amadis si son bien hechas ó no, muy luenga demanda seria para él, y mayor el peligro que dende le vernia. Amadis dijo: Señor, gran razon es que todos los caballeros amemos y honremos á don Grumedan, porque él es nuestro espejo y guia de nuestras honras; y porque sabe él con qué obediencia haria yo lo que él mandase; me quiere bien, y no porque de mí haya recibido ninguna obra buena, sino la buena voluntad. Así estaban con mucho placer, aunque algunos dellos con hartas heridas; pero todo lo tenian en nada en ser escapados de aquella muerte tan cruel que ante sus ojos tenian. El rey Lisuarte demandó un caballo y dijo al rey Cildadan que tomase otro y que irian á recibir al rey Perion. Amadis le dijo: Señor, por mejor habria, si por bien lo tuviéredes, que descanseis y cureis de vuestras heridas, que el Rey mi señor no dejará de venir su camino hasta vos ver. El Rey le dijo que en todo caso queria ir. Entonces cabalgó en un caballo, y el rey Cildadan y Amadis en los suyos, y fueron contra donde el rey Perion venia. Amadis mandó á toda su gente que estuviesen quedos hasta que volviese, y Durin que pasase adelante dellos y hiciese saber á su padre la ida del rey Lisuarte. Así fueron como oís y muchos de aquellos caballeros con ellos, y Durin anduvo mas y llegó á las batallas, y en las delanteras le dijeron como el Rey y Gastiles traian la rezaga. Entonces pasó por ellas y llegó al Rey, y díjole el mandado de Amadis; y él tomó consigo á Gastiles, á Grasandor, y á don Brian de Monjaste, y á Trion, y rogó á Agrajes que él se viniese con la gente, y esto hizo por la saña que co-

nocia tener al rey Lisuarte, y por no le poner en afrenta. Agrajes plugo dello, y como el rey Perion pasó delante, fuese deteniéndose con la gente por no haber razon de hablar al rey Lisuarte. El rey Perion llegó con la compaña que vos digo al rey Lisuarte, como se vieron salieron entrambos adelante, y cuando el rey Perion le vió así llagado y mal parado y las armas despedazadas, díjole: Paréceme, señor, que no partistes del real tan mal trecho como agora os veo, aunque allá vuestras armas no estuvieron en las fundas, ni vuestra persona á la sombra de las tiendas. Mi señor, dijo el rey Lisuarte; yo así tuve por bien que me viésedes, porque sepais que tal estaba á la hora que Amadis y estos caballeros me socorrieron.

Entonces contó todo lo mas de la gran afrenta en que habia estado. El rey Perion hubo muy gran placer en saber lo que sus hijos habian hecho con la buena ventura y honra tan grande que dello se les seguia, y dijo: Muchas gracias doy á Dios porque así se partió el pleito, y porque vos, mi señor, seais servido y ayudado de mis hijos y de mi linaje, que ciertamente, como quiera que las cosas hayan pasado entre nosotros, siempre fue y es mi deseo que os acaten y obedezcan como á señor y á padre. El rey Lisuarte dijo: Dejamos agora esto para mas despacio, que yo fio en Dios que antes que de en uno nos partamos quedarémos juntos y atados con mucho deudo y amor para muchos tiempos. Entonces miró y no vió á Agrajes, á quien en mucho tenia, así por su bondad, como por el deudo grande de aquellos señores, y porque ya en su voluntad estaba determinado lo que adelante oiréis, y no quiso que rastro de enojo ninguno quedase, que bien sabia que Agrajes mas que otro ninguno se agraviaba dél, y públicaba quererlo, y preguntó por él; y el rey Perion le dijo como por ruego suyo habia quedado con las batallas, porque no hubiese el desconcierto que entre la mucha gente suele haber, no habiendo persona á quien teman y que los rija. Pues hacedle llamar, dijo el Rey, que no partiré de aquí hasta

verlo. Entonces Amadis dijo á su padre: Señor, yo iré por él; y esto hizo, porque bien pensó que si por su ruego no viniese, que otro no le traeria; y así lo hizo, que luego se fue donde la gente estaba, y habló con Agrajes, y díjole todo lo que habian hecho, y cómo habian desbaratado y destruido toda aquella gente, y los presos que tenian, y cómo viniéndose sin hablar al rey Lisuarte habia salido tras él, y lo que habian pasado; y que pues aquella enemistad iba tanto al cabo para ser amistad, quedando su honra tan crecida, que le rogaba mucho se fuese con él, porque el rey Lisuarte no queria partir de allí sin le ver. Agrajes le dijo: Mi señor cormano, ya sabeis vos que ni saña ni placer no ha de durar mas de cuanto vuestra voluntad fuere, y este acorro que habeis hecho á este Rey quiera Dios que vos sea mejor agradecido que los pasados, que no fueron pocos; pero entiendo que la pérdida que sobre él ha venido que así ha placido á Dios que sea, porque su mal conocimiento lo merecia, y así le acaecerá adelante si no muda su condicion; y pues á vos place que le vea hágase; y mandó á la gente que estuviesen quedos hasta que su mandado hubiesen; así se fueron entrambos, y llegando al rey Agrajes le quiso besar las manos, mas él no se las quiso dar, antes lo abrazó y lo tuvo así una pieza, y dijo: ¿Cuál ha sido para vos mas afrenta? ¿estar agora conmigo abrazado ó cuando lo estabamos en la batalla? entiendo que esta terneis por mayor; todos rieron de aquello que el Rey dijo. Agrajes con mucha mesura le dijo: Señor, mas tiempo será menester para que con determinada verdad pueda responder á esto que me preguntais. Pues luego bien será, dijo el Rey, que nos vamos á reposar; y vos, mi buen señor, dijo al rey Perion, iréis á ser mi huésped con estos caballeros que con vos vienen, y vuestra gente entren los que cupieren en la villa, y los otros por estos prados podrán albergar, y nosotros aposentarnos hemos en el monasterio, y mandaré que todas las recuas que de provision de mi tierra vienen al real se

vengan aquí, porque no falte lo que hubiéremos necesario. El rey Perion se lo agradeció mucho, y díjole que le diese licencia, pues que ya no los habia menester, mas el rey Lisuarte no quiso; antes él ahincó tanto y el rey Cildadan con él, que lo hubo de hacer, y así juntos se fueron al monasterio donde fueron bien aposentados. Pues allí al rey Lisuarte curaron de sus heridas los maestros que él traia; pero todos no sabian ninguna cosa ante el maestro Elisabat, que este, así al Rey como á todos los otros curó y sanó que fue maravilla de lo ver; tambien á Amadis y algunos de los de su parte, que algunas heridas tenian, aunque no grandes; pero el rey Lisuarte mas estuvo de diez dias que de la cama no se levantó, y cada dia estaban allí con él el rey Perion y todos aquellos señores hablando en cosas de mucho placer, sin tocar á cosa que de paz ni de guerra fuese, sino solamente hablando y riendo de Arcalaus, como siendo un caballero de baja condicion y no de gran estado, con sus artes habia revuelto tantas gentes como habeis oido; y allí se trajo á la memoria de como encantó á Amadis, y cómo prendió al rey Lisuarte, y hubo por muy grande engaño á su hija Oriana, y murió por su causa Barsinan, señor de Sansueña; y cómo despues hizo venir á los siete reyes á la batalla contra el rey Lisuarte, y cómo tuvo al rey Perion, Amadis y don Florestan en la prision que fueron engañados por su sobrina Dinarda; y despues cómo se escapó de don Galaor y de Norandel llamándose Branfil, primo cormano de don Grumedan, y agora cómo habia tornado á traer á el rey Arábigo y aquellos caballeros, y cómo tenia su hecho acabado si no se estorbara por gran aventura de se hallar tanto á la mano aquel socorro, y otras muchas cosas que del contaban en burla, que en poco estuvieron de salir verdad, de las cuales mucho reian. Entonces don Grumedan, que comc en esta gran historia se os ha mostrado, en todas sus cosas era un caballero muy entendido en todo, dijo: Vedes aquí, buenos señores, por qué muchos se atreven

á ser malos, porque mirando algunas buenas dichas que con sus malas obras el diablo les hace alcanzar, con aquella dulzura que en ellas sienten, no se curan ni piensan en las caidas tan deshonradas y peligrosas que dello á la fin dél ocurre; que si mirásemos lo que deste Arcalaus el encantador habemos dicho, que en su favor contar se pueda, y estar agora preso, viejo y manco, á la merced de sus enemigos, él solo bastaba para ser ejemplo que ninguno se desviase del camino de la virtud por seguir aquello que tanto daño y desventura trae; mas como las virtudes son ásperas de sufrir, y hay en ellas muy ásperos senderos, y á las malas obras al contrario; y como todos naturalmente seamos mas inclinados al mal que al bien, seguimos con toda aficion aquello que mas al presente nos agrada y contenta, y descuidamos de lo que al comienzo sea áspero, la salida y fin es bienaventurada; siguiendo mas el apetito de nuestra mala voluntad que la justa razon, que es señora y madre de las virtudes, venimos á caer cuando mas ensalzados estamos donde ni el cuerpo ni el alma reparar se pueden, como este malo de malas obras Arcalaus el encantador lo ha hecho. Mucho pareció bien al rey Perion lo que este caballero dijo, y por hombre discreto le tuvo, y mucho preguntó despues por él, que bien conoció que tal caballero como aquel dino y merecedor era de estar cabe los reyes. En este medio tiempo llegó el hombre bueno santo Nasciano, con que todos hubieron gran placer; que así como hasta allí con la discordia todas las cosas á los unos y á los otros con grandes sobresaltos y fatigas del espíritu les habian venido, así agora, tornado todo al revés con la paz, descansaban y reposaban sus ánimos con gran placer. Cuando el buen hombre los vido juntos en tanto amor, cuando no habia tres dias que se mataban con tanta crueza, alzó las manos al cielo y dijo: ¡Ó señor del mundo, que tan grande es la tu santa piedad, y cómo la envias sobre aquellos que algun conocimiento del tu santo

servicio tienen! que estos reyes y caballeros aun la sangre no tienen enjuta de las heridas que se hicieron causándolo el enemigo malo; y porque yo en el tu nombre y con tu gracia les puse en el comienzo de buen camino, queriendo ellos haber conocimiento del yerro tan grande en que puestos estaban, tú, Señor, los has traido á tanto amor y buena voluntad cual nunca por persona alguna pensar se pudo. Pues así, Señor, te plega, que permitiendo el cabo y la fin desta paz, yo como tu siervo y pecador antes que dellos me parta les deje tanto sosiego, que dejando las cosas contrarias al tu servicio entiendan en acrecentar en la tu santa fe católica. Este santo ermitaño nunca hacia sino andar de los unos á los otros, poniéndolos por delante muchos ejemplos y muchas doctrinas, porque siguiesen y diesen buen cabo en aquello en que se les habia puesto, así que sus muy duros corazones ponia en toda blandura y razon. Pues estando un dia todos juntos en la cámara, el rey Lisuarte preguntó al rey Perion de quién habia sabido las nuevas de la gente que fué sobre él. El rey Perion le dijo como el doncel Esplandian lo habia dicho á Amadis, y que no sabia mas. Entonces mandó llamar á Esplandian, y preguntóle como fué él sabidor de aquella gente. El le dijo como viniendo por mandado del buen hombre su amo á el real lo halló partido, y que siguiendo su camino habia visto descendir toda la gente de la montaña á la parte donde él iba, y que luego pensó segun la muchedumbre della, y lo poco y mal parado que él llevaba, que no se podria quitar dellos sin mucho peligro; y que luego él y Sargil, á mas correr de sus palafrenes, habian andado toda la noche sin parar, y lo hicieron saber á Amadis. El rey Lisuarte le dijo: Esplandian, vos me hicistes gran servicio, y yo fio en Dios que de mi vos será galardonado. El buen hombre le dijo: Hijo, besad las manos al rey vuestro señor por lo que os dice. El doncel Esplandian llegó y hincó los hinojos, y besó las manos al Rey, y el Rey le tomó por la cabeza, y llególe á sí, y be-

sólo en el su muy hermoso rostro, y miró contra Amadis; y como Amadis tenia los ojos puestos en el doncel y en lo que con él el Rey hacia, y vió que al tiempo le miraba, encendiósele el rostro, que bien conoció que el Rey sabia ya todo el hecho dél y de su señora Oriana, y de como el doncel era su hijo; y tanto le contentó aquel amor que el Rey á Esplandian mostró, y así lo sintió en su corazon, que le acrecentó su deseo de le servir mucho mas que lo tenia, y eso mismo hizo al Rey, que la vista y gracia de aquel mozo era tal para su contentamiento, que mientras en medio estuviese no podria venirles cosa que les estorbase de se querer y amar mucho. Gasquilan, rey de Suesa, habia quedado en el real mal trecho de la batalla que con Amadis hubo, y su gente con él, aquella que de las batallas habia escapado; y cuando el rey Lisuarte se partió dél rogóle mucho que se fuese en andas, y desviado por otro camino á la mano diestra lo mas que pudiese de la montaña, y dejó con él personas que muy bien lo guiasen; y así lo hizo, que tomó por una vega á yuso ribera de un rio, el cual metió entre sí y la montaña, y albergó aquella noche só unos árboles, y otro dia anduvo su camino, pero de grande espacio, así que con el rodeo que llevó no pudo ser en Luvaina desos cinco dias; y llegó al monasterio donde los reyes estaban, que no sabia nada de lo pasado, y cuando se lo dijeron fué muy triste por estar en disposicion, y no se hallar en cosa tan señalada; y como era muy follon y soberbio decia algunas cosas quejándose con grande orgullo, que los que lo oian no lo tenian á bien. Como el rey Perion, y el rey Cildadan, y aquellos señores supieron de su venida, salieron á él á la puerta del monasterio, donde en sus andas estaba, y ayundáronlo á descendir dellas, y caballeros lo tomaron en sus brazos y lo metieron donde el rey Lisuarte estaba echado, que se lo envió á él á rogar, y allí en la cámara donde el Rey estaba le hicieron otra cama, donde lo pusieron.

Estando asi Gasquilan, miró á todos los caballeros de la ínsula Firme, y viólos tan hermosos y tan bien tallados y guarnidos de atavíos de guerra, que á su parecer nunca habia visto gentes que tan bien le pareciesen; y preguntó cual de aquèllos era Amadis, y mostráronselo; y como Amadis vió que por él preguntaba llegóse á él, teniendo por la mano al rey Arban de Norgales, y dijo: Mi buen señor, vos seais muy bien venido, y mucho me pluguiera de vos hallar sano mas que así como estais, que en tan buen hombre como vos sois mal empleado es el mal: mas placerá á Dios que presto habréis salud, y lo que con desamor entre vos y mí hubo con buenas obras será enmendado. Gasquilan, como le vió tan hermoso y tan sosegado y con tal cortesía, si no conociera tanto de su bondad así por oidas como por lo haber probado, no lo tuviera en mucho, que á su parecer mas aparejado era para entre dueñas y doncellas que para entre caballeros y autos de guerra; que como él fuese valiente de fuerza y corazon, así se preciaba de lo ser en la palabra, porque tenia creido que el que muy esforzado habia de ser en todo era necesario que lo fuese, y si algo dello le faltase que lo menoscababa en su valor mucho, y por esto no tenia él por tacha ser soberbio, antes dello se preciaba mucho, en lo cual si engaño recibia quien quiera lo puedejuzgar; y respondió á Amadis y díjole: Mi buen señor Amadis, vos sois el caballero del mundo que yo mas ver deseaba, no para bien vuestro ni mio, antes para me combatir con vos hasta la muerte; y si como agora con vos me avino vos acogiera consigo, y aquello que de vos recibí recibiérades de mí, de mas de me tener por el mas honrado caballero del mundo, cobrara por ello el amor de una señora que yo mucho amo y quiero, por mandamiento de la cual vos demandé hasta agora; y así me avino, que no sé como ante ella parecer pueda, así que mi mal mucho mas es lo que no se ve que lo que es claro y público á todos. Amadis que esto oyó le dijo: Deso de vuestra amiga os debe mucho

pesar, así mesmo lo hace á mí, que todo lo que se gana en me vencer no debeis tener mucho cuidado, que segun los vuestros hechos son tan grandes y famosos por todo el mundo y tan señalados en armas, no ganárades mucho en sobrar á un caballero de tan poca nombradía como yo lo soy. Entonces el rey Cildadan dijo al rey Lisuarte riendo: Mi señor, bien será que echeis el baston entre estos dos caballeros, y fuese en placer para ellos, y metiólos en otras burlas. Así estuvieron estos reyes y caballeros en el monasterio, muy viciosos de todo lo que habian menester; que como el rey Lisuarte estuviese en su tierra hizo traer allí muchas viandas, tan abastadamente que á todos daba grande contentamiento. El rey Perion le rogó muchas veces que le dejase con la gente ir á la ínsula Firme; y que luego haria allí venir los dos caballeros como estaba acordado entre ellos; mas el rey Lisuarte nunca lo quiso hacer, y díjole: Que pues Dios allí le habia traido que en ninguna manera por su voluntad le dejaria ir hasta que todo fuese despachado. Así que el rey Perion hubo empacho de mas se lo rogar, y así aguardó á ver en qué pararia aquella tan buena voluntad que el rey Lisuarte mostraba. Arquisil habló con Amadis diciendo qué le mandaba hacer en su prision, que presto estaba de cumplir la promesa que le tenia hecha. Amadis le dijo: Que él hablaria con él así en aquello como en otras cosas que habia pensado, y que á la mañana en oyendo misa hiciese traer su caballo que en el campo le queria hablar; lo cual así se hizo, que otro dia cabalgaron en sus caballos, y saliéronse paseando al derredor de la villa, y cuando de todos fueron alongados Amadis le dijo: Mi buen señor, todos estos dias pasados que ahí he estado os quisiera hablar, y con la ocupacion que habeis visto no he podido: agora que tenemos tiempo, quiero deciros lo que tengo pensado de vos. Yo sé que, segun la línea derecha de vuestra sangre, que muerto el Emperador de Roma, como lo es, no queda en todo el imperio ningun derecho sucesor ni

heredero sino vos, y sé que de todos los del señorío sois amado; y si de alguno no lo érades no lo fue sino de aquel vuestro pariente el Emperador, que la envidia de vuestras buenas maneras le daban causa á que su mala condicion os desamase; y pues el negocio es venido en tal estado, gran razon seria que se tomase cuidado de una cosa de tan gran hecho como esta. Vos teneis aquí los mas y los mejores caballeros del señorío de Roma, y yo tengo en la ínsula Firme á Brondajel de Roca, al duque de Ancona y al arzobispo de Talancia, con otros muchos que en la mar fueron presos: yo enviaré luego por ellos y hablemos en ello; y antes que de aquí partan se tenga manera como vos juren por su Emperador, y si algunos os lo contradijesen, yo os ayudaré á todo vuestro derecho; así que, mi buen amigo, pensad y trabajad en ello; conoced el tiempo que Dios os dá y por vuestra culpa no se pierda. Cuando Arquisil esto oyó, ya podeis entender el placer que de ello habria, que no esperaba sino que le queria mandar tener prision en algun lugar donde por gran pieza de tiempo salir no pudiese, y díjole: Mi buen señor, no sé por qué todos los del mundo no procuran por vuestro amor y conocencia, y no son en crecer vuestra honra y estado; y de mí os digo que agora pudiéndose hacer lo que decís ó no se haciendo, como quiera que la ventura lo traiga, nunca ser en tiempo que esta merced y gran honra que de vos recibo no la pague hasta perder la vida; y si gracias pudiesen bastar á tan gran beneficio darlas hia; ¿ pero cuáles pueden ser ? Por cierto no otras sino mi persona mesma, como lo he dicho, con todo lo que Dios y mi dicha me pudiere dar, y desde agora dejo en vuestras manos todo mi bien y honra, y pues tan bien lo habeis dicho dadle cabo, que mas es vuestro que mio lo que se ganare. Pues yo lo tomo á mi cargo, dijo Amadis, y con ayuda de Dios vos iréis de aquí emperador, ó yo no me ternia por caballero. Con esto se partieron de su habla, y Amadis le dijo: Antes que al monasterio volvamos entremos en la villa y mos-

trarvos he el hombre que peor me quiere. Así entraron en Luvaina y fuéronse á la posada de don Gandales, donde tenia presos al rey Arábigo, y á Arcalaus, y los otros caballeros; y como en ella entraron fuéronse luego á la cámara donde el rey Arábigo y Arcalaus solos estaban, y halláronlos en la prision muy tristes y con mucho dolor del suceso pasado, vestidos y sentados en una cama, quejándose de su fortuna, que despues que fueron presos nunca se quisieron desnudar; y Amadis conoció luego á Arcalaus y díjole: ¿Qué haces, Arcalaus? Y él le dijo: ¿Quién eres tú que lo preguntas? Yo soy Amadis de Gaula, aquel á quien tú tanto deseabas ver. Entonces Arcalaus lo miró mas que de antes y díjole: Por cierto, verdad decís, que aunque la distancia del tiempo ha sido larga en que no te he visto, la memoria no pierdo de conocer ser tú aquel Amadis que yo tuve en mi poder en el mi castillo de Dalderin, y aquella piedad que de tú tierna juventud y desa gran hermosura entonces hube, aquella despues por luengos tiempos me ha puesto en muchas y grandes tribulaciones, hasta que en el cabo me ha traido en tal estrecho que me conviene demandarte misericordia. Amadis le dijo: ¿Si yo la hubiese de ti cesarias de hacer aquellos grandes males y cruezas que hasta aquí has hecho? No, dijo él, que ya la edad tan luengamente habituada en ello, por su voluntad no se podria retraer de lo que tanto tiempo por vicio ha tenido; mas la necesidad que es muy duro y fuerte freno para hacer mudar toda mala costumbre de mala en buena, segun sobre la persona y causa que viene, me haria hacer en la vejez aquello que la juventud y libertad no quisieron ni pudieron. ¿Pues qué necesidad te podria yo poner, dijo Amadis, si libre te dejase ¿ Aquella, dijo Arcalaus, que por la sostener y acrecentar ha hecho mucho mal á mi conciencia y fama, que es mis castillos, los cuales te mandaré dar y entregar toda mi tierra, y no tomaré dellos mas de lo que por virtud darme quisieres, porque al presente no me puedo en otra

cosa poner, y podrá ser que esta tan gran premia y la bondad tuya grande harán en mí aquella mudanza que hasta aquí la razon no ha podido hacer en ninguna suerte. Amadis le dijo : Arcalaus, si alguna esperanza tengo que tu fuerte condicion será enmendada, no es otra salvo el conocimiento que tienes en tenerte por malo y pecador, por ende esfuérzate y toma consuelo, que podrá ser que esta prision del cuerpo en que agora estás y tanto temes, será llave para soltar tu ánima, que tan encadenada y presa tanto tiempo has tenido; y Amadis queriéndose ir, le dijo Arcalaus : Amadis, mira este Rey sin ventura que poco ha estaba muy cercano de ser uno de los mayores príncipes del mundo, y en un momento la mesma fortuna que para ello fue favorable, aquella le ha derribado y puesto en tal cautiverio. Séate ejemplo á ti y á todos los que honra y grande estado tienen ó desean, y quiérote traer á la memoria que en los fuertes ánimos y corazones consiste el vencer y perdonar. Amadis no le quiso responder, pues que le tenia preso, que bien hacia contra él esta razon, que aunque por armas y sus encantamentos habia vencido á muchos, nunca supo á ninguno perdonar; pero por eso no dejó de conocer que habia dicho hermosa razon. Así se salieron él y Arquisil de la cámara y cabalgaron en sus caballos, y fuéronse al monasterio, y luego Amadis mandó llamar á Ardian el su enano, y mandóle que fuese á la insula Firme, y dijese á Oriana y á todas aquellas señoras lo que habia visto; y dióle una carta para Isanjo, que luego le enviase allí á buen recaudo á Brondajel de Roca, al duque de Ancona y al arzobispo de Talancia con todos los romanos que allí presos estaban, lo mas presto que venir pudiesen. El enano hubo mucho placer en llevar ésta nueva, porque della esperaba gran honra y mucho provecho, y cabalgó luego en su rocin, y anduvo de dia y de noche sin mucho parar, tanto que llegó á la insula Firme, donde nada de esto postrimero se sabia, que Oriana no habia habido otras nuevas sino de las dos bata-

llas, y de como Naciano el santo ermitaño las tenia en tregua, y como era muerto el Emperador de Roma, de lo cual no poco placer hubo; mas de las cosas de allí adelante no supo cosa alguna, antes siempre estaba con mucha angustia pensando que aquel hombre bueno Naciano no bastaria á poner paz en tan gran rotura, y nunca hacia sino rezar, y hacer muchas devociones y romerias por las iglesias de la ínsula, y rogar á Dios por la paz y concordia dellos; y como llegó, fuese luego derechamente á la huerta donde Oriana posaba, y dijo á una dueña que la puerta guardaba que dijese á Oriana como estaba allí y traia nuevas. La dueña se lo dijo, y Oriana le mandó entrar; mas esperando que diria no tenia el corazon asosegado, antes con gran sobresalto, porque no las podia oir sino á provecho de la una parte y daño de la otra, y como de un cabo tuviese á su amigo Amadis, y del otro al Rey su padre, aunque el daño de Amadis temiese tanto que ser mas no podria, de cualquiera que á su padre viniese habria mucho dolor; y como el enano entró dijo contra Oriana: Señora albricias os demando, no como quien yo soy, mas como quien vos sois y las grandes nuevas que os traigo. Oriana le dijo. Ardian, mi amigo, segun tu semblante bien vá á la parte de tu señor, mas dime si mi padre es vivo.

El enano dijo: ¿Cómo, señora? sí es vivo y sano, y mas alegre que lo nunca fue. ¡Ay Santa María! dijo Oriana, dime lo que sabes, que si Dios me da algun bien yo te haré bienaventurado en este mundo. Entonces el enano le contó todo el hecho como habia pasado, y como el Rey su padre estando en punto de perder la vida, vencido y encerrado de sus enemigos, sin ningun remedio, que el doncel muy hermoso Esplandian lo hizo saber á Amadis, y como luego partió con la gente, y todas las cosas que le acaecieron en el camino, á lo cual habia sido presente; y como llegó Amadis á la villa y de la manera que el Rey su padre estaba, y como en su llegada todos sus enemigos

fueron destruidos, muertos y presos; y preso el rey Arábigo, y Arcalaus el encantador, y Barsinan, señor de Sansueña, y el duque de Bristoya; y despues como el Rey su padre salió tras Amadis, que sin le ver se tornaba; y de como estaban en aquel monasterio todos juntos con mucho placer, como él le habia visto. Oriana, que de oirlo estaba como fuera de sentido, del gran placer que habia, hincó los hinojos en tierra y alzó las manos y dijo: ¡O Señor poderoso de todas las cosas! el tú santo nombre sea bendito, y como tú, Señor, seas el justo juez, y sabes la gran sinrazon que á mí se me hace, siempre tuve esperanza en la misericordia, que con mucha honra mia y los de mi parte fuesen, se habia de atajar este negocio. Y bendito sea aquel muy hermoso doncel que de tanto bien fue causa, y que así quiso hacer verdadera la profecía de Urganda la Desconocida que dél escribió, por donde se puede y debe creer todo lo al que se dijo; y yo soy muy obligada de le querer y amar mas que ninguno pensar puede, y de le ganar la buena ventura que por él me viene. Todas pensaban que por haber sido causa de aquel socorro que á su padre el Rey hizo lo decia; pero lo secreto salia de las entrañas, como de madre á hijo. Entonces se levantó, y dijo al enano si se volveria luego. El dijo que sí, que Amadis le habia mandado que despues que aquellas nuevas dijese á ella y aquellas nobles señoras que allí estaban, diese una carta á Isanjo que le traia, en que le mandaba que luego le enviase los romanos que allí tenia presos. Pues Ardian mi amigo, dijo Oriana, dime qué goce que se dice allá que querrán hacer. Mi señora, dijo él, yo no lo sé por cierto, sino que el Rey vuestro padre detiene al rey Perion y á mi señor, y á todos los señores y caballeros que de aquí fueron, y dice que no quiere que de allí se vayan hasta que todo sea despachado con mucha paz que entre ellos quede. Así plega á Dios que sea, dijo Oriana Entónces le preguntó la reina Briolanja y Melicia que estaban juntas que les dijese de aquel muy hermoso doncel

Esplandian que tal era, y en qué habia tenido el rey Lisuarte aquel gran servicio que le hizo; y él les dijo: Mis buenas señoras, estando yo con Amadis en la cámara del Rey, vi llegar á Esplandian á le besar las manos por las mercedes que le prometia, y ví como el Rey le tomó con sus manos por la cabeza, y besóle los ojos; y de su hermosura os digo, que el hombre y vosotras presumís de muy hermosas, si delante del os hallásedes asconderos híades y no osaríades parecer. Por esto está bien, dijeron ellas, que estamos aquí encerradas donde no nos verán. No cureis deso, díjo él, que él es tal, que aunque mas encerradas esteis vosotras y todas las que hermosas son, saldréis á lo buscar. Mucho rieron todas con las buenas nuevas que oian, y con lo que el enano respondió. Oriana miró á la reina Sardamira y díjole: Reina señora, alegradvos, que aquel señor que ha dado remedio á las que aquí estamos no querrá que vos quedeis olvidada. La Reina dijo: Mi señora, tal esperanza tengo yo en él y en vos que miraréis por mi reparo, aunque no os lo merezca. Entónces preguntó el enano que tales habian quedado aquellos desdichados y sin ventura romanos que con el rey Lisuarte estaban. El dijo: Señora, así dellos como de los otros faltan muchos, y los que son vivos estan mal llagados; mas despues de la muerte del Emperador, y de Floyan y Constancio no falta ningun hombre de cuenta dellos, que yo vi bueno á Arquisil y hablar mucho con mi señor Amadis, y Flamineo vuestro hermano queda herido; pero no mal, segun se decia. La Reina dijo: A Dios plega, que pues en los muertos no hay remedio, que lo haya en los vivos, y les dé gracia que no mirando en las cosas pasadas queden amigos y con mucho amor en lo presente y porvenir. El enano dijo á Oriana si mandaba algo, que queria ir á recaudar el mandado de su señor. Ella dijo, que pues no trajera que le encomendase al rey Perion, y Agrajes, y á todos aquellos caballeros. Con esto se fue á Isanjo y le dió la carta de Amadis; y como vió lo que por ella

mandaba, sacó luego de una torre aquellos señores de Roma por quien enviaba, y dióles bestias, y un hijo suyo, y otras personas que los llevasen y guiasen, y les hiciesen dar viandas, y mas todas las cosas que hubiesen menester; soltó todos los otros que estaban presos, que serian hasta doscientos nombres y enviólos á Amadis.

Así anduvieron por su camino hasta que llegaron al monasterio donde el rey Lisuarte estaba, y besáronle las manos, y él los recibió con mucho placer, aunque otra cosa en lo secreto sintiese, por no les dar mas congoja que en sí tenian. Mas cuando vieron á Arquisil no pudieron escusar que las lágrimas no les viniesen así á ellos como á él. Amadis les habló con mucha cortesía, y les alegró mucho y llevó á su aposentamiento, donde dél recibieron mucha honra y consolacion. Pues llegados alli, despues que del camino algo descansaron; Amadis se apartó con ellos sin Arquisil, y díjoles: Buenos señores, yo vos hice aquí venir porque me pareció que segun las cosas á buen fin, que es cosa muy razonable que estuviésedes presentes á todo lo que se hará, que de hombres tan honrados con mucha razon se debe de hacer cuenta, y tambien por vos hacer saber como yo tengo palabra de Arquisil como creo que habréis oido, que terná prision por mí donde le fuere señalado; y conociendo el gran linaje donde viene, y la nobleza suya, que le acarrea á merecer muy gran merecimiento, acordé de os hablar, pues que en el imperio de Roma no vos queda quien tanto con derecho como este caballero lo deba haber, que se tenga manera como así por vosotros como por todos los que aquí se hallan sea jurado y tomado por señor, y en esto haréis dos cosas: la primera cumplir con lo que obligados sois en dar el señorío á cuyos es de derecho, y caballero tan cumplido en todas bondades, y que muchas mercedes vos hará; y la otra, que en cuanto á la prision suya y vuestra yo habré por bien de os dejar libres, que sin entrevalo alguno vos podais ir á vuestras tierras, y siempre vos seré buen amigo mientras vos plu-

guiere, que yo precio mucho á Arquisil y le tengo gran amor, tanto como á hermano verdadero; y así se lo guardaré si por él no se pierde en esto que os he hablado y en todo lo al que le tocare. Oido esto por aquellos señores romanos, rogaron á Brondajel de Roca, que era muy principal y muy razonador entre ellos, que le respondiese, el cual le dijo: En mucho tenemos, señor Amadis, vuestra graciosa habla, y mucho vos debe ser agradecida; pero como este hecho fue tan crecido, y para ello es menester el consentimiento de muchas voluntades, no podríamos así al presente responder hasta que con los caballeros que aquí son se platique, porque aunque de muchos de los que aquí vienen no se hace cuenta, muy principales son para esto señor que nos decís, porque en nuestra tierra tienen muchas fortalezas, ciudades y villas del imperio, y otros oficios de comunidades que tocan mucho á la eleccion del imperio; y por esto si os pluguiere nos daréis lugar que veamos á Flamineo, que es un caballero muy honrado, que nos han dicho que está herido, y en su presencia serán por nosotros todos llamados, y se vos podrá dar deliberadamente la respuesta. Amadis lo tuvo por bien, y que les rogaba, porque creia que su partida de allí seria breve, no hubiese dilacion. Ellos le dijeron que así se haria, que la tardanza seria para ellos mas grave. Pues luego cabalgaron todos tres, y se entraron en la villa, que ya de los muertos estaba desembarazada, que el rey Lisuarte mandó venir desas comarcas muchas gentes que los enterraron; y como llegaron á la posada do Flamineo estaba, descabalgaron y entraron en su cámara, y como se vieron fueron muy ledos en sus voluntades, aunque los continentes muy tristes, por la gran desventura que les habia venido; y luego le dijeron como era menester que hiciese llamar todos los alcaides y personas señaladas que habian quedado vivas de las que allí estaban, porque era necesario que supiesen un habla que Amadis les habia hecho, en que estaba su deliberacion ó prision para siem-

pre. Flamineo los mandó llamar, y venidos los que venir pudieron, estando juntos, Brondajel de Roca les dijo: Honrado caballero Flamineo, y vosotros buenos amigos, ya sabeis las malas dichas y grandes fortunas que sobre todos los de Roma son venidas despues quo por mandado de nuestro Emperador, que Dios perdone, venimos en esta isla de la gran Bretaña, porque tan notorias son á vosotros será escusado repetirlas agora. Nosotros estando presos en la ínsula Firme, Amadis de Gaula tuvo por bien de nos hacer venir aquí donde nos veis, el cual con mucho amor y buena voluntad nos ha traido y hecho mucha honra, y nos ha hablado largamente, diciendo: Que pues nuestro imperio romano está sin señor, y de derecho mas que á otro alguno le viene la sucesion dél á Arquisil, que él será agradable en quo por vosotros y nosotros sea por señor emperador recibido; y que no solamente nos dará por libres de la prision que sobre nosotros tiene, mas que nos será fiel amigo y ayudador en todo lo que menester le hubiéremos; y pareciónos, segun el aficion á esto que vos decimos mostró, que tiene por dicho que si con voluntad de nosotros se hiciese, que nos dará las gracias que oistes, y sino, de se poner con sus fuerzas para que de otra via se haga. Así que vos, buen señor, y vos, buenos amigos, esto es para lo que aquí fuisteis llamados; y porque vuestras voluntades se determinen sabiendo las nuestras, es mucha razon que se vos declaren; lo cual es, que hemos platicado entre nos mucho sobre esto, y hallamos que lo que este caballero Amadis nos pide y ruega, es lo que nos habíamos con mucha aficion de rogar y pedir á él; porque, como sabeis, aquel tan gran señorío de Roma no puede estar sin señor. ¿Pues quién mas por derecho, por esfuerzo y por virtud que este Arquisil lo merece? Por cierto á mi ver ninguno. Este es nuestro natural, criado entre nosotros y sabemos sus buenas costumbres y maneras. A este sin empacho ninguno podemos pedir por fuero lo que seyendo derecho otro por ventura que extraño fuese nos lo negaria,

demas desto ganamos en amistad á este famoso caballero Amadis, que así como seyendo enemigo tanto poder tuvo de nos dañar, siendo amigo con aquel mismo mucho bien y honra nos puede hacer y enmendar todo lo pasado. Agora decid todo lo que vos place, y no mireis á nuestra prision ni fatiga, sino solamente á lo que la razon y la justicia os guiare. Como las cosas justas y honestas tengan tanta fuerza, que aun los malos sin gran empacho negar no las puedan, y así estos caballeros, como personas discretas y de buen conocimiento, viendo ser muy justo á lo que eran obligados, lo que aquel caballero Brondajel de Roca dijo, no pudieron contradecir, aunque, como siempre acaece en las muchas voluntades haber diversas discordias, tantos hubo allí que á la razon miraron y siguieron, que los que otra cosa quisieran no hubo lugar su deseo; y todos juntamente dijeron que así como Amadis lo demandaba se hiciese, y con su Emperador se tornasen á sus casas sin se mas detener en aquellas tierras donde mal andantes habian sido, y que á ellos como á muy principales dejaban á cargo de lo que Arquisil habia de jurar y prometer. Y con este asiento se tornaron á Amadis al monasterio, y dijéronle todo lo que estaba concertado, de que hubo gran placer. Pues finalmente, juntos todos los caballeros y grandes señores de los romanos, y las otras gentes mas bajas del imperio, dentro en la iglesia juraron á Arquisil por su emperador, y le prometieron vasallaje; y él les juró todos sus fueros y costumbres, y les hizo y dió todas las mercedes que con razon le pidieron. Así que por esto podemos decir, que algunas veces vale mas ser sojuzgados y apremiados de los buenos fuera de nuestra libertad, que con ella servir y obedecer á los malos; porque de lo bueno no se espera en la fin sino bien; y de lo malo, aunque algun tiempo tenga flores, al cabo han de ser secas con las raíces; donde procede que este Arquisil fue criado con hombre de su sangre, que fue el emperador Patin, el cual muchos y muy señalados servicios hizo en honra de su corona

imperial, y en lugar de haber conocimiento dellos, lo trajo desviado, casi desterrado y mal tratado donde estaba, temiendo que la virtud y buenas maneras deste caballero por donde habia de ser querido y amado, y hechas muchas mercedes, le habian de quitar el señorío; y siendo preso de su enemigo, donde no esperaba gracia ni honra alguna, antes todo al contrario, deste por ser tan diverso y acabado en la virtud que al otro fallecia le vino aquella tan gran honra y estado como ser emperador de Roma, en lo cual deben tomar ejemplo y llegarse á los virtuosos y cuerdos, porque de uno su parte les alcance, y apartarse de los malos y escandalosos, y invidiosos de poca virtud y de muchos vicios, porque así como ellos dañados no sean.

CAPITULO XXXVII.

Como el rey Lisuarte hizo juntar los reyes y grandes señores y otros muchos caballeros en el monasterio de Lubaina, que allí con él estaban, y les dijo de los grandes servicios y honras que de Amadís de Gaula habia recibido, y el galardon que por ellos le dió.

Así como habeis oido fue recibido por Emperador de Roma este virtuoso caballero Arquisil á causa de su buen amigo Amadís de Gaula. Agora cuenta la historia que todos estos reyes, príncipes y caballeros estuvieron muy viciosos á su placer en aquel monasterio y villa de Lubaina, hasta que el rey Lisuarte fue en mejor disposicion de salud y se levantó de la cama, y otros muchos de sus nobles caballeros que heridos habian estado, curando dél y dellos aquel grande maestro Elisabat; y como así el rey Lisuarte se viese, mandó un dia llamar á los reyes y grandes señores de ambas partes, y junto con ellos en la iglesia de aquel monasterio les dijo: Honrados Reyes y famo-

sos caballeros, muy escusado me parece traeros á la memoria las cosas pasadas, pues que así como yo las habeis visto, en las cuales si atajo no se diese, los vivos que somos de los muertos iguales nos haríamos; pues dejándolas á parte, conociendo el gran daño que así al servicio de Dios como á nuestras personas y estado ocurriria en ellas procediendo, he tenido al noble rey Perion de Gaula y á todos los príncipes y caballeros de su parte para que en presencia suya y vuestra se diga lo que oiréis. Entonces, volviéndose á Amadis, le dijo: Esforzado caballero Amadis de Gaula, segun la fin y propósito de mi habla, fuera de mi condicion que es, no loar á ninguno en presencia, y de vuestro querer, que siempre dello empacho recibe, me será forzado delante destos reyes y caballeros reducir á sus memorias las cosas pasadas entre vos y mí, desde el dia que en mi corte quedastes por caballero de la reina Brisena, mi mujer; y aunque á todos ellos sean notorias, viendo que así como ellas pasaron por mí son conocidas, ternán á bien y á honesta causa el galardon que á su merecimiento por mí se quiere dar. Cierto estando vos en mi casa despues que vencistes á Dardan el soberbio, y habiendo traido para mí servicio á vuestro hermano don Galaor, que fue el mayor don que nunca á rey se hizo, yo fui engañado y mi hija Oriana por este malo Arcalaus el encantador, y así ella como yo presos, sin que de todos mis caballeros pudiese ser defendido ni socorrido, constreñidos á guardar mi palabra que se lo defendió, donde deteníamos ella y yo en peligro de muerte y de cruel prision las personas, y mis reinos en aventura de ser perdidos. Pues á este tiempo, viniendo vos y don Galaor de donde la Reina os habia enviado, sabiendo en el estado que mi hacienda estaba, poniendo entrambos vuestras vidas en punto de muerte por remediar las nuestras, fuimos remediados y socorridos, y mis enemigos, los que presos nos llevaban, muertos y destrozados; y luego por vos fue socorrida la Reina mi mujer, y muerto Barsinan,

padre deste señor de Sansueña, que la tenia cercada en la mi ciudad de Londres. De manera, que asi como con mucho engaño y gran peligro fui preso, asi con mucha honra y seguridad mia y de mis reinos por vos fui restituido. Esto pasado, dende algun espacio de tiempo fue aplazada batalla entre mí y el rey Cildadan, que presente esta, de ciento por ciento caballeros, y antes que á ella viniésemos vos me quitastes de mi estorbo á este caballero don Cuadragante, y á Jamongomadan, y Basagante su hijo, los dos mas bravos y fuertes jayanes que en todas las ínsulas de la mar habia, y les tomastes á mi hija Leonoreta, con sus dueñas y doncellas, y diez caballeros de los buenos de mi corte que los llevaban presos en carretas, donde nunca jamás con todo mi poder la pudiera cobrar; pues segun la gente que el rey Cildadan trajo, así de fuertes jayanes como de otros muy fuertes caballeros, si por vos no fuera, que de un solo golpe matastes al fuerte Sardaman el Leon, y de otro me librastes de las manos de Madanfabul, el gran jayan de la Torre Bermeja, que desapoderado de todas mis fuerzas, sacándome de la silla, debajo del brazo me llevaba á meter en sus naos, y por otras otras muchas cosas famosas que en la batalla hicistes, conocido es que no hubiera yo la victoria y grande honra que allí hube. Pues junto con esto vencistes aquel muy valiente y famoso en todo el mundo Ardan Canileo el Dudado, por donde mi corte fue muy honrada en se hallar en ella lo que en ninguna de las que él anduvo pudo hallar, que en ellas ni en todas las partes que él fué hubo ni dos, ni tres, ni cuatro caballeros le pudieron ni osaron tener campo. Pues si quereis decir que á todo esto érades obligado, pues que os hallábades en mi servicio, y que la gran necesidad y la obligacion que sobre vuestra honra teniades vos constreñia á lo hacer, y dígase lo que por mí habeis hecho despues que mas á mi cargo, por haber dado lugar á malos consejeros, que al vuestro de mi casa mas como contrario y enemigo que como amigo ni

servidor vos partistes. Que sabido por vos en el tiempo que mas enemigos estábamos la gran batalla que con el rey, Arábigo y los otros siete reyes, y otras muchas y extrañas gentes y naciones yo hube, que venian de propósito y esperanza de sojuzgar mis reinos, tuvistes manera como el rey Perion vuestro padre, y con don Florestan vuestro hermano, como á ella viniésedes en mi ayuda, donde con mas razon y justa causa, segun el rigor y saña nuestra, me debiérades ser contrario; y casi por la bondad de vosotros todos tres, aunque de mi parte hubo muy buenos y preciados caballeros, yo alcancé tan gran vencimiento, que destruidos todos mis enemigos, aseguré mi persona y real estado con mucha mas honra y grandeza que la que de antes tenia. Agora viniendo al cabo, yo sé que á vuestra causa en la segunda batalla que hubimos, fue quitada y reparada la gran afrenta en que yo y los de mi parte estábamos, como ellos muy bien saben, que entiendo que cada uno sintió en sí lo que yo sentí. Pues en este socorro postrimero bien será escusado traer á la memoria, que aun la sangre de nuestras llagas corre, y las ánimas que no han tenido lugar de tornar á sus moradas, segun ya de nosotros eran alejadas y despedidas. Agora, mis buenos señores, ¿qué galardon se puede dar que á la igualeza de tan grandes servicios y cargos satisfacer pueda? Por cierto ninguno, salvo que honrada y acatada esta mi persona mientras que sus dias duraren, que estos mis reinos y señoríos que juntos con ella tantas veces por la mano y bondad deste caballero han sido socorridos y amparados, los haya en casamiento con Oriana mi hija; y que así como por su voluntad ellos dos son juntos en matrimonio sin lo yo saber, así sabiéndolo quiero que queden por mis propios hijos herederos de mis reinos y señoríos. Cuando Amadis oyó el consentimiento que el Rey tan en público daba para que á su señora hubiese, que en comparacion della todas las otras cosas por él contadas y dichas tenia en tanto como en nada, se fue al Rey y hincó los hinojos, y

aunque no quiso le besó las manos y dijo : Señor, si á la vuestra merced pluguiera, todo esto que en mi loor se ha dicho se pudiera escusar, porque segun las mercédes y honras que yo y mi linaje de vos recibimos á muchos mayores servicios éramos obligados, y por esto, señor, no os quiero dar gracias ningunas, pero por lo postrimero, no digo de la herencia de vuestros grandes estados y señorios, mas darme por su voluntad á la princesa Oriana, vos serviré todos los dias que viva con la mayor obediencia y acatamiento que nunca hijo á padre, ni servidor á señor lo hizo. El rey Lisuarte le abrazó con muy grande amor y le dijo : Pues en mí hallaréis aquel amor tan entrañable como vos lo tiene ese Rey que vos engendró.

Todos fueron mucho maravillados como el Rey en su habla atajó aquellos grandes fuegos de enemistades que tan gran tiempo habian durado, sin quedar cosa alguna en que fuese necesario de entender ; y si dello les plugo á todos escusado seria decirlo; porque, aunque al comienzo los unos y los otros con gran soberbia se desamasen, segun las muertes de los suyos habian visto, y las suyas tan cercanas, mucho estaban ledos de haber paz, y preguntábanse unos á otros si sabian porque el Rey, dijera que Amadis y Oriana estaban juntos en matrimonio, porque despues que la tomaron en la mar y la llevaron á la ínsula Firme, nunca en ellos tal cosa sintieron, pues de antes mucho menos ; mas el Rey que lo sintió rogó al santo hombre Naciano que así como á él se lo habia dicho se lo dijese aquellos señores, porque supiesen el cargo que Amadis tenia en la haber tomado en la mar; y tambien como él estaba sin culpa no lo sabiendo en la dar al Emperador, y como su hija sin licencia y sin su sabiduría lo hizo, y la gran causa y razon que á ello la obligó. Entonces el hombre bueno lo contó todo, como ya lo habeis oido que al rey Lisuarte lo dijera en el real en su tienda. Cuando el doncel Esplandian, que el hombre bueno por la mano cabe si tenia, oyó como aquellos dos reyes eran sus abuelos y

Amadis su padre, si dello le plugo no es de preguntar. Y luego el ermitaño se hincó con él de hinojos ante ambos reyes y ante su padre, y le hizo que les besase las manos, y ellos que le diesen su bendicion. Amadis dijo al rey Lisuarte: Señor, así como delante me place y conviene que os sirva, así será forzado de vos demandar mercedes; la primera sea, que pues el Emperador de Roma no tiene mujer y es disposicion de la haber, que os plega darle á la Infanta Leonoreta vuestra hija, y á él ruego yo que la reciba, porque sus bodas y las mias sean juntas, y juntos quedemos por vuestros hijos. El Rey lo tuvo por bien de lo tomar en su deudo, y luego le otorgó á su hija Leonoreta por mujer, y el Emperador la recibió con mucho contentamiento. El rey Lisuarte preguntó al rey Perion si habia sabido algunas nuevas de don Galaor su hijo. El le dijo que despues de su venida viniera Gandalin que lo dejaba algo mejor dispuesto de su salud, y que estaba con mucho cuidado de su mal, y con gran temor de algun peligro. Yo vos digo, dijo el Rey, que aunque él es vuestro hijo, que no lo tengo yo en menos; y si no fuera por las diferencias que á tal sazon vinieron, yo por mi persona lo hubiera visitado; y mucho os ruego que envieis por él si estuviere en disposicion de venir, porque yo me partiré luego á Vindilisora donde á la Reina mandé venir, y por honra de Amadis con ella y con Leonoreta mi hija, me volveré luego á vosotros á la ínsula Firme, donde se harán las bodas suyas y las del Emperador, y verémos las cosas extrañas que allí Apolidon dejó; y si á don Galaor ende hallo, mucho placer me dará su vista, que gran tiempo le he deseado. El rey Perion le dijo que así se haria luego como él lo queria. Amadis besó las manos al rey Lisuarte por la merced y honra que le daba. Agrajes le pidió muy ahincadamente que enviase por su tio don Galbanes, y por Madasima, y los trujese consigo. El rey Lisuarte dijo que le placia dello, y que luego de mañana se queria partir por se tornar presto, que ya era tiempo que aquellos ca-

balleros y sus gentes se volviesen á sus tierras á descansar, que bien menester les hacia, segun los trabajos por ellos habian pasado, y que todos hiciesen llevar sus navios al puerto de la ínsula Firme, porque de allí embarcasen todos para sus caminos y vias. El Emperador rogó mucho al rey Lisuarte que mandase venir su flota á la ínsula Firme; y que pues él y la Reina habian de volver allí, que le diese licencia que se queria ir con Amadis, que le habia de hablar mucho en su hacienda. El Rey se lo otorgó que así lo hiciese.

CAPITULO XXXVIII.

Como el rey Lisuarte llegó á la villa de Vindilisora donde la reina Brisena su mujer estaba, y como con ella y con su hija acordó de se volver á la ínsula Firme.

El rey Lisuarte tomó consigo al rey Cildadan, y á Gasquilan, rey de Suesa, y toda su gente, y volvióse á la villa de Vindilisora, donde habia enviado á mandar á la reina Brisena, su mujer, que le esperase; pues no se cuenta mas de cosa que le acaeciese, sino que á los cinco dias llegó á la villa, mostrando mejor semblante que alegria llevaba, que bien conocia que aunque Amadis quedaba por su hijo, y muy honrada su hija con él, y que así dél como del Emperador de Roma y del rey Perion y de todos los otros grandes señores quedaba por mayor, y ellos todos á su ordenanza, no estaba en su voluntad satisfecho, porque toda esta honra y ganancia le vino sobre ser vencido y estrechado como se vos ha contado, y que Amadis contra quien él iba como contra enemigo mortal, se llevaba toda la gloria; y tan gran tristeza se le habia asentado en el corazon, que en ninguna manera se le podia alegrar; mas

como ya en edad crecida fuese, y estuviese muy cansado y enojado de ver tantas muertes y grandes males, y todo entre cristianos, y que las cosas por donde venian eran mundanales y perecederas, y que á él, como príncipe muy poderoso, era dado de las quitar á su poder aunque algo de su honra se menoscabase, lo cual habia seguido siempre todo al contrario, teniendo en tanto la honra del mundo, que de todo punto le habia hecho olvidar el reparo de su ánima, y que con justa causa Dios le habia dado tan grandes azotes, especial el postrimero que ya oistes; consolábase y disimulaba como hombre de gran discrecion, porque ninguno sintiese que su pensamiento estaba en al si no en se tener por señor y mayor de todos, y que con mucha honra lo habia ganado. Pues con esta alegría fingida y con gesto muy pagado llegó donde la Reina estaba con sus dueñas y doncellas muy ricamente vestidas, llevando por la mano al doncel Esplandian, que las cosas pasadas, así de peligro como de placer, ya ella las sabia por Brandoivas, que de parte del Rey desde el monasterio delante habia venido á le dar placer. Como el Rey entró en la sala, la Reina vino á él, y hincó los hinojos para le besar las manos, mas él la tiró para sí, y levantándola con mucho amor la abrazó como aquella á quien de todo corazon amaba. Y en tanto que las dueñas y doncellas llegaron á besar las manos al Rey, la Reina tomó entre sus brazos al doncel Esplandian, que de hinojos delante della estaba, y comenzóle á besar muchas veces diciendo: ¡Ó mi hermoso hijo bienaventurado! bendita sea aquella hora en que naciste, y la bendicion de Dios y la mia hayas, que tanto bien por tú causa me ha venido; y á él plega por la su santa piedad que me dé lugar que este servicio tan grande que al Rey mi señor hiciste, en ser causa despues de Dios de le dar la vida, yo lo pueda satisfacer. Entonces llegaron el rey Cildadan y Gasquilan, rey de Suesa, á hablar á la Reina, y ella los recibió con mucha cortesía, como aquella que era una de las cuerdas y bien

criadas dueñas del mundo, y despues á todos los otros caballeros que llegaron á le besar las manos. A esta sazon ya era tiempo de cenar, y quedaron con el Rey aquellos dos reyes y otros muchos caballeros, á quien dieron en la cena muchos y diversos manjares, como en mesa de tal hombre, y que tantas veces lo habia dado y por costumbre lo tenia. Despues que cenaron, el Rey hizo quedar en su palacio aquellos reyes en muy ricos aposentos, y él se acogió á la cámara de la Reina, y estando en su cama le dijo. Dueña, si por ventura os habeis maravillado de las nuevas que vos han dicho de Oriana vuestra hija y de Amadis de Gaula, tambien lo estoy yo, que ciertamente bien creo que de vos y de mí estaba aquel pensamiento alejado y sin ninguna sospecha dello; no me pesa sino que ante no lo supimos, que escusar se pudieran tantas muertes y daños como de la causa de lo no saber han sucedido. Agora que á nuestra noticia viene, y ningun remedio se pudiera buscar ni dar que con mas deshonra no fuese, tomemos por remedio que Oriana quede con el marido que le plugo tomar, pues quitada la saña y pasion denmedio, y conociendo lo verdadero y justo, no hay hoy en el mundo emperador ni príncipe que á él se pueda igualar; y no solamente igualar, mas que con su sobrada discrecion y gran esfuerzo, siéndole la fortuna mas favorable que á ninguno de los nacidos, estando como un caballero andante pobre, tiene hoy á su mandar toda la flor de los grandes y pequeños que en el mundo viven; y Leonoreta será emperatriz de Roma, que así lo dejo yo otorgado. Así que, es menester que pues yo de mi propia voluntad por honra de Amadis dí palabra que seríamos vos y yo y Leonoreta en la ínsula Firme, donde nos aguardan para dar cabo de todo, os adereceis segun que conviene, y mostrando el rostro con tanta alegría, dejando de hablar en las cosas pasadas como en los tales autos se conviene y debe hacer. La Reina le besó las manos, porque así quiso forzar su saña y su muy fuerte corazon y venir en lo

asentado; y sin mas replicar, le dijo que como lo mandase lo pornia por obra, y que pues tales dos hijos le quedaban, y mas todos los otros caballeros por su gran respeto, y que lo tuviese por bien, y que continuamente diese grandes y muchas gracias á Dios porque así lo quiso hacer, aunque la fortuna dello no hubiese sido conforme mucho á su voluntad. Así holgaron aquella noche, y otro dia se levantó el Rey y mandó al rey Arban de Norgales, su mayordomo, que hiciese aparejar muy prestamente todas las cosas necesarias para aquella ida; y lo mismo hizo la Reina, porque su hija fuese como convenia á emperatriz de tan alto señorío.

CAPITULO XXXIX.

De como el rey Perion y sus compañeros se tornaron á la ínsula Firme, y de lo que hicieron antes que el rey Lisuarte allí con ellos fuese.

Dice la historia que el rey Perion y sus compañías, despues que el rey Lisuarte dellos se partió para Vindilisora, donde la reina Brisena su mujer estaba, se tornaron luego todos con sus batallas muy concertadamente, como allí habian venido, y con mucho placer y alegría de sus corazones se fueron camino de la ínsula Firme. El Emperador de Roma siempre posó con Amadis en su tienda, y entrambos dormian en una cama, que nunca una hora se partia el uno del otro, y toda su gente, tiendas y atavíos eran en guarda de Brondajel de Roca, como su mayordomo mayor, así como lo fuera del emperador Patin su antecesor. Las jornadas que andaban eran muy pequeñas, y siempre hallaban sus posadas en lugares muy placenteros y apacibles. Cuanto hacia algun poco de compañía al rey Perion en su tienda, y luego se recogian todos juntos á las tiendas

de Amadis, y otras veces á las del Emperador; y como todos los mas fuesen mancebos y de muy gran suerte y crianza, nunca estaban sino jugando y burlando en cosas de placer, así que llevaban la mejor vida que tuvieron grandes tiempos habia. Pues así llegaron á la ínsula Firme, donde hallaron á Oriana y á todas las otras grandes señoras que allí estaban en la huerta, tan hermosas y tan ricamente ataviadas que era maravilla verlas, que no creais que parecian personas terrenales ni mortales, sino que Dios las habia hecho en el cielo y las habia allí enviado. Tanta fue la alegría y contento que los unos y los otros hubieron en se ver así juntos y sanos con tanta honra y concierto de paz, que no se vos podria en ninguna manera decir. El rey Perion iba delante, y todos le hicieron muy gran acatamiento, y con mucha humildad le saludaron los que así les convenia hacer, y las otras le besaron las manos. Amadis llevaba por la mano al Emperador, y llegóse á Oriana y díjole: Señora, hablad á este caballero y gran príncipe que nunca os vió y vos mucho ama. Ella, como sabia que ya era emperador y habia de ser marido de su hermana, llegóse á él y quiso hincar los hinojos y besarle las manos; mas él se bajó con muy grande acatamiento y la levantó, y díjole: Señora, yo soy el que me debo humillar ante vos y ante vuestro marido, porque él es el señor de mi tierra y de mi persona, que podeis sin falta, señora, creer que de lo uno y de lo otro no se hará sino lo que la su voluntad y vuestra fuere. Oriana le dijo: Mi señor, eso consiento yo cuanto al buen agradecimiento vuestro, mas el acatamiento que á la virtud y grandeza vuestra se debe, yo soy la que con mucha obediencia os debe tratar. El le dió muchas gracias por ello. Agrajes, don Florestan, don Cuadragante y Brian de Monjaste se fueron á la reina Sardamira, y á Olinda, y á Grasinda, que estaban juntas; y don Bruneo de Bonamar á la su muy amada señora Melicia; y los otros caballeros á las otras infantas y doncellas hermosas y de muy gran suerte que

allí estaban, y con mucho placer y contento hablaron con ellas en lo que mas sabor habian. Amadis tomó á Gastiles, sobrino del Emperador de Constantinopla, y á Grasandor, hijo del Rey de Bohemia, y llególos á la infanta Mabilia su prima, y díjole: Mi buena señora, tomad estos príncipes y hacedles honra. Ella los tomó por las manos, y asentóse entrambos. A Grasandor plugo mucho desto, porque, como vos hemos contado, el dia primero que la vido fue su corazon otorgado del su amor, y conociendo quién ella era y su gran bondad y gentileza, y grande deudo y amor que le tenia Amadis, determinado estaba da la tomar por mujer, y deseaba mucho oirla hablar y tractarla en alguna conversacion, y por esto hubo mucho placer de se ver tan cerca della. Pero como esta infanta fuese una doncella tan extremada en toda bondad y honestidad y gracia con gran parte de hermosura, tan pagado fue Grasandor della, que muy mayor aficion que de antes tenia le puso. Y así como oides, estando todos aquellos señores razonando de aquello que mas contento les daba, sino Amadis, que habia gran deseo de hablar á su señora Oriana, y no podia con el Emperador; y como vido á la reina Briolanja que estaba cabe de don Bruneo y su hermana Melicia, fuese para ella y trájola por la mano, y dijo al Emperador: Señor, hablad á esta señora y hacedle compaña. El Emperador volvió el rostro, que aun hasta allí nunca habia quitado los ojos de Oriana, que de ver su gran hermosura estaba espantado; y como vido á la Reina tan lozana y tan hermosa, y á las otras señoras que con aquellos caballeros estaban hablando, mucho se maravilló de ver personas tan extremadas de todas cuantas hubiese visto, y dijo á Amadis: Mi buen señor, yo creo verdaderamente que estas señoras no son nacidas como las otras mujeres, sino que aquel gran sabidor Apolidon por su arte las hizo y las dejó aquí en esta ínsula donde las hallastes, y no puedo pensar sino que ellas ó yo estamos encantados; que puedo decir, y es verdad, que sí en todo

el mundo tal compaña como esta se buscase, no seria posible poderse fallar. Amadis le abrazó riendo, y díjole si habia en alguna corte, por grande que fuese, visto otra tal compañía. El le dijo: por cierto yo ni otro alguno la pudo ver, sino fuese en la del cielo.

Ellos allí estando como oís, llegó á ellos el rey Perion, que habia estado hablando gran pieza con la muy hermosa Grasinda, y tomó por la mano á la reina Briolanja, y dijo al Emperador: Buen señor, estemos vos y yo si á vos placerá con esta hermosa Reina; y Amadis se fue con grande alegría á su señora Oriana, y con gran humildad se asentó con ella á una parte y díjole: ¡O señora! ¿con qué servicios puedo pagar la merced que me habeis hecho en que por vuestra voluntad sean descubiertos nuestros amores? Oriana dijo: Señor, ya no es tiempo que por vos se me diga tanta cortesia ni yo la reciba, que yo soy la que vos tengo de servir y seguir vuestra voluntad con aquella obediencia que mujer á su marido debe, y de aquí en adelante en esto quiero conocer el grande amor que me teneis en ser tractada de vos, mi señor, como la razon lo consiente, y no en otra manera; y en esto no se hable mas, sino tanto quiero saber que tal queda mi padre, y como tomó esto nuestro. Amadis dijo: Vuestro padre es muy cuerdo, y aunque otra cosa en lo secreto tuviese, en lo que á todos pareció muy contento queda, y así se partió de nosotros. Ya, señora, sabréis como ha de venir aquí la Reina y vuestra hermana. Ya lo sé, dijo ella, y el placer que mi corazon siente no lo puedo decir. A nuestro Señor plega que así como está asentado se cumpla sin que en ello haya alguna mudanza, que podeis, mi señor, creer que despues de vos no hay en el mundo persona que yo tanto ame como á él, aunque su gran crueza deberia dar causa que con mucha razon tuviera lo contrario. Y agora me decid de Esplandian qué tal queda, y qué os ha parecido de su disposicion y crianza. Esplandian, dijo Amadis, bien muestra en su parecer y costumbre ser

el vuestro hijo, que no se puede por ninguna suerte decir mas, y en gran manera quisiera traeros al buen santo hombre Naciano, el cual muy cierto será aquí agora, que no quiso venir con la gente; mas el Rey vuestro padre le rogó muy ahincadamente que se lo dejase llevar primero para que la Reina lo viese, y que él prometia que lo traeria consigo. En esto y en otras muchas cosas estuvieron hablando hasta que fue hora de cenar, que el rey Perion se levantó y tomó al Emperador, y fuéronse á Oriana y díjole: Señora, tiempo es que nos acojamos á nuestras posadas. Ella les dijo que se hiciese como mas les contentase. Así se salieron todos, y ellas se quedaron tan alegres y tan contentas que muy gran maravilla era. Todos cenaron aquella noche muy bien en la posada del rey Perion, que Amadis mandó que allí lo aparejasen, donde fueron muy bien servidos y abastados de todo lo que á tal menester convenia, donde tantos y tan grandes señores estaban. Despues que cenaron vinieron juglares que hicieron muchas maneras de juegos, de que hubieron gran placer, hasta que fuera tiempo de dormir, que se fueron todos á sus posadas, salvo Amadis, á quien el Rey su padre mandó quedar porque le queria hablar en algunas cosas. Pues todos idos, el Rey se acogió en su cámara, y Amadis con él, y estando solos le dijo: Hijo Amadis, pues que á Dios nuestro señor plugo que con tanta honra tuya estas afrentas y grandes batallas pasases, que aunque en ellas muchos príncipes de gran valor y grandes caballeros hayan puesto sus promesas y estados, á ti por la bondad de Dios se refiere la mayor gloria y fama, así como de lo contrario tu honra y gran fama aventuraba el mayor peligro, como conocido tienes, ya otra cosa no queda sino que con aquel cuidado y tan gran diligencia que al comienzo desta tan gran crecida afrenta, constriñéndole tan gran necesidad, allegastes y animastes á ti todos estos honrados caballeros, que agora estando fuera della lo tengas mayor para te les mostrar muy agradecido, remitiendo á sus voluntades lo que

hacer se debe en estos presos que son tan grandes principes y señores de tan grandes tierras; como pues que tú ya tienes mujer que ellos la hayan juntamente contigo, porque parezca que como en los males y peligros te fueron ayudadores, que así en los bienes y placeres te sean compañeros; y para esto yo remito á tú querer á mi hija Melicia, que la des á aquel en quien bien empleada sea su virtud y gran hermosura, y lo semejante hacer puedes de Mabilia tú cormana; y bien entiendo que la reina Briolanja no saldrá ni seguirá sino tu parecer; tambien te acordarás de poner en estas á tú amiga Grasinda, y aun á la reina Sardamira; pues aquí está el Emperador que la mandar puede, y si á ellas les agrada casar en esta tierra, no les faltará igualeza de caballeros á sus estados y linaje; y acuérdate ya de tus hermanos que son ya en disposicion de haber mujeres en que puedan dejar generacion que sostenga la vida y remembranza de sus memorias; y esto se haga luego, porque las buenas obras que con gran pena y dilacion se hacen muy gran parte pierden de su valor. Amadis hincó los hinojos ante él y besóle las manos por lo que le dijo, y que así como él lo mandaba se haria. Con este acuerdo se fue Amadis á su posada, y en la mañana se levantó y hizo juntar todos aquellos señores en la posada de su primo Agrajes, y así juntos les dijo: Mis buenos señores, las grandes fatigas pasadas y la honra y prez que con ellas habeis ganado, vos dan licencia para que con mucha causa y razon á vuestros muy afamados espíritus algun descanso y reposo deis; y pues Dios ha querido que con vuestro deudo y amor las cosas que yo mas en este mundo queria alcanzase, así querria que las que por vosotros se desean, si algo en mi mano es, vos fuesen restituidas; por ende, mis señores, no hayais empacho, que vuestra voluntad manifiesta me sea así en la que á vuestros amores y deseos toca, si algunas destas señoras amais y por mujeres las quisiéredes, como en lo que hacer se debe destos presos, que por la gran virtud y esfuerzo de vues-

tros corazones vencistes ; porque cosa muy avisada es, que como por causa suya muchas heridas con gran afrenta recibistes ; que agora, ellos padeciendo goceis y descanseis en aquellos grandes señoríos que ellos poseyeron.

Mucho agradecieron todos aquellos señores lo que por Amadis les profería, y muy contentos fueron dél, y en lo que á sus casamientos tocaba: luego allí se señalaron Agrajes el primero que tomaria á Olinda su señora. Y don Bruneo de Bonamar le dijo que bien creia que sabia él que toda su esperanza y buena ventura tenia en Melicia su señora. Grasandor dijo que nunca su corazon fuera otorgado á ninguna mujer de cuantas viera, sino á la infanta Mabilia ; y que aquella amaba y la demandaba por su mujer. Don Cuadragante le dijo : El tiempo y la juventud hasta aquí me han sido muy contrarios á ningun reposo, ni tener otro cuidado sino de mi caballo y armas ; mas ya la razon y edad me convidan á tomar otro estilo, y si á Grasinda le pluguiera casar en estas partes, yo la tomaré por mujer. Don Florestan dijo : Señor, como quiera que mi deseo fuese el ver acabadas estas cosas en que hemos estado, de luego pasar en Alemaña, donde de parte de mi madre natural soy, así por la ver ,como á todo mi linaje, que segun el gran tiempo que de allí salí apenas lo conociera, si acaso se puede ganar la voluntad de la reina Sardamira, podríase mudar mi propósito. Los otros caballeros le dijeron que les agradecia mucho su voluntad, pero que así porque por entonces sus corazones estaban libres de ser sujetos á ninguna de aquellas señoras ni á otras ningunas, como por ser mancebos y de mucha nombradia, que la edad no les habia dado mas lugar que para ganar honra, y de propósito estaba de no se entremeter en otras ganancias ni reposo, sino en buscar las aventuras donde sus cuerpos ejercitar las pudiesen ; y que así en lo de aquellas señoras que aquellos caballeros demandaban, como en lo que de los presos les decia , ellos se desistian de todo ello , y él lo repartiese por ellos, pues que ya vida

de mas reposo y costa les placia tomar, y á ellos en las cosas de las armas y afrentas los pusiese donde él pensase que mas fama y prez podian ganar. Amadis les dijo: Mis buenos señores, yo fio en Dios que esto que pedis será su servicio, y con su ayuda se hará; y pues estos caballeros mancebos en vos todo lo dejan, yo quiero luego repartirlo como mi juicio lo tiene determinado; y digo que vos, señor don Cuadragante, que sois hijo de rey y hermano de rey, y vuestro estado no iguala con gran parte con vuestro linaje y gran merecimiento, que hayais el señorío de Sansueña, que pues el señor en vuestro poder está, sin mucho trabajo lo podeis haber. Y vos, mi señor don Bruneo, demas de vos otorgar desde agora á mi hermana Melicia, habréis el reino del rey Arábigo con ella, y el señorío que del marqués vuestro padre esperais lo traspaseis á Branfil vuestro hermano. Don Florestan, mi hermano, habrá á esta Reina que pide, y demas de lo que ella posee, que es la ínsula de Cerdeña, el Emperador á mi ruego le dará todo el señorío de Calabria, que fué de Salustanquidio. Vosotros, mis señores, Agrajes y Grasandor, contentaos por el presente con los grandes reinos y señoríos que despues de las vidas de vuestros padres esperais, y yo con este mi riconcillo de la ínsula Firme hasta que nuestro Señor traya tiempo en que podamos haber mas. Todos otorgaron mucho lo que Amadis determinó, y mucho le rogaron que así se hiciese como lo señalaba; y porque si se hubiesen de contar las cosas que sobre estos casamientos pasaron con aquellas señoras, y con el Emperador en lo de la reina Sardamira, seria á la escritura gran prolijidad, solamente sabréis que así como aquellos caballeros lo dijeron; así Amadis lo cumplió todo, y el Emperador lo que para don Florestan le pidió, y mucho mas adelante, como la historia lo contará, y fueron luego desposados por mano de aquel santo hombre Naciano, quedando las bodas para el dia que Amadis y el Emperador las hiciesen.

CAPITULO XL.

Como don Bruneo de Bonamar, Angriote y Branfil fueron en Gaula por la reina Elisena y por don Galaor, y la ventura que les avino á la venida que volvieron.

Dijo Amadis al rey Perion su padre: Señor, bien será que envieis por la Reina mi señora y por don Galaor mi hermano, para el cual yo tengo guardada á la hermosa reina Briolanja, con que siempre será bienaventurado, porque cuando el rey Lisuarte venga, como quedó acordado, se hallen aquí. Así se haga, dijo el Rey, y yo escribiré á la Reina, y envia tú los que quisieres. Don Bruneo se levantó y dijo: Yo quiero este viaje si á la vuestra merced pluguiere, y llevaré conmigo á mi hermano Branfil. Pues este camino no se hará sin mí, dijo Angriote. El rey Perion dijo: En don Angriote y Branfil consiento, que don Bruneo no lo dice de verdad, que quien de cabe su mujer le quitare no será su amigo; y porque yo siempre lo he sido, y por no le perder, no le daré licencia. Don Bruneo le respondió riendo: Señor, aunque esta es la mayor merced de cuantas de vos he recibido, todavía quiero servir á la Reina mi señora, porque de allí viene el contentamiento á todo lo otro. Así sea, dijo el Rey, y quiera Dios, mi buen amigo, que halleis á don Galaor vuestro hermano en disposicion de poder venir. Isanjo, que allí estaba, dijo: Señor, bueno está ya, que yo lo supe de unos mercaderes que venian de Gaula y pasaban á la Gran Bretaña, y por se asegurar vinieron por aquí, que hubieron miedo de la guerra que á la sazon habia; y yo les pregunté por don Galaor, y me dijeron que lo vieron ya levantado y andar por la ciudad, pero harto flaco. Todos hubieron mucho placer con aquellas nuevas, y el Rey mas que ninguno,

que siempre su corazon traia afligido y congojado con el mal de aquel hijo, y tenia gran temor, segun la dolencia era larga, de le perder.

Pues luego otro dia estos tres caballeros que oistes mandaron aderezar una nao de todo lo que hubieron menester para aquel camino, y hicieron en ella meter sus armas y caballos, y con sus escuderos y marineros que los guiasen se metieron en la mar; y como el tiempo hacia bueno y enderezado, en poco espacio pasaron en Gaula, donde fueron de la Reina muy bien recibidos; mas de don Galaor vos digo, que cuando los vió, tan grande fue el placer, que así flaco como estaba, fue corriendo á los abrazar á todos tres, y así los tuvo una pieza, y las lágrimas le vinieron á los ojos, y díjoles: ¡O mis señores y grandes amigos, cuándo querrá Dios que yo ande en vuestra compañía tornando á las armas, que tanto tiempo por mi desventura tengo desamparadas! Angriote le dijo: Señor, no os congojeis, que Dios lo cumplirá todo como vos lo deseais, y dejaos de todo, sino solamente de saber las grandes nuevas y de mucha alegría que vos traemos. Entonces contaron á la Reina y á él todas las cosas que habeis oido que pasaron, así el comienzo como la buena fin que en ello se daba. Cuando don Galaor lo oyó, fue muy turbado y dijo: ¡Ay Santa María! ¿y es verdad que todo eso ha pasado por el rey Lisuarte mi señor, sin que yo con él me hallase? Agora puedo decir que Dios me ha hecho señalada merced en me dar en tal sazon tan gran dolencia, que por cierto, aunque de la otra parte estaba el Rey mi padre y hermanos, no pudiera escusar de no poner en su servicio este mi cuerpo y cuanto yo pudiera hasta la muerte; y tened por muy cierto que si hasta aquí lo supiera, segun mi flaqueza, de congoja fuera ya muerto. Don Bruneo le dijo: Mi buen señor, muy mejor está ansí y con gran honra de todos, y vos ganando por mujer á aquella muy hermosa reina Briolanja que vuestro hermano Amadís vos tiene guardada, está la paz hecha como lo

veréis cuando allá vos llegáredes. Mas entonces dieron la carta á la Reina, y dijéronle como su venida era para la llevar, porque fuese presente á las bodas de todos sus hijos, y viese á la reina Brisena y á Oriana, y á todas aquellas grandes señoras que allí estaban. Como esta Reina fuese muy noble y amase á su marido y á sus hijos, y de tan gran afrenta y peligro los viese en tanto sosiego de paz, dió muchas gracias á nuestro señor Dios, y dijo: Hijo don Galaor, toma esta carta y toma esfuerzo, y ve al Rey tu padre y á tus hermanos, que segun me parece, allí hallarás al rey Lisuarte con mas honra de tu linaje que lo que él deseaba. Angriote le dijo: Señora, eso podeis vos muy bien decir, que vuestro amado hijo Amadis es hoy toda la flor y la fama del mundo, y en su voluntad y querer está la de todos los grandes que en el mundo viven y mas valen, lo cual, buena señora, veréis por vuestros ojos, que en su casa y á su mandar son emperadores, y reyes, y otros príncipes y grandes caballeros, que mucho le aman, y le tienen en aquel grado que su valor merece; y por esto es menester que lo mas presto que ser pueda sea vuestra ida, que bien creemos que será allí el rey Lisuarte y la reina Brisena su mujer, con su hija Leonoreta, para la entregar por mujer al Emperador de Roma, al cual vuestro hijo Amadis ha puesto en aquel gran señorío, que ya por suyo tiene. Ella les dijo con muy grande alegría: Mis buenos amigos, luego se hará como lo decís, y mandaré aderezar naos en que vaya. Asi se detuvieron aquellos caballeros con la Reina ocho dias, en cabo de los cuales las fustas fueron aparejadas de todas las cosas necesarias al viaje; y luego entraron en ellas con muy gran alegría de sus amigos, y luego comenzaron á navegar la via de la ínsula Firme. Pues yendo por la mar como vos digo con muy buen tiempo que les hacia, al tercero dia vieron venir á su diestra un navío á vela y remos, y acordaron de lo esperar por saber quien dentro venia, y tambien porque derechamente venia á la parte donde ellos

iban; y cuando cerca llegó, salió á él un escudero de don Galaor en un batel, y preguntó quien venia en el navío. Uno de los que dentro estaban le respondió muy cortesmente, que una dueña que iba á la ínsula Firme con muy gran priesa. El escudero, cuando esto oyó, díjole: Pues decid á esa señora que decís, que esta flota que aquí veis va allá, y que no haya recelo de se llegar á ella, que en ella van tales personas con quien habrá mucho placer de ir en su compañia.

Cuando esto oyó aquel hombre, muy prestamente fue muy alegre y díjolo á su señora; y ella mandó echar un batel en el agua, y un caballero en él, y que supiese si era verdad lo que aquel decia. Este llegó á la nao donde la Reina estaba, y dijo á aquellos caballeros: Señores, por la fe que á Dios debeis que me digais si aquella nao que allí está, en que una dueña viene de gran guisa que va á la ínsula Firme se podria seguramente llegarse aquí, porque este escudero dijo que vosotros íbades este mismo camino. Angriote le dijo: Amigo, verdad vos ha dicho el escudero, y esa dueña que decís puede venir segura, que aquí no va ninguno de quien daño reciba; antes de quien habrá toda el ayuda que juntamente se le hacer pudiere contra quien mal le querrá hacer. A Dios merced, dijo el caballero; agora vos pido por cortesía que la atendais, y luego la haré venir á vos, que pues sois caballeros, gran dolor habréis cuando supiéredes su hacienda. Luego se tornó á la nao donde la Reina estaba, que aquella le pareció de mas rico aparato; pues allí llegados salió una dueña toda cubierta de un paño negro la cabeza y el rostro, y preguntó quien venia en aquellas naos. Angriote le dijo: Dueña, aquí viene una Reina, señora de Gaula, que va á la ínsula Firme. Pues señor caballero, dijo la dueña, mucho vos pido por lo que sois á virtud obligado que tengais manera como yo con ella hable. Angriote le dijo: Eso luego se hará, y entrad en esta nao, que ella es tal señora que habrá placer con vos, así como lo ha con todos los otros

que la demandan. La dueña entró en la nao, y Angriote la tomó por la mano, y metióla á la Reina, y dijo: Señora, esta dueña vos quiere ver. Ella sea bien venida, dijo la Reina, y pregúntovos, Angriote, que me digais quien es. Mas entonces la dueña se llegó á ella, y la saludó, y dijo: Señora, á eso no os sabrá responder ese buen caballero, porque no lo sabe; mas de mí lo sabréis, y no será poco de contar segun la desastrada ventura y muy grande fatiga que sin yo lo merecer es sobre mí venida. Pero quiero mi buena señora sacar fianza de vos, si seré segura y toda mi compaña si lo que dijere por ventura vos mueve antes á saña que á piedad. La Reina respondió que seguramente podia decir lo que quisiese. Entonces la dueña comenzó de llorar muy reciamente, y dijo: Mi buena señora, aunque de aquí no lleve otro reparo sino descansar en contar mis desdichas á tan alta señora como vos, será algun descanso á mi atribulado corazon. Vos sabréis que yo fui casada con el rey de Dacia, y en su compañía me ví muy bienaventurada reina, del cual hube dos hijos y una hija; pues esta hija, que por mi mala ventura fue por mi engendrada, el rey su padre y yo la casamos con el Duque de la provincia de Suesa, un gran señorío que con nuestro reino confina; las bodas de los cuales, así como en mucho placer y grandes fiestas y alegrías con que fueron celebradas, así despues muy grandes llantos y dolores han traido; que como este Duque sea mancebo y codicioso de señorear, como quiera que lo haber pudiese, y el Rey mi marido fuese entrado en dias, hizo cuenta que matando á él y tomando á los dos mis hijos, que son mozuelos, que el mayor no pasaba de catorce años, prestamente podria por parte de su mujer ser Rey del reino; y así como lo pensó lo puso en obra, que fingiendo que se venia á holgar á nuestro reino, y que nuestra honra era muy acompañada saliendo el Rey mi marido con mucho placer á lo recibir y con sana voluntad, el malo y traidor lo mató por su mano; y Dios, que quiso guardar á los mozos, como venian

detrás en sus palafrenes, se acogieron á la ciudad donde habian salido, y con ellos todos los mas de nuestros caballeros, y otros que despues con mucha afrenta y peligro así mesmo entraron, porque aquel traidor luego los cercó y así los tiene; pues á la sazon yo habia ido á una romería que tenia prometida, que es una iglesia muy antigua de nuestra Señora que está en una roca metida media legua en la mar; asi fuí avisada de la mala ventura que tenian sin la saber, y como me viesen, sola no tuve otro remedio sino que en este navío en que allí me habian pasado me acogí. Como señora vengo con intencion de me ir á la ínsula Firme á un caballero que se llama Amadis, y otros muchos de gran cuenta que me dicen ser allí con él, y contarles he esta grande traicion, donde tanto mal me viene, y pedirles he que hayan piedad de aquellos infantes y no los dejen matar á tan gran tuerto, que solamente algunos que fuesen que esforzasen los mios y los acaudillasen, aquel malo no osaria allí estar mucho tiempo. La reina Elisena y aquellos caballeros fueron maravillados de tan gran traicion, y hubieron mucha piedad de aquella Reina, y luego la Reina la tomó por la mano, y la hizo sentar cabe sí, y díjole: Mi buena señora, si no vos he hecho el acatamiento que vuestro real estado merece, perdonadme que no vos conocia, ni sabia el estado de vuestra hacienda como agora lo sé, y podeis creer que vuestra pérdida y fatiga me ha puesto gran piedad y congoja, en ver que la contraria fortuna á estado ninguno perdona por grande que sea, y aquel que mas contento y ensalzado se ve, aquel debe mas temer sus mudanzas; porque cuanto mas seguros á su parecer están, entonces les viene aquello que á vos, mi buena señora, ha venido; y pues Dios aquí os trujo, tengo por bien que os vais en mi compañía hasta la ínsula Firme, y allí hallaréis el recaudo que vuestra voluntad desea, como lo hallan cuantos lo han habido menester. Ya lo sé, mi buena señora, respondió la Reina de Dacia, que al Rey mi señor contaron

unos caballeros que pasaban en Grecia las cosas que son pasadas, sobre que Amadis tomó la hija del rey Lisuarte que la desheredaba por otra hija menor, y la enviaba al Emperador de Roma por mujer, y esto me dió causa de buscar este bienaventurado caballero, socorredor de los cuitados que tuerto reciben. Cuando Angriote y sus compañeros oyeron lo que la reina Elisena dijo, todos tres se hincaron de rodillas delante, y la suplicaron mucho que les diese licencia para que por ellos fuese aquella Reina socorrida y vengada, si la voluntad de Dios fuese, de tan gran traicion, y que esto se podria muy bien hacer, porque estaba muy cerca de la ínsula Firme donde embarazo alguno por razon no se esperaba. La Reina quisiera que primero llegaran donde estaba el Rey su marido, mas ellos la ahincaron tanto que lo hubo de otorgar.

Pues luego se metieron en su nave con sus armas, caballos y servidores, y dijeron á la Reina de Dacia que les diese quien los guiase, y que ella se fuese con la reina Elisena á la ínsula Firme. Ella les respondió que no quedaria, antes querria ir con ellos, que su vista valdria mucho para reparar y remediar el negocio. Así se fueron de consuno, pues vieron su voluntad; y la reina Elisena y don Galaor se fueron su camino, y sin que cosa les acaeciese llegaron una mañana al puerto de la ínsula Firme. Y cuando se supo su venida, cabalgaron el Rey su marido, y sus hijos con el Emperador, y con todos los otros caballeros para la recibir. Oriana quisiera con aquellos señores ir con ellos, mas el Rey la envió á rogar que no lo hiciese ni tomase aquel trabajo, que ella llegaria luego para ella, y así quedó. Pues la Reina y don Galaor salieron luego de la mar á tierra, y allí fueron con mucho placer recibidos. Amadis, despues que besó las manos á su madre, fue á abrazar á don Galaor, y él le quiso besar las manos, mas él no quiso; antes estuvo una pieza preguntándole por su mal, y don Galaor diciendo que ya estaba mucho mejorado, y que mas lo estaria de allí adelante; pues que los

enojos y sañas de entre él y el rey Lisuarte eran atajados. Despues que el Emperador y todos los otros señores saludaron á la Reina, pusiéronla en un palafren y fuéronse al castillo al aposentamiento de Oriana, donde estaba ella, las reinas y grandes señoras con muy ricos atavíos por la recibir á la puerta. El Emperador la llevaba de rienda, y no quiso que descabalgase sino en sus brazos; pero cuando entró donde Oriana estaba, ella tenia por las manos á las reinas Sardamira y Briolanja, y con ellas llegó á la reina Elisena, y todas tres se la hincaron de hinojos delante con aquella obediencia que á verdadera madre se debia. La Reina las abrazó y besó, y las levantó por las manos. Entonces llegaron Mabilia, Melicia y Grasinda, y todas las otras señoras á besarla las manos, y tomándola en medio, se iban con ella á su aposentamiento. En esto llegó don Galaor, y no se os podrá decir el amor que Oriana le mostró, porque despues de Amadis no habia en el mundo caballero que ella mas amase, así por la parte de su amigo, que sabia que mucho le amaba, como por amor tan grande que el rey Lisuarte su padre le tenia tan verdadero, y el deseo de don Galaor en le servir contra todos los del mundo, así como por la obra muchas veces habia parecido. Todas las otras señoras la recibieron muy bien. Amadis tomó á la reina Briolanja por la mano y díjole: Señor hermano, esta hermosa Reina os encomiendo que ya otras muchas veces la habeis visto y conoceis. Don Galaor la tomó consigo sin ningun empacho, como aquel que se no espantaba ni turbaba en ver mujeres, y dijo: Señor, á vos tengo en gran merced que me la dais, y á ella porque me recibe y quiere por suyo. La Reina no le dijo nada, antes le embermejeció el rostro que la hizo muy hermosa. Galaor que la miraba, que desde que se partió de Sobradisa cuando allí trajo á don Florestan su hermano, y despues un poco de tiempo en la corte del rey Lisuarte cuando vino á buscar á Amadis, nunca la habia visto, y aquella sazon era muy moza; mas agora estaba en su perficion de edad y

hermosura, y pagóse tanto della, y tan bien le pareció, que aunque muchas mujeres habia visto y tratado, como esta historia donde dél hablando lo cuenta, nunca su corazon fue otorgado en amor verdadero de ninguna sino desta muy hermosa Reina; y así mismo ella lo fue dél, que sabiendo su gran valor así en armas como en todas las otras buenas maneras que el mejor caballero del mundo debia tener, todo el gran amor que á su hermano Amadis tenia puso en este caballero, que ya por marido tenia; y como así sus voluntades tan enteramente entonces se juntaron, así permaneciendo en ello despues que á su reino se fueron, tuvieron la mas graciosa y honrada vida y con mas amor que se vos podria enteramente decir, y hubieron sus hijos muy hermosos y muy señalados caballeros, que acabaron grandes cosas y peligrosas en armas, y ganaron grandes tierras y señoríos, así como lo contarémos en un ramo desta historia, que se llama las Sergas de Esplandian, porque ahí enteramente esto será contado, con el cual gran compañía y amistad tuvieron antes que emperador de Constantinopla fuese y despues que lo fue. Pues hecho este recibimiento á esta noble reina Elisena, y aposentada con aquellas señoras donde otro ninguno estaba, sino el rey Perion, que así estaba acordado, hasta que el rey Lisuarte y la reina Brisena y su hija viniesen, y se hiciesen los casamientos de Oriana y de todas las otras en su presencia. Todos se fueron á sus posadas á holgar en muchos pasatiempos que en aquella insula tenian, especialmente los que eran aficionados á monte y á caza; porque fuera de la ínsula en la tierra firme cuanto una legua, habia las mas hermosas arboledas y matas de montes muy espesos; que como la tierra era muy guardada, toda era llena de venados, y puercos, y conejos, y otras bestias salvajes, de las cuales muchas mataban, así con canes y redes, como corriéndolas á caballo en sus paradas. Habia tambien para cazar con aves muchas liebres y perdices y otras aves de ribera, así que se puede decir que en aquel rinconcillo tan

pequeño era junta toda la flor de la caballería del mundo, y quien en mayor alteza la sostenia, y toda la beldad y hermosura que en ella se podria hallar, y despues de los grandes vicios y deleites que vos habemos dicho, y otros infinitos que no se pueden contar, así naturales, como artificiales hechos por encantamentos de aquel muy gran sabidor Apolidon que allí los dejó. Mas agora deja el cuento de hablar destos señores y señoras que estaban esperando al rey Lisuarte y á su compaña, por contar lo que acaeció á don Bruneo Angriote y Branfil que se iban con la Reina de Dacia, como ya oistes.

CAPITULO XLI.

De lo que aconteció á don Bruneo de Bonamar, y Angriote de Estrabaus, y á Branfil, en el socorro que iban á hacer á la Reina de Dacia.

Dice la historia que Angriote de Estrabaus, y don Bruneo de Bonamar, y Branfil su hermano, despues que de la reina Elisena se partieron, que fueron por la mar adelante, por donde los guiaban aquellos que el camino sabian. Y la Reina con su turbacion como con el placer de haber hallado ayudadores para su priesa, nunca les preguntó de donde, ni quién eran. Y yendo así como vos digo, un dia les dijo: Buenos señores y amigos, aunque en mi compaña vos llevo, no sé mas de vuestra hacienda de lo que antes que vos hallase ni viese sabia; mucho os ruego, si os pluguiere, me lo digais, porque sepa trataros en aquel grado que á vuestra honra y mia conviene. Buena señora, dijo Angriote, como quiera que en saber nuestros nombres, segun el poco conocimiento que de nosotros terneis, acrecienta ni mengua en vuestro descanso ni remedio; pues que os place saberlo, decir vos lo hemos. Sabed que estos

dos caballeros son hermanos, y al uno llaman don Bruneo de Bonamar, y al otro Branfil, y don Bruneo es en deudo de hermandad por su esposa con Amadis de Gaula, aquel á quien íbades á demandar, y yo he nombre Angriote de Estrabaus. Cuando la Reina oyó decir quién eran dijo: ¡O mis buenos señores! muchas gracias doy á Dios porque á tal tiempo vos hallé, y á vosotros por el descanso y placer que á mi afligido espíritu habeis dado, en me hacer sabidora de quien érades, que aunque no vos conozco, que nunca vos vi, vuestras grandes nuevas suenan por todas partes, que aquellos caballeros de Grecia que á la reina Elisena dije que por mi tierra habian pasado, al Rey mi marido dijeron y contaron las grandes batallas pasadas entre el rey Lisuarte y Amadis. Aquellos contándoles las cosas que habian visto les dijeron los nombres mas principales de todos las caballeros que en ellas fueron, y muchas de las grandes caballerías por ellos hechas; y acuérdome que entre los mejores fuisteis allí con todos, lo cual mucho agradezco á nuestro Señor, que ciertamente, con mucho he venido en vos ver tan pocos, y no saber el recaudo que para esta gran necesidad traia; mas agora iré con mayor esperanza que mis hijos serán remediados y defendidos de aquel traidor. Angriote dijo: Señora, pues que esto está ya á nuestro cargo, no se puede en ello mas poner de todas nuestras fuerzas con las vidas. Dios os lo agradezca, dijo ella, y me llegue á tiempo que mis hijos y yo lo paguemos en acrecentamiento de vuestros estados. Asi fueron por la mar sin intervalo alguno, hasta que llegaron en el reino de Dacia. Pues allí llegados, tomaron acuerdo que la Reina quedase en su navío dentro en la mar hasta ver como les iba, y ellos hicieron sacar sus caballos, y armáronse, y sus escuderos consigo, y dos caballeros desarmados que con la Reina se hallaron al tiempo que en la mar entró que los guiaron, y fueron su camino derecho á la ciudad donde los infantes estaban, que de allí seria una buena jornada, y mandaron á sus

escuderos que los llevasen de comer, y cebada para sus caballos, porque no entrarian en poblado. Así como vos digo fueron estos tres caballeros, y anduvieron todo el dia hasta la tarde, y reposaron en la falda de una floresta de matas espesas, y asi comieron ellos y sus caballos, y luego cabalgaron y anduvieron tanto de noche, que llegaron una hora antes que amaneciese al real, y acercáronse lo mas encubierto que pudieron por ver donde estaba el mayor golpe de la gente por se desviar della y pasar por lo mas flaco hasta entrar en la villa; y así lo hicieron, que mandaron á sus escuderos y á los dos caballeros que con ellos iban, que en tanto quedaba en la guarda pugnasen de se pasar á la villa.

Todos tres juntos dieron sobre hasta diez caballeros que delante de sí hallaron, y de los primeros encuentros derribó cada uno el suyo, y quebraron las lanzas, y pusieron mano á las espadas, y dieron en ellos tan bravamente, que así por los grandes golpes que les daban, como porque pensaron que era mas gente, comenzaron á huir dando voces que los socorriesen. Angriote dijo: Bien será que los dejemos y vamos á esforzar los cercados, lo cual así se hizo, que con su compaña llegaron á la cerca, donde al ruido de su rebato se habian llegado algunos de los de dentro. Los dos caballeros que alli venian llamaron, y luego fueron conocidos, y abrieron un postigo pequeño por donde algunas veces salian á sus enemigos; y por allí entraron Angriote y sus compañeros. Los infantes acudieron allí, que al alboroto se levantaron, y supieron como aquellos caballeros venian en su ayuda, y cómo la Reina su madre quedaba muy buena y en salvo, que hasta entonces no sabian si era presa ó muerta, de que hubieron muy gran placer; y todos los del lugar fueron mucho esforzados con su venida cuando supieron quién eran, y hiciéronlos aposentar con los infantes en su palacio, donde se desarmaron y descansaron gran pieza. En el real del duque se hizo gran revuelta á las voces que los caballeros que huyendo iban die-

ron, y con mucha priesa salió toda la gente, así á pie como á caballo, que no sabian qué cosa fuese; antes que se apaciguase vino el dia. El Duque supo de los caballeros lo que les aconteció, y como no habian visto sino ocho ó diez de caballo, aunque habian pensado que mas fuesen, y que se entraron en la villa. El duque dijo: No serán sino algunos de la tierra que se habrán atrevido á entrar dentro; yo lo mandaré saber, y si sé quién son perderán todo cuanto acá de fuera dejan; y luego mandó á todos que se desarmasen y se fuesen á sus posadas, y él así lo hizo. Angriote y sus compañeros des que hubieron dormido y descansado, levantáronse y oyeron misa con aquellos donceles que los aguardaban, y luego les dijeron que mandasen venir allí los mas principales hombres de los suyos; y así se hizo, y ellos quisieron saber que gente tenian por ver si haria copia para salir á pelear con los contrarios, y rogáronles mucho que los hiciesen armar á todos, y juntos en una grande plaza que ende habia los verian, y así lo hicieron. Pues salidos allí todos, y sabido por cierto la gente que el Duque tenia, bien vieron que no estaba la cosa en disposicion de se sufrir con ellos, si en alguna manera de las que en las guerras se suelen buscar no fuese; y habidos todos tres su consejo, acordaron que esa noche saliesen á dar en los enemigos con mucho tiento, y que don Bruneo con el infante menor que habia hasta doce años pugnase de salir por otra parte, y no entendiesen en al, sino en pasarse por los contrarios y se ir algunos lugares que cerca en esa comarca estaban, que como habian visto muerto al Rey y cercados sus señores y á la Reina huida, no osaban mostrarse; antes mucho contra su voluntad enviaban viandas al real del Duque; y que allí llegados, que viendo al infante y el esfuerzo que don Bruneo les daria, que llegarian alguna gente para poder ayudar á los cercados; y que si tal aparejo hallasen que de noche les hiciesen ciertas señales, y que saliendo ellos á dar en el real don Bruneo vernia con la gente que tuviese de la otra par-

te, donde ningun recelo tenian y que así podrian hacer gran daño en sus enemigos. Esto les pareció buen acuerdo, y consultáronlo con algunos de aquellos caballeros que mas valian, y en quien se tenia y ponia mayor fianza que servirian á los infantes en aquella afrenta y peligro tan grande como estaban. Todos lo tuvieron por bien que así se hiciese. Pues venida la noche y pasada gran parte della, Angriote y Branfil con toda la gente del lugar salieron á dar en sus enemigos, y don Bruneo salió por otra parte con el infante, como ya dijimos. Angriote y Branfil, que delante de todos iban, entraron por una calle de unas huertas que ese dia habian mirado, la cual salia á donde el real estaba en un gran campo; y allí no habia estancia ninguna de dia, salvo que de noche guardaban en ella hasta veinte hombres, en los cuales dieron tan bravamente ellos y su compaña, que luego fueron desbaratados, y pasaron adelante tras ellos, y algunos quedaron muertos y otros heridos, que como fuesen gente de baja manera, y estos caballeros tan escogidos, muy presto fueron tollidos y destrozados todos, y las voces fueron muy grandes, el ruido de los heridos mas. Angriote y Branfil no hacian sino pasar adelante y dar en los otros qué allí acudian del real y de las otras estancias, y dejaban muchos dellos en poder de los suyos, que no hacian sino prender y matar, hasta que salieron al campo donde el real estaba. Aquella hora ya el Duque estaba á caballo, y como vió los suyos destrozados por tan pocos de sus enemigos, hubo en sí gran saña, y puso las espuelas á su caballo, y fue á herir en ellos, y toda su gente la que allí se halló con él, tan reciamente, que como era de noche, no parecia sino que todo aquel campo se hundia, de manera que la gente de la ciudad fueron puestos en gran espanto, y todos se acogieron al callejon por donde habian entrado; así que no quedaron de fuera sino aquellos dos caballeros Angriote y Branfil que toda la furia del Duque esperaron; mas tanta gente dió sobre ellos que por mucho que en armas hicieron y dieron

señalados golpes á los delanteros, y derribaron al Duque del caballo, por fuerza les convino de se retraer á la calle donde los suyos se acogieron, y allí comó el lugar estaba estrecho, se detuvieron.

El Duque no fué herido, aunque cayó, y luego de los suyos fué muy pronto socorrido y puesto en el caballo, y vido á sus contrarios metidos en la calle; y como llegó á ellos, hubo gran pesar que dos caballeros solos de tanta gente como él traia se defendiesen y tuviesen aquel paso, y dijo en una voz que todos lo oyeron: ¡Ó mal andantes caballeros á quien yo doy lo mio! ¿qué vergüenza es esta, que vuestro poder no baste para vencer dos caballeros solos que ya no lo habeis con mas? Entonces arremetió y otros muchos con él, y llegaron tantos y con tan gran priesa que á mal de su grado, de Angriote y Branfil, á ellos y á todos los suyos metieron una pieza por el callejon adelante. El duque pensó que ya iban de vencida, y que allí con la priesa podrian matar muchos, y entrar á vuelta de los otros en la villa, y como vencedor se adelantó de los suyos, y llegó con su espada en la mano á Angriote, que delante halló, y dióle un gran golpe por encima del yelmo, mas no tardó de llevar el pago, que como Angriote siempre por él miraba des que oyó denostar á los suyos alzó el espada y de toda su fuerza lo hirió en el yelmo de tal golpe, que le desapoderó de toda su fuerza, y dió con él á los pies de su caballo; y como lo vido así, dió voces á los suyos que lo tomasen que el Duque era. Y Branfil y él salieron adelante contra los otros, y hiriéronles de muy grandes golpes y pesados, de manera que no los osaban esperar, que como aquel lugar donde se combatian era angosto, no les podian herir sino por delante. En este comedio fué el Duque tomado y preso de los de la villa; pero tan desacordado y fuera de sentido, que no sabia si lo llevaban los suyos ó los contrarios. Como los suyos así lo vieron, que pensaron que era muerto, retrajéronse hasta salir de aquella angostura. Angriote y Branfil, como

aquello vieron, así porque el Duque era muerto ó preso, como porque los contrarios eran muchos y no era razon de los acometer en tan gran plaza, acordaron de se tornar, y haber por bien lo que en la primera salida habian recaudado, y así lo hicieron, que muy paso se volvieron á los suyos á dar cuenta de como el negocio habia pasado, aunque con algunas heridas, pero no grandes, y sus armas mal paradas; mas los caballos á poco rato fueron muertos de las llagas que tenian, y recogida su gente, se volvieron á la villa, y hallaron á la puerta al infante Garinto, que asi habia nombre, el cual cuando los vió venir sanos y al Duque su enemigo preso, ya podeis entender el placer que sentiria en ello. Entonces se acogieron todos al lugar, haciendo grandes alegrías porque allí llevaban á su enemigo mortal, el cual, como dicho es, aun no estaba en su acuerdo, ni en todo lo que de la noche quedó, ni otro dia hasta medio de otro. Don Bruneo; que por la otra parte salió, no supo nada desto, sino solamente las voces y el gran ruido que oia, y como toda la mas de la gente de fuera allí acudió, no quedaron á aquella parte sino pocos y de á pié, de los cuales, segun andaban derramados, y no habia quien los rigiese, él pudiera matar algunos, mas dejólos por no perder al infante que á su cargo llevaba, y pasó por ellos sin embargo alguno, y anduvieron todo lo que quedó de la noche tras un hombre que los guiaba que iba en un rocin; y venida la mañana, vieron á ojo una villa á donde la guia los llevaba, que era asaz buena; que se llamaba Alimenta; y venian dos caballeros armados que el Duque habia enviado á saber quien fueran los que habian entrado en la villa, y por que parte habian allí venido, y quien les habia enviado en tal guisa; y así lo habian hecho á otras partes, que no habian hallado rastro ni razon alguna dello, y tornábanselo á decir, y así mismo mandaron de parte del Duque, só grandes penas á los de la villa que enviasen toda la mas vianda que ser pudiese al real. Y don Bruneo que los vido, preguntó á aquel

hombre si sabia quien fuesen aquellos dos caballeros y de cual parte. Señor, dijo el hombre, de la parte del Duque son, que yo los he visto muchas veces con aquellas armas andar al derredor de la villa en compañía de los otros sus compañeros. Entonces dijo don Bruneo: Pues vos mirad por este doncel y no os partais dél, que yo quiero ver que tales son los caballeros que á tan mal señor aguardan. Entonces se adelantó ya cuanto, y fué al encuentro dellos, que dél no se curaban, pensando que de los del real fuese, y dijo: Malos caballeros que con aquel Duque traidor vivís, guardaos de mí que yo vos desafio hasta la muerte. Ellos dijeron, tu soberbia te dará el pago de tu locura, que pensando que eras de los nuestros te queríamos dejar; pero agora pagarás con esa muerte que dices lo que como hombre de poco seso osabas acometer. Luego se fueron unos á otros al mas correr de sus caballos, y hiriéronse reciamente en los escudos, así que las lanzas fueron en piezas; mas el uno de los caballeros que don Bruneo encontró fué en tierra sin ningun detenimiento, y dió tan gran caida en el campo que no bullia pié ni mano, antes estaba tendido como si muerto estuviera; y luego puso mano á su espada con muy vivo corazon que lo tenia, y fué para el otro, que así mesmo con la espada en la mano estaba, y bien cubierto de su escudo atendióle, y diéronse muy duros y grandes golpes; pero como don Bruneo fuese de mas fuerza y que mas aquel menester habia usado, cargóle de tantos golpes, que le hizo perder la espada de la mano, y ambas las estriberas, y abrazóse al cuello del caballo y dijo: ¡Ó señor caballero! por Dios no me mateis. Don Bruneo se sufrió de lo herir, y dijo: Otorgaos por vencido. Otórgolo, dijo él, por no morir y perder el ánima. Pues apeaos del caballo, dijo don Bruneo, hasta que os mande. El así lo hizo, mas tan desalentado estaba que no se pudo tener, y cayó en el suelo, y don Bruneo le hizo mal de su grado levantar, y díjole: Id á aquel vuestro compañero y mirad si es muerto ó vivo. El,

así como mejor pudo, lo hizo, y llegóse á él y quitóle el yelmo de la cabeza, y como le dió el aire cobró huelgo, y acordó ya cuanto.

En esto miró don Bruneo por el doncel, y viólo apartado de sí, que el hombre no teniendo tanta confianza en su bondad habíase alejado dellos con él, y llamólos con el espada que se viniesen á él, y así lo hicieron. Y como el doncel llegó, estuvo espantado de lo que don Bruneo habia hecho; y como era niño y nunca cosa semejante viera estaba todo demudado; y díjole don Bruneo: Buen doncel, haced matar estos vuestros enemigos, aunque será pequeña venganza á la gran traicion que al Rey vuestro padre hicieron. El doncel le dijo: Señor caballero: por ventura estos estan sin culpa de aquella traicion, y mejor será si vos pluguiere que los llevemos vivos que matarlos. Don Bruneo lo tuvo por bien y holgóse de lo que el infante dijo, y pensó que seria hombre bueno si viviese. Entonces mandó aquel hombre que con ellos venia que ayudase al otro caballero y pusiesen aquel que mas desacordado estaba atravesado en la silla de su caballo, y que el otro cabalgase y se iria á la villa, y así se hizo. Y cuando allá llegaron salieron muchos por los ver, y maravillábanse como así traian aquellos dos caballeros que de allí habian partido esa mañana. Así fueron por la calle adelante hasta la plaza, donde mucha gente se llegó, y como vieron al infante vinieron á él á le besar las manos llorando, y decíanle: Señor, si nuestros corazones osasen poner en obra lo que las voluntades desean y viésemos aparejo para ello, todos seríamos en vuestro servicio hasta morir; mas no sabemos que remedio tomar, pues no hay entre nos caudillo ni mayor que mandar nos sepa. Don Bruneo les dijo: ¡O gente de poco esfuerzo! aunque hasta aquí hayais sido honrados, ¿no se os acuerda que sois vasallos del Rey su padre deste doncel, y del infante que Rey seria su hermano? Como los pagueis aquello que como súbditos y naturales les debeis, viendo muerto á traicion tan

grande á vuestro señor, y á sus hijos cercados y encerrados de aquel Duque traidor su enemigo. Señor caballero, dijo uno de los mas honrados de la villa, vos decís gran verdad; mas como no tengamos quien nos guie y nos mande, y seamos todos gentes que mas por las haciendas que por las armas vivamos, no nos sabemos dar el recaudo que á nuestra lealtad conviene; pero agora que aquí está este nuestro señor y vos en su guarda, ved lo que debemos y podemos hacer, y luego se porná en obra todo nuestro poder. Vos lo decís como bueno, dijo don Bruneo, y es gran razon que el Rey os haga mercedes; y todos los que este vuestro voto y parecer siguieren, y yo vengo á vos guiar y á morir ó vivir con vosotros. Entonces les dijo el recaudo que en la villa con el otro infante dejaban, y como habian venido con la Reina su señora, y donde la dejaban, y como yendo á la ínsula Firme la habian hallado en la mar, y que no temiesen, que con poca de su ayuda sus enemigos serian muy presto destruidos y muertos. Cuando esto oyó aquella gente, tomaron en sí gran esfuerzo y corazon, y alborotáronse todos, y dijeron: Señor caballero de la ínsula Firme, que allí nunca hubo caballero que bienaventurado no fuese despues que aquel famoso Amadis de Gaula la ganó, mandad y ordenad de nos todo lo que debemos hacer y luego se porná por obra. Don Bruneo se lo agradeció mucho, y hizo al infante que se lo agradeciese, y díjoles: Pues mandad luego cerrar las puertas deste lugar, y poned guardas, que de ninguno de aquí no sean avisados nuestros enemigos, y yo vos diré lo que hacer se debe. Esto fue luego hecho, y díjoles: Pues id á vuestras casas y comed, y aderezad vuestras armas cualesquiera que sean, y estad prestos, y guardad vuestra villa, y no hayais miedo de que aquella mala gente, que allí tienen harto en que entender segun el recaudo que con el infante queda; y cuanto comamos y descansen nuestros caballos, el infante y yo nos pasarémos á otra villa, que esta guia que yo traigo me dice que es á tres leguas desta, y toma-

rémos toda aquella gente, y vernémos por aquí, y yo vos llevaré de manera que vuestros enemigos si esperan serán perdidos y mal trechos y en vuestro poder. Ellos le dijeron que así lo harian, y luego fueron todos juntos con mucha gana á lo hacer como él lo mandaba; y al infante y á don Brunco dieron de comer bien en un palacio que era del Rey, y des que hubieron comido, que pasaba ya el medio dia, queriendo cabalgar para se ir, llegaron dos peones que venian á mas andar á la puerta de la villa, y dijeron á las guardas que los dejasen entrar que traian nuevas de su placer. Las guardas los llevaron al infante y á don Brunco, y preguntáronlos que decian. Ellos dijeron: Señor, nosotros no veniamos sino á los de esta villa, que no sabíamos de la venida del infante, ni de vos, que nunca os vimos, y las nuevas que traigo son tales, que así vosotros como ellos habréis gran placer de las saber. Agora sabed que esta noche pasada salieron de la villa mucha gente, y dieron en las guardas, y mataron y prendieron muchos de los del Duqne, y como el Duque lo supo acudió allí, y halló dos caballeros extraños que maravillas dicen dellos, que mataban los suyos, y él por los socorrer se combatió con el uno dellos, y de un golpe solo derribó al Duque del caballo, y quedó en poder de los de la villa; no saben si es muerto ó si es vivo. Toda la gente del real no saben lo que hacer, sino andar á corrillos en consejos, y pareciónos que aparejaba para levantar de allí, del gran temor que tienen de aquellos caballeros extraños que vos decimos; y nosotros somos de una aldea de aquí cerca que teníamos en el real provision, y como vimos esto acordamos de lo decir á estos señores de esta villa porque se pongan á recaudo; que como gente que va huyendo no les hagan mal ó algun robo.

Don Brunco como esto oyó, salió cabalgando, y el infante con él á la plaza, y hizo á los peones que contasen las nuevas á todos los que allí se juntaron, porque tomasen en sí esfuerzo y corazon, y dijoles: Mis buenos amigos, yo

acuerdo que no debo de pasar mas adelante, que, segun estas nuevas, bien bastamos vosotros y yo para lo que dejé concertado, por ende conviene que seais todos armados en anocheciendo y apartados de aquí, que gran sinrazon seria que los de la villa llevasen la gloria deste vencimiento sin que nuestra parte nos quepa. Todo se hará luego como vos, señor, lo mandais, dijeron ellos; así que estuvieron todo el dia aderezando sus armas con tanta voluntad, que no veian la hora de estar envueltos con ellos, porque ya los tenian por desbaratados; y querian vengarse de los males y daños que dellos habian recibido. Venida la noche, don Bruneo se armó y cabalgó en su caballo, y sacó toda la gente al campo, y rogó al infante que le esperase allí; mas él no quiso sino ir con él. Pues así fueron todos la vía del real, y don Bruneo, despues que parte de la noche pasó mandó á la guia que con él viniera que hiciese la señal á los de la villa desde donde la viesen, como quedó acordado, y él así lo hizo: y como por ellos fue vista, luego cuidaron que buen recaudo tenia don Bruneo, y luego se aparejaron para salir antes que amaneciese á dar en el real; mas los del real acordaron en otra cosa, que como vieron al Duque su señor en poder de sus enemigos, y vieron hacer aquellas señales de fuego de noche, y porque tenian perdida la esperanza de lo cobrar, antes si mas se detuviesen allí les seria gran peligro, en pasando parte de la noche recogieron toda la gente y fardaje, y los heridos, y muy secretamente sin que sentidos fuesen alzaron el real y movieron camino de su tierra; de manera que antes que su ida fuese sentida anduvieron gran pieza. Pues venida la hora que los de la villa salieron y don Bruneo llegó por la otra parte, no hallaron nada, antes no se conociendo, como era de noche, hubiera de haber entre ellos gran revuelta, cada uno pensando por los otros que fuesen los contrarios, de que ninguna gente en medio se hallaba; pero des que se conocieron hubieron muy gran pesar porque así se les habian escapado; y luego siguieron el

rastro, mas con mucho trabajo, que con la noche no podian, y andaban á tiento hasta que el alba vino, y entonces les vieron muy claro; por lo cual los de á caballo mucho se apresuraron, y alcanzaron todo el fardaje y los peones y heridos, que la otra gente, como ya iban de vencida, no quisieron aguardar cuando el dia vino, porque aun iban por tierra de sus enemigos; destos pues mataron muchos, y otros prendieron, y cobraron muy grande haber y con mucha alegría y gloria se volvieron á la villa, y luego enviaron caballeros que trajesen á la Reina; y como vino y vió sus hijos sanos y buenos y á su enemigo preso, ¿ quién puede decir el gran placer que sintió? Angriote y sus compañeros, como sabian el concierto de la ínsula Firme, y que los habian de esperar aquellos grandes señores, demandáronle licencia á la Reina diciéndole que á dia señalado habian de ser en la ínsula Firme, que pues ya no eran menester, que querian ir su camino. La Reina les rogó que por su amor se detuviesen dos dias, porque queria en su presencia alzar á su hijo Garinto por rey, y hacer justicia de aquel traidor del Duque muy cruel. Ellos le dijeron que en lo de su hijo les placia estar; pero que á la justicia del Duque no; que pues en su poder quedaba, que despues dellos idos hiciese dél á su guisa. La Reina mandó hacer luego en la plaza en gran cadalso de madera cubierto de muy ricos paños de oro y de seda, y mandó venir allí todos los mayores de su reino que mas cerca se hallaron, y subieron en él al infante Garinto y á los tres caballeros, y trajeron al Duque así mal parado como estaba encima de un rocin sin silla, y delante dél tocaron muchas trompetas llamando al infante Rey de Dacia, y Angriote y don Bruneo le pusieron en la cabeza una muy rica corona de oro con muchas perlas y piedras. Así estuvieron en aquellas fiestas gran parte del dia con mucho dolor y angustia de aquel Duque que lo miraba, al cual la gente decia muchas injurias y denuestos; pero aquellos rogaron á la Reina que lo mandase llevar de allí, ó que

ellos se irian, que no querian ver que ningun hombre preso y vencido en su presencia recibiese injuria. La Reina lo mandó llevar á la prision, pues vido que les pesaba en estar allí, y rogóles que tomasen joyas ricas que allí hizo traer para les dar; mas ellos por ruego que les hiciese ninguna cosa quisieron tomar, sino solamente porque sabian que en aquella tierra habia muy hermosos lebreles y sabuesos, que su merced fuese de les mandar algunos para los montes de la ínsula Firme. Luego les trajeron allí mas de cuarenta en que escogiesen los mas hermosos y que mas les agradasen. Cuando la Reina vido que se querian ir díjoles: Mis amigos y buenos señores, pues que de mis joyas no quereis llevar, forzado es que lleveis una que es la que yo mas en este mundo amo, y este es el Rey mi hijo, que de mi parte le deis á Amadis, porque en su compañía y de sus amigos cobre la crianza y buenas maneras que á caballero conviene, que de los bienes temporales asaz es abastado, y si Dios á edad cumplida le llega, mejor de sus manos que de otro alguno podrá ser caballero; y decidle que así por sus nuevas como por la bondad de vosotros que este reino me hicistes ganar, que para él y para vos se ganó. Ellos se lo otorgaron de que vieron que con tanta aficion lo pedia, y porque mucha honra era tener en su compaña un Rey tal como aquel, que siendo de tan gran estado procuraba su compañia por mas valer. La Reina le hizo guarnecer una fusta muy ricamente, como á rey convenia, así de grandes atavíos como de joyas muy ricas y preciadas, para que las diese á los caballeros, y á otras personas que él quisiese, y su ayo con otros servidores, y fuese con ellos hasta la mar, y de allí se tornó, y llegando á la villa, con mucha deshonra mandó ahorcar al Duque, porque todos viesen el fructo que las flores de la traicion llevaban. Ellos entraron en sus fustas y caminaron tanto hasta que llegaron aquel gran puerto de la ínsula Firme, donde con mucho deseo los esperaban. Llegados al gran puerto, enviaron á decir á Amadis, como traian con-

sigo al rey de Dacia y la razon por qué, que viese lo que se debia hacer en la venida de tal príncipe. Amadis cabalgó, y no llevó consigo sino á Agrajes, y á la mitad de la cuesta del castillo encontraron con los caballeros y con el Rey, el cual venia muy ricamente vestido, y en un palafren guarnido á maravilla. Amadis se fue á él y lo saludó, y el niño á él con mucha cortesía, que ya le habian dicho cual era, despues se abrazaron todos con gran risa y placer que de se ver hubieron, y así juntos su fueron al castillo donde aquel Rey fue aposentado en compañía de don Bruneo hasta que otros donceles viniesen que esperaban. Así estaban aquellos señores en aquella ínsula esperando al rey Lisuarte, que por contar dél dejarémos estos hasta su tiempo.

CAPITULO XLII.

Como el rey Lisuarte, y la reina Brisena su mujer, y su hija Leonoreta, vinieron á la ínsula Firme, y como aquellos señores y señoras los salieron á recibir.

Dicho vos habemos como el rey Lisuarte, despues que llegó á Vindilisora, mandó á la Reina que se aderezase de las cosas necesarias á ella y á su hija Leonoreta, y al rey Arban de Norgales, su mayordomo mayor, de lo que á él convenia; y todo hecho y aparejado segun su grandeza, partió con su compaña, y quiso llevar consigo al rey Cildadan, y á don Galbanes, y á Madasima su mujer, que entonces allí por su mandado llegaran de la ínsula de Mongaza, y otros algunos de sus caballeros ricamente vestidos; y Gasquilan, Rey de Suesa, desde allí se tornó en su reino. Pues con mucho placer fueron por sus jornadas hasta que llegaron á dormir á cuatro leguas de la ínsula, lo cual fue luego sabido por Amadis y por todos los otros

príncipes y caballeros que con él estaban, y acordaron que todos juntos y aquellas señoras con ellos lo saliesen á recibir á dos leguas de la ínsula, y así se hizo, que otro dia salieron todos y todas las reinas tras la reina Elisena. Los vestidos y riquezas que sobre sí y sobre sus palafrenes llevaban, no bastaria memoria para lo contar, ni menos para lo escribir. Tanto os digo, que antes ni despues nunca se supo que una compaña de tantos caballeros de tan alto linaje y de tanto esfuerzo, y tantas señoras, reinas, y infantas, y otros de gran guisa tan hermosas y tan bien guarnidas hubiese habido en el mundo. Así juntos fueron por aquella vega hasta que llegaron á vista del rey Lisuarte, el cual cuando vió tanta gente que contra él iba, luego pensó lo que era, y con toda su compaña anduvo tanto, que se encontró con el rey Perion, y el Emperador y todos los otros caballeros que delante venian; allí pararon todos para se abrazar. Amadis venia mas detrás hablando con don Galaor su hermano, que aun estaba muy flaco, que apenas podia andar cabalgando; y como llegó cerca del Rey, apeóse de su caballo, y el Rey le dió voces que lo no hiciese; mas él no lo dejó por eso, y llegó á pie, y aunque no quiso le besó las manos; y pasó á la Reina que Esplandian de la rienda traia, y la Reina se abajó del palafren por le abrazar; mas Amadis le tomó las manos y se las besó. Llegó al rey Lisuarte, y cuando le vió tan flaco fuelo á abrazar, y lágrimas viniéronle á los ojos, y túvolo así el Rey un rato, que nunca se pudieron hablar, tanto que algunos dijeron que este sentimiento fue del placer que de se ver hubieron: pero otros lo juzgaron diciendo, que teniendo en las memorias las cosas pasadas y no se haber en ellas hallado juntos como sus corazones deseaban habia traido aquellas lágrimas. Esto se eche á la parte que os pluguiere; pero de cualquier manera que fuese, era porque mucho se amaban.

Oriana llegó á la Reina su madre despues que la Reina la saludó, y como su madre la vió, que era la cosa que

mas amaba, fué á ella y tomóla entre sus brazos, y cayeran ambas á tierra sino por caballeros que las sostuvieron, y comenzóla á besar por los ojos y por el rostro diciendo: ¡Ó mi hija! á Dios plega por la su merced que los trabajos y fatigas que esta tu gran hermosura nos ha dado, que ella sea causa de lo remediar con mucha paz y alegría de aqui adelante. Oriana no hacia sino llorar de placer, y ninguna cosa le respondia. En esto llegaron las reinas Briolanja y Sardamira y quitáronsela de entre los brazos, y hablaron á la Reina, y despues todas las otras con mucha cortesía, que á esta dueña tenian por una de las mejores y mas honradas reinas del mundo. Leonoreta llegó á besar las manos á Oriana, y ella la abrazó y besó muchas veces, y asi lo hicieron todas las dueñas y doncellas de la Reina su madre, que la amaban de corazon mas que á si mismas; y como se os ha dicho, esta princesa fué la mas noble y mas comedida para honrar á todos que en su tiempo fué, y por esta causa era muy amada y querida de todos y de todas cuantas la conocian. Hecho el recibimiento, no como fué, que seria imposible decirlo, mas como á la órden del libro conviene, movieron todos juntos á la ínsula Firme. Cuando la reina Brisena vió tantos caballeros, y tantas dueñas y doncellas tan aderezadas, y de tan alta guisa, á quien ella muy bien conocia y sabia dó llegaba su gran valor, y que todos estaban á la voluntad y ordenanza de Amadis, fué tan espantada, que no sabia que decir, y hasta alli bien pensaba que en el mundo no hubiese igual casa ni corte á la del Rey su marido; pero visto esto que os digo, no figuraba su estado sino de un bajo conde, y miraba á todas partes, y via que todos andaban tras Amadis, y lo acataban como á señor, y el que mas cerca dél iba se tenia por mas honrado, y do quiera que él iba iban todos. Marávillabase como pudo ganar tanta alteza un caballero que nunca alcanzó sino armas y caballo; y como quiera que por marido de su hija lo tuviese y muy entero en su servicio, no pudo escusar de no haber dello

gran envidia, porque aquel gran estado quisiera ella para su marido, y que della lo heredará Amadis con su hija; pero como lo veia seral revés, no se podia alegrar con ello; mas como era muy cuerda, hizo que no miraba ni entendia, y con rostro alegre y corazon turbio hablaba y reia con todos aquellos caballeros y señores que al derredor de sí llevaba; que el Rey despues que habló á don Galaor nunca dél se partió en todo aquel camino hasta que á la ínsula llegaron. Pues yendo por el camino, Oriana no partia los ojos de Esplandian, que mucho lo amaba, como la razon lo mandaba, y la Reina su madre que lo vido dijo: Hija, tomad este doncel que os lleve. Oriana estuvo queda, y el doncel llegó con muy gran humildad á le besar las manos. Oriana tenia gran deseo de le besar, mas la vergüenza que hubo la hizo sufrir. Mabilia se llegó á él y díjole: Mi buen amigo, tambien quiero yo parte de vuestros abrazos. El volvió el rostro con un semblante tan gracioso que maravilla era de le mirar, y conocióla luego, y hablóle con mucha cortesía. Así lo llevaron en medio entrambas hablando con él en lo que mas les contentaba, y pagábanse mucho de como él respondia, que la graciosa habla y donaire suyo las hacia á ellas alegrarse; y mirábanse Oriana y Mabilia, la una á la otra, y miraban al doncel, y Mabilia dijo: ¿Paréceos, señora, si era esta preciosa vianda para la leona y para sus hijos? ¡Ay mi señora y amiga! dijo Oriana, por Dios no me lo traigais á la memoria, que aun agora se me aflige el corazon en lo pensar. Pues entiendo, dijo Mabilia, que no menos peligro pasó su padre tan pequeño como él en la mar; mas Dios le guardó para esto que veis, y así lo hará si le pluguiere á este, que pasará de bondad á él y á todos los del mundo. Oriana se rió muy de corazon y dijo: Mi verdadera hermana, no parece sino que me quereis tentar por ver á cual dellos otorgaré; pues no quiero decir que así plega á Dios, sino que á entrambos los haga tales que no tengan par, como hasta aquí cada uno en su edad no le

han tenido. En esto y en otras cosas de mucho placer hablando todos, llegaron al castillo de la ínsula Firme, donde al rey Lisuarte y á la Reina su mujer aposentaron muy bien donde Oriana posaba; y el rey Perion y su mujer donde la reina Sardamira, con todas las novias que habia de ser, tomaron lo mas alto de la torre. Amadis habia mandado poner las mesas en aquellos portales muy ricos de la huerta, y allí hizo comer toda aquella compañía muy ricamente, con tanta abundancia de viandas, y vinos, y frutas de todas maneras, que muy gran maravilla era de lo ver, cada uno segun su estado lo merecia, y todo era hecho muy por órden. Don Cuadragante llevó consigo al rey Cildadan, que él mucho amaba, y así lo hicieron todos los otros caballeros, cada uno de los del Rey, segun lo amaban. Y Amadis llevó consigo al rey Arban de Norgales, y á don Grumedan, y á don Guilan el Cuidador. Norandel posó con su gran amigo don Galaor, y así pasaron aquel dia con el placer que pensar podeis. Mas lo que Agrajes hizo con su tio y con Madasima no se podria contar en ninguna manera, ni pensar; que á este tenia en tanto acatamiento y reverencia como al Rey su padre siempre tuvo, y hizo quedar á Madasima con Oriana y con aquellas reinas y señoras grandes que allí estaban, y él llevó á don Galbanes consigo á su posada.

Esplandian se llegó luego al Rey de Dacia, que era de su edad, y le pareció muy bien; y tan grande amor se les siguió desde la hora que se vieron, que todos los dias de su vida les duró, así que por muy grandes tiempos anduvieron juntos en compañía despues que caballeros fueron y pasaron muy grandes hechos de armas en muy gran peligro de sus personas como caballeros muy esforzados. Este Rey fue todo el secreto de los amores de Esplandian, y por sus buenos consejos fue quitado muchas veces de grandes angustias y mortales deseos que de su señora le venian, hasta le llegar al punto de la muerte. Este Rey que os digo se puso á muy grandes afanes por hablar á es-

ta señora y le decir lo que por su amor este caballero padecia, que hubiese piedad de su dolorosa muerte. Estos dos príncipes que os cuento, por amor desta señora, tomando consigo á Talanque, hijo de don Galaor, y á Maneli el Mesurado, hijo del rey Cildadan, que en las sobrinas de Urganda los hubieron cuando estuvieron presos, como el segundo libro de esta historia mas largo lo cuenta, y Ambor, hijo de Angriote de Estrabaus, todos noveles caballeros, pasaron la mar por la parte de Constantinopla á la tierra de los paganos, y hubieron grandes requestas, así con fuertes jayanes, como con otras naciones extrañas de muchas maneras; las cuales pasaron á su gran honra, por donde sus altas proezas y grandes caballerías fueron por todo el mundo publicadas, así como mas largo vos lo contarémos en aquel ramo que de Esplandian es llamado, que desta historia sale, que habla de los sus grandes hechos, y de los amores que con la flor y hermosura del mundo tuvo, que fue aquella estrella luciente que ante ella toda hermosura escurecia, Leonorina, hija del Emperador de Constantinopla, aquella que su padre Amadis dejó niña en Grecia cuando fue allá y mató al fuerte Endriago, como ya vos contamos. Pero dejemos agora esto hasta su tiempo y tornemos al propósito de nuestra historia. Pues pasado aquel dia que llegaron y otro para descansar del camino, los reyes se juntaron para dar órden en los casamientos como se hicieran con mucho placer, y se tornasen á sus tierras, que mucho les quedaba que hacer en ir á ganar los señoríos de sus enemigos. Y estando juntos debajo de unos árboles cabe las fuentes que ya oistes, oyeron dar grandes voces que las gentes daban de fuera de la huerta, y sonaba gran murmullo, y sabido que cosa fuese, dijéronles que venia la mas espantable cosa y mas extraña por la mar de cuantas habian visto. Entonces los reyes demandaron sus caballos y cabalgaron, y todos los otros caballeros, y fueron al puerto, y las reinas y todas las otras señoras se subieron á lo mas alto de la

torre, donde gran parte de la tierra y de la mar se parecia; y vieron venir un humo por el agua mas negro y mas espantable que nunca vieran. Todos estuvieron quedos hasta saber que cosa fuese, y dende á poco rato que el humo se empezó á esparcir vieron en medio dél una serpiente mucho mayor que la mayor nao ni fusta del mundo; y traia tan grandes alas que tomaban mas espacio que una flechadura de arco, y la cola enroscada hácia arriba, mas alta que una gran torre; la cabeza, y la boca, y los dientes tan grandes eran, y los ojos tan espantables, que no habia persona que la mirar osase; y do rato en rato echaba por las narices aquel muy negro y espantoso humo que hasta el cielo subia; y des que se cubria, daba los ronquidos y silbos tan fuertes y tan espantables, que no parecia sino que la mar se queria hundir. Echaba por la boca las górgoras del agua tan recio y tan lejos, que ninguna nave por grande que fuese á ella se podria llegar que no fuese anegada. Los Reyes y caballeros como quiera que muy esforzados fuesen, mirábanse unos á otros y no sabian qué decir, que á cosa tan espantable y tan medrosa de ver no hallaban ni pensaban que resistencia alguna podria bastar; pero estuvieron quedos. La gran serpiente, como ya cerca llegase, dió por el agua al través tres ó cuatro vueltas haciendo sus bravezas, y sacudiéndose las alas tan fuertemente, que mas de media legua sonaba el crujir de las conchas. Como los caballos en que aquellos señores estaban la vieron, ninguno fue poderoso de tener el suyo, antes con ellos iban huyendo por el campo hasta que de fuerza les convino apearse dellos. Y algunos decian que seria bueno armarse para atender; otros decian que como fuese bestia fiera de agua, que no osaria salir en tierra, y puesto caso que saliese, que espacio habria para se meter en la insula, y que ya ella como via la tierra comenzaba á reparar. Pues estando asi todos maravillados de tal cosa cual nunca vieran ni oyeran otra semejante, vieron como por el un costado de la serpiente

echaron un batel cubierto de un paño de oro muy rico, y una dueña en él, que á cada parte traia un doncel muy ricamente vestido, y sufríase con los brazos sobre los hombros dellos, y dos enanos muy feos en extraña manera, con sendos remos que el batel traian á tierra. Mucho fueron maravillados aquellos señores de ver cosa tan extraña; mas el rey Lisuarte dijo : No me creais si esta dueña no es Urganda la Desconocida, que bien se os debe acordar, dijo á Amadís, del miedo que nos puso estando en la villa de Fenusa cuando con los fuegos vino por la mar. Yo lo he pensado así, dijo Amadis , despues que el batel ví, que de antes creí sino que aquella serpiente fuese algun diablo con que tuviéramos harto que hacer.

En esto llegó el batel á la ribera, y como cerca fué conocieron ser Urganda la Desconocida, que ella tuvo por bien de se les mostrar en su propia forma, lo cual pocas veces hacia; antes se mostraba en figuras extrañas, cuando muy vieja tan demasiado, cuando muy niña, como en muchas partes desta historia se ha contado. Ansí llegó con sus donceles muy hermosos, y muy guarnecidos, que sus vestiduras eran en muy muchos lugares guarnecidas y labradas de piedras preciosas de gran valor; y los reyes y grandes señores se fueron así á pié como estaban acostándose á la parte donde ella salia; y como llegada fué, salió del batel, teniendo por las manos á sus hermosos donceles. Se fué luego al rey Lisuarte por le besar las manos, mas el Rey la abrazó y no se las quiso dar, y asi lo hicieron el rey Perion y el rey Cildadan. Entonces se volvió ella al Emperador y díjole: Señor, aunque no me conoceis ni aun vos haya visto, mucho sé de vuestra hacienda, así de quien sois y el valor de vuestra noble persona como de vuestro grande estado, y por esto y por algun servicio que antes de mucho tiempo de mi recibiréis junto con la emperatríz, quiero quedar en vuestro amor y buena conciencia para que se os acuerde de mí cuando en vuestro imperio estuviéredes, en me mandar algo en

que os pueda servir, que aunque vos parece estar esta tierra donde mi habitacion es muy lejos de la vuestra, no seria para mi gran trabajo andar todo el camino en un dia natural. El Emperador le dijo: Mi buena amiga y señora, por mas contento me tengo de haber ganado vuestro amor y buena voluntad, que gran parte de mi señorío; y pues por vuestra virtud á ello me habeis convidado, no se os olvide lo que si en mi corazon y voluntad está asentado de lo agradecer con todas mis fuerzas, vos muy mejor que yo lo sabeis. Urganda le dijo: Mi señor, yo os veré en tiempo que por mí os será restituido el primer fruto de vuestra generacion. Entonces miró contra Amadis, que no habia habido tiempo de le poder hablar, y díjole: Pues de vos, noble caballero, no se debe perder el abrazo, aunque segun la favorable fortuna en tanta grandeza os ha ensalzado y puesto en la cumbre, ya no ternéis en mucho los servicios y placeres de los que poco podemos, porque estas mundanales cosas muy prestamente, siguiendo la órden del mundo, con pequeña causa y aun sin ella podrian variar. Agora que os parece que mas sin cuidado podréis pasar vuestra vida, especial teniendo la cosa del mundo por vos mas deseada en vuestro poder, sin la cual todo lo restante os fuera causa de dolorosa soledad; agora es mas necesario sostenerlo con sobrado trabajo, que la fortuna no es contenta cuando en semejantes alturas hiere y muestra sus fuerzas, porque muy mayor mengua y menoscabo de vuestra gran honra seria perder lo ageno, que sin ello pasar antes que ganado fuese. Amadis le dijo: Segun los grandes beneficios que de vos, mi buena señora, yo tengo recibidos con el gran amor que siempre me tuvistes, aunque para satisfaccion de mi voluntad muy poderoso me hallase, muy pobre me sentiria para lo poner en las cosas que á vuestra honra tocasen que por vos me fuesen mandadas, que no puede ser ello tanto que mucho mas no sea razon de lo aventurar en lo que digo. Urganda le dijo: El grande amor que

vos tengo me causa decir desvaríos y dar consejo donde menester no es. Entonces llegaron todos aquellos caballeros y la saludaron, y dijo á don Galaor: Vos, mi buen señor, ni al rey Cildadan, no digo agora nada, porque yo moraré aquí con vos algunos dias y ternémos tiempo de hablar. Y volviéndose á sus enanos les mandó que se tornasen á la gran serpiente, y trajesen en una barca un palafren, y sendos para sus donceles, lo cual fué luego hecho. Los reyes y señores tenian sus caballos alejados de allí, que el temor de aquella bestia fiera no les daba lugar que á ellos se llegasen, dejaron allí hombres que la pusiesen en el palafren, y ellos se fueron á pié á tomar los suyos. Ella les dijo que les rogaba mucho que hubiesen por bien que ninguno la llevase sino aquellos dos donceles sus enamorados, y así se hizo, que todos fueron delante al castillo, y ella á la postre con su compañía; y anduvieron hasta que llegaron á la huerta donde las reinas y grandes señoras estaban, que no quiso posar en otra parte. Antes que con ellas entrase dijo contra Esplandian: A vos, muy hermoso doncel, encomiendo yo este mi tesoro que le guardeis, que en gran parte no se hallaria tan rico. Entonces se entró con los donceles por la mano, y entróse en la huerta, donde fué de todos tan bien recibida cual nunca mujer en ninguna parte lo fuera. Cuando ella vió tantas reinas, tantas princesas, y infantas y otras muchas personas de gran estima y valor, mirólas á todas con mucho placer y dijo: ¡Ó corazon! ¿qué puedes de aquí adelante ver que causa de gran soledad no te sea; pues en un dia has visto los mejores y mas virtuosos caballeros y mas esforzados que en el mundo fueron, y las mas honradas y hermosas reinas y señoras que nunca nacieron? Por cierto puedo decir que de lo uno y de lo otro es aquí la perfeccion; y aun mas digo, que así como aquí es junta toda la gran alteza de las armas y la beldad del mundo, así es mantenido amor con la mayor lealtad que lo nunca fué en ninguna sazon. Así se metian en la

torre con ellas, y demandó licencia á las reinas para que pudiese posar con Oriana y con las que con ella estaban, las cuales la subieron luego á su aposentamiento; pues metidas en su cámara no podia partir los ojos de mirar á Oriana, y á la reina Briolanja, y á Melicia, y Olinda, que á la hermosura destas ninguna se igualaba, y no hacia si no abrazar á la una y á la otra; así estaba con ellas como fuera de sentido de placer, y ellas la hacian tanta honra como si señora de todos fuese.

CAPITULO XLIII.

Como Amadis hizo casar su primo Dragonis con la infanta Estrellota, y que fuese á ganar la Profunda ínsula donde fuese Rey.

La historia dice agora, que Dragonis, primo de Amadis y de don Galaor, era un caballero mancebo muy honrado y de gran esfuerzo, así como lo mostró en las cosas pasadas, especial en la batalla que el rey Lisuarte hubo con Galbanes y sus compañeros sobre la ínsula de Mongaza, donde este caballero, despues que don Florestan, y don Cuadragante, y otros muchos nobles señores, fueron tollidos y presos por don Galaor, y el rey Cildadan, y Norandel, y por toda la gente de su parte que sobre ellos cargó, y don Galbanes llevado á la dicha ínsula muy mal herido, quedó con los pocos que de su parte quedaron y con los caballeros que de su padre alli tenia por escudo y amparo de todos ellos, donde por su causa de su discrecion y buen esfuerzo fueron reparados, así como mas largo el tercero libro desta historia lo cuenta. Este no se halló en la ínsula Firme al tiempo que Amadis hizo los casamientos de sus hermanos y de los otros caballeros que ya oisteis, porque desde el monasterio de Lubaina se fue con una doncella á quien él de antes habia prometido un don,

Y combatióso con Angrifo, señor del Valle Hondo del Piélago, que preso tenia al padre della, por haber dél una fortaleza que á la entrada del valle tenia; y Dragonis hubo con él una cruel y gran batalla, porque aquel Angrifo era el mas valiente caballero que en aquellas montañas donde él moraba se podia hallar; pero al cabo fue vencido por Dragonis como hombre que á derecho se combatia, y sacó de su poder al padre de la doncella, y mandóle á Angrifo que dentro de veinte dias fuese en la ínsula Firme, y se pusiese en la merced de la princesa Oriana; y porque se halló muy cerca de la ínsula de Mongaza, quiso ver á don Galbanes y á Madasima, y estando con ellos llegó el mensajero del rey Lisuarte á los llamar para los llevar á la ínsula Firme, así como lo prometiera á Agrajes, y fuese con ellos á Vindilisora, donde fueron con el Rey y con la Reina á la ínsula Firme, como ya oistes, donde halló Dragonis el concierto de los casamientos y el repartimiento de los señoríos como es contado, de que hubo gran placer y loaba mucho lo que Amadis su primo habia hecho, y aparejábase cuanto podia para ser en aquella conquista, que bien creido tenia que no se podia acabar sin grandes hechos de armas; pero Amadis, como le amase de todo su corazon, consideró que mucha sinrazon seria y vergüenza suya si tal caballero quedase sin gran parte de lo que él habia ayudado con harto trabajo á ganar, y un dia apartándole por aquella huerta así le dijo: Mi buen primo, aunque vuestra juventud y gran esfuerzo de corazon deseando acrecentar honra en las grandes afrentas vos quite deseo de mas estado y reposo del que hasta aquí tuvistes, la razon, á quien todos obligados somos de nos llegar como fuente principal donde la virtud mana, y el tiempo que se ofrece, quieren que vuestro propósito mudado sea y sigais el consejo de mi poco saber y gran voluntad, que así como á mi corazon os amo. Yo he sabido como el tiempo que socorrí en Lubaina al rey Lisuarte, con los que contrarios al principio fueron fue el Rey de la Profunda ínsula que

estaba herido ; agora sé por un escudero del rey Arábigo que aquí es venido, como entrando en la mar luego fue muerto ; pues aquella ínsula donde él fue señor tengo yo por bien que sea vuestra , y della seais llamado rey, y á Palomir, vuestro hermano se le quede el señorío de vuestro padre , y seais casado con la infanta Estrelleta, que , como sabeis, viene de ambas partes de reyes , y á quien Oriana mucho ama; y esto tengo por bueno y me place que se haga , porque mas quiero forzar vuestra voluntad sometiéndola á la razon, que yo pasar tal vergüenza en no haber vos , mi buen primo, parte del bien que Dios me ha dado; así como vos mas que otro alguno del mal habido lo ha. Dragonis , como quiera que su deseo fuese de ir con don Bruneo y don Cuadragante á les ayudar con su persona hasta que aquellos señoríos hubiesen , y si de allí vivo quedase de se pasar á las partes de Roma buscando algunas aventuras , y estar alguna temporada con el rey de Cerdeña don Florestan ; por le ver y saber si le habia de menester para alguna cosa , como hombre que en tierra extraña se hallaba , y de allí tornarse á ver á Amadis á la ínsula Firme ó donde estuviese , y pensaba que en estos caminos mucha honra y fama podia ganar, ó morir como caballero ; viendo con el amor grande que Amadis aquello le dijo , hubo empacho de le responder otra cosa , sino que lo rendiria todo á su voluntad, que en aquello y en todo lo que le demandase le seria obediente ; así que, luego fue desposado con aquella infanta, y señalada para él la Profunda ínsula que ya oistes, de que luego se llamó Rey y lo fue con gran honra, como adelante se dirá. Esto así hecho como oís , Amadis demandó al rey Lisuarte el ducado de Bristoya para don Guilan, que lo mucho amaba , y se casase con la Duquesa , que él tanto amaba , y que él le entregaria al duque, que él le tenia preso. El Rey, así por amor de Amadis, como porque tenia muchos cargos y grandes de don Guilan , y porque el Duque le habia sido traidor , otorgólo de buena voluntad. Amadis le be-

só las manos por ello, y don Guilan se las quiso besar á él, mas Amadis no quiso; antes lo abrazó con gran amor, que este fue el caballero del mundo de su tiempo que mas comedido y mas manso y humano fue con sus amigos.

CAPITULO XLIV.

Como los reyes se juntaron á dar órden en las bodas de aquellos grandes señores y señoras, y lo que en ello se hizo.

Los reyes se tornaron á juntar como de antes, y concertaron las bodas para el cuarto dia, que durasen las fiestas quince dias, en cabo de los cuales todas las cosas despachadas fuesen por se tornar á sus tierras. Venido el dia señalado, todos los novios se juntaron en la posada de Amadis, y se vistieron de tan ricos y preciados paños como su grande estado en tan alto demandaba; y así mismo lo hicieron las novias; y los reyes y grandes señores los tomaron consigo, y cabalgando en sus palafrenes muy ricamente guarnidos, se fueron á la huerta, donde hallaron las reinas y las novias así mismo en sus palafrenes; pues así salieron todos juntos á la iglesia donde por el santo hombre Nasciano la misa aparejada estaba. Pasado el acto de los matrimonios y casamientos con las solemnidades que la santa Iglesia manda, Amadis se llegó al rey Lisuarte y díjole: Señor, quiero demandaros un don que no os será grave de lo dar. Yo lo otorgo, dijo el Rey. Pues, señor, mandad á Oriana que antes de que sea hora de comer pruebe el arco encantado de los leales Amadores, y la cámara Defendida, que hasta aquí con gran tristeza nunca con ella acabar se pudo, por mucho que ha sido por nosotros suplicada y rogada; que yo fio tanto en su lealtad y discrecion y gran beldad, que alli donde ha mas de cien años que nunca mujer por extremada que de las otras

fuese entrar pudo, entrará ella sin ningun detenimiento; porque yo vi á Grimanesa en tanta perfeccion como si viva fuese, donde está hecha por gran arte con su marido Apolidon, y su gran hermosura no igualaba con la de Oriana; y en aquella cámara tan defendida á todas se harán las fiestas de nuestras bodas; y el Rey le dijo: Buen hijo señor, liviano es á mi cumplir lo que pedís; mas he recelo que con ello pongamos alguna turbacion en esta fiesta, porque muchas veces acontece, y todas las mas la grande aficion de la voluntad, engendrar los ojos que juzgan lo contrario de lo que es; y así podrá acaecer á vos con mi hija Oriana. No tengais cuidado deso, dijo Amadis, que mi corazon me dice que así como lo digo se cumplirá. Pues así os place, así sea, dijo el Rey. Entonces se fue á su hija que entre las reinas y las otras novias estaba, y díjole: Mi hija, vuestro marido me demandó un don y no se puede cumplir sino por vos; y quiero que mi palabra hagais verdadera. Ella hincó los hinojos delante dél y besóle las manos, y dijo: Señor, á Dios plega que por alguna manera venga causa con que os pueda servir, y mandad lo que os pluguiere, que ansí se hará si por mi cumplir se puede. El Rey la levantó y la besó en el rostro, y dijo: Hija, pues conviene que antes de comer sea por vos probado el arco de los leales Amadores y la cámara Defendida, que esto es lo que vuestro marido me pide. Cuando esto fue oido de toda aquella gente, á muchas plugo de ver que la prueba hiciese, y á otras puso gran turbacion; que como la cosa tan grave de acabar fuese, y tantas y tales en ella habian fallecido, bien pensaban que la gloria que acabándola se alcanzaba, que así en ella falleciendo se aventuraba menoscabo y vergüenza; mas pues que vieron que el Rey lo mandaba y Amadis lo demandaba, no quisieron decir sino que se hiciese. Pues así como estaban salieron de la iglesia, y cabalgando llegaron al arco donde allí adelante á ninguno ni á ninguna era dada licencia de entrar, si dinos para ello no fuesen.

Pues allí llegados, Melicia y Olinda dijeron á sus esposos que tambien querian ellas probar aquella aventura, de lo cual gran alegría en los corazones dellos vino, por ver la gran lealtad en que se atrevian; pero temiendo algun revés que venir les pudiese, dijéronles que ellos estaban bien contentos y satisfechos en sus voluntades; que por lo que á ellos tocaba, no tomasen en sí aquel cuidado. Mas dellas dijeron que lo habian de probar; que si en otra parte estuviesen, con alguna razon se podrian escusar de ello; mas allí donde ninguna bastaba, no querian que pensasen que en lo que por sí habian sentido, lo habian dejado. Pues que así es, dijeron ellos, no podemos negar que recibimos en ello la mayor merced que de ninguna otra cosa que venir pudiese: esto dijeron luego al rey Lisuarte y á todos los otros señores. En el nombre de Dios, dijeron ellos, y á él queda que sea en tal hora, que con mucho placer y contento se acreciente la fiesta en que estamos.

Allí descabalgaron todos, y acordaron que entrasen delante Melicia y Olinda; y así se hizo que la una tras la otra pasaron el arco, y sin ningun intervalo fueron debajo del arco y entraron en la casa donde Apolidon y Grimanesa estaba; y la trompa que la imágen de encima del arco tenia tañia muy dulcemente; así que todos fueron muy consolados y alegres en sus corazones de tal son que nunca otro tal vieran, sino de aquellos que antes lo habian visto y probado. Oriana llegó al marco y volvió el rostro contra Amadis y paróse muy colorada; y tornó luego á entrar y en llegando á la mitad del sitio, la imájen comenzó el dulce son, y como llegó só el arco, lanzó por la boca de la trompa tantas flores y rosas en tanta abundancia, que todo el campo fue cubierto dellas; y el son fue tan dulce y tan diferenciado del que á otros se hizo, que todos sintieron en sí tan gran deleite, que en tanto que durara tuvieron por bueno de no partirse de allí; mas como pasó el arco, cesó luego el son. Oriana halló á

Olinda y á Melicia que estaban mirando aquellas figuras y sus nombres que en el jaspe hallaron escritos, y como la vieron, fueron con mucho placer contra ella y tomáronla entre sí por las manos, y volviéronse á las imágenes; y Oriana miraba con gran aficion á Grimanesa, y bien veia claramente que ninguna de aquellas, ni de las que fuera estaban, no era tan hermosa como ella; y mucho dudó en la prueba de la cámara que por haber de entrar en ella la habia de sobrar en hermosura; y por su voluntad dejárase de la probar, que de lo del arco nunca en sí puso duda; que bien sabia el secreto enteramente de su corazon, como nunca fuera otorgada de amar sino á su amigo Amadis. Así estuvieron una pieza, y estuvieran mas, sino por ser el dia tal que las esperaban; y acordaron de salir asi todas tres juntas como estaban tan contentas y tan lozanas, que á los que las atendian y miraban les pareció que habia gran pieza acrecentado en sus hermosuras, y bien cuidaron que cualquiera de ellas era bastanto para acabar la aventura de la cámara; y esto causó, como digo, la gran alegría que en sí traian; que ansí como con ella toda hermosura es crecida, así al contrario con la tristeza se aflige y se abaja. Sus tres maridos, Amadis, Agrajes y don Bruneo, que aquella aventura ya habian acabado, como ya el segundo libro de esta historia vos lo ha contado, fueron contra ellas, lo cual ninguno de los que allí estaban pudieran hacer; y como á ellas llegaron, la trompa comenzó el son y á echar las flores, que les daban sobre las cabezas, y abrazáronlas y besáronlas, y así todos seis salieron. Esto hecho acordaron de ir á la prueba de la cámara, mas algunas habia que gran recelo llevaban de lo no poder acabar. Pues llegando al sitio que en la sala del castillo estaba, Grasinda se llegó á Amadis y díjole: Mi señor, como quiera que mi hermosura no me ayude tanto que el deseo de mi corazon cumplir se pueda, no puedo forzar mi locura á que no desee probarse en esta entrada; que ciertamente, esta lástima de mi

en ningun tiempo será partida si se acaba sin que la pruebe; y como quiera que avenga, todavía me quiero aventurar. Amadis, que en al no estaba pensando, sino en en que todas la probasen antes que su señora, porque cumplida gloria sobre todas llevase, que della duda ninguna tenia de la no poder acabar, como de las otras tenia, le respondió y dijo: Mi buena señora, no lo tengo yo esto que decís sino á grandeza de corazon en querer acabar lo que tantas hermosas han faltado, y así se haga. Entonces la tomó por la mano y la pasó adelante y dijo: Señores, esta señora muy hermosa se quiere aquí probar, y así lo debeis vosotras hacer, señoras Olinda y Melicia, que á gran poquedad se debria tener habiendo Dios repartido sobre vosotras tan extremada hermosura que en cosa tan señalada por ningun temor la dejásedes de emplear, y podrá ser que por alguna de vos será acabada, y quitaréis á Oriana del gran sobresalto que tiene. Esto decia en lo público, mas todo era fingido, que bien sabia, como dicho es, que por ninguna dellas se podia acabar sino por su señora, que nunca Grimanesa en su tiempo ni despues á otra ninguna con gran parte pudo llegar á la hermosura suya. Todas dijeron que así se hiciese, y luego Grasinda se encomendó á Dios, y entró en el sitio defendido, y con poca premia llegó al padron de cobre, y pasó adelante, y llegó cerca del padron de mármol fue detenida de mas; ella con premia y gran corazon que allí mostró mucho mas que de mujer, se esforzaba, llegó al de mármol; mas allí fue tomada sin ninguna piedad por los sus muy hermosos cabellos, y echada fuera del sitio tan desacordada que no tenia sentido. Don Cuadragante la tomó consigo, y aunque sabia cierto no ser de peligro aquel mal, no podia escusar de no le pesar mucho dello y haber gran piedad, que este caballero, como ya fuese en mas edad que mozo y nunca su corazon hubiese captivado en amor de ninguna, desta estaba tan contento y tan enamorado, que pensaba que ninguno mas que él lo podia ser, que lo olvidado de antes

con lo presente habian sobre él cargado de golpe; en tal manera, que no diera ventaja á ninguno de los que alli estaban en querer y amar á su señora. Pues luego llegó Olinda la Mesurada, trayéndola Agrajes por la mano, que le daba gran esfuerzo, aunque no con mucha esperanza que en sí tuviese, que el gran amor y aficion de él á ella no le quitaba el conocimiento de ver que no igualaba en hermosura á Grimanesa; pero bien pensó que llegaria con las delanteras, y llegando al sitio dejóla de la mano, y ella entró y fuese derechamente al padron de cobre, y de alli pasó al del mármol que nada sintió; mas como quiso pasar, la resistencia fue tan dura, que por mucho que porfió no pudo mas de una pasada pasar mas adelante, y luego fue echada fuera como la otra.

Melicia entró con gentil continencia y lozano corazon, que así era muy lozana y muy hermosa, y pasó por los padrones ambos, tanto, que cuidaron todos que entraria en la cámara, y Oriana así lo pensó, y fué toda demudada de pesar; mas llegando un paso mas que Olinda fué tollida, y sacada sin ninguna piedad, como las otras, tan desacordada como si muerta fuese, que así como mas adelante entraban, mucho mas la pena les era dada á cada una en su grado, y así se hacia á los caballeros antes que Amadis lo acabase. Las rabias que don Bruneo por ello hacia á muchos les movia á piedad, mas los que sabian el poco peligro que de allí redundaba reianse mucho de lo ver. Esto asi fecho, llevó Amadis á Oriana, en quien toda la hermosura del mundo ayuntada era, y llegó al sitio con pasos muy sosegados y rostro muy honesto, y santiguóse, y encomendándose á Dios entró adelante, y sin que nada sintiese pasó los padrones, y cuando á una pasada de la cámara llegó, sintió muchas manos que la pujaban y tornaban atrás, tanto que tres veces la volvieron cerca del padron de mármol; mas ella no hacia sino con las sus muy hermosas manos desviarlos á un cabo y á otro, y pareciale que tomaba brazos y manos, y así con mucha porfía

y gran corazon, y sobre todo su gran hermosura que muy mas extremada era que la de Grimanesa, como dicho es, llegó á la puerta de la cámara muy cansada, y trabó de uno de los umbrales; entonces salió aquel brazo y mano que á Amadis tomó, y tomó á ella por la una mano, y oyó mas de veinte voces que muy dulcemente cantaban y dijeron: *Bien venga la noble señora que por su gran beldad ha vencido la hermosura de Grimanesa y hará compaña al caballero, que por ser mas valiente y esforzado en armas que aquel Apolidon que en su tiempo par no tuvo, ganó el señorío desta ínsula, y de su generacion será señoreada grandes tiempos con otros grandes señoríos que desde ella ganarán.* Entonces el brazo y la mano tiró, y entró á Oriana en la cámara, donde se halló tan alegre como si del mundo fuera señora, como porque seyendo su amigo Amadis señor de aquella ínsula, sin empacho alguno le podia hacer compaña en aquella hermosa cámara, quitando la esperanza desde allí adelante de se venir á probar ninguna por hermosa que fuese. Isanjo, el caballero gobernador de aquella ínsula, dijo entonces: los encantamentos desta ínsula á este punto son todos deshechos sin ninguno quedar, que así fué establecido por aquel que aquí los dejó, que no quiso que mas durasen de cuanto se hallasen señor y señora que estas aventuras acabasen como estos señores lo han hecho; y sin embargo alguno pueden allí entrar todas las mujeres así como lo hacen los hombres despues que por Amadis acabada fué. Entonces entraron reyes y reinas, y todos los otros caballeros, dueñas y doncellas todas cuantas allí estaban, y vieron la mas rica y sabrosa morada que nunca fué vista, y todos abrazaron á Oriana, como si por luengo tiempo no la hubiesen visto; y era tanto el placer y alegría de todos, que no tenian memoria de comer, ni de otra alguna cosa, sino de mirar aquella cámara tan extraña. Amadis mandó que luego fuesen en aquella gran cámara traidas las mesas, y así se hizo: finalmente, los novios y novias, y los reyes y los

que alli cupieron, holgaron y comieron en la cámara donde de muchos y diversos manjares, y frutas de muchas maneras, y vinos, fueron muy bien servidos. Pues venida la noche, despues de cenar, en aquel hermoso destajo de la cámara que vos dijimos en el libro segundo, que era muy mas rico que todo lo otro, y era apartado de la pared de cristal, hicieron la cama para Amadis y Oriana, donde albergaron; y al Emperador y los otros caballeros con sus mujeres por las otras cámaras, que muchas y muy ricas las habia, donde cumpliendo sus grandes y mortales deseos, por razon de los cuales muchos peligros y grandes afanes habian sufrido, hicieron dueñas á las que no lo eran, y las que lo eran no menos placer que ellas hubieron con sus amados maridos.

CAPITULO XLV.

Como Urganda la Desconocida juntó todos aquellos reyes y caballeros cuantos en la ínsula Firme estaban, y las grandes cosas que les dijo, pasadas, presentes y por venir, y como al cabo se partió.

La historia cuenta que pasadas estas grandes fiestas de las bodas que en la ínsula Firme se hicieron, Urganda la Desconocida rogó á los reyes que mandasen juntar todos los caballeros, dueñas y doncellas, porque delante dellos le queria decir la causa y razon de su venida, lo cual mandaron que así se hiciese. Pues todos juntos en una sala del alcázar, Urganda se sentó aparte, teniendo por las manos aquellos dos donceles, y cuando todos callaban esperando lo que diria, dijo: Mis señores, yo supe sin que me fuese dicho, esta tan gran fiesta sobre tantas muertes y pérdidas que por vos han pasado; y Dios es testigo si algo ó todo de aquellos males por mí pudieran

ser remediados, que por ningun trabajo de mi persona dejara de poner en ello mis fuerzas; mas como de aquel mas alto Señor permitido estuviese, fué en mí con su gracia de lo saber, mas no de lo remediar, porque lo que por él es ordenado, sin él ninguno es poderoso de lo desviar; y pues en mi presencia el mal escusar no se podia, acordó con ella de crecer en el bien, como yo cuido, segun el gran amor que á vosotros tengo y el que me teneis y tambien por declarar algunas cosas que antes de agora vos dije por encubiertas vias, así como lo acostumbro hacer; y creais que verdad vos dije, como en otras cosas que de mí algunas veces de antes haber oid.

Entonces miró contra Oriana y dijo: Mi buena señora y hermosa novia, bien se os debe acordar que estando yo con el Rey vuestro padre y la Reina vuestra madre en la su villa de Fenusa, acostada con vos en vuestra cama, me rogaste que os dijese lo que os habia de acaecer, y yo vos rogué que saber no lo quisiésedes; pero porque conocí vuestra voluntad, vos dije como el leon de la ínsula Dudada habia de salir de sus cuevas, y de sus grandes bramidos se espantarian vuestros aguardadores; así que él se apoderaria de las vuestras carnes, con las cuales daria á su gran hambre descanso; pues esto claro se debe conocer que este vuestro marido muy mas fuerte y mas bravo que ningun leon salió desta ínsula, que con mucha razon Dudada se puede llamar, donde tantas cuevas y tan escondidas tiene, y con sus fuerzas y grandes voces fue la flota de los romanos que vos aguardaban desbaratada y destrozada, ansí que vos dejaron en sus fuertes brazos, y se apoderó desas vuestras carnes, como todos vieron, sin las cuales nunca su rabiosa hambre se pudiera contentar ni hartar, y así conoceréis que en todo vos dije verdad. Entonces dijo contra Amadis: Pues vos, buen señor, bien claro conoceréis ser verdad todo lo que á esta sazon vos dije, en que vuestra sangre daríades por la agena, cuando en la batalla de Ardan Canileo el Dudado la distes por

vuestros amigos el rey Arban de Norgales y Angriote de Estrabaus, que presos estaban; pues la vuestra buena espada cuando la vistes en mano de vuestro enemigo con que revolvia vuestra carne y huesos, bien la quisiérades antes ver en algun lago donde nunca pareciera; pues el galardon que desto se os siguió ¿cuál fué? Por cierto no otro sino saña y gran enemistad que redundó de la ínsula de Mongaza, que á la sazon ganastes, entre vos y el rey Lisuarte que presente está, como todos muy claro han visto, que esta ganancia vos dije que sacaríades dello; pues las cosas que vos escribí á voś, virtuoso rey Lisuarte, al tiempo que ese hermoso doncel Esplandian en la floresta hallastes cazando con la leona bien las ternéis en la memoria, y de lo que es ya pasado veréis que lo supe, porque fue criado de tres amas muy desvariadas, así como la leona y la mujer que todas leche le dieron. Tambien vos hice saber que este doncel pornía paz entre vos y entre Amadis; esto dejo que se juzgue por vos y por él, cuanta saña, cuanto rigor y enemistad ha quitado de vuestras voluntades, y como por su causa y gran discrecion fuistes por Amadis socorrido en el tiempo que otra cosa sino la muerte esperábades. Pues si tal servicio como este era digno de quitar enemistad y atraer amor, déjolo á estos señores que lo juzguen; pues en las otras cosas que en su tiempo sucederán, así como la carta mostró, queden para los que vinieren que las juzguen, y por lo pasado podrán creer lo porvenir como cosa ante de dicha sabida. Otra profecia vos dije muy mayor que ninguna destas, en que se contiene todo lo que os acaeció en el entregar de vuestra hija Oriana á los romanos, y los grandes males y crueles muertes que dello se siguió, la cual por no traeros á la memoria en dias que tanto placer se debe tomar, cosa de que congoja y enojo hayais, la dejo para los que verla quisieren en el libro segundo; por ella verán claramente ser acaecidas todas las cosas en ella contenidas y dichas por mí primero. Agora que os he dicho las cosas pasadas,

quiero que sepais lo presente, de que claridad no teneis. Entonces tomó á los hermosos donceles Talanque y Maneli el Mesurado, que así habian nombre, y dijo á Don Galaor y al rey Cildadan: Mis señores, si algunos servicios y socorro para vuestras vidas de mí recibistes, yo me doy por contenta del galardon que tengo, que harta gloria será para mí; pues que en propia persona ninguna generacion engendrar se puede, que fuese yo causa de que en las agenas tan hermosos donceles naciesen como aquí veis qne tengo, que sin duda podeis creer, si Dios los deja llegar á edad de ser caballeros y lograr su caballería, ellos harán tales cosas en su servicio y en mantener verdad y virtud, que no solamente serán perdonados aquellos que contra el mandamiento de la santa madre iglesia los engendraron, y á mí que lo causé, mas sus méritos y merecimientos serán tan crecidos, que asi en este mundo como despues en el otro alcanzarán descanso en sus personas y ánimas; y porque las cosas que destos donceles sucederán, por mucho que yo dijese no les hallaría cabo, déjolas para su tiempo, que no será muy tardío segun en la disposicion que la edad de sus personas está. Entonces dijo contra Esplandian: Tú, bienaventurado doncel, que en gran fuego de amor fuistes engendrado por aquellos de quien muy gran parte dello heredastes, sin que de lo suyo un punto solo les falleciese, que la tu tierna y simple edad agora encubierto tiene, toma este doncel Talanque, hijo de don Galaor, y este Maneli el Mesurado, hijo del rey Cildadan, y ámalos así al uno como al otro, que aunque por ellos á muchas afrentas peligrosas serás puesto, ellos te socorrerán en otras que ningun otro para ello bastaría; y esta gran serpiente que aquí me trajo dejo yo para tí, en la cual serás armado caballero con aquel caballo y armas que en sí ocultas y encerradas tiene, con otras cosas extrañas que en la órden de caballería al tiempo que se hiciera manifiestas serán.

Esta serpiente será guia en la primera cosa que el tu

muy fuerte corazon dará señal de su alta virtud; esta, entre grandes tempestades y fortunas, sin peligro alguno pasará á tí y á otros muchos de tu gran linaje por la gran mar, donde con grandes afrentas y trabajos pagaréis al Señor del mundo algo de la gran merced que del recibis; y en muchas partes el tu nombre no será conocido si no por el caballero de la Gran Serpiente, y así andarás por largos dias sin ningun reposo haber, que demas de las afrentas peligrosas que por tí pasarán, tú espiritu será en toda aficion y gran cuidado puesto por aquella que las siete letras de la tu siniestra parte encendidas como fuego serán leidas y entendidas, y aquel gran encendimiento y ardor que hasta allí han poseido, traspasará sus entrañas de tanto fuego, que nunca será amatado hasta que las grandes manadas de los cuervos marinos pasen de la parte de Oriente por encima de las bravas ondas de la mar, y pongan en tan gran estrechura al gran aguilocho que aun en el su estrecho albergue guarecer no se atreva; y el orgulloso falcon neblí, mas preciado y hermoso que todas las cazadoras aves, junte así muchos de su linaje y otras aves que no lo son y venga en su socorro, y haga tan gran destruccion en los marinos cuervos, que todo aquel campo quede cubierto de su pluma, y muchos dellos padezcan en sus muy agudas uñas, y otros sean ahogados en el agua, donde del fuerte nebli y de los suyos serán alcanzados. Entonces el gran aguilocho sacará la mayor parte de sus entrañas, y ponerlas ha en las agudas uñas del su ayudador, con que le hará perder y cesar aquella rabiosa hambre que de gran tiempo muy atormentado le ha tenido, y haciéndole poseedor de todas sus selvas y grandes montañas, será retraido en el alcadara del árbol de la santa huerta. A este tiempo esta gran serpiente, cumpliéndose en ella la hora limitada por la mi gran sabiduria, delante todos será sumida en la gran mar, dando á entender que á tí, mas antes la tierra firme que en la movible agua te conviene pasar al ve-

nídero tiempo. Esto dicho, dijo á los reyes y caballeros: Buenos señores, á mí conviene ir á otra parte donde escusar no me puedo; pero al tiempo que Esplandian será en disposicion de recibir caballería, y todos estos donceles que juntos con él la tomarán, bien sé que aquella sazon por un caso que á vos es oculto, seréis aquí juntos muchos de los que agora aquí estais; y aquel tiempo yo verné, y en mi presencia se hará aquella gran fiesta de los nobles, y vos diré grandes y maravillosas cosas de las que adelante vernán; y á todos aviso que ninguno tome en sí tal osadía de se llegar á la serpiente hasta que yo vuelva, si no todos del mundo no le quitarán de perder la vida. Y porque vos, mi señor Amadis, teneis aquí preso aquel malo y de malas obras Arcalaus, que se llama el encantador, con su mala sabiduría, que nunca fué sino para dañar, os podria empecer; tomad estos dos anillos, uno será vuestro y otro de Oriana, que mientras en las manos los trujéredes, ninguna cosa que por él se haga vos podrá empecer, ni á otro alguno de vuestra compaña, ni sus encantamentos ternán fuerza ninguna mientras preso lo tuviéredes; y vos digo que lo no mateis, porque con la muerte no pagaria nada de los males por él hechos, mas que lo pongais en una jaula de hierro, donde todos lo vean y allí muera muchas veces, que muy mas doloroso es la muerte á la persona que viva deja, que no con la que del todo muere y fenece. Entonces dió los anillos á Amadis y á Oriana, que eran de los mas ricos y extraños que nunca fueron vistos. Amadis le dijo: Mi señora, ¿qué puedo yo hacer que vuestra voluntad sea en pago de tantas honras y mercedes que de vos recibo? No, nada, dijo ella, que todo cuanto yo he hecho y hiciere de aquí adelante me lo pagastes al tiempo que mi gran saber aprovechar no me podia, y me restituistes aquel hermoso caballero, que es la cosa del mundo que yo mas amo y quiero, aunque él lo hace muy al contrario, cuando por fuerza de armas vencistes á los cuatro caballeros en el castillo de la

Calzada, donde me lo tenian, y despues al señor del castillo en la sazon que hicistes caballero á don Galaor vuestro hermano; y así como con aquel gran beneficio, esta mi vida, que sin él sostener no se pudiera, fué reparada, así será puesta todos los dias que el Señor muy poderoso la dejare por las cosas de vuestro acrecentamiento. Entonces mandó que le trajesen su palafren. Todos aquellos señores la pusieron en la ribera de la mar, donde sus enanos y batel halló; pues despedida de todos entró en él, y viéronla como á la gran serpiente se tornó, y luego el humo fué tan negro que por mas de cuatro dias nunca pudieron ver ninguna cosa de lo que en él estaba; mas en cabo de ellos se quitó y vieron la serpiente como de antes. De Urganda no supieron que se hizo. Esto así hecho se tornaron aquellos señores á la ínsula á sus juegos y grandes alegrías que en aquellas bodas se hicieron; finalmente, todas las cosas despachadas, el Emperador demandó licencia á Amadis porque si le pluguiese querria con su mujer tornarse á su tierra á reformar aquel gran señorío que despues de Dios él le habia dado, y que fuese con él don Florestan, rey de Cerdeña, y que luego le entregaria todo el señorío de Calabria como él lo mandó, y de lo otro partiria con él como con hermano verdadero; lo cual así se hizo, que despues quo Arquisil, emperador de Roma, llegó en su gran imperio, de todos con mucho amor fué recibido, y siempre tuvo en su compañía aquel esforzado caballero don Florestan, rey de Cerdeña y príncipe de Calabria, por el cual así él como todo el imperio fué acrecentado y honrado, así como adelante vos contarémos. Despedido este Emperador de Amadis, ofreciéndole su persona y señorío á su querer y mandado, llevando consigo á su mujer, que mas que á sí mismo amaba, y aquel noble y esforzado caballero don Florestan que en igual de hermano le tenia, y á la muy hermosa reina Sardamira, y haciendo llevar el cuerpo del emperador Patin, y de aquel esforzado caballero Floyan que en el

monasterio de Lubaina estaban, que por mandado del rey Lisuarte allí habian puesto, y el del príncipe Salustanquidio, que al tiempo que Amadis y sus compañeros trajeron allí á la ínsula Firme á Oriana, lo mandó muy honradamente poner en una capilla para les dar sepultura cual á su grandeza convenia, y á todos los romanos que presos en la ínsula Firme habian estado.

Entrando en la gran flota que el emperador Patin en el puerto de Vindilisora habia dejado, que allí mandó venir, se volvió á su imperio. Todos los otros reyes y señores aderezaron para se ir á sus tierras; pero antes de la partida acordaron de dar órden como aquellos caballeros que habian de ir á ganar aquellos señoríos de Sansueña y del rey Arábigo, y de la Profunda Insula fuesen con tal recaudo, que sin contraste alguno acabasen lo que les convenia. Amadis habló con el rey Lisuarte diciéndole, que creia, segun el tiempo que habia estado fuera de su tierra, que recibia algnna congoja: que si así era, le pedia por merced que por él mas no se detuviese. El Rey le dijo que antes allí habia descansado con mucho placer, pero que ya era razon de se hacer como lo él decia; y que si para aquello que aquellos caballeros iban su ayuda fuese menester, que de grado se la daria. Amadis se lo agradeció mucho y le dijo: Que pues los señores estaban presos, que no seria menester mas aparejo que la gente que con el rey Perion su señor allí quedaba, y que si caso fuese que lo suyo fuese necesario, que como de su señor, á quien todos habian de servir, y para ello aquello que se ganaba lo tomaria. El Rey le dijo: Que pues así le parecia, que luégo acordaria de se partir; pero antes hizo juntar todos aquellos señores y señoras en la gran sala, porque les queria hablar. Pues estando todos juntos, el rey Lisuarte dijo al rey Cildadan: La gran lealtad vuestra que en las cosas pasadas de muchos peligros y consejos me sacó, aquella me atormenta y aflige, por no saber alcanzar en qué satisfacer se puede; y si á la igualeza del galardon que su gran merecimiento

merece se hubiese de dar, en balde seria buscarlo, pues que hallarlo no se podria; y viniendo á lo posible que es en mi mano digo, que así como vuestra persona por lo que á mi servicio toca fue puesta en muchas afrentas, asi esta mia con todo lo que debajo de su señorío está, será con voluntad entera prestamente á cumplir las cosas que á vuestra honra sean, dejándoos desde hoy en adelante el vasallaje y la contraria fortuna vuestra que á mi señorio os sometió, para que aquello que hasta aquí con premia se hacia, de aquí adelante á vuestro placer fuere sin ella como entre buenos hermanos se haga. El rey Cildadan le dijo: Si esto se debe agradecer ó no, déjolo que lo juzguen aquellos que tuvieron por alguna premia causa de seguir mas la voluntad agena que la suya, por donde siempre congoja y sospiros les acompañaron. Y podeis, mi buen señor, creer, que la voluntad que hasta aquí con desamor por fuerza teníades, que desde aquí con amor y muchas mas gentes, con mas obediencia y acatamiento vos seguirán en las cosas que mas agradables os fueren y esto quede para el tiempo en que la experiencia lo pueda mostrar. Todos aquellos grandes señores tuvieron á gran virtud lo que el rey Lisuarte hizo, y mucho se lo loaron; mas sobre todos fue don Cuadragante, que nunca en al pensaba sino en como aquella lástima y desventura tan grande que sobre aquel reino estaba, donde él era natural, y en otros tiempos muy honrado y señoreado sobre otros fuera, fuese quitado de aquella tan grande y deshonrada servidumbre. El le respondió, que si le pluguiese quedaria allí para dar órden como su tio don Cuadragante fuese á ganar el señorío de Sansueña, y aunque si menester fuese que iria con él. El Rey le dijo que decia bien, y que si le placia que se hiciese, y si alguna de su gente hubiese de menester, que luego se la enviaria. El se lo agradeció mucho, y dijo que bien creia que bastaba la que de allí podian enviar, pues que Barsinan estaba preso. Con esto se partió el rey Lisuarte y su compaña. Amadis y Oriana fueron con él, aunque él no

quiso, cerca de una jornada, donde se volvieron á dar órden en aquello que habeis oido, lo cual se concertó desta manera; que por cuanto el reino del rey Arabigo era comarcano al señorío de Sansueña, que don Cuadragante y don Bruneo fuesen juntos, y luego al comienzo ganasen lo que en mejor disposicion y menos fuerte, y que lo otro seria mas ligero de conquistar. Y don Galaor dijo que él queria ir, y que Dragonis su primo se fuese con él, pues que ya á poco tiempo podria tomar armas, que él con todo lo mas que de su reino haber pudiese queria ayudarle á ganar aquella Profunda ínsula; y don Galbanes le dijo que tambien queria él hacer aquel mesmo viaje: y que de la ínsula de Mongaza sacaria para ello buena gente. Con este acuerdo se partió don Galaor con aquella muy hermosa reina Briolanja su mujer, y Dragonis con ellos, y don Galbanes y Madasima á su tierra para aderezar lo mas presto que pudiesen para aquel camino. Agrajes, aunque mucho fue rogado que quedase en la ínsula Firme con Amadis, no lo quiso hacer, antes dijo que iria con don Bruneo con la gente del Rey su padre, y que no se partiria dél hasta que en paz rey lo dejase, y así lo hizo don Brian de Monjaste con don Cuadragante y todos los otros caballeros que allí se hallaron, en especial el esforzado Angriote de Estrabaus, que nunca por cosas que Amadis le dijo porque se fuese á reposar á su tierra le pudo quitar de no ir con don Bruneo de Bonamar. Todos estos, con armas nuevas y corazones esforzados, llevando consigo la gente de España, y la de Escocia, y de Irlanda, y del marqués de Troque, padre de don Bruneo, y la de Gaula, y la de Bohemia, y otras muchas compañas que allí de otras partes les vinieron, entraron en una gran flota, rogando todos á Grasandor que con Amadis quedase para le hacer compañía, el cual contra su voluntad quedó, que mas quisiera hacer aquel camino; pero no estuvo acá de balde, ni Amadis tampoco, que muchas veces salieron y acabaron grandes cosas en armas, quitando muchos tuertos y agravios que á dueñas

y doncellas se hacian, y á otras personas que por sus manos ni facultad no se podian valer, do que fueron requeridos, así como la historia os lo contará adelante. El rey Cildadan, como mucho amase á don Cuadragante, porfió cuanto pudo de ir con él, mas él no lo consintió en ninguna guisa; antes le rogó que por su amor luego se fuese á su reino, por dar alegría y consolar á la Reina su mujer, y á todos los suyos con las buenas nuevas que llevaban, que bien podia decir que si haciendo enteramente su deber habia su libertad perdido, que así cumpliendo con su honra á lo que obligado era, por la promesa y jura que hizo la habia ganado. Gastiles, sobrino del Emperador de Constantinopla, habia enviado toda su gente con el marqués de Saluder, y quedó él por ver el cabo de aquel negocio en qué paraba, porque al Emperador su señor contar lo supiese por entero; y como esto vido que se hacia, habló con Amadis, y díjole que mucho le pesaba por no tener aparejo de gente para ayudar aquellos caballeros en tal jornada; pero que si él por bien lo tuviese, que él iria con su persona y con algunos de los que le habian quedado. Amadis le dijo: Mi señor, bastar debe lo hecho, que por causa de vuestro tio y vuestra soy puesto en tanta honra como veis, y á Dios plega por la su merced que me llegue á tiempo que se lo sirva; y vos, mi señor, partios luego, y besadle las manos por mí, y decidle que todo cuanto se ganó en esto pasado lo ganó él, y que siempre será á su servicio y de quien él mandare, y tambien os encomiendo que beseis las manos por mí á la muy hermosa Leonorina, y á la reina Menoresa, y decidles que yo cumpliré lo que les prometí, y les enviaré un caballero de mi linaje de quien muy bien se podrán servir. Eso creo yo muy bien, dijo Gastiles, que tantos hay en él que para todo el mundo podrian bastar. Con esto se despidió y se metió en su nave donde por agora no se cuenta mas dél hasta su tiempo. Concertado y aparejado lo que oido habeis, movió la gran flota del puerto por la mar con todos aquellos caballeros, con

aquel esfuerzo que sus grandes corazones les solian dar en las otras afrentas. Amadis quedó en la ínsula Firme, y Grasandor con él, como dicho es; y con Oriana quedaron Mabilia, y Melicia, y Olinda, y Grasinda, rogando á Dios que ayudase á sus maridos. El rey Perion y la reina Elisena su mujer se tornaron á Gaula. Esplandian, el rey de Dacia y los otros donceles quedaron con Amadis esperando el tiempo de ser caballeros; y Urganda la Desconocida que lo habia de ordenar como lo prometió y lo dijo. Mas agora deja la historia de hablar de aquellos caballeros que iban á ganar aquellos señoríos, y todas las otras cosas, por contar lo que le avino á Amadis á cabo de algun tiempo que alli estuvo.

CAPITULO XLVI.

Como Amadis se partió solo con la dueña que vino por la mar por vengar la muerte del caballero muerto que en el barco traia, y de lo que le avino en aquella demanda.

Así como habeis oido quedó en la ínsula Firme Amadis con su señora Oriana al mayor vicio y placer que nunca caballero estuvo, de lo cual no quisiera él ser apartado, aunque del mundo señor le hicieran; que así como estanda ausente de su señora las cuitas, dolores y congojas de su apasionado corazon sin comparacion le atormentaban, no hallando en ninguna parte reparo ni descanso alguno, así extremadamente se tornaba todo al contrario estando en su presencia, viendo su gran hermosura que par no tenia, y así se le fueron todas las cosas pasadas de la memoria, que en al no tenia mientes salvo en aquella buena ventura que entonces se veia. Pero como en las cosas perecederas de este mundo no haya ni se pueda hallar bien acabada, bien que Dios no lo quiso ordenar, que cuando

aqui pensamos ser llegados al cabo de nuestros deseos, luego en un punto somos atormentados de otros tamaños ó por ventura mayores. A cabo de algun espacio de tiempo Amadis, tornando en sí, conociendo que ya aquello por suyo sin ningun contraste lo tenia, comenzó á acordarse de la vida pasada cuanto á su honra y prez hasta allí habia seguido las cosas de las armas, y como estuvo mucho tiempo en aquella vida se podia escurecer y menoscabar su fama, de manera que era puesto en grandes congojas, no sabiendo que hacer de sí, y algunas veces lo habló con mucha humildad con Oriana su señora, rogándole muy ahincadamente le diese licencia para salir de allí y ir algunas partes donde creia que seria menester su socorro; mas ella, como se viese en aquella ínsula apartada de su padre y madre y de toda su naturaleza, y otra consolacion no tuviese ni compañía sino á él para satisfacer su soledad, nunca otorgárselo quiso, antes siempre con muchas lágrimas rogaba que diese algun descanso á su cuerpo de los trabajos que hasta allí habia pasado, y así mesmo diciéndole que se acordase como aquellos sus amigos eran idos á tan gran peligro de sus personas y gentes como por ganar aquellos señoríos se les podia recrecer, y que si algun contraste allá viniesen, que estando allí muy mejor que en otra parte les podria socorrer; y con esto y otras cosas de grandes amores trabajaba por le detener. Mas, como muchas veces se vos ha dicho en esta grande historia, que las entrañas deste caballero desde su niñez fueron encendidas de aquel gran fuego de amor, que desde el primero dia que la comenzó amar le vino, y junto con esto el gran temor de en ninguna cosa le enojar ni pasar su mandamiento, por bien ni por mal que le avenir pudiese con muy poca premia, aunque su deseo gran congoja pasase era detenido. Pues ya determinado á cumplir lo que su señora le mandaba, acordó con Grasandor, que en tanto que algunas nuevas de la flota les venian, que allí fuera saliesen á correr monte y andar á caza por dar

algun ejercicio á sus personas, lo cual fue luego aparejado; y salian con sus monteros y canes fuera de la ínsula, que, como se os ha dicho en este libro, habia los mejores montes y riberas llenos de osos, puercos, y venados, y otras animalías, y aves de rio, que en otra tanta parte hallar no se pudiesen; y cazaban mucho dello con que á las noches se acogian á la ínsula con gran placer, así dellos como dellas, y esta vida tuvieron por algun espacio de tiempo. Pues así acaeció, que estando un dia Amadis en una armada en la falda de aquella montaña cerca de la ribera de la mar esperando algun puerco ó bestia fiera, teniendo por la trailla un hermoso can, que él mucho preciaba, miró contra la mar, y vido de lejos venir un batel la via donde él estaba; y cuando mas cerca fue vido en él una dueña y un hombre que lo remaba, y porqué le pareció que seria cosa extraña, dejó la armada donde estaba y fuese con su can por la cuesta abajo colando por entre las grandes matas sin que alguno de su compañía le viese; y llegando á la ribera halló que la dueña y aquel hombre que con ella venia sacaban arrastrando del batel un caballero muerto armado de todas sus armas, y le pusieron en tierra, y su escudo cabe él. Amadis como á ellos llegó dijo: Dueña, ¿quién es ese caballero, y quién lo mató? La dueña volvió la cabeza, y aunque con paños de monte le vió, como los caballeros en tal acto andar suelen y solo, luego conoció que era Amadis, y comenzó á romper sus tocas y vestidos, haciendo muy gran duelo y diciendo: ¡O señor! acorred á esta triste y sin ventura por lo que debeis á caballero, y porque estas mis manos os sacaron del vientre de vuestra madre, y hicieron el arca en que en la mar fuistes echado porque la vida se salvase de aquella que vos parió: acorredme, señor, pues que para acorrer y remediar los atribulados y corridos en este mundo nacistes, en tanta amargura como sobre mí es venida. Amadis hubo muy gran duelo de la dueña, y como le oyó aquellas palabras, miróla mas que antes, y luego conoció

que era Darioleta, la que se halló con la Reina su madre al tiempo que él fue engendrado y nacido, de lo cual mucho mas el dolor le crecia; y llegó á ella, y quitándole las manos de los cabellos, que la mayor parte dellos eran blancos, le preguntó que cosa era aquella porque así lloraba, y tan duramente sus cabellos mesaba, que se lo dijese luego, y que no dejaria de poner su vida al punto de la muerte, porque su daño reparado fuese. La dueña, cuando esto oyó hincóse delante del Rey de hinojos y quísole besar las manos; mas él no se las quiso dar, y ella le dijo: Pues señor, cumple que sin en otra parte ir donde algun estorbo hayais, entreis luego conmigo en este batel, y yo vos guiaré donde mi cuita remediar se pueda, y por el camino la mi desventura os contaré. Amadis, como tan aquejada la vido y con tanta pasion, bien creyó que la dueña habia pasado por gran afrenta; y como desarmado se viese, sino solamente de la su muy buena espada, y que si por sus armas enviase Oriana lo deternia de manera que no podria ir con la dueña, acordó de se armar de las armas del caballero muerto, y así lo hizo, que le mandó aquel hombre que le desarmase y lo armase á él, lo cual luego fue hecho; y tomando la dueña consigo y el hombre que remaba, se metió prestamente en el batel, y queriendo partir de la ribera, acaso llegó un montero de los de su compaña, que iba trás un venado herido, y se le acogiera aquella parte que las matas eran muy espesas, al cual, cuando Amadis lo vió, llamólo y díjole: Di á Grasandor como yo me voy con esta dueña que aquí agora aportó, y que le demando perdon, que la gran pérdida y priesa suya me quita que no le pueda hablar ni ver, y que le ruego que haga luego enterrar este caballero, y me gane perdon desta ida de mi señora Oriana, porque sin su mandado hago este viaje, y crea que no he podido hacer al que gran vergüenza no me fuese; y dicho esto se partió el batel de la ribera á la mas priesa que llevar se pudo, y anduvieron todo aquel dia y la noche por la via que allí la dueña habia venido.

En este comedio preguntó Amadis á la dueña que le dijese la priesa y áfrenta en que estaba, para que su socorro tanto habia menester, la cual llorando muy agriamente le dijo: Mi señor, vos sabréis que al tiempo que la Reina vuestra madre partió de Gaula para ir á esta vuestra ínsula á las bodas vuestras y de vuestros hermanos, ella envió un mensajero á mi marido y á mí á la pequeña Bretaña, donde por su mandado estamos por gobernadores, por lo cual nos mandó que en viendo su carta nos viniésemos tras ellos á la ínsula Firme, porque no era razon que tales fiestas sin nosotros pasasen, y esto le causó la su gran nobleza y el mucho amor que nos tiene mas que nuestros merecimientos. Pues habido este mandamiento, luego mi marido y aquel desventurado de mi hijo que allá dejamos muerto, cuyas son estas armas que llevais, y yo entramos con buena compaña de servidores en la mar en una nave asaz grande; y navegando con buen tiempo, el cual por la nuestra contraria fortuna se mudó de tal manera, que nos hizo desviar de la via que traíamos gran parte, y nos trajo al cabo de dos meses y de muchos peligros que con aquella gran tormenta nos sobrevinieron, una noche por gran fuerza de viento á la ínsula de la Torre Bermeja, donde es señor della el gigante llamado Balan, mas bravo y mas fuerte que ningun gigante de todas las ínsulas; y como al puerto llegamos, no sabiendo á qué parte éramos arribados, cuando alguna pieza nos detuvimos por guarecer allí en aquel puerto, y luego en la hora gentes de la ínsula en otras fustas nos cercaron de tal manera, que fuimos todos presos y detenidos allí hasta la mañana que al gigante nos llevaron, el cual, como nos vió, nos preguntó si venia entre nos algun caballero. Mi marido le dijo que sí, que él lo era, y aquel otro que cabe él estaba era su hijo. Pues, dijo el gigante, conviene que paseis por la costumbre de la ínsula. ¿ Y qué costumbre es, dijo mi marido ? Que os habeis de combatir conmigo uno á uno, dijo el gigante, y si cualquiera de vos os pudiéredes de-

fender una hora, seréis libres y toda vuestra compaña; y si fuéredes vencidos, en aquella hora seréis mis presos; pero quedaros ha alguna esperanza á vuestra salud si como buenos probáredes todas vuestras fuerzas; mas si por ventura vuestra cobardía fuere tan grande que en esta aventura de tomar la batalla no vos deje poner, seréis metidos en una cruel prision, donde pasaréis grandes angustias en pago de haber tomado órden de caballería, teniendo en mas la vida que la honra, ni las cosas quo para la tomar jurastes. Agora vos he dicho toda la razon de lo que aquí se mantiene, escoged lo que mas os agradare. Mi marido le dijo: La batalla queremos, que de balde traeríamos armas si por espanto de algun peligro dejásemos do hacer con ellas aquello para que fueron establecidas. ¿Mas qué seguridad tenemos si fuerémos vencedores que nos será guardada la ley que decís? No hay otra, dijo el gigante, sino mi palabra, que por mal ni por bien nunca á mí grado quebrada será; antes me consentiré quebrar por el cuerpo, y así lo tengo hecho jurar á un mi hijo que aquí tengo, y á todos mis servidores y vasallos. En el nombre de Dios, dijo mi marido, hacedme dar mis armas y mi caballo, y á este mi hijo tambien, y aparejadvos para la batalla. Eso, dijo el gigante, luego será hecho. Pues así fueron armados ellos y el gigante, y puestos á caballo en una gran plaza que está entre unas peñas á la puerta del castillo, que es muy fuerte. Entonces el malaventurado de mi hijo rogó tanto á su padre, que mal de su grado le otorgó la primera justa, en la cual fue del gigante tan reciamente encontrado, que así á él como al caballo derribó tan crudamente, que el uno y el otro á un punto perdieron la vida. Mi marido fue para él y encontróle en el escudo, mas no fue sino como dar en una torre; y el gigante llegó á él, y trabóle tan recio por el un brazo, que como quiera que él sea dotado de alta fuerza, segun su grandeza de cuerpo y de edad, así lo sacó de la silla como si un niño fuera. Esto hecho mandó dejar á mi hijo

muerto en el campo, y á mi marido, y á mí, y á una nuestra hija que traíamos para que sirviese á Melicia vuestra hermana, nos hizo subir á arriba al alcázar, y á nuestra compaña mandó meter en una prision. Cuando yo esto ví comencé como mujer fuera de sentido, y así lo estaba en aquella hora, á dar gritos muy grandes y á decir: ¡O rey Perion de Gaula! agora fueses tú aquí ó alguno de tus hijos, que bien me cuidaria contigo ó con cualquiera dellos salir desta tan gran atribulacion. Cuando el gigante esto oyó dijo: ¿Qué conocimiento tienes tú con ese Rey? ¿Es ese por ventura el padre de uno que se llama Amadis de Gaula? Si es por cierto, dije yo; si cualquiera dellos aquí estuviese no serias poderoso de me hacer algun desaguisado, que ellos me ampararian, como aquella que todos los dias gasté y despendí en su servicio. Pues si tanta confianza en ellos tienes, dijo él, yo te daré lugar que llames aquel que mas te agradare; y mas me placeria que fuese Amadis, que tan preciado es en el mundo, porque este mató á mi padre Madanfabul en la batalla del rey Cildadan, y del rey Lisuarte cuando só el brazo fuera de la silla al mismo rey Lisuarte llevaba y se iba con él á las barcas; y este Amadis, que á la sazon Beltenebros se llamaba, lo siguió, y como quiera que en defensa de su señor y los de su parte, pudo herir sin que mi padre le viese á su salvo, no se le debe contar á gran esfuerzo ni valentía, ni á mi padre gran deshonra; y si deste que tan famoso es y tanto has servido te quieres valer, toma aquel barco que yo te daré con un marinero para le guiar, y búscalo, y porque mas su saña y gana de te vengar se entienda, llevarás aquel caballero tu hijo armado y muerto como está, y si él te ama como tú piensas, y es tan esforzado como todos dicen, viendo esta tu gran lástima no se escusará de venir. Cuando yo esto le oí díjele: Si yo hago lo que decís y traigo este caballero á esta ínsula, ¿por dónde será cierto que le manternás verdad? Deso, dijo él, no tengas cuidado, que aunque en mí haya otras co-

sas de mal y de soberbia, esto he mantenido y manterné toda mi vida, y antes la perderé que mi palabra falte de aquello que prometiere, la cual yo te doy para aquel caballero que contigo viniere, y mucho mas entera si fuere Amadis de Gaula, que no haya de que se tema, sino de mi persona sola á mi grado. Pues yo, señor, viendo esto que el gigante me dijo, y á mi hijo muerto, y mi marido y señor y mi hija presos con toda nuestra compaña, heme atrevido á venir en esta manera, confiando en nuestro señor Jesucristo y en la buena ventura vuestra, y en la crueza de aquel diablo que tanto contra su servicio es, que me dará venganza de aquel traidor con gran prez de vuestra noble persona. Amadis cuando esto oyó le pesó mucho de la gran desventura de la dueña, que muy mucho de su padre el rey Perion, y de la Reina su madre y de todos ellos era amada y tenida por una de las buenas dueñas del mundo de su manera; y así mismo tuvo por grande afrenta aquello, no tanto por el peligro de la batalla, aunque grande era segun la fama de aquel Balan, como por entrar en su ínsula, y entre gente donde le convenia estar á toda mesura; pero poniendo su hecho todo en la mano de aquel Señor que sobre todos la tiene, y habiendo gran piedad de aquella muy honrada dueña y de su marido, la cual nunca de llorar cesaba, pospuesto todo temor, con muy grande esfuerzo la iba consolando, y diciéndole que muy presto seria reparada y bien vengada de su gran pérdida, si Dios nuestro señor por bien lo tuviese que por él se pudiese acabar. Pues así como ois anduvieron bien mas de dos dias y una noche, y al tercero dia vieron á su brazo siniestro una ínsula pequeña con un castillo que muy alto parecia. Amadis preguntó si sabia cuya fuese aquella ínsula ya dicha, y él le dijo que sí, que era del rey Cildadan, y que se llamaba la ínsula del Infante. Agora nos guiad allá, dijo Amadis, porque tomemos alguna vianda, porque no sabemos lo que nos acaecer podrá. Entonces volvieron el barco, y á poco ra-

to llegaron á la ínsula, y cuando fueron al pié de la peña, vieron descendir por la cuesta á yuso un caballero, y como á ellos llegó, saludólos, y ellos á él, y el caballero de la ínsula preguntó quien eran. Amadis le dijo: Yo soy un caballero de la ínsula Firme, que vengo por dar derecho á esta dueña, si la voluntad de Dios fuere, de un tuerto y desaguisado que acá delante en otra ínsula recibió. ¿En qué ínsula fué eso? dijo el caballero. En la ínsula de la Torre Bermeja, dijo Amadis. ¿Y quién le hizo ese tuerto? dijo el caballero. Amadis le dijo: Balan el gigante, que me dicen que es señor de aquella ínsula. ¿Pues qué enmienda le podeis vos solo dar? Combatirme con él, dijo Amadis, y quebrantarle la soberbia que á esta dueña ha hecho y á otros muchos que se lo no merecieron. El caballero se comenzó á reir como en desden, y dijo: Señor, caballero, no se pongan en vuestro corazon tan gran locura en querer de vuestra voluntad buscar aquel de quien todo el mundo huye, que si el señor desta ínsula donde venís, que es Amadis de Gaula, y sus hermanos don Galaor y don Florestan, que hoy son la flor y el cabo de los caballeros del mundo, todos tres viniesen á se combatir con este Balan, les seria tenido á gran locura de aquellos que al gigante conocen, por esto yo os aconsejo que dejeis este camino, que de vuestro mal y daño habria pesar, por ser caballero y amigo de aquellos á quien tanto ama y precia el rey Cildadan, mi señor, que me ha dicho que él y el rey Lisuarte son concertados con Amadis, y no sé en qué forma, sino tanto que soy certificado que quedaron en mucho amor y concordia, y si como lo habeis comenzado lo seguís, no es otra cosa, salvo iros conocidamente á la muerte. Amadis le dijo: La muerte ó la vida en las manos de Dios está, y á los que quieren ser loados sobre los otros conviene que se pongan y acometan cosas peligrosas y las que los otros no osan acometer; y esto no lo digo yo por me tener por tal, mas porque lo deseo ser; y por esto os ruego, caballero, que me no pongais mas mie-

do del que yo traigo, que no es poco; y si os pluguiere por cortesía, me socorrais con alguna vianda de que nos podamos ayudar si algun intervalo hubiere. Esto haré yo de buen grado, dijo el caballero de la ínsula; y mas haré, que por ver cosa tan extraña, quiero teneros compañía hasta que vuestra ventura buena ó mala pase con aquel bravo gigante.

CAPITULO XLVII.

Como Amadis se iba con la dueña contra la ínsula del gigante llamado Balan, y fué en su compañía el caballero gobernador de la ínsula del Infante.

Aquel caballero que a historia dice mandó traer viandas cuanto via que cumplia, y metióse así desarmado como estaba en una barca con hombres que le guiaban, y partieron de aquel puerto juntos contra aquella ínsula de Balan. Yendo por la mar adelante, el caballero preguntó á Amadis si conocia al rey Cildadan. Amadis le dijo que sí, que muchas veces le viera, y sus grandes caballerías en las batallas que el rey Lisuarte hubo con Amadis, y que dél bien podia decir con verdad que era uno de los esforzados y buenos reyes del mundo. Por cierto, dijo el caballero de la ínsula del Infante, tal es él; sino que la su contraria fortuna le ha sido mas adversa que nunca lo fue á hombre del mundo que tanto valiese en le poner só el señorío y vasallaje del rey Lisuarte; que tal Rey mas era para mandar y ser señor que para ser vasallo. Ya es fuera dese tributo, dijo Amadis, que el gran esfuerzo de su corazon y el valor de su persona quitaron de su gran estado aquella lástima que no á su cargo tenia. ¿Cómo lo sabeis vos eso, caballero? Señor, yo que lo ví. Entonces le contó lo que el rey Lisuarte habia hecho en le dar por quito, así como es-

te libro lo ha contado. El caballero cuando esto oyó, hincó los hinojos en la barca y dijo: ¡O mi señor Dios! loado seas tú por siempre jamás, que quisistes dar aquel Rey lo que su gran virtud merecia. Amadis le dijo: Mi buen señor ¿conoceis vos á este gigante Balan? Muy bien, dijo él. Mucho os ruego si os pluguiere, pues en al no hay necesidad de hablar, me digais lo que dél sabeis, especial en lo que de su persona conviene saber. Así lo haré, dijo el caballero, y por ventura no hallaríades otro que por tan entero os lo pueda decir. Sabed que este Balan es hijo del bravo Madanfabul, aquél gigante que Amadis de Gaula mató llamándose Beltenebros en la batalla que el rey Cildadan hubo con el rey Lisuarte de los ciento por ciento donde murieron otros muchos gigantes y fuertes caballeros de su linaje, que por esta comarca tenian muchas ínsulas de grande valor; los cuales con el grande amor y aficion que al rey Cildadan mi señor tuvieron, quisieron ser en su servicio, donde pocos menos todos fueron perecidos. Y este Balan, por quien me preguntais, quedó harto mancebo cuando su padre murió, y quedóle esta ínsula, que es la mas fructífera de todas las cosas, así de frutas de todas naturas, como de todas las mas preciadas y estimadas especias del mundo; y por esta causa hay en ella muchos mercaderes, y otros infinitos que á ella seguros vienen, de lo cual redunda al gigante muy grandes intereses; y digo vos que despues que este caballero fue, se ha mostrado mas fuerte que su padre en toda valentía y esfuerzo; y su condicion y manera de que vos saber quereis es muy diversa y contraria á la de los otros gigantes que de natura son soberbios y follones, y este no lo es, antes muy sosegado y muy verdadero en todas sus cosas; tanto que es maravilla, que hombre que de tal linaje venga pueda ser tan apartado de la condicion de los otros; y esto piensan todos que le viene de parte de su madre, que es hermana de Gromadaza, la brava giganta, mujer que fue de Jamongomadan el del lago Ferviente, no sé si lo oistes decir; y

así como esta pasó de muy gran hermosura á Gromadaza su hermana, y á otras muchas que en su tiempo hermosas fueron, asi fue muy diferente en todas las otras maneras de bondad, que la otra fue muy brava y corajosa en demasía, y esta muy mansa y sometida á toda virtud y humildad; y esto debe causar, que así como las mujeres que feas son, tomando mas figura de hombre que de mujer, les viene por la mayor parte aquella soberbia y desabrimiento varonil que los hombres tienen, que es conforme á su calidad, así las hermosas que son dotadas por la propia naturaleza de las mujeres, lo tienen al contrario, conformándose su condicion con la voz delicada, con las carnes blandas y lisas, con la gran hermosura de su rostro, que la ponen en todo sosiego y la desvian de gran parte de la braveza, así como esta giganta, mujer de Madanfabul, madre deste Balan, lo tiene, de la cual redunda aquella mansedad y reposo de aqueste su hijo. Esta se llama Madasima, y por causa suya pusieron este nombre mismo á una hermosa hija que quedó de Jamongomadan, que casó con un caballero que se llama don Galbanes, hombre de tan alto lugar, y todos los que la conocen dicen que así es de muy noble condicion y con todos muy humilde. Agora vos quiero decir como yo sé todo esto que digo, y mucho mas del hecho destos gigantes. Sabed que yo soy gobernador de aquella ínsula del Infante, donde me hallastes, desde el tiempo que el rey Cildadan era infante; que el señorío della tenia, sin tener otro heredamiento alguno; y mas por su gran esfuerzo y buenas maneras que por su estado, envió por todo el reino de Irlanda para lo casar con la hija del rey Abies, que aquel reino heredó al tiempo que lo mató Amadis de Gaula, y á mí siempre me dejó en esta gobernacion que tengo de esta ínsula; y como estoy aquí entre estas gentes, todas tienen mucha aficion al Rey mi señor, tengo yo mucha contratacion con ellos, y sé que los hijos de aqullos gigantes que en aquella batalla que vos dije murieron, que son ya hombres, estan con mucho deseo de

vengar las muertes de sus padres y parientes si razon para ello hubiesen.

Amadis, que estas razones oia, le dijo: Mi señor, muy gran placer he habido de lo que me habeis contado. Solamente me pesa de la muy buena condicion deste á quien yo voy á buscar, que mas me pluguiera que todo fuera al revés con mucha bramura y soberbia, porque á estos tales no tarda mucho que no les alcance la ira y castigo de Dios; y no quiero negaros que yo llevo mas temor que hasta aquí. Pero como quiera que sea, no dejaré de dar enmienda á esta dueña si puedo del gran mal y sinrazon que sin lo merecer ha recibido, y tanto quiero saber de vos si este Balan es casado. El caballero de la ínsula le dijo que sí, y con la hija de un gigante que se llama Gandalod, señor de la Peña de Galtares, de la cual tiene un hijo de hasta quince años, que si vive será heredero deste señorío. Cuando Amadis esto oyó turbóse ya cuanto, y pesóle mucho por lo haber sabido, por el grande amor que él habia á Gandalod y á sus hijos, que era amo de su hermano don Galaor, y todas las cosas tenia para las guardar como las suyas propias; y dijo al caballero: Cosas me habeis dicho que mas que de ante me hacen dudar, y esto era por lo que dijo de Gandalod, y el caballero sospechó que dudaba con temor de la batalla; mas no era así, que aunque con el mismo su hermano don Galaor fuese, á quien mas que al gigante dudaria, hubiera de ser, no se partiria della en ninguna guisa sin dar derecho y enmienda á aquella dueña, ó perder la vida; porque siempre fue su costumbre acorrer á quien con razon se lo pidiese. Pues así hablando en esto que habeis oido y en otras muchas cosas, anduvieron todo aquel dia y la noche. Y otro dia á la hora de tercia vieron la ínsula de la Torre Bermeja, de que mucho placer hubieron, y anduvieron tanto hasta que llegaron cerca della. Amadis la miraba, y parecióle muy hermosa, ansí la tierra de espesas montañas lo que desviar se podia, como el asiento del alcázar, con sus muy

hermosas y fuertes torres, especial aquella que llaman Bermeja, que era la mayor y de mas extraña piedra hecha que en el mundo se podria hallar; y en algunas historias se lee que en el comienzo de la poblacion de aquella ínsula y el primer fundador de la torre, y de todo lo mas de aquel gran alcázar, que fue Joseph, el hijo de Joseph Abarimatia, que el santo Grial trajo á la Gran Bretaña; y porque á la sazon todo lo mas de aquella tierra era de paganos, que veyendo la disposicion de aquella ínsula la pobló de cristianos, y hizo aquella gran torre donde se paraban él y todos los suyos cuando en alguna gran priesa se veian; pero despues á tiempo fue señoreada de los gigantes hasta venir en este Balan; mas la poblacion siempre quedó de los cristianos como agora lo era, los cuales vivian allí muy sojuzgados y apremiados de los señores, que todos los mas dellos tenian la secta de los paganos; pero todo lo sufrian y pasaban por la gran riqueza de la tierra, y si algun tiempo algun descanso tuvieron, no fue sino en este Balan, por la buena condicion que para con ellos tenia, y porque por amor de su madre era mas llegado á la ley de Jesucristo que ninguno de los otros, y mas lo fue adelante, como la historia lo cuenta. Pues allí llegados, Amadis le dijo al caballero de la ínsula del Infante: Mi buen señor, si á vos pluguiere, pues con este Balan teneis muy mucho conocimiento, que por cortesía vais á él y le digais de mi parte como la dueña á quien él mató al hijo y prendió al marido, y á la su hija, trae consigo un caballero de la ínsula Firme para le demandar la enmienda del daño que le ha hecho, y si no la diere para se combatir con él, y al su grado hacérsela dar, y que saqueis dél fianza que el caballero será seguro de todos sino solamente dél solo, como quiera que de bien ó de mal le avenga. El caballero le dijo: Contento estoy de lo hacer ansi, y podeis ser cierto que la promesa que él diere no habrá otra cosa. Mas entonces el caballero con sus hombres entró en su barca y se fue al puerto, y

Amadis quedó con su dueña algo desviado. Pues llegado aquel caballero luego fue conocido de los hombres del gigante, y fue ante él llevado, el cual lo recibió con muy buen talante, que asaz muchas veces le habia hablado, y díjole: Gobernador, ¿qué demandas en mi tierra? Dilo, que ya sabes que te tengo por amigo. El caballero dijo, ansí te tengo yo, y mucho te lo agradezco; pero mi venida no es por cosa que á mí toque, mas por una cosa extraña que he visto; y esto es que un caballero de la ínsula Firme se viene por su voluntad á se combatir contigo, de lo cual me hago mucho maravillado á tal cosa se atrever. Cuando esto oyó el gigante díjole: ¿Ese caballero que dices trae una dueña consigo? Sí, dijo el caballero. Sin falta, dijo el gigante, entiendo que será Amadis de Gaula, el que de tanta loor y fama por el mundo es loado, ó alguno de sus hermanos, que para traer alguno dellos partió ella de aquí, para lo cual yo le dí lugar que ella fuese. Entonces dijo el caballero: No sé quien será, mas dígote que es un caballero muy hermoso y bien tallado de su grandeza, y sosegado en sus razones, y no puedo entender si su simpleza ó gran esfuerzo de corazon le ha puesto en esta locura. Véngote á demandar seguridad por él que no se temerá sino de tí solo. El gigante le dijo: Ya tu sabes que mi palabra á mi agrado nunca será quebrada; tráelo seguramente, y viniendo conocerás la experiencia de cual destas dos cosas que dijiste toca.

El caballero se tornó á su barca, y se fué para Amadis, y como la respuesta oyó, sin ningun recelo se vino luego al puerto, y salieron luego de sus bateles en tierra, y Amadis apartó primero aquel hombre que á la dueña habia guiado en el barco, y díjole: Amigo, yo te ruego que no digas mi nombre á ninguno, que si aquí tengo de morir ello se descubrirá, y si tengo de ser vencedor yo te haré mucho bien por ello. Entonces se subieron al castillo y hallaron al gigante desarmado en aquella gran plaza que delante de la puerta está, y como llegaron, el gigante lo

miró mucho, y dijo á la dueña: ¿Es este alguno de los hijos del rey Perion que habias de traer? La dueña le dijo: Este es un caballero que te demandará el mal que me heciste. Entonces Amadis dijo: Balan, no es necesario á ti saber quien soy; bástete que vengo á demandar que hagas enmienda á esta dueña del mal tan grande que sin te lo haber merecido le heciste en le matar á su hijo, y si lo hicieres quitarme he de haber contigo debate, y sino, aparéjate á la batalla. El gigante le dijo riendo: La mayor enmienda que yo le puedo dar es á ti por quito y quitarme la muerte; pues que tú venistes con tanta voluntad á remediar su pérdida, en tanto debe tener tu vida como la suya; y aunque esto no acostumbro á hacer á ninguno sin que primero pruebe el filo de mi espada, hacerlo he á ti porque con ignorancia has venido á demandar tu daño no lo conociendo. Si estas amenazas que me das, dijo Amadis, yo las temiese tanto como tú lo piensas, escusado me fuera buscarte de lueña tierra. No creas, Balan, que por ignorancia te demando, que bien sé que eres uno de los gigantes del mundo mas nombrado; pero como vea que la costumbre que aquí mantienes es tanto en contra del servicio del muy alto Señor, y la razon que trayo es conforme á su santa ley, no tengo en mucho tu valentía, porque él cumplirá lo que en mí faltare; y porque yo te tengo en mucho y te amo por otros que te aman, yo te ruego que hagas enmienda á esta dueña como sea justa. Cuando esto oyó el gigante dijo: Demandas esto que dices, que si á vergüenza no me fuese reputado, yo haria todo lo que hacer se pudiese para el contentamiento desta dueña; pero primero quiero probar y ver que tales son los caballeros de la ínsula Firme; y porque ya es tarde, yo te enviaré de comer, y dos caballos muy buenos, en que escojas á tu voluntad, con dos lanzas, y aparéjate con todo tu esfuerzo que lo has bien menester para la batalla de aquí á tres horas; y por te hacer placer, si otras armas quisieres, yo te las daré mejores, que cree que

azaz tengo de los caballeros que he vencido. Amadis le dijo: Tú lo harás como buen caballero, y mientra mas cortesía en ti veo, mas me pesa que no tengas conocimiento ninguno de lo que hacer debes. Un caballo y una lanza tomaré y no otras armas de las que traigo, que la sangre de aquel que tan sin causa matastes que en ellas viene me dará mas esfuerzo de lo vengar. El gigante se fué al castillo sin le responder mas, y Amadis y su compaña, y el caballero de la ínsula del Infante, que dél partir no se quiso por mucho que el gigante se lo rogó que fuese con él al castillo, quedaron debajo de un portal de un templo que al cabo de aquella plaza estaba, y dende á poco espacio le trajeron de comer. Así holgaron hablando en algunas cosas que mas les contentaban, esperando al plazo que el gigante saliese. Aquel caballero miraba mucho á menudo el semblante de Amadis, por ver si con aquella grande afrenta se mudaba, y á su parecer siempre le veia con mas esfuerzo, de lo cual mucho era maravillado. Pues venida la hora por el gigante señalada, trajeron á Amadis dos caballos muy grandes y hermosos con ricos atavíos para tal menester, y él tomó el que mejor le pareció; y despues de mirar como venia ensillado, cabalgó en él, y puso su yelmo, y echó su escudo al cuello; y puesto en aquella gran plaza mandó al hombre que los caballos habia traido que el otro tornase, y dijese al gigante que lo esperaba, y que no dejase ir el dia en vano. Toda la mas gente de la ínsula que allí pudo venir, estaban al derredor de la plaza por ver la batalla, y los adarves y finiestras del alcázar llenos de dueñas y doncellas; y estando así como oides, vió sonar en la gran Torre Bermeja tres trompas muy acordadas que hacian dulce son, que era señal que el gigante salia á la batalla, y así lo acostumbraba cada vez que se habia de combatir. Amadis preguntó á los que allí estaban que era aquello. Ellos le dijeron la causa por que se hacia, lo cual muy bien le pareció, y acto de gran señor, y víno-

le en mientes que si estando en la ínsula Firme con su señora le viniese ocasion de hacer alguna batalla con alguno que allí se la demandase, que así lo mandaria hacer, porque á su parecer aquel son era cosa para crecer el esfuerzo del caballero por quien se hiciese. Pues cesando las trompas abrieron las puertas del alcázar, y salió el gigante encima del otro caballo que habia enviado á Amadis, y su lanza en la mano, armado de unas armas de acero muy limpias como un espejo, así el yelmo como el escudo á su mesura, y unas hojas que todo lo mas del cuerpo le cubrian; y como vió á Amadis dijole: Caballero de la ínsula Firme, ¿agora que me ves armado osarme has atender? Agora quiero, dijo Amadis, que enmiendes á esta dueña del mal que la hicistes, sino guárdate de mí.

Entonces el gigante movió contra él cuanto el caballo llevar lo pudo, y iba tan grande que no habia caballero en el mundo por esforzado que fuese que no le pusiese gran pavor; y como iba muy recio y con gran codicia de lo encontrar, abajó tanto la lanza por no errar el golpe, así que encontró el caballo de Amadis por mitad de la frente, y metió la lanza por la cabeza del caballo y por el pescuezo gran pieza; pero Amadis, á quien su grandeza y valentía no turbaban, como aquel que ya sabia que cosa eran los semejantes, lo encontró en el grande y fuerte escudo tan reciamente, que por fuerza hizo salir al gigante de la silla, y cayó en el campo, que era muy duro, gran caida, de que fué quebrantado mucho, y el caballo de Amadis cayó muerto en el suelo, del cual Amadis saltó lo mas presto que pudo, aunque á gran afan, que le tomó una pierna debajo; y levantóse, y vió al gigante que se levantaba y estaba algo desacordado; pero no tanto que no pusiese luego mano á su espada de muy fuerte acero que traia, con la cual pensaba que no habia en el mundo tan fuerte caballero que dos golpes le osase esperar que no le tullese ó matase. Amadis puso mano á su muy buena espada, y cubrióse

de su escudo, y fue para él; y el gigante así mesmo vino contra él, el brazo alto por lo herir con gran desatiento, así con la su gran soberbia, como porque el encuentro de la lanzada que Amadis le dió fue en derecho del corazon, y con tan gran fuerza dado, que le juntó el escudo con el pecho tan reciamente, que la carne fue magullada, y las ternillas quebradas, de manera que le daba gran dolor y le quitaba mucho de la fuerza y del aliento. Amadis, como así lo vió venir, conociendo que perdido venia, alzó el escudo cuanto mas pudo por recibir en él el golpe, y el gigante descargó tan recio, y la espada cortó tan livianamente, que desde el brocal hasta á yuso le llevó el un tercio del escudo, que no le alcanzó mas, que si mas en lleno le alcanzara, tambien fuera el brazo con él á tierra. Amadis, como mucho aquel menester habia usado y en casos tan peligrosos se supiese librar, no perdiendo ni olvidando cosa de lo que hacer debia, antes que el gigante el brazo contra sí tirase, hirióle de tal golpe cabe el codo, que aunque la manga de la loriga muy fuerte y de muy gruesa malla era, no le pudo prestar ni estorbar que la su muy buena espada no se la tajase hasta le cortar con gran parte de la carne del brazo, y la una de las canillas. El gigante sintió mucho aquel golpe, y tiróse ya cuanto á fuera; pero Amadis fue luego á él, y diole otro golpe por cima del yelmo de toda su fuerza que la llama salió tan grande como si con otra cosa allí se la encendieran, y torcióle el yelmo en la cabeza, así que la vista le quitó. Cuando el caballero gobernador de la ínsula del Infante que con Amadis allí habia venido vió los golpes que Amadis daba, así el encuentro de la lanza, con el cual habia sacado de la silla una cosa tan valiente y tan pesada como era aquel gigante, como los que con la espada le daba, comenzóse á santiguar muchas veces, y dijo á la dueña que cabe sí tenia: Honrada dueña, ¿dónde habeis hallado aquel diablo que tales cosas hace que nunca otro caballero hizo que mortal fuese? La dueña le dijo: Si de tales diablos como este muchos por el mundo

anduviesen, no habria tantos cuitados y corridos de los soberbios y malos como hay. El gigante fue muy prestamente con sus manos al yelmo por le enderezar, y sintió que del brazo derecho habia perdido mucha fuerza, que apenas la espada podia tener en la mano, y tiróse mas afuera; mas Amadis juntó luego con él como de cabo, y dióle otro gran golpe encima del brocal del escudo, pensando darle en la cabeza, y no pudo, que el gigante, como el golpe vió venir tan recio, alzó el escudo por lo en él recibir, y la espada entró tanto por él, que cuando Amadis la pensó sacar no pudo, y el gigante lo pensó herir, mas no pudo levantar el brazo sino muy poco, de manera que el golpe fue flaco. Entonces Amadis tiraba por la espada cuanto podia, y el gigante por el escudo, así que con la gran fuerza del uno y del otro avino que las correas con que lo tenia al cuello quebrasen; y llevó Amadis el escudo con su espada, lo que él le pudiera hacer y traer gran peligro porque en ninguna manera della se podia ayudar. El gigante como asi lo vió y se vió sin escudo, tomó la espada con la mano izquierda y comenzó á dar á Amadis grandes golpes con ella; pero él se guardaba con mucha ligereza cubriéndose de su escudo, mas no en tal forma que escusar pudiese que los golpes del gigante no le rompiesen en algunas partes la loriga, y le llegasen á la carne; y ciertamente, si el gigante pudiera herir con la diestra mano, él se viera en gran peligro de muerte: mas con la izquierda, aunque los golpes grandes y de gran fuerza fuesen, eran muy desvariados, que los mas dellos faltaban y iban en vano. Amadis, como queria alzar la espada para lo herir, subia con ella el escudo en que metida estaba, asi que no entendia en ninguna cosa sino en se defender; pero como se viese embarazado y en tanto peligro; acordó en se remediar lo mas presto que pudo, y tiróse ya cuanto afuera, y sacó del cuello su escudo, y echólo en el campo entre él y el gigante Bravor, y puso el un pie encima del escudo del gigante, y tiró con ambas las manos tan recio que la sacó dél.

En este comedio el gigante tomó con la mano derecha el escudo de Amadis, y aunque harto liviano era, apenas lo podia levantar ni sostener con el brazo, que la herida fue grande y cabe la coyuntura del codo, y con el brazo casi muerto que apenas lo podia alcanzar ni trabar con la mano sino muy flacamente; y lo que mas le impedia y fatigaba, era la carne magullada y los huesos quebrados que sobre el corazon tenia, del encuentro de la lanza que ya oistes, que le quitaba tanto del aliento, que apenas podia resollar; pero como fuese muy valiente de fuerza y de corazon, y se viese en aventura de muerte, sufríase con gran trabajo, y esto fue porque despues que la espada de Amadis con el gran golpe quedó metida en el escudo, nunca con ella le habia podido herir ni hacer estorbo; mas como la sacó y salió libre de aquel embarazo, tomó por las embrazaduras el escudo del gigante, que apenas lo podia levantar segun su grandeza y pesadumbre, y fuelo á herir de muy grandes golpes probando todo su poder; de manera que el gigante fue tan aquejado, así con la priesa que Amadis le daba, como con la que él tomó por se defender y herir, que se le cerró el corazon del dolor que en él tenia y cayó casi muerto en el campo. Cuando los hombres que en el alcázar estaban mirando esto vieron, dieron muy grandes voces. Y las dueñas y doncellas daban grandes gritos diciendo: ¡Muerto es nuestro señor! muera el traidor que lo mató. Amadis, en cayendo el gigante fue luego sobre él, y quitóle el yelmo, y púsole la punta de la espada en el rostro y díjole: Balan, muerto eres si á la dueña no satisfaces del daño que la hicistes; mas él no respondió, ni oyó lo que le dijo, que estaba como muerto. Entonces llegó el caballero de la ínsula del Infante y dijo: Señor caballero, ¿es muerto el gigante? Entiendo que no, dijo Amadis, mas el grande ahogamiento le tiene tal como veis, que yo no le veo golpe mortal ninguno; y decia verdad, que el golpe que en el pecho tenia que el aliento le quitó, no habia él visto ni sentido.

El caballero le dijo: Señor, por cortesía os pido que no le mateis hasta que sea en su acuerdo y tenga juicio para enmendar á esta dueña á su voluntad, y tambien porque si él muere, ninguno será poderoso de os dar la vida. Por eso, dijo Amadis, no dejaré yo de hacer mi voluntad; mas por el amor vuestro y el deudo que con Gandalod tiene, me sufriré de lo matar hasta que dél sepa si querrá venir en lo que yo le pediré. Estando en esto, vieron salir del castillo al gigante con hasta treinta hombres armados, y venian diciendo: *Muera, muera el traidor.* Cuando Amadis esto oyó, ya podeis entender qué esperanza ternia en su vida, viéndolos todos de rondon venir á lo matar; pero acordó de se poner á su mesura, y que la muerte le viniese sobre haber hecho todo su poder, sin faltar cosa de lo que hacer se debia, y miró á un cabo y á otro alderredor, y vió una quiebra entre aquellas peñas de que la plaza era cercada, que aquella plaza fue hecha allí á mano, quitando todos los roquedos y peñas, y alderredor quedaron muchas dellas; y fuese hácia allá, y llevó el escudo del gigante que muy grande y fuerte era, y púsose á la entrada de aquella quiebra, que por ninguna parte le podian hacer mal sino por delante, ni tampoco por encima, que se hacia allí una sola peña. Pues la gente llegó los unos al gigante por ver si era muerto y los otros contra Amadis; y tres hombres que delante llegaron echaron en él las lanzas, mas no le hicieron mal, que como el escudo era, como se os ha dicho, muy grande y fuerte, todo lo mas del cuerpo le cubria, y de las piernas, lo cual despues de Dios le dió la vida; y destos tres llegó el uno con su espada para lo herir, y como Amadis lo vió cerca salió para él, y dióle tal golpe por encima de la cabeza que le hendió hasta el pescuezo, y derribólo muerto á sus piés. Cuando los otros le vieron fuera de aquella guarida, llegaron todos por lo matar; mas él se tornó luego allí, y al primero que llegó dióle un golpe en el hombro que las armas no le tuvieron ningun pro, que el brazo cayó en el

suelo y el hombre muerto del otro cabo. Estos dos golpes les escarmentaron tanto, que ninguno fue osado de se á él acostar, y cercáronlo allí por delante y por los lados, que por otra parte no podian, y tirábanle lanzas, y saetas, y piedras tantas que hasta la mitad del cuerpo estaba cubierto; pero ninguna cosa le nucia, que el escudo le amparaba de todo ello. En este comedio llevaron al gigante al castillo haciendo muy gran duelo, y pusiéronle en su lecho tal como muerto sin sentido alguno, y tornáronse luego aquellos que le llevaron á ayudar á sus compañeros; y como llegaron, vieron que ninguno á él se llegaba, y como tenia los dos hombres muertos cabe sí; y como venian holgados y con gran saña y no sabian ni habian visto sus golpes tan esquivos, llegáronse á lo herir con las lanzas, mas Amadis estuvo quedo bien cubierto con su escudo, y al uno que llegó mas delantero que con la lanza le dió á manteniente en el escudo, dióle tal golpe que la cabeza le hizo volar gran pieza de sí, y luego se desviaron aquellos con los otros, que ninguno osaba á él llegar; así estando sin mas hacer, salvo tirándole muchas saetas y piedras, el caballero de la ínsula del Infante hubo gran piedad de lo ver, y cuidó que si lo matasen que moria el mejor caballero que nunca habia visto, y fuese al hijo del gigante que desarmado estaba por su tierna edad y díjole: Bravor, ¿por qué haces esto contra la palabra y verdad de tu padre, la cual hasta hoy nunca se halla ser quebrada? Mira que eres su hijo y le has de parecer en las buenas maneras, y mira que tu padre lo aseguró de todos los suyos salvo dél solo; y que si sobre esto le haces matar, nunca te cumple parecer ante hombres buenos, que siempre serás en gran menosprecio tenido. El mozo le dijo: ¿Cómo sufriré yo ver á mi padre muerto delante de mí y que no tome venganza del que lo hizo? Tu padre, dijo él, no es muerto, ni tiene golpe de que morir deba, que yo lo miré estando en el suelo, y aquel caballero á mi ruego, y porque me dijo que lo preciaba mucho por el deudo que

con Gandalod tiene lo dejó de matar, que en su mano estaba de lo hacer. ¿Pues qué haré? dijo el mozo. Yo te lo diré, dijo el caballero: Hazlo tener cercado asi como está toda esta noche sin que daño reciba, y de aquí á mañana se verá la disposicion de tu padre, y segun él estuviere asi tomarás el acuerdo, que en tu mano y voluntad está la vida ó la muerte suya, que de aqui no puede salir si tú no lo mandas. El mozo le dijo: Mucho te agradezco lo que me aconsejas, que si este muriese y mi padre vivo quedase no me cumplia parar en todo el mundo donde él lo supiese. que bien creido soy que me buscaria para me matar. Pues eso conoces, dijo él, haz lo que te aconsejo. Déjame hablar con mi agüela, y con mi madre, y con su consejo. Por bien lo tengo, dijo el caballero, y entre tanto manda á tus hombres que no hagan mas de lo que han hecho. El mozo dijo: Por demás será ese mandamiento, que segun me parece que aquel caballero defiende su vida, que si de hambre no, de otra manera, segun veo, no hay quien matarle pueda, pero por lo que me aconsejas haré lo que me dices. Entonces les mandó que estuviesen allí y guardasen bien que aquel caballero no saliese de donde estaba, sin le hacer mal ninguno.

En tanto que él iba al castillo, todos los que allí estaban hicieron su mandado, y él se fué y habló con aquellas dueñas, y como quiera que su pasion y tristeza dellas fuese grande, considerando que el caballero no se podria ir, y viendo como el gigante iba cobrando huelgo y algun acuerdo, y temiendo pasar su verdad, dijeronle que así se hiciese como aquel caballero de la ínsula del Infante se lo habia aconsejado, á lo cual mucho ayudó cuando su madre deste mozo fué sabidora que aquel caballero amaba á su padre Gandalod, que temió no fuese don Galaor, aquel que su padre habia criado y le restituyó en el señorio de la Peña de Galtares, matando á Alvadan, el gigante bravo que forzado se lo tenia, como mas largo lo cuenta el primero libro desta historia, el cual ella mucho

bien conocia y lo amaba de corazon porque se criaron juntos; y si no fuera porque su marido en tal punto estaba, que á gran deshonestidad le fuera contado, ella mesma por su persona supiera si el caballero era don Galaor ó alguno de sus hermanos, que á todos ellos habia visto en casa del rey Lisuarte donde estuvo algun tiempo en la sazon que fué la batalla del rey Lisuarte, por amor de don Galaor, con el rey Cildadan, en la cual su padre y hermanos fueron, y hicieron cosas extrañas en armas en servicio del rey Lisuarte por amor de don Galaor, como el segundo libro desta historia mas largo lo cuenta. Con este acuerdo tornó el mozo á tal hora que era ya noche cerrada, y mandó poner un fuego grande delante de donde Amadis estaba, que de su concierto ninguna cosa sabia, y allí hizo á sus hombres que armados velasen, y á buen recaudo, porque el caballero no saliese y les hiciese mal, que lo temian como á la muerte. Amadis estuvo en aquel lugar donde antes estaba, puesto el canton del escudo en el suelo y la mano sobre el brocal, y la espada en la otra, esperando de morir antes que se dejar prender; que bien pensaba que pues sobre tal seguro como de Balan tenia, aquellos hombres le acometieron queriéndole matar; pues pensar demandar merced no lo haria él aunque supiese pasar mil veces por la muerte, si á Dios no, á quien siempre en todas cosas se encomendó de gran corazon; y en aquella hora mas, donde otro remedio si el suyo no tenia otro no esperaba.

CAPITULO XLVIII.

De como Darioleta hacia duelo por el gran peligro en que Amadis estaba.

Darioleta, la dueña que allí lo hizo venir, cuando así vió cercado á Amadis de todos sus enemigos sin tener ni esperar socorro alguno de ninguna parte del mundo, comenzó á hacer muy gran duelo y á maldecir su ventura, que á tanta cuita y dolor la habia traido, diciendo: ¡Ó captiva desventurada! ¿qué será de mí si por mi causa el mejor caballero que nunca nació muere? ¿Cómo osaré parecer ante su padre, madre y sus hermanos sabiendo que yo fuí la ocasion de la su muerte? que si á la sazon de su nacimiento yo trabajé por le salvar la vida, haciendo y trabajando con mi sabiduría el arca en que escapar pudiese, de lo cual he habido mucho galardon, que si entonces muriera moria una cosa sin provecho; agora no solamente he perdido los servicios pasados, mas antes soy dina de morir con las mayores penas y tormentos que ninguna persona lo fué, porque siendo la flor y la fama de mundo le he traido á la muerte. ¡Ó cuitada de mí! ¿porqué no dí lugar al tiempo que en la ribera de la mar á mi llegó que pudiera tornar á la ínsula Firme y trajera algunos caballeros que fueran en su ayuda, ó á lo menos pudiera con razon morir en su compañía? ¿Mas qué puedo decir sino que mi liviandad y arrebatamiento fué de propia mujer? Así como oís estaba Darioleta haciendo su duelo debajo de los portales de aquel templo con muy gran angustia de su corazon, y no otra esperanza tenia sino de ver muy presto morir á Amadis, y ella y su marido y hija ser metidos en prision dó nunca saliesen. Amadis estaba en

aquella boca de la quiebra de las peñas, como hemos contado, y vió lo que la dueña hacia, que con el gran fuego que delante dél estaba toda la plaza se parecia, aunque asaz grande era, y hubo gran pesar en verla como estaba llorando y alzando las manos al cielo como demandando piedad, así que la saña le creció tan grande que le sacó de su sentido, y pensó que muy mas peligro le podia recrecer venido el dia que con la noche, porque entonces toda la mas gente de la ínsula estaba sosegada, y solamente se habia de guardar de aquellos que delante tenia, y que la mañana venida podria cargar mas gente sobre él, de manera que no podia escapar de ser muerto; y puesto caso que allí donde estaba no le pudiesen hacer daño, que el sueño y la hambre le cargaria y se habria de poner en sus manos; y con esta saña pensó de lo poner todo en aventura; y embrazó su escudo, y con la espada en la mano se aderezó para dar en sus enemigos; mas el caballero de la ínsula del Infante, á quien mucho pesaba, por le haber asegurado de parte del gigante á él no llegasen hasta ver la disposicion del gigante, que bien tenia creido que cuando en su juicio fuese que pornia tal remedio y castigo en ello que su palabra fuese guardada; y como vió que Amadis movia para salir contra ellos, fué lo mas que pudo contra él y díjole: Señor caballero, ruégovos por cortesía que me oyais un poco antes que de aquí salgais. Amadis estuvo quedo, y el caballero le contó todo lo que habia hablado con Bravor, hijo del gigante, y como lo tenia por entonces todo amansado hasta que la mañana viniese, y que en aquel espacio de tiempo el gigante seria muy mejorado y metido en su acuerdo, que sin duda creyese que cumpliria con él todo lo que fuese obligado, aunque le viniese peligro de la muerte, y que esperase en Dios que lo remediaria todo, y que él lo tomaba á su cargo. Amadis, como así lo vió hablar, bien cuidó que verdad le decia, porque en lo poco que le habia tratado le tenia por hombre bueno, y díjole: Por amor vuestro yo me su-

friré esta, mas dígovos, caballero, que todo afan que en esto pongais será perdido, si lo primero no es que la enmienda de la dueña se haga. El caballero le dijo: Eso se hará y mucho mas, ó yo no me ternia por caballero, ni este gigante por quien siempre le he tenido, que creo que en él se halla mucha verdad y virtud. Amadis estuvo quedo como de antes, pues como oís estaba cercado de sus enemigos, metido en aquella peña, esperando así él como ellos á la mañana. Agora, dice la historia, que despues que al gigante llevaron sus hombres al castillo tan desacordado como si muerto fuera, y lo echaron en su lecho, y así estuvo toda la mas de la noche que hablar no pudo, y no hacia sino poner la mano en derecho del corazon, y señalar que de alli le venia el dolor. Y como su madre y su mujer así lo vieron, hicieron á los maestros que le catasen, y luego hallaron el mal que tenia, en el cual pusieron tantos remedios de medicinas y otras cosas que en él obraron, que antes del alba fué en todo su acuerdo, y cuando pudo hablar preguntó que donde estaba. Los maestros le dijeron que en su lecho. Pues la batalla que hube con el caballero, dijo él, ¿cómo pasó? Ellos le dijeron toda la verdad, que no le osaron mentir en cosa alguna, como es razon que se diga á los hombres verdaderos, contándole todo como habia pasado, y como teniéndole el caballero de la ínsula Firme en el suelo, que su hijo Bravor, pensando que era muerto, habia salido con sus hombres del castillo y lo tenian cercado entre las piedras de la plaza donde la batalla fuera, y esperaban á lo que él mandase. Cuando el gigante esto oyó díjoles: ¿Es vivo el caballero? Sí, dijeron ellos. Pues haced venir aquí á mi hijo y á todos los que con él estan, y deje al caballero en su libertad. Esto fué luego hecho, y como el gigante vido á su hijo díjole: Traidor, ¿por qué has quebrado mi verdad? ¿Qué honra ó ganancia desto que hicistes se te podrá seguir? que si muerto fuera, ya con otra cosa ninguna restituir me pedrias, y mucho mas muerta tu honra que-

daba, y con mas pérdida de mi linaje en quebrar y pasar lo que heciste, que la muerte que yo como caballero sin faltar cosa de que hacer debia habia recibido. Pues si vivo quedase, ¿no sabes que en ninguna parte me podias escapar que matar no te hiciese? Así que tú y todos aquellos que verdad no mantienen van muy lejos de su propósito, que pensando vengar injurias caen en ellas con mucha mas vergüenza y deshonra que antes; pero yo haré que como malo laceres. Entonces lo mandó tomar, y hízole atar pies y manos, y que lo llevasen á poner delante del caballero de la ínsula Firme, y le dijesen que aquel malo de su hijo habia quebrantado su promesa, que tomase dél la enmienda que le pluguiese. Así se lo llevaron ante Amadis y se lo pusieron á sus pies. Su madre de aquel mozo, cuando esto vió, hubo recelo que el caballero, como hombre lastimado, le hiciese algun mal; y como madre, sin que el gigante lo supiese, se fué á donde Amadis estaba. Amadis tenia á aquella sazon el yelmo en la mano, que hasta allí, en tanto que la gente lo tuvo cercado nunca de la cabeza lo quitó, y la espada en la vaina, y estaba desatando al hijo del gigante para lo soltar; y como la dueña llegó y le vió el rostro, conocióle que era Amadis; y fué para él llorando sin otra persona alguna y díjole: Señor, ¿conoceisme? Amadis, aunque luego vió que era la hija de Gandalod, amo de don Galaor su hermano, respondióle diciendo: Dueña, no os conozco. Ella dijo: Mi señor Amadis, bien sé yo que sois hermano de mi señor don Galaor, y si por bien tuviéredes que vuestro nombre se encubra así lo haré, y si quereis que se sepa no temais del gigante, pues que os aseguro, y en esto que hace veréis si ha voluntad de guardar su palabra, y aquí os envia este su hijo y mio que la quebró para que dél tomeis la venganza que os pluguiere, del cual os demando piedad. Mi buena señora, dijo Amadis, ya sabeis vos cuan obligados somos todos los hermanos y amigos de don Galaor á las cosas de vuestro padre y de

sus hijos; y en otra cosa que á vos mucho fuese lo quisiera yo mostrar, que en esto no hay que me agradecer, porque sin vuestro ruego ya lo soltaba, que yo no tomo venganza sino de aquellos que con las armas quieren defender sus malas obras. Y en esto que me decís de mi nombre, si terné por bien que se diga ó se encubra, digo que antes me place que el gigante sepa quien yo soy, y que le digais que de aquí no partiré en ninguna manera, hasta que la enmienda que yo demandare se haga á la dueña que aquí me trajo; y si él es tan verdadero como todos dicen, débese poner así como lo yo tenia vencido en este campo para que dél yo haga á toda mi voluntad, que si el no tener sentido cuando de aquí le llevaron algo le escusaba, que agora si lo tiene con ninguna causa que honesta sea se puede escusar.

La dueña se lo agradeció y dijo: Mi señor, no pongais duda en mi marido, que él se porná como lo decís, ó cumplirá lo que le mandáredes, y sin ningun recelo os podeis ir conmigo donde él está. Mi buena amiga, dijo Amadis, de vos sin recelo alguno fiaria yo mi vida, mas témome de la condicion de los jayanes, que muy pocas veces son gobernados y sometidos á la razon, porque su furia en todas las mas cosas los tiene enseñoreados. Verdad es, dijo la dueña; mas por lo que deste conozco vos ruego que sin recelo podeis ir conmigo. Pues que así os place, dijo Amadis, por bien lo tengo. Entonces puso el yelmo en la cabeza, y tomó su escudo y la espada en la mano, y fuese con ella considerando que aquello le podria ser mas seguro que estar como estaba esperando la muerte sin tener ni esperar socorro alguno, que aunque él matara á todos aquellos que le habian tenido cercado, no se pudiera por ende salvar; antes que él pudiera haber navío para se ir, que todos estaban en poder de la gente del gigante, la mesma gente de la ínsula lo mataran; porque como quiera que en las otras partes donde los gigantes tenian señoríos, por sus soberbias y grandes crueldades

eran desamados, no lo era este Balan de los suyos, porque á todos los tenia guardados y defendidos sin les tomar cosa alguna de lo suyo. Pues pensar poderse sostener así solo era imposible, y por esto se aventuró sin mas seguro del primero que le habia dado, y del que la dueña le daba, de se meter en aquel grande alcázar así armado como estaba, y que si le acometiesen, que él haria cosas extrañas antes que lo matasen. Pues así como se os ha contado fue Amadis con la giganta al castillo, y como dentro fue, hiciéronlo saber al gigante como estaba allí el caballero que con él se combatiera, que le queria hablar. El mandó que lo trajesen donde él estaba, y así se hizo. Entrando Amadis en la cámara dijo: Balan, mucho soy quejoso de tí, que viniendo yo te á buscar y poner en tú poder, confiando en tú palabra para me combatir contigo sobre el aseguro que diste á la dueña que por mí fue, y despues al caballero de la ínsula del Infante, tus hombres, quebrando tu verdad, me han querido matar malamente; bien creo que á ti no place ni lo mandaste, que no estabas en disposicion; pero esto no me quitó á mí el peligro, que fuí bien cerca de la muerte; mas como quiera que sea, yo me doy por contento por lo que de tu hijo hiciste. Ruégote Balan que quieras enmendar esta dueña que aquí me trajo, si no no te puedo quitar la batalla hasta que haya cima, aunque ya la hubo, que en mí fue de te matar ó salvar. Yo te amo y precio mas que piensas por el deudo que tienes, con Gandalod, el gigante de la Peña de Galtares, que he sabido que eres con su hija casado; mas aunque esta voluntad te tenga, no puedo escusarme de dar derecho á esta dueña de tí. El gigante le respondió: Caballero, aunque el dolor y pesar que tengo de me ver vencido de un caballero solo sea tan grande y extraña cosa para mí, que lo nunca hasta hoy fue, me sea mas que la muerte, no lo siento tanto como nada en comparacion de lo que mi hijo y mis gentes hicieron; y si mis fuerzas lugar me diesen que por mi persona lo pudiese ejecutar, tú verias

á cuanto se extendia la fuerza de mi palabra; pero no pude mas hacer de te entregar al que lo hizo, aunque este sea el espejo donde su madre y yo nos miramos; y si mas quieres dilo, que tu voluntad será satisfecha. Amadis le dijo: Yo soy contento con lo que hiciste: agora me di qué harás en esto de la dueña. Lo que tú viéres que se puede hacer, dijo el jayan, que su hijo desta deuda no se puede remediar, pues es muerto; ruégote me pidas lo posible. Así será, dijo Amadis, que lo al seria locura. Pues di lo que quieres, dijo él. Lo que yo quiero, dijo Amadis, es que luego hagas soltar al marido de aquella dueña, y á su hija, y á toda su compaña, restituyéndoles todo lo suyo, y que tu hijo sea casado con aquella doncella, que aunque tú eres gran señor, yo te digo que de linaje y de bondad no te debe nada, pues aun de estado y grandeza no estan muy despojados, que demas, de sus grandes posesiones y rentas, gobernador es de uno de los reinos de mi padre.

Entonces el gigante le miró mas que de antes cuando esto le oyó, y díjole: Ruégote por cortesía que me digas quién eres que tanto te has preciado, y quién es tú padre. Sabed, dijo él, que mi padre es el rey Perion de Gaula, y yo soy Amadis su hijo. Cuando esto oyó el gigante, levantó como mejor pudo la cabeza y dijo: ¿Cómo es eso? ¿Es verdad que tú eres aquel Amadis que á mi padre mató? Yo soy dijo él, el que por socorrer al rey Lisuarte, que en punto de muerte estaba, maté un gigante, y dicenme que fue tú padre. Agora te digo, Amadis, dijo el gigante, que esta tan gran osadía en venir á mí tierra yo no sé á la parte que la eche, ó á tú gran esfuerzo, ó á la fama de ser mi palabra tan verdadera. Pero tu gran corazon lo ha causado, que nunca temió ni dejó de acometer y vencer todas las cosas peligrosas; y pues la fortuna te es tan favorable, no es razon que yo de aquí adelante procure de contradecir tus fuerzas, pues que ya me mostró lo que las mias para te dañar bastar; y en esto que me decis de mi hijo, yo te

lo doy que hagas dél á tu voluntad, y no por bueno como lo yo esperaba, mas por malo, porque él no guarda su palabra, y ninguna cosa de loor le puede quedar; y así mesmo doy por quito al caballero, á su hija y á su compaña como lo mandas, y quiero quedar por tu amigo para hacer tu mandado en lo que menester me hubieres. Amadis se lo agradeció y díjole: Por amigo te tengo yo, pues lo eres de Gandalod, y como amigo te ruego que de aquí adelante no sustentes esta mala costumbre en esta ínsula, que sino te conformas con el servicio de Dios siguiendo sus santas doctrinas, todas las otras cosas, annque alguna esperanza de honra y provecho te acarreen, á la fin no te podrán quitar de caer en grandes desventuras; y por esto lo verás que él quiso guiarme aquí, lo que yo no pensaba, y darme esfuerzo para te vencer que segun la grandeza de tu cuerpo, y demasiado esfuerzo de corazon y valentía, no bastaba yo sin la su merced para te hacer ningun daño; mas agora dejemos esto, que yo creo que lo harás como yo lo pido; perdona á tú hijo así por su tierna edad que fue causa de su yerro, como por amor de su madre, que como hermana la tengo, y hacedle venir aquí, y á la doncella, y luego sean casados. Pues que yo estoy determinado, dijo el gigante, de ser tú amigo, todo lo que por bien tuvieres haré. Entonces mandó venir allí al caballero marido de la dueña, y á su hija, y á toda su compaña, que Darioleta con ellos estaba con gran placer de lo ver así atajado, como si del mundo la hicieran señora, y delante la madre y abuela del mozo los desposaron, y Amadis les mandó que luego hiciesen sus bodas. Agora vos quiere la historia mostrar la razon deste casamiento; lo primero por faceros saber como Amadis acabó aquella tan grande aventura á su honra y á la satisfaccion de aquella dueña que allí lo trajo, venciendo al fuerte Balan, atreviéndose, aunque su enemigo era por la muerte del padre, á se meter en la ínsula, donde pasó gran peligro, como oido habeis. Lo otro porque sepais que deste Bravor, hijo de Balan, y de aquella hija de Dariole-

ta, nació un hijo que hubo nombre Galeote, que ya este tomó de la madre, y no fue tan grande de cuerpo ni tan mal tallado como eran los gigantes. Este Galeote fue señor de aquella insula despues de la muerte de Bravor su padre, y casó con una hija de don Galbanes y de la hermosa Madasima; destos nació otro hijo que llamaron Balan como su bisabuelo, así que vinieron sucediendo unos de otros, señoreando siempre aquella ínsula tanto tiempo, hasta que dellos descendió aquel valiente y esforzado don Segurades, primo cormano del caballero anciano que á la corte del rey Artur vino habiendo ciento y veinte años; y los cuarenta postrimeros que habia por su edad dejado las armas, y sin lanza derribó á todos los caballeros de gran nombradia que á la sazon en la corte se hallaron. Pues este Segurades fue en tiempo del rey Uter Padragon, padre del Artur y señor de Gran Bretaña; y este dejó un hijo y señor de aquella ínsula á Bravor del Brun, que por ser demasiado bravo le pusieron aquel nombre, que en aquel lenguaje de entonces por bravo decian Brun. A este Bravor mató Tristan de Leonis en batalla en la misma ínsula donde la fortuna de la mar echó á él y á Iseo Labrunda, hija del rey Langines de Irlanda, y á toda su compaña, trayéndola para ser mujer del rey Mares de Cornualla, su tio; y deste Bravor el Brun, quedó aquel gran príncipe muy esforzado Galeote el Brun, señor de las Luengas ínsulas, gran amigo de Lanzarote del Lago; así que por aquí podeis saber, si habeis leido ó leyéredes el libro de don Tristan y de Lanzarote, donde se hace mencion destos Brunes, de donde vino el fundamento de su linaje; y porque sucedieron de aquel jayan hijo de Balan, siempre los llamaron gigantes, aunque en sus cuerpos no se conformasen con su grandeza dellos por la parte de la mujer, asi como está ya contado, y tambien porque todos los de aquel linaje fueron fuertes y valientes en armas y con mucha parte de la soberbia y follonía donde descendian. Mas agora dejarémos á Amadis en aquella ínsula, donde reposó algunos dias

por se hacer curar las llagas que Balan le habia hecho en la batalla, y porque el gigante y su mujer mucho se lo rogaron, donde fue muy bien servido, y contaros ha la historia lo que Grasandor hizo despues que por el montero le fue dicho el mandado de Amadis, y supo como se iba con la dueña en el batel por la mar. Ya la historia os ha contado como al tiempo que Amadis se partió de la ribera de la mar con la dueña en el batel, y se armó de las armas del caballero muerto, que mandó á un hombre de los suyos que dijese á Grasandor como él se iba, y que hiciese enterrar aquel caballero, y le ganase perdon de su señora Oriana. Pues este hombre se fue luego á la parte donde estaba cazando Grasandor, que de la ida de Amadis nada sabia, antes pensaba que, como los otros, estaba con su perro en el armada donde le habian puesto; y díjole el mandado de Amadis; y cuando Grasandor lo oyó, maravillóse mucho, qué causa tan grande hizo á Amadis partirse dél, y mucho mas de su señora Oriana sin que primero lo viese; y dejó luego la caza, y mandó al montero que le guiase donde el caballero muerto estaba; y como allí llegó vídole estar en el suelo, mas por la mar no vido cosa alguna, que ya el barco en que Amadis iba era traspuesto, y luego hizo cargar el caballero en un palafren, y recogida toda su compaña se tornó á la ínsula Firme, pensando mucho en lo que haria; y llegando al pié de la peña, mandó aquellos hombres que con él venian que enterrasen aquel caballero en el monasterio que allí estaba, que Amadis mandara hacer al tiempo que de la Peña Pobre salió, en reverencia de la Vírgen María, como el segundo libro desta historia lo cuenta, y él se fue donde Oriana, y Mabilia su mujer, y aquellas señoras estaban; y como solo le vieron preguntáronle donde quedaba Amadis, y él les contó todo lo que le aviniera y dél sabia, pero con alegre semblante por no la poner en algun sobresalto. Cuando Oriana lo oyó estuvo una pieza que no pudo hablar con gran turbacion que hubo, y cuando en sí tornó dijo: Bien creo, que pues Amadis se

fue sin vos y sin que yo lo supiese, que no seria sin gran causa. Grasandor le dijo: Mi señora, yo asi lo creo; pero demando perdon por él, que así me lo envió á decir que lo hiciese con el montero que lo vió ir. Mi buen señor, dijo Oriana, mas es menester de rogar á Dios que le guarde por la su merced, que de me rogar á mí que lo perdone, que bien sé que nunca me hizo yerro en ninguna sazon que fuese, ni de aquí adelante lo hará, que tal confianza tengo yo en el grande y verdadero amor que me tiene. ¿Mas qué os parece que se debe hacer? Grasandor le dijo: Paréceme, señora, que será bien irlo á buscar, y si lo hallo pasar aquel bien ó mal que él pasare; que yo no holgaré dia ni noche hasta que lo halle. Todas aquellas señoras estuvieron en esto, en que Grasandor partiese luego; mas Mabilia toda aquella noche no cesó de llorar con él, pensando que en aquel viaje no se podrian escusar grandes peligros y afrentas; pero al fin mas queria la honra de su marido que satisfacer su deseo, y tuvo por bien que así lo hiciese. Pues venida la mañana, Grasandor se levantó y oyó misa, y despidiéndose de Oriana y de Mabilia, y de las otras dueñas, entró en una barca y llevó sus armas y caballo, y dos escuderos con la provision necesaria, y un marinero que lo guiase, se metió en la mar por la misma via que Amadis habia ido. Grasandor anduvo por la mar adelante sin saber á qué parte pudiese ir, sino donde la ventura lo llevase, que otra certidumbre ninguna no tenia, sino tan solamente saber que aquella via Amadis habia llevado. Pues yendo como oís, todo aquel dia y noche y otro dia navegaron sin hallar persona alguna que nuevas les pudiese dar, y su desdicha que lo hizo, que á la segunda noche pasó bien cerca de la ínsula del Infante, y con la gran escuridad no la vieron, que si á ella aportara no pudiera errar de no hallar á Amadis, porque supiera como allí aportara, y como el caballero gobernador de aquella ínsula fuera en su compañía, y luego le guiaran á la ínsula de la Torre Bermeja; pero de otra manera le avino, que aquella no-

che pasó mucho adelante, y anduvo otro dia, y á la noche se halló en la ribera de la mar en una gran playa, y allí mandó Grasandor parar el navío hasta la mañana por saber qué tierra era aquella; y á la mañana vieron la tierra y parecióles que debia ser tierra firme y muy hermosa de grandes arboledas. Grasandor mandó sacar su caballo y armóse, y dijo al marinero que no se partiese de allí hasta que él tornase, porque él queria ver donde habia arribado, y procurar de saber nuevas de aquel que buscaba. Entonces cabalgó en su caballo, y sus escuderos á pie con él, que no tenian palafrenes, porque la barca anduviese mas liviana. Así anduvo gran parte del dia que no halló persona alguna, y maravillóse mucho, que le pareció aquella tierra despoblada, y descabalgó en una halda de la floresta por donde iba cabe una fuente que halló, y los escuderos le dieron de comer, y cuando hubieron comido dijéronle: Señor tornaos á la barca, que esta tierra yerma debe ser. Grasandor les dijo: quedad aquí vosotros, que no podréis tener conmigo, y yo andaré hasta que sepa algunas nuevas, y si no las hallo luego tornaré á vosotros. Los escuderos, que ya de cansados no podian andar, lo encomendaron á Dios, y dijéronle que así lo harian como lo mandaba.

Grasandor se fue por aquella floresta, y al cabo de una pieza halló un valle hondo muy espeso de árboles y al cabo dél vió un monasterio pequeño metido en lo mas espeso dél, y fuese para allá, y llegando á la puerta, hallóla abierta, y descabalgó de su caballo, y arrendólo á las aldabas, y entró dentro, y fuese derecho á la iglesia, y hizo oracion rogando á Dios lo guiase en aquel viaje como las cosas dél fuesen á su honra, y le encaminase donde pudiese hallar á Amadis. Estando así de rodillas vido venir á la iglesia un monge de los blancos, y llamóle y díjole: Padre, ¿qué tierra es esta, ó de que señorío es? El monge le dijo: Esta es del señorío de Irlanda, mas no está agora mucho á su mandar del Rey, porque aquí cerca está un

caballero que se llama Galifon, y con dos hermanos caballeros tan fuertes asi como él, y un castillo de gran fortaleza en que se acoge, ha sojuzgado toda esta montaña de muy buena tierra y lugares asaz ricos, y hace mucho mal á los caballeros andantes que por aquí pasan, que ellos andan todos tres de consuno, y cuando hallan algun caballero escóndense los dos, y uno solo le acomete, y si el caballero del castillo vence estanse quedos, y si le va mal en la batalla, salen los dos, y ligeramente vencen ó matan á el que es solo; y ayer acaeció, que viniendo dos monges desta casa de pedir limosnas por estos lugares vieron como todos tres hermanos vencieron un caballero y lo llegaron muy mal, y aquellos dos padres se lo pidieron rogándoles que por amor de Dios no lo matasen y se lo diesen, pues que en él ya defensa ninguna habia; y tanto les abincaron que lo hubieron de hacer, y trajéronle en un asno, y aquí lo tenemos; y dende á poco llegó otro su compañero, y como esto supo partió de aquí poco antes que vos llegásedes con intencion de morir ó vengar á este que está herido; y ciertamente, el va á gran peligro de su persona. Cuando esto oyó Grasandor dijo al monge que le mostrase al caballero herido, y él lo metió en una celda donde estaba en un lecho, y como lo vió conocióle que era Eliseo, cormano de Landin, sobrino de don Cuadragante; y así mesmo el caballero conoció á él, que muchas veces se vieron y hablaron en la guerra de entre el rey Lisuarte y Amadís. Y cuando Eliseo le vió díjole: ¡O mi buen señor Grasandor! ruégoos por mesura que socorrais á mi cormano Landin que va á gran peligro, y despues os diré mi aventura como me avino, que si os detuviese en os lo contar no le prestaria nada vuestra ayuda. Grasandor dijo: ¿Dónde lo hallaré? En pasando este valle, dijo Eliseo, hallaréis un gran llano, y en él un fuerte castillo, y allí lo hallaréis que va á demandar á un caballero que es señor dél, de quien yo este mal recibí. Grasandor vió luego que era verdad lo que el monge le dijera, y encomendólo á

Dios y cabalgó en su caballo, y fue lo mas presto que pudo en aquel derecho que el monge le mostró, donde mejor podria ver el castillo; y como hubo pasado el valle viólo estar en un otro mas alto que la otra tierra de alderredor; yendo contra él, llegando al cabo de un monte por dó iba, vió á Landin que estaba á la puerta del castillo dando voces, pero no entendia él lo que decia, que estaba algun tanto alejado; y detuvo el caballo entre las matas espesas, que no quiso parecer hasta que viese si Landin habia menester su ayuda. Pues así estando, á poco rato vió salir por la puerta del castillo, á la parte donde Landin estaba, un caballero asaz grande y bien armado, y habló un poco con Landin, y luego se apartaron uno de otro gran pieza, y fuéronse á ferir al mas correr de sus caballos, y diéronse tan grandes encuentros con las lanzas y con los caballos uno con otro, que á ambos les convino caer en tierra grandes caidas, mas el caballero del castillo muy mayor caida, así que fue desacordado; pero levantóse lo mas presto que pudo, y metió mano á su espada para se defender. Landin se levantó, como aquel que muy ligero y valiente era, y vió como su enemigo estaba á punto de lo recibir, y metió mano á su espada, y puso el escudo ante sí, y fuese para él, y el otro así mesmo partió contra él, y diéronse muy grandes golpes de las espadas por encima de los yelmos, así que el fuego salia dellos, y rajaban sus escudos, y desmallaban sus lorigas por muchas partes, de suerte que las espadas llegaban á las carnes, así anduvieron una gran pieza haciéndose todo el mal que podian; mas á poco rato Landin comenzó á mejorar de tal forma, que traia al caballero del castillo á su voluntad, y que ya no entendia en al salvo en se guardar de los golpes sin él poder dar ninguno; y cuando así se vió comenzó á llamar con el espada á los del castillo que lo socorriesen, que mucho tardaban. Entonces salieron dos caballeros al mas correr de sus caballos, con las lanzas en las manos diciendo: Traidor malo, no le mates. Cuando Landin así

los vió venir, púsose para los esperar como buen caballero sin ninguna alteracion de su voluntad, porque ya se tenia él por dicho que yéndole mal al primero que habia de ser socorrido de los dos, y dijoles: Vosotros sois los malos y traidores, que á mala verdad matais á traicion los buenos y leales caballeros. Grasandor, que todo lo miraba, cuando así los vió venir, puso las espuelas á su caballo lo mas recio que pudo, y fue contra ellos diciendo: Dejad el caballero, malos y aleves, y hirió al uno de ellos de tan grande encuentro en el escudo, que lo lanzó por encima de las ancas del caballo, y dió con él tan gran caida, que el brazo diestro sobre que cayó fue quebrado, y tan desacordado fue que no se pudo levantar. El otro caballero fue para dar una lanzada sobre mano á Landin, ó lo atropellar con el caballo; mas no pudo, que él se desvió con tanta ligereza y buen tiento que el otro no le pudo herir, magüer que él cuidó cortarle las piernas al caballo. Grasandor le dijo: Quedad con ese que está á pié, y dejadme este caballero. Cuando Landin esto vió mucho fue alegre, y no pudo pensar quien seria el caballero que á tal sazon le habia socorrido, y tornó luego para el caballero con quien antes se combatia, y dióle con el espada grandes y pesados golpes; y aunque el caballero pugnó cuanto pudo para se defender, no le prestó nada, que Landin le traia á toda su voluntad. Grasandor se heria con el del caballo, dándose grandes golpes de las espadas, que Grasandor, le habia cortado la lanza y le habia herido en la mano, y así estaban todos cuatro haciéndose todo el mal que podian; mas á poco rato Landin derribó el suyo ante sus pies; y cuando esto vió el otro que aun á caballo estaba, comenzó de huir contra el castillo cuanto mas pudo, y Grasandor tras él que no lo dejaba; y como iba desatentado erró el tino de la puente levadiza, y cayó con el caballo en la cava, que muy honda era y llena de agua, así que con el peso de las armas á poco rato fue ahogado, que los del castillo no lo pudieron socorrer, porque Grasan-

dor se puso al cabo de la puente, y Landin que llegó luego encima de otro caballo de los que en el campo habian quedado ; y como vieron el pleito parado y que no habia que hacer, tornáronse entrambos donde habian dejado los caballeros por ver si eran muertos.

Landin dijo: Señor caballero, ¿ quién sois que á tal sazon me socorristes habiéndolo tanto menester ? Grasandor le dijo: Mi señor Landin, yo soy Grasandor vuestro amigo que doy muchas gracias á Dios que os hallé en tiempo que menester me hubiésedes. Cuando Landin esto oyó, fue muy maravillado qué ventura lo pudo traer á aquella tierra, que bien sabia como quedara en la ínsula Firme con Amadis al tiempo que de allí la flota se partió para ir á Sansueña y al reino del Rey Arábigo, y díjole: Buen señor, ¿ quién os trajo en esta tierra tan desviada de donde con Amadis quedastes ? Grasandor le contó todo lo que habeis oido, por donde le conviniera salir á buscar á Amadis, y preguntóle si sabia algo dél. Landin le dijo: Sabed, señor, que Eliseo mi cormano y yo veníamos de donde queda don Cuadragante mi tio y don Bruneo de Bonamar con aquellos caballeros que de la ínsula Firme vistes partir, con mandado de mi tio para el rey Cildadan á le demandar alguna gente, que allí hubimos una batalla con un sobrino del rey Arábigo que se apoderó de la tierra cuando supo que el Rey su tio era vencido y preso, y como quiera que nosotros fuimos vencedores y hicimos gran estrago en los enemigos, recibimos mucho daño, que perdimos mucha gente, y por esta causa venimos para llevar mas ; y habrá tres dias que aportamos en la ínsula del Infante, y allí supimos como un caballero que una dueña traia y un hombre en un batel, dijeron que iban á la ínsula de la Torre Bermeja á se combatir con Balan el gigante, y no me supieron decir por que causa, sino tanto que el gobernador de aquella ínsula fue con aquel caballero á ver la batalla, porque, segun se dice, aquel jayan es el mas valiente que hay en todas las ínsulas, y

segun vos decís que Amadis se partió por la mar con la dueña, creo que no es otro sino este, que á él convenia tal empresa. Mucho me habeis alegrado, dijo Grasandor, con estas nuevas; mas no puedo dejar de ser muy triste por no me hallar con él á tal afrenta como aquella. No os pese, dijo Landin, que aquel no lo hizo Dios sino para le dar por sí solo la honra y fama que todos los del mundo juntos no podrán alcanzar. Agora me decid, dijo Grasandor, como vos avino, que yo hallé en un monasterio acá yuso en un hondo valle á vuestro cormano Eliseo mal llagado, del cual no pude saber que cosa fuese, sino tan solamente que me dijo como vos veníades á combatir con este caballero, y los monges de aquel monasterio me dijeron la mala órden que él y sus hermanos tenian para vencer y deshonrar á los caballeros que con él se combatian, y no supe otra cosa por no me detener. Landin le dijo: Sabed que nosotros salimos ayer de la mar por nos ir por tierra á donde el rey Cildadan está, que estábamos muy enojados de andar sobre el agua; y llegando cerca de aquel monasterio que vistes, encontramos con una doncella que venia llorando, y demandónos ayuda. Yo le pregunté la causa de su llanto, y que si era cosa que justamente la pudiese remediar que lo haria. Ella me dijo que un caballero tenia preso á su esposo contra razon por le tomar una heredad muy buena que tenia en su tierra, y lo tenia en una torre en cadenas, y que era á la diestra parte del monasterio bien dos leguas, y yo tomé fianza de la doncella si me decía verdad, la cual me la hizo; y díjele á mi cormano Eliseo que se quedase en aquel monasterio porque venia mas enojado de la mar, entanto que yo iba con la doncella, y que si Dios me enderezase con bien, que luego me tornaria para él; mas él porfió tanto conmigo que no pude escusar de lo llevar en mi compañía; y yendo por aquel valle entre aquellas matas espesas, y la doncella que nos guiaba entre nosotros, vimos ir un caballero que á lo llano encumbraba armado de un caballo. Entonces Eliseo

me dijo: Cormano, id vos con la doncella, y yo iré á saber de aquel caballero. Así se partió de mi y yo fui con la doncella, y llegué á la torre donde su esposo estaba preso, y llamé al caballero que lo tenia, el cual salió desarmado á hablar conmigo, y como el rostro me vió conocióme luego, y preguntóme que demandaba. Yo le dije lo que la doncella me habia dicho, y que le rogaba que hiciese luego soltar á su esposo y no hiciese mal de allí adelante contra á derecho; y él lo hizo luego por amor de mí, porque en ninguna manera se queria combatir conmigo, y me prometió de lo hacer como lo pedia, y maltratéle mucho, diciendo, que para hombre de tan buena suerte no convenia hacer semejantes cosas; y puédolo hacer, porque este caballero era mi amigo, y anduvimos cuando noveles caballeros algun tiempo en uno buscando las aventuras.

Pues esto despachado, volvíme al monasterio como quedé, y hallé á Eliseo mal herido y preguntéle que fuera dél, y él me dijo: Que yendo tras aquel caballero despues que de mí se partió, dándole voces que tornase; que á cabo de una pieza que tornó á él y hubieron batalla, y que á su parecer muy gran ventaja le tenia, y casi cerca vencido, que salieron otros dos caballeros de la floresta y le encontraron tan fuertemente, que derribaron á él y al caballo, y le hirieron muy mal; y que si Dios no trajera á la sazon por allí dos monges de aquel monasterio, que mucho les rogaron por su vida, que todavía lo acabaran de matar, y por amor dellos lo dejaron, y los monges lo llevaron. Todo esto sé yo, que los monges me lo dijeron, dijo Grasandor, mas de vos no supe sino que os partisteis del monasterio para os combatir con estos malos y desleales caballeros. ¿Mas qué acordais que hagamos dellos si muertos no fueren? Landin dijo: Sepamos en que disposicion estan, y así harémos. Entonces llegaron donde Galifon, señor del castillo, estaba tendido en el suelo, que no tuvo poder de se levantar; pero ya con algo mas de aliento y

acuerdo que de antes lo hallaron, y lo mismo á su hermano, que no era muerto, pero estaba muy mal trecho. Landin llamó dos escuderos, el suyo y el de su cormano que con ellos venian, y hízoles descendir de sus palafrenes, y pusieron aquellos dos caballeros en las sillas atravesados, y los escuderos á las ancas, y fuéronse al monasterio con pensamiento, si Eliseo fuese muerto ó herido de peligro, de los hacer matar, y si estuviese mejorado en salud tomarian otro consejo. Y así llegaron á el monasterio, y hallaron á Eliseo sin peligro alguno, que un monge de aquellos que sabia de aquel menester le habia curado muy bien. A esta sazon, Galifon, señor del castillo, estaba en todo su acuerdo, y como vido á Landin desarmado conocíólo, que así este como sus hermanos todos eran del rey Cildadan. Mas cuando vieron que se iba ayudar al rey Lisuarte á la guerra que con Amadis tenia, estos tres hermanos quedaron en la tierra, que no los pudo llevar consigo, y en tanto que él se detuvo en aquella quistion hicieron ellos mucho daño en aquella comarca, teniendo al rey Cildadan en poco en le ver só el señorío del rey Lisuarte; que cuando la fortuna se muda de buena en mala, no solamente es contraria y adversa en la causa principal, mas en otras cosas muchas que de aquella causa redundan, que se pueden comparar á las circunstancias del pecado mortal, y díjole: Señor Landin, ¿podria yo alcanzar de vos alguna cortesía? Y si pensais que mis malas obras no lo merecen, merézcanlo las vuestras buenas, y no mireis á mis yerros, mas á lo que vos segun quien sois debeis hacer. Landin le dijo: Galifon, no se esperaban de vos tan malas hazañas, que caballero que se crió en casa de tan buen Rey y en compaña de tantos buenos caballeros, mucho estaba obligado á seguir toda virtud; y soy maravillado de así ver estragar vuestra fianza siguiendo vida tan mala. La cobdicia de señorear, dijo Galifon, me desvió de lo que la virtud me obligaba., así como lo ha hecho á otros muchos que mas que yo va-

lian y sabian; pero en vuestra mano está el remedio. ¿Qué quereis que haga? dijo Landin. Que me ganeis perdon del Rey mi señor, dijo él, y yo me porné en la su merced de vuestra parte cuando pueda cabalgar. Sea como lo decís, dijo Landin, que de aquí adelante tomaréis el estilo que á la órden de caballería conviene Así será, dijo Galifon, sin duda ninguna. Pues yo os dejo libres, dijo Landin, tanto que seais de hoy en veinte dias delante del rey Cildadan, mi señor, y hagais lo que él os mandare, y en este comedio yo os ganaré perdon. Califon se lo agradeció mucho, y así como él lo dijo se lo prometió. Pues hecho esto, quedaron allí aquella noche todos, y otro dia de mañana Grasandor oyó misa y despidióse de Landin y de su cormano para se tornar á su barca donde la habia dejado, y con mucho placer en su corazon por las nuevas que Landin le dijera, que por cierto tenia ser Amadis el caballero que aportó á la ínsula del Infante con la dueña, y iba para se combatir con el gigante Balan. Así se tornó por el mismo camino por donde viniera, y llegó á la barca ante que anocheciese, donde halló á sus escuderos con que mucho le plugo, y á ellos con él. Grasandor preguntó si sabria guiar á la ínsula que se llama del Infante. El dijo que sí, que despues que allí llegaron habia bien atinado donde estaban, lo cual luego que allí llegaron no sabian, y que él lo guiaria á aquella ínsula. Pues vamos allá, dijo Grasandor. Así movieron de la playa y anduvieron toda aquella noche, y otro dia á la hora de vísperas llegaron á la ínsula, y Grasandor salió en tierra, y subió suso á la villa, donde le dijeron todo lo que habia acaecido á Amadis con el gigante, que lo supieron del gobernador que allí llegado era; y Grasandor habló con él por mas se certificar, el cual le contó todo cuanto viera de Amadis, así como la historia ha contado.

Grasandor le dijo: Buen señor, tales nuevas me habeis dicho con que hé habido gra placer, y esto no lo digo porque tenga en mucho haber salido Amadis tanto á su hon-

ra desta aventura, que segun las grandes cosas y peligrosas que por él han pasado, á los que las sabemos no nos podemos maravillar de otras ningunas por grandes que sean; mas por le haber hallado, que ciertamente, yo no pudiera recibir descanso ni holganza en ninguna parte en tanto que dél no supiera nuevas. El caballero le dijo: Bien creo que, segun las grandes cosas suenan deste caballero por todas las partes del mundo, que muchas dellas habrán visto aquellos que en alguna sazon en su compañía han andado; pero yo os digo que si esta porque agora pasó todos la pudieran ver como yo la vi, que bien la contarian entre las mas peligrosas. Entonces se dejaron hablar en aquello, y Grasandor le dijo: Ruégoos, caballero, por cortesía que me deis alguno vuestro que me guie á la ínsula donde Amadis está. De grado, dijo él, lo haré, y si alguna provision habeis menester para la mar, dar se os ha. Mucho os lo agradezco, dijo Grasandor, que yo traigo todo lo que me cumple. El caballero de la ínsula dijo: Veis aquí uno que os guiará, que ayer vino de allá. Grasandor se lo agradeció y se metió en su fusta con aquel hombre que lo guiaba, y fue por la mar adelante, y tanto anduvieron que llegaron sin contraste alguno al puerto de la ínsula de la Torre Bermeja, donde Amadis estaba, y luego fue tomado por los hombres del jayan, y le preguntaron qué demandaba. El les dijo que venia á buscar un caballero que se llama Amadis de Gaula, que le dijeron que estaba en aquella ínsula. Verdad decís, dijeron, subid con nos al castillo que allí lo hallaréis. Entonces salió de la barca armado como estaba y subió suso al castillo con aquellos hombres, y cuando á la puerta fue dijeron á Amadis como estaba allí un caballero que le demandaba. Amadis pensó luego que sería alguno de sus amigos, y salió contra la puerta, y cuando vido que era Grasandor fue el mas alegre del mundo, y abrazólo con mucha alegría, y Grasandor así mesmo á él como si mucho tiempo pasara que no se hubieran visto. Amadis le preguntó por su seño-

ra Oriana que tal quedaba, y si recibiera mucho enojo por su venida. Grasandor le dijo: Mi buen señor, ella y todas las otras quedaban muy buenas; y de Oriana no digo que recibió grande afrenta y mucha turbacion cuando por mi lo supo; mas como su discrecion sea tan sobrada, bien cuidó que no sin gran causa hicistes este camino, y no tengais creido que ningun enojo ni saña le queda, sino en pensar tan solamente que no os podrá ver tan presto como lo desea; y como quiera que yo venga á os llamar, placer habré que por mi os detengais aquí cuatro ó cinco dias, porque vengo enojado de la mar. Por bien lo tengo, dijo Amadis, que así se haga, que yo tambien lo he menester, porque aun me siento flaco de unas heridas que hube, de que no soy bien sano, y mucho me hicistes alegre de lo que me decís de mi señora, que en comparacion de su enojo todas las cosas que me podrian venir de grandes afrentas, ni aun la mesma muerte, no las tengo en tanto como nada.

CAPITULO XLIX.

Como estando Amadis en la ínsula de la Torre Bermeja sentado en unas peñas sobre la mar hablando con Grasandor de su señora Oriana, vió venir una flota de quien supo nuevas de la flota que era ida á Sansueña y á las insulas de Landas.

Así como oís estaban en aquella ínsula de la Torre Bermeja Amadis y Grasandor con gran placer, y Amadis siempre preguntaba por su señora Oriana, que en ella eran todos sus deseos y cuidados, que aunque la tenia en su poder, no fallecia un solo punto del amor que siempre le tuvo; antes agora mejor que nunca le fue sojuzgado su corazon, y con mas acatamiento entendia seguir su voluntad, de lo cual era causa que estos grandes amores que entrambos

tuvieron no fueron por accidente, como muchos hacen, que mas presto que aman y desean aborrecen, mas fueron tan entrañables y sobre pensamiento tan honesto y conforme á buena conciencia, que siempre crecieron, asi como lo hacen todas las cosas amadas y fundadas sobre la virtud; pero es al contrario lo que todos generalmente seguimos, que nuestros deseos son mas al contentamiento y satisfaccion de nuestras malas voluntades y apetitos, que á lo que la bondad y razon nos obliga; lo cual en nuestras memorias y ante nuestros ojos debríamos tener, considerando que si todas las cosas dulces y sabrosas fuesen en nuestras bocas puestas, y en fin de la dulzura un sabor amargo quedase, no tan solamente lo dulce se perdia mas la voluntad seria tan alterada, que con lo postrimero grande enojo de lo primero sentiria; así que bien podemos decir que en la fin es lo mas de la gloria y perficion. Pues si esto es asi, ¿ por qué dejamos de conocer que aunque las cosas deshonestas, así de amores como de cualquier calidad, al comienzo trayan dulzura y al fin amargura y arrepentimiento, que las virtuosas y de buena conciencia que al comienzo pasen con la aspereza y amargura, la fin siempre da contentamiento y alegría. Pero en lo deste caballero y su señora no podemos apartar lo malo de lo bueno, ni lo triste de lo alegre, porque desde su comienzo siempre su pensamiento fue en seguir la honesta fin en que agora estaban; y si cuidado y angustias hubo, por otro pasaron, que no fueron pocas como esta historia lo cuenta; no creais que en ellas recibian penas ni pasion, antes mucho descanso y alegría, porque mientras mas veces á la memoria traian sus grandes amores, tantas eran causa de se tener el uno al otro delante sus ojos como si en efecto pasara, lo cual les daba tan gran remedio y consuelo á sus alegres congojas, que de ninguna guisa quisieran de si partir aquella sabrosa membranza. Mas de hablar en esto destos leales amadores, así porque no tienen cabo, como porque grandes tiempos pasaron y pasarán antes que otros

semejantes se vean, ni de quien con tan grande escritura memoria quede. Pues así hablaba Amadis con Grasandor en aquellas cosas que mas les agradaban; y avínoles que estando sentados ambos en unas peñas altas sobre la mar, vieron venir una fusta pequeña derechamente á aquel puerto, y no quisieron de allí partir sin que primero supiesen quién en ella venia. Llegada al puerto, mandaron á un escudero de los de Grasandor que supiese que gente era la que allí arribara, el cual fue luego á lo saber; y cuando volvió dijo: Señores, allí viene un mayordomo de Madasima, mujer de don Galbanes, que pasa á la ínsula de Mongaza. ¿Pues de dónde? dijo Amadis. Señor, dijo el escudero, dicen que á donde está don Galbanes y don Galaor, y no supe dellos mas.

Cuando Amadis esto oyó, descendiéronse él y Grasandor de las peñas, y fuéronse al puerto donde la fusta estaba, y como llegaron conoció Amadis á Nolfon, que así habia nombre el mayordomo, y díjole: Nolfon amigo, mucho soy ledo con vos porque me diréis nuevas de mi hermano don Galaor y de don Galbanes, que despues que de la ínsula Firme partieron nunca las he sabido. Cuando el mayordomo lo vió y conoció que era Amadis, mucho fue maravillado por lo hallar en tal parte, que bien sabia como aquella ínsula era del gigante Balan, el mayor enemigo que Amadis tenia, por le haber ansí muerto á su padre; y salió en tierra, y hincó las rodillas ante él por le besar las manos, mas Amadis lo abrazó y no se las quiso dar. El mayordomo le dijo: Señor, ¿qué aventura fue aquella que aquí vos trajo en esta tierra tan desviada de donde os dejamos? Amadis le dijo: Mi buen amigo, Dios me trajo por un caso que despues sabréis; mas decidme todo lo que de mi hermano y de don Galbanes y Dragonis habeis visto. Señor, dijo él, Dios loado, yo os lo puedo decir muy bien, y cosas de vuestro placer. Sabed que don Galaor y Dragonis partieron de Sobradisa con mucha gente y bien aderezada, y don Galbanes mi señor

se juntó con ellos con toda la mas de la gente que haber pudo de la insula de Mongaza en alta mar, á una roca que por señal tenian, que se llama la Peña de la Doncella Encantadora, no sé si la oistes decir. Amadis le dijo: Por la fe que á Dios debeis, mayordomo, que si algo de las cosas que en esta peña son sabeis, que me las digais, porque don Gavarte de Val Temeroso hubo dicho que seyendo él mal doliente por la mar pasó al pié desta montaña que decís, y que su mal le estorbara de subir suso, y ver muchas cosas que en ella son, y que le dijeron los que las han visto que entre ellas habia una gran aventura en que fallecian de la acabar los caballeros que la probaban. El mayordomo le dijo: Todo lo que desto pude aprender que quedó en memoria de hombres vos diré de grado. Sabed que á aquella peña quedó este nombre, porque tiempo fue que aquella roca fue poblada por una doncella que de allí fue señora, la cual mucho trabajó por saber las artes mágicas, y nigromancia, y aprendiólas de tal manera que todas las cosas que á la voluntad le venian acababa; y el tiempo que vivió allí hizo su morada, la cual tenia la mas hermosa y rica que nunca se vió; y muchas veces acaeció tener alderredor de aquella peña muchas fustas, que por la mar pasaban desde Irlanda á Noruega y Sobradisa á las ínsulas de Landas y á la Profunda ínsula, y por ninguna guisa de allí se podian partir si la doncella no diese á ello lugar, desatando aquellos encantamentos con que ligadas y apremiadas estaban, y dellas tomaba lo que la placia; y si en las fustas venian caballeros, teníalos todo el tiempo que la agradaba, y hacíalos combatir unos con otros hasta que se vencian y aun mataban, que no habian poder de hacer otra cosa, y de aquello tomaba ella mucho placer, y otras cosas muchas que serian luengas de contar; pero como sea cosa muy cierta los que engañan ser engañados y maltrechos en este mundo y en el otro, cayendo en los mesmos lazos que á los otros armaron, á cabo de algun tiempo que esta mala doncella en tanta

riqueza y alegría sus dias pasaba, creyendo penetrar con su grande saber todos los secretos de Dios, fue, permitiéndolo él, traida y engañada por quién nada desto no sabia; y esto fue, que entre aquellos caballeros que allí trajo fue un hombre natural de la isla de Creta, hombre hermoso, y asaz valiente en armas, de edad de veinte y cinco años. Deste fue la doncella con tanta aficion enamorada, que de su sentido la sacaba; de manera, que ni su gran saber, ni la gran resistencia y freno que á su voluntad tan desordenada y vencida ponia, no la pudieron escusar que á este caballero no hiciese señor de aquello que aun hasta allí ninguno poseido habia, que era su persona; con el cual algun tiempo con mucho placer de su ánimo pasó, y él así mesmo con ella, mas por el interés que de allí esperaba que por su hermosura della, de la cual muy poco la naturaleza habia ornado.

Así estando en esta vida aquella doncella y el caballero su amigo, él considerando que en tal parte como aquella tan extraña y apartada, siendo del mundo señor muy poco le aprovechaba, comenzó á pensar que haria porque de aquella prision salir pudiese, y pensó que la dulce palabra y el rostro amoroso con los agradables auctos que en los amores consisten, aun siendo fingidos, tenian mucho de turbar y trastornar el juicio de toda persona que enamorada fuese; y comenzó mas que antes á se le mostrar sojuzgado y apasionado por sus amores, así en lo público como en lo secreto, y rogarla con mucha aficion que no diese lugar á que no pensase que aquello le venia por causa de las fuerzas de sus encantamentos, sino solamente porque su voluntad y querer á ello le inclinaban. Pues tanto la ahincó, que creyendo ella tenerlo enteramente, juzgando por su juzgado y apremiado corazon, que tan sin engaño como ella lo amaba, así lo hacia él, y dejóle libre que de sí pudiese hacer á su guisa. Como él así se vió, deseando mas que ante dejar aquella vida, estando un dia hablando con la doncella á la vista de la mar, co-

mo otras muchas veces, abrazándola, mostrándola mucho amor, dió con ella de la peña á yuso tan gran caida que toda fue hecha á piezas. Como el caballero esto hubo hecho, tomó todo cuanto alli halló y todos los moradores, y ansi hombres como mujeres dejaron la ínsula despoblada, y se fue á la isla de Creta; pero dejó alli en una cámara del mayor palacio de la doncella un gran tesoro, segun dicen, que no lo pudo tomar él ni otro alguno por estar encantado, basta el dia de hoy; y algunos que en los tiempos de los grandes frios, cuando las serpientes se encierran, que se han atrevido á subir á la peña, dicen que han llegado á la puerta de aquella cámara; pero que no han poder de entrar dentro, y que están letras escriptas en la una puerta tan coloradas como sangre, y en la otra otras letras que señalan el caballero que allí ha de entrar y ganar aquel tesoro, sacando primero un espada que está metida hasta la empuñadura por las puertas, y luego serán abiertas. Esto es lo que sé, señor, de lo que me preguntastes. Amadis, cuando lo hubo oido estuvo, un poco pensando como podria él ir á acabar aquello que á tantos habia fallecido, y calló que no dijo nada dello; mas preguntó á Nolfon lo de sus hermanos y sus amigos, y él le dijo: Señor, pues juntas las flotas allí al pie de aquella peña que ois, tomaron la via de la Profunda ínsula; mas no pudo ser su llegada tan secreta que de ante no les fuese á todos manifiesta por algunas personas que por la mar venian, y toda la ínsula se alborotó con un primo hermano del Rey muerto; y como al puerto llegamos ocurrió allí toda la gente, con la cual hubimos una grande y peligrosa batalla, ellos de la tierra y nosotros de los navíos; mas al cabo don Galaor, don Galbanes y Dragonis saltaron en tierra á mal de su grado de los enemigos, y hicieron tal estrago en ellos, y con otros muchos de los nuestros que los ayudaron, que apartaron por aquel cabo la gente de la ribera; así que hubimos lugar de salir de las naos, y luego todos de consuno ferimos en ellos tan recio, que no

nos pudieron sufrir, y volvieron las espaldas; pero las cosas que don Galaor hizo no las podria hombre ninguno contar, que allí cobró todo lo que en tanto tiempo con su gran dolencia habia perdido; y entre los que mató fue aquel capitan primo del Rey, que dió mas aina causa á que toda su gente fuesen por nosotros en la villa encerrados, donde los cercamos por todas partes; mas como todos fuesen hombres de poca suerte y no tuviesen caudillo, que los mas principales de aquella ínsula murieron con el Rey su señor en el socorro de Lubaina; y otros muchos presos, y nos vieron señorear el su campo, y ellos sin remedio de ser socorridos, movieron trato luego que les asegurasen lo suyo, y los dejasen en ello como lo tenian, y se darian; y así se hizo, que no ocho dias despues que allí llegamos fue ganada toda la ínsula y alzado Dragonis por Rey; y porque don Galvanes mi señor y don Galaor fueron heridos, aunque no mal, acordaron de me enviar á mi señora Madasima y á la reina Briolanja á las decir las nuevas; y yo, señor, víneme por aquí por ver á Madasima, tia de mi señora, á quien ella mucho precia y ama, porque es una señora muy noble y de gran bondad, y no con pensamiento de os hallar en esta parte. Amadis hubo gran placer de aquellas nuevas, y dió muchas gracias á Dios porque tal victoria habia dado á su hermano y á aquellos caballeros que él tanto amaba, y preguntóle si sabian algo de lo que don Cuadragante y don Bruneo de Bonamar y los caballeros que con ellos fueron habian hecho. Señor, dijo él, despues que la isla ganamos hallamos en ella algunas personas que huyeron de las ínsulas de Landas y de la ciudad de Arabia pensando que allí estaban á mas salvo, no sabiendo nada de nuestra ida, y dijeron que antes que de allí partiesen habian habido una gran batalla con un sobrino del rey Arábigo, y con la gente de la ciudad y de la isla; pero al cabo los de las ínsulas fueron desbaratados y mal trechos, y que de lo demas no sabian cosa alguna. Con estas nuevas, todos con gran placer subieron al cas-

tillo, y Amadis habló con Balan el gigante, que aun del lecho no era levantado, y dijo que le convenia salir de allí en todo caso, y que le rogaba que mandase dar á Darioleta y á su marido, todo lo que les habia tomado, y la fusta en que allí vinieran porque se fuesen á la ínsula Firme, y que tambien habria placer que con ellos enviasen á su hijo Bravor y á su mujer, porque los viese Oriana, y estuviese con otros donceles de gran guisa que allí estaban hasta que fuese sazon de lo armar caballero, y que él se lo enviaria tan honrado como á hombre de tan alto linaje convenia.

El gigante le dijo: Señor Amadis, así como mi voluntad hasta aquí ha estado con deseo de hacerte todo el mal que pudiere, ansí agora al revés de aquel pensamiento, que yo te amo de buen amor, y me tengo por honrado en ser tu amigo, y esto que mandas se hará luego; y yo cuando me levante y esté en disposicion de trabajar, quiero ir á ver tu casa, y esa ínsula, y estar en tu compañía todo el tiempo que te agradare. Amadis dijo: Así como lo decís se haga, y cree que siempre en mi ternás un hermano, por lo que tú vales y por quien eres, y por el deudo que con Gandalod, al cual mis hermanos y yo en lugar de padre tenemos; y danos licencia que mañana nos queremos ir, y no pongas en olvido lo que me prometes. Pero quiero que sepais que este Balan no hizo aquel camino tan presto como él cuidaba; ante sabiendo que don Bruneo y don Cuadragante tenian cercada la ciudad de Arabia y estaban en alguna necesidad de gente, tomó toda la mas que haber pudo de la ínsula y de las de sus amigos, y fueles á ayudar con tal aparejo, que dió ocasion que aquello que comenzado estaba, con gran honra se acabase, y nunca dellos se partió hasta que aquellos dos señorios de Sansueña, y del rey Arábigo fueron ganados, como adelante la historia lo contará. Mas agora dice la historia que Amadis y Grasandor se partieron un lunes por la mañana de la gran ínsula llamada de la Torre Bermeja, don-

de aquel fuerte gigante llamado Balan era señor, y Amadis rogó á Nolfon, mayordomo de Madasima, que le diese un hombre de los suyos que le guiase á la Peña de la Doncella Encantadora. Nolfon le dijo que le placia, y que si él quisiese subir á la peña, que entonces tenia buen tiempo por ser invierno, y con lo mas frio dél, y que si le mandaba ir con él que de grado lo haria. Amadis se lo agradeció y le dijo que no era menester, que él dejase hecho lo que le habian mandado, que á él le bastaba solamente una guia. En el nombre de Dios, dijo el mayordomo, y él vos guie en esto y en todo lo otro que comenzáredes, como hasta aquí lo habeis hecho. Entonces se despidieron unos de otros, y el mayordomo fué su camino de Anteya, y Amadis y Grasandor movieron por la mar con la guia que llevaban, y bien anduvieron cinco dias que la peña no pudieron ver, aunque el tiempo les hacia muy bueno; al sexto dia, una mañana, viéronla tan alta que no parecia sino que á las nubes tocaba. Pues así anduvieron hasta ser al pié della, y hallaron un barco en la ribera sin persona que lo guardase, de que fueron maravillados; pero bien creyeron que alguno que á la peña era subido lo dejara allí. Amadis dijo á Grasandor: Mi buen señor, yo quisiera subir á esta roca y ver lo que el mayordomo nos dijo, si es así verdad como lo él contó; y mucho vos ruego, aunque alguna congoja sintais, que me aguardeis aquí hasta mañana en la noche que yo podré venir, ó haceros señal desde arriba como me va; y si en este comedio ó al tercero dia no tornare, podréis creer que mi hacienda no va bien, y tomaréis el acuerdo que vos mas agradare. Grasandor le dijo: Mucho me pesa, señor, porque no me tengais por tal que mi esfuerzo baste para sufrir cualquiera afrenta que sea hasta la muerte, en especial hallándome en vuestra compañía, que lo que á vos os sobra de esfuerzo podria muy bien suplir lo que en mí faltare; y el mal ó el bien que desta subida se podrá seguir, quiero que mi parte me quepa. Amadis lo abrazó riendo, y dijo: Mi

señor, no lo tomeis á esa parte lo que yo dije, que ya sabeis vos muy bien si soy testigo de lo que vuestro esfuerzo puede bastar, y pues así os place así se haga como lo decís. Entonces mandaron que les diesen algo de comer, y así fué hecho; y des que hubieron comido lo que les bastaba para tan gran subida y á pié, que á caballo era imposible, tomaron sus armas todas, sino las lanzas, y comenzaron su camino, el cual era todo labrado por la peña arriba, pero muy áspero de subir; y así anduvieron una gran pieza del dia, á las veces andando y otras descansando muchas veces, que con el peso de las armas recibian gran trabajo; y á la mitad de la peña hallaron una casa como ermita, labrada de canto, y dentro estaba una imágen como ídolo de metal con una gran corona en la cabeza, del mismo metal, la cual tenia arrimada á sus pechos una gran tabla cuadrada labrada de aquel metal, y sostenia la imágen con las manos ambas, como que la tenia abrazada, y estaban en ella escriptas unas letras asaz grandes muy bien hechas en griego, que se podian leer muy bien, aunque fueron hechas desde el tiempo que la doncella encantadora allí habia estado, que eran pasados mas de doscientos años; que esta doncella fué hija de un gran sabio en todas artes, natural de la ciudad de Argos, en Grecia, mas en las de la mágica y nigromancia que se llamaba de Finetor, y la hija de tan sotil ingenio que se dió á aprender aquellas artes; y alcanzólas de tal manera que mejor que su padre ni que alguno de aquel tiempo las supo, y vino á poblar aquella peña como dicho es. La forma de como lo hizo, por ser prolijo, y por no salir del cuento que conviene, lo deja la historia de contar. Cuando Amadis y Grasandor entraron en la ermita, sentáronse en un poyo de piedra que en ella hallaron por descansar, y á cabo de una pieza se levantaron y fueron á ver la imágen, que les parecia muy hermosa, y miráronla gran rato, y vieron las letras. Y Amadis las comenzó á leer, que en el tiempo que anduvo por Grecia aprendió ya cuanto

del lenguaje y de la letra griega, y mucho dello le mostró el maestro Elisabat cuando por la mar iba, y tambien le mostró el lenguaje de Alemaña y otras tierras, las cuales él bien sabia, como aquel que era gran sabio en todas las artes, y habia andado muchas provincias, y las letras decian así: *En el tiempo que la Gran ínsula florecerá y será señoreada del poderoso Rey, y ella señora de otros muchos reinos y caballeros por el mundo famosos, serán juntos en uno la alteza de las armas y la flor de hermosura que en su tiempo par no ternán, y dellos saldrá aquel que sacará la espada, con que la del caballero cumplida será, y las fuertes puertas de piedra serán abiertas, que en sí encierran el gran tesoro.* Cuando Amadis hubo leido las letras, dijo á Grasandor: Señor, ¿ habeis leido estas letras? No, dijo él, que no entiendo en que lenguaje son escritas. Amadis dijo todo lo que decian, y le semejaba profecía antigua, y que á su pesar no se acabaria por ninguno dellos aquella aventura; y como quiera que bien pensó que él y Oriana su señora podrian ser estos de quien se habia de engendrar aquel caballero que la acabase; mas desto no dijo nada. Y Grasandor le dijo: Si por vos no se acaba, que sois hijo del mejor caballero del mundo, y aquel que en todo su tiempo en mayor alteza ha tenido y sostenido las armas, y de Reina, que, segun he sabido, fué una de las mas hermosas que en su tiempo hubo, muchos tiempos pasarán antes que haya fin; por esto vamos suso á la peña, y no nos quede cosa alguna por ver y por probar, que así como á otros es cosa extraña acabar una grande aventura, así lo será, y mucho mas á vos, dejarla de acabar si tal acaeciere, y veré yo lo que ninguno hasta hoy pudo ver en vuestro tiempo. Amadis se rió mucho y no le respondió ninguna cosa; pero bien vió que su dicho valia poco, porque ni la bondad de su padre en armas ni la hermosura de su madre, no igualaban con gran parte á lo dél y de Oriana, y díjole: Agora subamos, y si ser pudiere lleguemos suso antes que sea de noche. Entonces salie-

ron de la ermita y comenzaron á subir con gran afan, que la peña era muy alta y agria, y tardaron tanto que antes que á la cumbre llegasen les tomó la noche, asi que les convino quedar debajo de una peña, en la cual toda la noche estuvieron hablando en las cosas pasadas, todo lo mas en sus amigas y mujeres, que allí tenian sus corazones, y en las otras señoras que con ellas estaban; y Amadís le dijo á Grasandor, que si la ira de su señora no temiese, que en bajando de la peña se irian á donde estaba don Cuadragante, don Bruneo y Agrajes, y los otros sus amigos para los ayudar. Grasandor le dijo: Así lo querria yo, pero no conviene que á tal sazon se haga, porque segun vos partistes de la ínsula Firme con tanta presura, y yo con ella os vine á demandar, si acá nos tardamos gran tristeza y dolor se causaria dello á vuestra amiga, especialmente no sabiendo como vos hallé; ansí que ternia por bien que aquella ida á la ver primero que á otra parte que escusar se pueda se cumpliese, y entre tanto sabrémos mas nuevas de aquellos caballeros que decís, y allí tomarémos el mejor acuerdo; y si menester fuere nuestra ayuda hagámosla con mucha mas compañía que con nosotros vayan. Así se haga, dijo Amadís, y sea nuestro camino por la ínsula del Infante, y allí tomarémos un barco para uno destos escuderos en que lleve mi carta al gigante Balan, por la cual le rogaré que desde su ínsula les envie tal recaudo á donde ellos estan, que presto podamos ser avisados de lo que hace en la ínsula Firme, donde nosotros le atenderémos. Mas mucho bien será, dijo Grasandor. Ansi estuvieron debajo de la peña, á las veces hablando y á las veces durmiendo, hasta que el dia vino, que comenzaron á subir aquello poco que les quedaba; y cuando fueron en la cumbre miraron á todas partes, y vieron un llano muy grande, y muchos edificios de casas derribadas, y en medio del llano estaban unos palacios muy grandes, y gran parte dellos derrocados; y luego fueron por los ver, y entraron debajo de un arco

de piedra muy hermoso, encima del cual estaba una imágen de doncella hecha de piedra en muy mucha perficion, y tenia en su mano diestra una péndola de la misma piedra, tomada con su misma mano, como si quisiera escrebir, y en la mano siniestra un rótulo con unas letras en griego que decian desta manera: *La cierta sabiduría es aquella que ante los dioses mas que ante los hombres aprovecha, y la otra es vanidad.* Amadis leyó las letras y dijo á Grasandor lo que decian, y así mismo le dijo: Si los hombres sabios tuviesen conocimiento de la merced que de Dios reciben en les dar tanta parte de su gracia que por ellos sean regidos, aconsejados y gobernados otros muchos; si quisiesen ocupar su saber en haber cuidado de apartar de su ánima aquellas cosas que apartar la pueden de ir con aquella claridad y limpieza, como en el mundo venir la hizo aquel su muy alto y grande Señor, ¡oh bienaventurados serian los tales, y qué fructuoso y provechoso su saber! Pero siendo al contrario como generalmente por nuestra mala inclinacion y condicion nos acaece, empleamos aquel saber que para nuestra salvacion nos fué dado, en las cosas que prometiéndonos honras, deleites, provechos mundanales y perecederos deste mundo, nos hacen perder el otro eterno sin fin, ansí como lo hizo esta sin ventura doncella que en estas pocas letras tan grandes sentencias y doctrinas muestra, y tanto su juicio fué doctado y cumplido de todas las mas sutiles artes, y tan poco de su gran saber tuvo conocimiento ni se supo aprovechar. Pero dejemos agora de hablar en esto, pues que errando como los pasados hemos de seguir lo que siguieron, y vamos adelante á ver lo que se os ofrezca.

Así pasaron por aquel arco, y entraron á un gran corral donde habia unas fuentes de agua, cabe las cuales parecia haber habido grandes edificios que ya estaban derribados, y las casas que al derredor otro tiempo allí fueron no parecia dellas sino tan solamente las paredes de canto

que eran quedadas, que las aguas no habian podido gastar; y ansí mesmo hallaron entre aquellos casares cuevas muchas de las serpientes que allí se acogian, y bien cuidaron que no podrian ver lo que buscaban sin alguna grande afrenta; pero no fue asi, que ninguna dellas ni otra cosa que estorbo les hiciese pudieron ver. Así entraron por las casas adelante embrazados sus escudos, y los yelmos en las cabezas, y las espadas desnudas en las manos, y pasando aquel corral entraron en una gran sala que era bóveda, que la fuerza del betun y del canto pudieron defender que en cabo de tantos años se pudiese ver gran parte de su rica labor; en cabo desta sala vieron unas puertas cerradas de piedra, tan juntas que no parecia cosa que dentro estuviese, y por donde se juntaban estaba metida una espada por ellas hasta la empuñadura, y luego vieron que aquella era la cámara encantada donde estaba el tesoro. Mucho miraron el guarnimiento della, mas no pudieron saber de qué fuese, tan extraño era fecho, especialmente la manzana y la cruz, que lo que el puño cierra semejóles que era de hueso tan claro como el cristal, y tan ardiente y colorado como un fino rubí; y asi mesmo vieron á la parte diestra de una puerta siete letras muy bien atajadas, tan coloradas como viva sangre, y en la otra parte estaban otras letras mucho mas blancas que la piedra, que eran escriptas en latin, que decian así: *En vano se trabajará el caballero que esta espada de aquí quisiere sacar por valentía ni fuerza que en sí haya, si no es aquel que las letras de la imágen figuradas en la tabla que ante sus pechos tiene señala, y que las siete letras de su pecho encendidas como fuego con estas juntará; para este se ha guardado por aquella que con su gran sabiduría alcanzó á saber que en su tiempo ni despues en muchos años vernia otro que igual le fuese.* Cuando Amadis esto vido y miró mucho las letras coloradas luego le vino á la memoria ser tales aquellas como las que su hijo Esplandian tenia en la parte siniestra, y creia que para él, como mejor que todos, y que á él mesmo de bondad

pasaria, estaba aquella aventura reservada, y dijo contra Grasandor: ¿ Qué os parece destas letras ? Paréceme, dijo él, que entiendo bien lo que las blancas dicen, pero las coloradas no las he alcanzado á leer; ni yo tampoco, dijo Amadis, aunque ya á mi parecer en otra parte ví otras semejantes que estas y pienso que vos las vistes. Entonces Grasandor las empezó á mirar mas que de antes y dijo: ¡ Santa María val! estas son las mesmas que vuestro hijo tiene, y á él es otorgada esta aventura. Agora digo que iréis de aquí sin la acabar, y quejaos de vos mesmo que hicistes otro que mas que vos vale. Amadis le dijo: Creed, mi buen amigo, que cuando leimos las letras de la tabla que la imágen de la ermita por donde pasamos tiene pensé esto que me decís, y porque no me tengo yo por tan bueno como allí dice que será el que engendrare aquel caballero no os lo osé decir, y estas letras me hacen creer lo que habeis dicho. Grasandor le dijo riendo y de buen talante : Descindamos de aquí y tornémosnos á nuestra compaña, que segun á mi me parece por un parejo llevarémos de aquí las honras y grandes victorias deste viaje, y dejemos agora esto para aquel doncel Esplandian que comienza á subir donde vos decendís. Así se salieron entrambos habiendo placer el uno con el otro, y cuando fueron fuera de los grandes palacios dijo Amadis : Miremos si aquella cámara encantada tiene otro lugar alguno por donde á ella con algun artificio la pudiesen entrar. Entonces anduvieron á la redonda de los palacios á la parte donde la cámara estaba, y hallaron que era toda de una piedra sin haber en ella junta ninguna. A buen recaudo, dijo Grasandor, esta hacienda está ; bien será que la dejemos á su dueño, y que en fiucia desta espada que venistes á ganar, no dejeis esa vuestra que con tantos sospiros y cuidados y grandes aficiones de vuestro espíritu ganastes. Esto decia Grasandor porque la ganó como el mas alto y leal enamorado que en su tiempo hubo, que no se pudo aquello alcanzar sin que en muchas y fuertes congojas su ánimo puesto fuese, co-

mo la parte segunda desta historia lo cuenta. Entonces se fueron por aquel llano donde les pareció que habia mas poblacion, y hallaron unas albercas muy grandes cabe unas fuentes, y unos baños derribados, y unas casillas pequeñas muy bien hechas con algunas imágenes de metal y antiguas. Pues estando así como oís, vieron venir hácia donde ellos estaban un caballero armado de todas armas blancas, y su espada en la mano, que subiera por el camino mesmo que ellos, que no habia otra subida. Y como á ellos llegó saludólos, y ellos á él, y el caballero les dijo: Caballeros, ¿sois vosotros de la ínsula Firme? Sí, dijeron ellos, ¿porqué lo damandais? Porque hallé acá yuso al pie desta peña unos hombres en una barca, que me dijeron que eran acá suso dos caballeros de la ínsula Firme, y no pude dellos saber sus nombres; y porque yo así mesmo lo soy no querria haber con ninguno que de allí fuese contienda alguna si de paz no fuese, que yo vengo en demanda de un mal caballero, y traigo nuevas como aquí se acogió con una doncella que forzada trae. Amadis cuando esto oyó dijo: Caballero, por cortesía os demando que me digais vuestro nombre ó vos quiteis el yelmo. Si vosotros me decís y asegurais por vuestra fe que sois de la ínsula Firme yo os lo diré, de otra manera escusado será preguntármelo. Yo vos digo, dijo Grasandor, sobre nuestra fe, que somos de allí donde os dijeron.

Entonces el caballero quitó el yelmo de la cabeza y dijo: Agora me podeis conocer si es como he dicho. Como así lo vieron, conocieron que era Gandalin. Amadis fue para él los brazos abiertos y díjole: ¡O mi buen amigo y hermano! que buena ventura ha sido para mi hallarte. Gandalin estuvo muy maravillado, que aun no le conocia, y Grasandor le dijo: Gandalin, Amadis os tiene abrazado. Cuando él esto oyó hincó los hinojos, y tomóle las manos, y besóselas muchas veces; mas Amadis lo levantó y lo tornó á abrazar, como aquel á quien de todo corazon amaba. Entonces se quitaron los yelmos Amadis y Grasandor, y

preguntáronle que ventura lo trajera allí. El les dijo: Buenos señores, eso mesmo os podria yo preguntar segun donde os déjé y el lugar en que agora os hallo tan apartado y esquivo; pero quiero responder á lo que me preguntais. Sabed que estando yo con Agrajes y con los otros caballeros que con él están en aquellas conquistas que sabeis, despues de haber vencido una gran batalla en que mucha gente murió, que con el sobrino del rey Arábigo hubimos, y los encerramos en la gran ciudad de Arabia, un dia entró por la tienda de Agrajes una dueña del reino de Noruega cubierta toda de negro, que se echó á los pies de Agrajes demandándole muy ahincadamente que la quisiese socorrer en una gran tribulacion en que estaba. Agrajes la hizo levantar y la sentó cabe sí, y demandóle que le dijese que cuita era la suya, que él le daria remedio si con justa causa hacer se pudiese. La dueña le dijo: Señor Agrajes, yo soy del reino de Noruega, de donde es mi señora Olinda vuestra mujer; y por ser yo natural y vasallo del Rey su padre, vengo á vos por el deudo y amor que á aquellos señores teneis, á os demandar ayuda de algun caballero bueno que me haga tornar una doncella mi hija, que por fuerza me tomó un mal caballero señor de la gran Torre de la Ribera, porque no se la quise dar por mujer; que él no es del linaje ni sangre que mi hija, antes de poca de suerte, sino que alcanzó á ser señor de aquella torre con que sojuzga mucha de aquella parte donde vive; y mi marido fue primo hermano de don Grumedan, el amo de la reina Brisena de la Gran Bretaña; y nunca por cosas que he hecho me la ha querido tornar; y dice que si por fuerza de armas no, que de otra manera no la espere ver en mi compañía. Agrajes le dijo: Dueña, ¿cómo el Rey vuestro señor no os hace justicia? Señor, dijo ella, el Rey ya es muy viejo y doliente, de forma que ni á él ni á otro puede gobernar. ¿Pues es lejos, dijo Agrajes, donde ese caballero está? No, dijo ella, que en un dia y una noche en buen tiempo pueden llegar allá por

la mar. Como yo esto oí, rogué mucho á Agrajes que me diese licencia para ir con la dueña; que si Dios me diese victoria, me volveria luego para él. Agrajes me la dió, y mandó que en otra aventura no me entremetiese salvo en esta; yo así se lo prometí. Entonces tomé mis armas y mi caballo, y metíme con la dueña en una nave en que ella habia venido, y anduvimos todo lo que de aquel dia quedó y la noche, y otro dia á medio dia salimos en tierra, y la dueña salió conmigo y me guió á la parte donde era la torre del caballero; y como á ella llegamos, yo llegué á la puerta, y respondióme un hombre de una finiestra, diciendo que demandaba. Yo le dije que dijese al caballero señor de aquella torre, que diese luego una doncella que habia tomado á aquella dueña que conmigo traia, ó diese razon por que la podia y debia tener; y si lo no hiciese, que fuese cierto que no saldria persona de aquella torre que no lo matase ó prendiese. El hombre respondió, y dijo: Por lo que tú puedes hacer muy poco darémos acá; pero espera que presto habrás lo que pides. Entonces me aparté de la torre, y dende á una pieza abrieron las puertas, y salió un caballero asaz grande, armado de unas armas jaldes y un gran caballo, y díjome: Caballero amenazador con poco seso que traes, ¿qué es lo que demandas? Yo le dije: No te amenazo ni desafío hasta saber la razon que tienes para tener por fuerza, una doncella, hija desta dueña, que me dice que la tomaste. Pues aunque la dueña diga verdad, dijo él, ¿qué puedes tú hacer sobre ello? Tomar de tí la enmienda, dije yo, si la voluntad de Dios fuere. El caballero dijo: Pues por esta punta de la lanza te la quiero dar, y vínose luego de rondon para mí y yo para él, y hubimos nuestra batalla que duró gran pieza del dia; mas á la fin como yo demandaba la verdad, y aquel defendia lo contrario, quiso Dios darme la victoria; de manera que le tenia tendido á mis pies para le cortar la cabeza, y él me pidió merced de la vida, y que haria en todo mi voluntad; yo le mandé que diese la doncella á

su madre, y que jurase de nunca tomar mujer ninguna contra su voluntad, y él así lo otorgó. Pues esto así hecho soltéle y demandóme licencia para entrar en la torre y que él mesmo me traeria á la doncella, y yo tomé fianza dél y dejéle ir; dende á poco que en la torre entró, salió por otra puerta que hácia la mar tenia, y metióse en un batel con la doncella así armado como estaba, y díjome: Caballero, no te maravilles si no te mantengo verdad, que gran fuerza de amor me lo causa hacer, que sin esta doncella no viviria sola una hora; y pues que á mí mesmo no me puedo sojuzgar ni gobernar, no me pongas culpa, yo te ruego, en cosa que en mí veas; y porque pierdas esperanza de la nunca haber, ni su madre tampoco, veisme como con ella me voy por esta mar á tal parte donde gran tiempo que ninguno de mí ni della sepa. Y como esto dijo, con un remo que en sus manos llevaba partió de la ribera á mas andar, y fuese por la mar adelante, y la doncella con él llorando muy dolorosamente. Cuando yo esto ví, hube tan gran dolor y pesar, que quisiera mas la muerte que la vida; porque la dueña que allí me trajo, rasgó sus tocas y vestiduras delante de mí, haciendo el mayor duelo del mundo, que era muy gran dolor de la ver, diciendo que mayor mal habia recibido de mí que del caballero, porque estando en aquella torre su hija, siempre tenia esperanza de la cobrar, la cual agora del todo cesaba, pues que la via ir á parte donde nunca sus ojos la podrian ver; de lo cual habia yo sido la causa, que como quiera que supe vencer al caballero, no fue mi discrecion bastante para dar dél el derecho que ella esperaba, y que no solamente no me agradecia lo que por ella habia hecho, mas que á todo el mundo se quejaria de mí. Yo la consoló lo mas que pude y le dije: Dueña, yo me tengo por muy culpado, pues que no supe dar cabo en esto para que me trajistes, que debiera pensar que caballero que con tanta deslealtad tenia por fuerza vuestra hija, que así en todas las otras cosas seria de poca virtud; pero pues que así es,

yo prometo que nunca huelgue ni haya descanso hasta que por la mar ó por la tierra lo halle y os traiga la doncella, ó muera en la demanda; solamente os ruego, pues quedais en vuestra tierra, me deis la barca y uno de vuestros hombres que la guie. La dueña, algo consolada, dijo que la tomase, y mandó á un hombre de los suyos que conmigo fuese, y mirase bien lo que le prometia y lo que haria en esto.

Con esto me despedí della, y torné por el camino que allí habia venido, y cuando á la barca llegué era ya noche cerrada, así que hube de esperar á la mañana; la cual venida, tomé la via que al caballero con la doncella ví llevar, y anduve aquel dia todo sin dél saber nuevas algunas; y así he andado otros cinco dias navegando á todas partes donde la ventura me guiaba, y esta mañana hallé unos hombres que andaban pescando, y dijéronme que habian visto venir un caballero en un batel armado y que traia consigo una doncella, y que llevaba la via desta peña. Como esta nueva supe, mandé al hombre que me guiaba que aquí me trajese; y cuando llegué al pie de de la peña hallé vuestra compaña, y un barco vacío desviado dellos, y preguntéles por nuevas del caballero y de la doncella; y dijéronme que no lo habian visto, sino solamente aquel batel vacío que allí estaba, y por esta causa subí aquí encima, que creo sin duda que aquí se acogió este desleal caballero; y tambien por probar una aventura, que aquellos pescadores me dijeron que en esta peña había una cámara encantada, y sino que supiese decir nuevas della á los que della no saben. Grasandor le dijo riendo: Mi buen amigo Gandalin, en lo del caballero y la doncella se ponga remedio, que en esto que decís desta aventura quedará para mas despacio, que no es tan ligero de acabar. Entonces le contaron todo lo que les aconteciera, de lo cual Gandalin fue muy maravillado. Amadis le dijo: Nosotros hemos andado gran parte deste llano y destas cosas, pero no hemos visto persona alguna; mas pues así es,

busquémoslo todo porque satisfagas tú voluntad. Y luego todos tres comenzaron á buscarlo por aquellas casas derribadas, y á poco de rato hallaron dentro en un baño al caballero con la doncella, el cual, como los vido, salió luego fuera trayéndola por la mano, y dijo: Señores caballeros, ¿á quién buscais? A vos, don mal hombre, dijo Gandalin, que ya no vos podrán valer vuestros engaños y mentiras que no me pagueis la burla que me hicistes, y el trabajo que tomé en vos hallar. El caballero le conoció luego en las armas blancas, que aquel era el que lo tenia vencido, y díjole: Caballero, ya te dije que el gran amor que á esta doncella tengo me hace que no sea señor de mí, y si tú ó alguno desos caballeros sabe que cosa es amor verdadero, no me culpará de cosa que haga. Tó haz de mí lo que fuere tu voluntad, en tal que si la muerte no, otra cosa no me apartará desta mujer. Amadis, cuando esto le oyó decir, bien juzgó por su corazon y por los grandes amores que siempre tuviera á su señora, que el caballero era sin culpa, pues que su poder no bastaba para se mas forzar, y dijo: Caballero, como quiera que eso que decís algo escuse vuestra culpa, ni por eso ese que os demanda debe dejar de dar derecho de vos á la madre desa doncella, que si así no lo hiciese con mucha razon seria culpado ante los hombres buenos. El caballero le dijo: Buen señor, así lo conozco yo, y si á él le pluguiere yo me ponga en su poder para que me lleve á la dueña que decís, á cuya requesta se combatió conmigo, que de mí haga su voluntad y me sea ayudador; pues que la hija está de mí contenta, que lo esté la madre y me la dé por mujer. Amadis preguntó á la doncella si decia verdad el caballero. Ella respondió, que aunque hasta allí habia estado en su poder contra toda su voluntad, que viendo el gran amor que la tenia y á lo que por ella se habia puesto, que ya era otorgado su corazon de lo querer y amar y le tomar por marido. Amadis dijo á Gandalin: Llévalos entrambos y mételos en mano de aquella dueña, y en lo que pudieres adereza

como la haya por mujer, pues que á ella le place. Con esto descendieron todos de la peña abajo, y durmieron aquella noche en la ermita de la imágen de metal, y allí cenaron de lo que el caballero y la doncella para sí tenian. Gandalin se despidió dellos y se fue con el caballero y la doncella; pero antes hablaron Amadis y Grasandor con él, y le dijeron que les encomendase mucho á Agrajes y á aquellos sus amigos, y que si necesidad de gente tuviesen que se lo hiciesen saber en la ínsula Firme, que ellos irian ó se la enviarian luego.

Así se partieron unos de otros, y Gandalin llegado á la casa de la dueña puso en su mano al caballero y á su hija; y así como aquella doncella, con el amor que el caballero le mostró, fué su propósito mudado, como las mujeres acostumbran hacer, así la madre por ventura siendo de la misma naturaleza que su hija, mudó el suyo con lo que Gandalin le dijo, y otros algunos que en ello aderezar quisieron; de manera que á placer y contentamiento de todos fueron casados. Esto hecho, Gandalin se tornó á donde Agrajes estaba, que mucho con él le plugo por las nuevas que de Amadis le dijo, y halló que todos estaban muy alegres por las buenas venturas que en aquel cerco les habian venido, porque despues que á sus enemigos encerraron en aquella ciudad, como ya oistes, habian habido grandes peleas, en que los mas y mejores caballeros que dentro estaban eran muertos ó tollidos, y tambien con la venida de don Galaor y don Galbanes, que como dejaron en la Profunda ínsula por rey á Dragonis, sin ningun entrevalo muy prestamente entraron en su flota y fueron ayudar; que así como acaece que los dolientes cuando de gran dolencia se levantan y van cobrando salud, nunca piensan sino en las cosas mas conformes á su querer y voluntad, y con aquello creen desechar del todo lo que del mal les queda; así este rey de Sobradisa don Galaor, viéndose escapado de aquella gran dolencia, en que muchas veces al punto de la muerte llegado se vió, no pen-

saba él de dar contentamiento á su voluntad, ni reformar su salud con aquellas cosas que su bravo y fuerte corazon le demandaba, que en esto era todo su vicio y gran placer, como aquel que desde el dia que su hermano Amadis le armó caballero delante del castillo de la Calzada, siendo presente Urganda la Desconocida, nunca de su memoria se apartó querer saber todo lo que á la órden de caballería tocaba y lo poner en obra, como en todas las partes que esta grande historia dél hace mencion lo cuenta, no se mirando agora en se ver rey poderoso, con aquella tan hermosa reina Briolanja; y que segun las proezas que por él pasado habian, con mucha causa y razon pudiera por gran espacio de tiempo reposar y dar holganza á su espíritu; mas considerando que la honra no tiene cabo, y que es tan delicada que con muy poco olvido se puede escurecer, en especial á los que en la cumbre della la fortuna les ha puesto; dejándolo todo aparte, quiso este esforzado Rey tomar la empresa de ayudar á Dragonis como ya oistes, y no ser contento con el cabo de aquella afrenta ni trabajo, sino luego se ir á la mayor priesa que pudo, ayudar aquellos caballeros sus grandes amigos. ¡Oh! cómo debrian esto considerar aquellos que en este mundo fueron nacidos para seguir el tal auto de la caballería, y como debrian pensar que, aunque algun tiempo de su honra den buena cuenta, que dejando aquella gran obligacion que sobre sí tienen, no solamente las armas se toman de orin, mas la fama dellos tan cubierta, que por el muchos tiempos no lo puede de sí desechar; que así como los oficiales de cualquier oficio tratándolo con diligencia son, segun sus estados, en honra sin necesidad puestos, y olvidándolo, con flojura y poco cuidado pierden lo ganado, viniendo en pobreza y miseria; así los caballeros por el semejante, perdiendo el cuidado de lo que hacer deben, sus honras, sus famas y virtudes de gran mengua y miseria son combatidos y derribados. Y este noble rey don Galaor, por no caer en este yerro, teniendo siempre al rey

Perion su padre delante, y á sus hermanos, que eran los que habeis oido. En la hora que fué lo de la Profunda ínsula despachado, se partió como se os ha contado, con don Galbanes á ayudarle á que lo otro de ganar se acabase, y su venida puso tan gran esfuerzo á los de su parte y á los contrarios tal espanto, que desde el dia que allí llegaron nunca mas tuvieron osadía de salir de los muros afuera; de forma, que en poco espacio de tiempo todo aquel reino esperaban ganar. Mas agora los dejarémos en sus reales acordando de combatir sus enemigos, pues que á ellos salir no osaban, y contar vos ha la historia de Amadis y Grasandor despues que de Gandalin se partieran de la Peña de la Doncella Encantadora y se iban á la ínsula Firme. La historia dice que despues que Amadis y Grasandor se partieron de Gandalin, que navegaron tanto por la mar que sin contraste ni estorbo alguno llegaron al gran puerto de la ínsula Firme una mañana, y saliendo de la barca cabalgaron en sus caballos así armados como iban, y antes que al castillo subiesen entraron á hacer oracion en el monasterio que al pié de la peña estaba, que Amadis mandó hacer á la sazon que de la Peña Pobre salió, así como lo habia prometido, delante de la Vírgen María que en la ermita estaba entonces; y llegando á la puerta hallaron allí una dueña vestida de paños negros, y dos escuderos con ella, y sus palafrenes cerca de sí. Ellos la saludaron, y ella así mismo á ellos, y en tanto que Amadis y Grasandor estuvieron de rodillas ante el altar, la dueña supo de algunos del monasterio como aquel era Amadis, y atendiólo á la puerta de la iglesia, y como lo vió venir fué contra él llorando, y hincó las rodillas en tierra y díjole: Mi señor Amadis, ¿no sois vos aquel caballero que á los atribulados socorreis, en especial á las dueñas y doncellas? Ciertamente, si así no fuese, no seria la vuestra gran fama por todas las partes del mundo con tanta prez divulgada. Pues yo como una de las mas tristes y sin ventura os demando misericordia y piedad. Entonces le

trabó por la falda de la loriga con las manos ambas, tan fuerte, que solo un paso no lo dejaba andar. Amadis la quiso levantar mas no pudo, y díjole: Buena amiga, decidme quien sois y para que quereis mi acorro, que segun la gran tristeza vuestra, aunque á todas las otras dueñas falleciese, por vos sola pornia mi persona á todo peligro y afrenta que me venir pudiese. La dueña le dijo: Quien yo soy no lo sabréis hasta tanto que de vos tenga certidumbre que haréis mi ruego; pero lo que yo demando es, que siendo casada con un caballero que mucho amo, su gran desventura y mia lo ha traido á estar en prision del mayor enemigo que en este mundo tiene; della no puede salir ni me puede ser restituido si por vuestra persona no, y creed que estas mis rodillas nunca deste suelo serán levantadas, ni quitadas mis manos desta loriga, si con gran desmesura y descortesía no me las haceis quitar, hasta que por vos me sea otorgado esto que demando. Cuando Amadis así la vió estar y oyó lo que decia, no sabia que le responder, que habia miedo de captivar su palabra en cosa que despues á gran vergüenza se le tornase; pero como tan fieramente la vió llorar, y trabada tan recio de su loriga, y las rodillas en tierra, fué á piedad movido, que olvidando de sacar la fianza de la socorrer con justa causa le dijo: Dueña, decidme quien sois y yo os prometo sacar á vuestro marido donde está preso, y os lo dar si por mi acabar se puede. Entonces la dueña lo trabó de las manos y afuerza le besó, y dijo contra Grasandor: Señor caballero, mirad lo que Amadis me promete; y luego dijo: Sabed, mi señor, Amadis que yo soy mujer de Arcalaus el encantador, el cual vos teneis preso; demandoos que me lo deis y lo pongais en tal parte que no tema de le perder esta vez, que vos sois el mayor enemigo que él tiene, y como á enemigo mortal para lo hacer amigo si puedo lo demando. Cuando Amadis esto oyó fué muy turbado en se ver engañado de aquella dueña con tal arte, y si camino honesto hallara para no lo cumplir

de grado lo hiciera, temiendo mas el peligro y el daño que de aquel caballero podria redundar á muchos, que se lo no merecian, que á lo que dél le podria redundar, ni se curaba del daño que por causa dél le podria venir; pero viendo la gran causa que aquella dueña tuvo, y que con ninguna razon siendo tan obligada á la salvacion de su marido la podian culpar, y sobre todo querer que su palabra y verdad por ninguna manera por dudosa se juzgase, acordó de hacer lo que le pedia y díjole: Dueña, mucho me habeis pedido, que podeis ser bien cierta que por mayor afrenta tengo el doblar mi voluntad á que en lo que me demandais consienta, que en esforzar mi corazon para sacar á vuestro marido por fuerza de armas de donde quiera que él estuviese, por peligro que en ello se aventurase; y bien puedo decir que desde la hora que caballero fuí nunca servicio ni socorro que á dueña ni doncella hiciese fué contra mi voluntad, si este no. Entonces cabalgaron él y Grasandor en sus caballos, y Amadis dijo á la dueña que en pos dellos se fuese, y subiéronse al castillo. Cuando Oriana y Mabilia supieron su venida, el gran placer y gozo que dello hubieron no se puede decir, y luego ellas y todas las otras señoras que allí estaban les salieron á recibir á la entrada de la huerta do ellas posaban. Los autos y cortesías con que Amadis y su señora se recibieron será escusado de decirlo; porque como quiera que hasta aquí como de enamorados se hacia dello mencion, agora ya como de casados se deben poner en olvido, aunque con aquel verdadero amor que siempre fué pasen. Olinda y Grasinda abrazaron á Amadis y Grasandor, y juntos todos se acogieron á sus aposentos, que en la gran torre que ahí oistes tenian, que en aquella huerta estaba, donde holgaron con mucho placer, como aquellos que de todo su corazon se amaban. Amadis mandó aposentar la dueña y que le diesen todo lo que hubiese menester, y otro dia de mañana oyeron misa con Grasinda en su aposentamiento; y luego que fué dicha, la mujer de Arcalaus

demandó á Amadis que cumpliese su promesa. El la dijo que lo tenia por bien. Entonces se fueron todos juntos como allí estaban al alcázar donde Arcalaus preso estaba en la jaula de hierro, que des que Amadis habló con él en la villa de Lubaina, donde lo prendieron, nunca mas lo quiso ver, ni aquellos señores le habian visto; porque sino cuando salieron á recibir al rey Lisuarte, y el dia de las bodas, nunca de aquella huerta habian salido; y como llegaron, halláronle vestido de una aljuba aforrada en pieles de unas animalías que en aquella ínsula se tomaban, que era muy preciado, que don Gandales, su amo de Amadis, le hiciera por ser invierno, leyendo en un libro que le envió de muy buenos ejemplos y doctrinas contra las adversidades de la fortuna; y tenia la barba muy luenga y cana, y como era muy grande de cuerpo y feo de rostro, y siempre lo tenia muy sañudo, y en aquella sazon cuando lo vió venir contra sí mucho mas.

Aquellas señoras fueron muy espantadas de lo ver, especialmente Oriana, que le vino á la memoria cuando por fuerza la llevaba, y la quitó de sus manos Amadis, á él y á otros cuatro caballeros, como lo cuenta el primero libro desta historia. Y cuando llegaron él dejó de leer, y levantóse en pie, y vido á su mujer, mas no dijo nada. Amadís le dijo: Arcalaus, ¿conoces esta dueña? Si conozco, dijo él. ¿Has habido placer con su venida? Si es por bien, dijo él, tú lo puedes juzgar; pero si otro fructo no trae mas del que parece, es al contrario; que como yo esté en mi voluntad determinado de sufrir todo el mal que venir me puede, y á mi corazon tengo á ello sojuzgado, sino fuese que su vista me pusiese en esperanza de algun descanso, es causa para mí de mayor dolor. Amadis le dijo: ¿Si con su venida eres libre desta prision, agradecérmelo has y conocer lo que has para adelante? Si de tu propia voluntad, dijo él, enviasteis á por ella para hacer lo que decís, siempre lo terné en mucho. Mas si ella se vino sin tu placer ni sabiduría, y si algo le has prometido, no te puedo yo dar

gracias, porque las buenas obras que mas costriñendo la necesidad que caridad se hacen, no son dinas de mucho mérito; y por esto te ruego mucho que me digas, si por bien tuvieres, ¿qué causa le movió á ella y á ti con estas dueñas de me venir á ver? Amadis le dijo: Yo te diré verdad de todo lo que ha pasado, y mucho te ruego que me la digas en tu respuesta. Entonces le contó como su mujer por engaño le habia demandado un don, y como le habia pedido que le soltase, y todo lo que él respondió, que no le faltó ninguna cosa. Arcalaus le dijo á Amadis: Como quiera que á mi hacienda avenga, yo te diré la verdad enteramente de lo que en la voluntad tengo, pues que la deseas saber. Si cuando en Lubaina te pedí piedad y misericordia la hubieras de mi, restituyéndome en mi libre poder, cree verdaderamente que todo el tiempo de mi vida te fuera obligado, y siempre hallaras en mis obras verdadero amigo; mas haciéndolo agora no lo deseando ni lo pudiendo escusar, así como con enemigo me haces esta buena obra, así con ella yo la recibo para la tener en aquel grado que merece, que aun tú me ternias en poco y de muy flaco corazon si por lo que te debo querer mal te diese gracias. Gran placer he habido, dijo Amadis, de lo que has dicho; y dices verdad, que por te sacar de aquí no me debes ser en cargo ninguno, que ciertamente determinado estaba de tenerte mucho tiempo, creyendo que mas convenible cosa era darte la pena que merecias, que no que tú la dieses á muchos que no la merecieron; pero por la promesa que á esta dueña hice yo te mandaré sacar desa prision y ponerte en salvo. Una cosa te ruego, que aunque á mi tu voluntad no perdone, y me trates con aquella enemiga que siempre en los tiempos pasados me tuviste, que perdones á los otros que te nunca hicieron mal; y esto hazlo por aquel Señor, que cuando mas sin esperanza estabas de tu deliberacion y yo de te la otorgar, tuvo por bien de poner remedio á tus males, que así lo hace con su sobrada misericordia con los malos despues de los haber tentado, porque con semejantes

azotes y fatigas pongan fin á la obras que contra su servicio son; y cuando has este conocimiento, dales en este mundo buena postrimería, y en el otro bienaventurado placer, que es sin fin; y si al contrario se lo da, ejecutando la justicia con la pena que merecen, sin les dar esperanza alguna ni remedio á sus ánimas despues que destos desaventurados cuerpos son salidas. Arcalaus le dijo: En lo que á ti toca, conocido está que en ninguna manera te podria querer bien ni dejar de te hacer el mal que pudiere. En los otros que dices, no sé lo que haré, porque segun mi costumbre tan envejecida, y con ella haya hecho tantos males, poca esperanza me queda en aquel Señor que dices que me dará su gracia sin se lo merecer, porque sin ella no podria mi condicion resistir ni contrastar una cosa tan dura y tan fuera de su querer; y puesto que bastase, no lo haria por tu consejo, porque conmigo no ganases la gloria que con todos los otros has ganado; y si alguna merced de Dios he recibido, no es otra, salvo no te dar gracias, ni te poner en el corazon que cuando yo con tanta humildad te lo demandé me soltases, antes quiso que fuese á pesar tuyo, y tanto contra tu voluntad, que no quedase cosa alguna en que encargo te pudiese ser. Mucho fueron espantados aquellos señores de oir lo que Arcalaus dijo, y mucho rogaron á Amadis que no lo soltase, porque mas erraria contra Dios en dar causa que aquel mal hombre, estando libre, libremente pudiese ejecutar sus malos deseos, que teniéndole preso de su promesa faltase. Amadis les dijo: Mis señores, así como muchas veces acaece que con las grandes adversidades las personas son corregidas y enmendadas, teniendo los ánimos muy fuertes y firmes en la esperanza y misericordia de Dios; así los que desto carecen, aquellas mismas son causa de su desesperacion, por donde sin ningun remedio son dañados, y así podria acaecer á este Arcalaus si mas aquí lo tuviese, conociendo que en él no cabe de ser enmendado ni corregido por esta via, yo guardaré mi palabra y verdad, y lo al déjolo á aquel

Señor que en un momento le puede traer á su santo servicio, como á otros muchos mas pecadores lo ha hecho. Con esto se partieron de su habla, y la dueña por mandado de Amadis fue metida en la jaula de hierro con su marido porque le hiciese compañía aquella noche, y él con aquellas señoras se tornó á la torre de la huerta. Y otro dia de mañana mandó Amadis llamar á Isanjo, gobernador de la ínsula, y rogóle que sacase á Arcalaus y su mujer de la prision, y le diese un caballo y armas, y mandase á sus hijos que con diez caballeros le pusiesen en salvo donde él fuese contento y su mujer satisfecha de lo que le habia demandado; lo cual así se hizo, que los hijos de Isanjo fueron con él hasta el su castillo de Valderin, que le dejaron ir con su mujer. Y queriéndose despedir díjoles Arcalaus: Caballeros, decid á Amadis que á las bestias bravas y á las animalías brutas suelen poner en las jaulas, que no á los tales caballeros como yo, que se guarde bien de mí, que yo espero presto vengarme dél, aunque tenga en su ayuda aquella mala puta de Urganda la Desconocida. Ellos le dijeron: Por ese camino presto tornaréis á donde salistes, y con esto se tornaron.

Puédese creer aquí que como esta dueña, mujer de Arcalaus, fue muy piadosa y muy temerosa de Dios, y de todas las cosas de muertes y cruezas que su marido hacia, habia ella muy gran pesar y dolor en su corazon, escusando dellas todas las que podia, que por sus méritos alcanzó esta gracia de sacar á su marido de donde todos los del mundo no lo pudieran hacer. Así que la buena dueña y muy devota mujer, debe ser muy preciada y en mucho tenida, porque muy muchas veces Dios nuestro señor permite que la hacienda, hijos y marido sean de grandes peligros guardados. Pues, como ya oistes, estaban Amadis y Grasandor en la ínsula Firme con sus mujeres á muy gran placer y contento de sus corazones, donde á poco tiempo llegó la dueña Darioleta, su marido, y la hija con su marido Bravor, que acrecentaron mucho su alegría.

Mas por agora deja la historia de contar dellos, y contará por extenso lo que Balan el gigante, señor de la ínsula de Torre Bermeja, hizo. Dice la historia que á los quince dias que Amadis y Grasandor partieron de la ínsula de la Torre Bermeja, donde dejaron mal trecho al gigante Balan, que el gigante se levantó de su lecho, y mandó dar á Darioleta á su marido y á su hija muchas joyas preciadas, y una fusta muy buena en que se fuesen; y envió con ellos á Bravor, su hijo, así como se lo habia prometido á Amadis; y luego que de allí estos se partieron, él hizo aparejar una flota muy grande, así de sus fustas, que muchas tenia, como de otras que habia tomado á los que por allí caminaban; y guarneciose de armas, gentes y viandas cuantas pudo, y metiose en la mar con muy buen tiempo enderezado, y tanto anduvo sin contraste alguno, que á los diez dias llegó al puerto de una villa pequeña que habia nombre Licrea, del señorío del rey Arábigo, y allí supo como aquellos señores tenian cercada la gran ciudad de Arabia, y el cerco muy apretado, especialmente despues que llegó allí el rey de Sobradisa don Galaor, y don Galbanes; y luego hizo salir su gente en tierra, y que sacasen sus caballos y armas, los ballesteros y archeros, y de todos los otros aparejos del real, dejando en la flota tal recaudo con que segura quedase; y se fue derechamente á parte donde supo que el rey don Galaor y don Galbanes tenian su aposentamiento; y como ellos supieron su venida por sus mensajeros del gigante, cabalgaron con gran compaña, y salieron á recibirlo. El gigante llegó con su buena compaña, y él armado de muy ricas armas, montado encima de un hermoso y gran caballo, así que pocos pudiera haber que tan bien y tan apuestos como él pareciesen de su grandeza. Ellos ya sabian lo que le aviniera con Amadis, que Gandalin se lo habia contado todo como pasó, y don Galaor puso adelante á don Galbanes, que aunque en señorío no era igual, era en mucha mas edad crecido que él; y por esta causa, y tambien por el su gran linaje donde

venia y por las buenas maneras de su condicion, siempre Amadis, y sus hermanos, y Agrajes le cataron mucha cortesía. El gigante no lo conocia, que nunca lo viera, aunque sabia muy bien por entero todo su hecho, porque Madasima, su mujer deste don Galbanes, era sobrina de Madasima, madre deste gigante, como se os ha ya contado; y como él llegó dijo el gigante: Mi buen señor, ¿sois vos don Galaor? No, dijo él, sino don Galbanes, que mucho os ha deseado. Entonces el gigante lo abrazó y le dijo: Señor don Galbanes, segun el deudo tenemos, no hubiera pasado tanto espacio de tiempo sin que me viérades, mas la enemiga que yo tenia con quién vos tan grande amistad teneis, dió causa á la tardanza dello; pero esta ya fuera va por la mano de aquel que en discrecion ni esfuerzo no tiene par. El rey Galaor llegó riendo y de buen talante á lo abrazar, y dijo: Mi buen amigo y señor, yo soy aquel por quién preguntais. Balan dijo: Verdaderamente, buen testigo es dello vuestro gesto, segun aquel por quién vos deseaba conocer. Esto decia el gigante porque Amadis y don Galaor se parecian mucho, tanto, que en muchas partes tenian al uno por el otro, salvo que don Galaor era algo mas alto de cuerpo, y Amadis mas espeso. Esto hecho, tomaron al rey don Galaor en medio, y fuéronse á su real, y don Galbanes llevó á Balan á su tienda, en tanto que su aposentamiento se hacia, donde fue servido como al uno y al otro se requeria.

CAPITULO L.

Como don Cuadragante, Agrajes y don Brunoo de Bonamar con otros muchos caballeros vinieron á ver al gigante Balan, y lo que con él pasaron.

Don Cuadragante, Agrajes y don Bruneo, como supieron la venida de aquel gigante, tomaron consigo á Angriote, á

don Gavarte, á Palomir y á don Brian de Monjaste, con otros muchos caballeros que con ellos estaban: y fueron al real del rey don Galaor, y don Galvanes, donde Balan estaba, y halláronlo en la tienda de don Galvanes, que era muy rica, que la hubo con Madasima su mujer que le quedó de su padre Jamongomadan. Esta tienda cada año la hacia armar en una vega que delante del castillo Ferviente estaba, y hacia sentar en un rico estrado á su hijo Basagante y á todos sus parientes, y le obedecian como á su señor por su gran fortaleza y riqueza, y sus vasallos y otras muchas gentes que sojuzgadas tenia le besaban la mano por rey de la Gran Bretaña; y con este pensamiento envió á demandar al rey Lisuarte á Oriana para la casar con aquel su hijo, y porque no se la quiso dar le hacia cruda guerra al tiempo que Amadis los mató á entrambos, cuando los quitó á Leonoreta, hermana de Oriana, y á los diez caballeros que con ellos presos llevaban, como el segundo libro desta historia lo cuenta. Pues al tiempo que estos caballeros llegaron, el gigante estaba desarmado y cubierto de una capa de seda jalde con unas rosas de oro por ella; y como él era grande y hermoso y en edad floreciente, pareció á todos muy bien, y mucho mas despues que le hallaron tan noble; porque segun ellos conocian la condicion tan fuerte de los gigantes, y como de natura eran todos soberbios y sin ninguna razon, no pensaban que en ninguno dellos podria ser todo al contrario, como este Balan lo tenia, y por esto lo preciaban mas que por su valentía, aunque muchos dellos sabian las grandes cosas en armas que habia hecho, teniendo que el gran esfuerzo sin buena condicion y discrecion muchas veces es aborrecido. Pues estando todos juntos en aquella gran tienda, el gigante los miraba, y parecíale tan bien, que no pudiera creer que en ninguna parte pudiera haber tantos y tan buenos caballeros; y como los vió sosegados, díjoles: Si por yo venir tan sin sospecha en vuestra ayuda dello os maravilláredes, como cosa de que muy poca esperanza

y cuidado teniades, asi lo hago yo; porque ciertamente no pudiera venir causa que estorbar pudiera de no ser mortal enemigo en vuestro estorbo hasta la muerte. Pero como la ejecucion de los pensamientos sea mas en la mano de Dios que en la de aquellos que con gran rigor los querrian obrar, entre muchas fuertes y ásperas batallas que á mi honra pasé, me sobrevino una, de la cual constreñido al comienzo, en la fin della por mi propia voluntad, fue mi propósito mudado en tener por honra lo que en todos los dias de mi vida por deshonra tener pensaba hasta haber alcanzado la venganza dello; y cuando la cosa que yo en este mundo mas deseaba fue á mi voluntad cumplida, entonces se acabó y cumplió el término de mi gran saña y rigor, no por el camino que yo pensaba, mas por aquel que á la mi contraria fortuna mas le plugo. Ya habréis sabido como yo soy hijo de aquel valiente Madanfabul, señor de la ínsula de la Torre Bermeja, al cual Amadis de Gaula llamándose Beltenebros, en la batalla que hubieron el rey Lisuarte y el rey Cildadan mató; y yo como hijo de tan honrado padre, y que tanto á la venganza desta muerte obligado era, nunca de mi memoria se partió como este gran deseo fuese ejecutado, quitando la vida á aquel que á mi padre la quitó; y cuando mas sin esperanza dello estuviese, la fortuna con el gran esfuerzo de aquel caballero me lo trajo á mis manos dentro en el mi señorío, solo, sin persona que le ayudar pudiese; del cual con mucha fortaleza fuí vencido, y con mayor cortesía tractado, asi como aquel que lo uno y lo otro mas cumplido que ninguno de los que viven tiene; de lo cual redundó que aquella mortal enemistad que le tenia se tornó en mayor grandeza de amistad y verdadero amor, que á dado causa de venir como veis, sabiendo que en necesidad de gente esta hueste estaba, creyendo que de la honra y provecho de vosotros ocurre á él la mayor parte. Entonces les contó todo desde el principio lo que con Amadis le acaeciera, y la batalla que en uno hubieron, y todas las otras cosas.

que pasaron, que nada faltó, así como la historia os lo ha contado; y en la fin les dijo que hasta tanto que aquella guerra se partiese él no partiria de su compañía, y que, aquello acabado se queria ir luego á la ínsula Firme como lo prometiera á Amadis. Todos aquellos señores hubieron gran placer de oir lo que decia, porque, como quiera que don Gandalin habia sabido como Amadis se combatiera con este gigante y lo venciera, no supieron la causa dello así como lo él contó; y mucho les plugo de su venida, así por el valor de su persona, como por la grande y buena gente de guerra que consigo traia, la cual habian menester, segun la que en las afrentas pasadas perdido habian, y agradeciéronle mucho su buena voluntad, con la obra que por amor de Amadís se le recia.

CAPITULO LI.

Que habla de la respuesta que dió Agrajes al gigante Balan sobre la habla que él hizo.

Agrajes dijo: Mi buen señor Balan, quiero yo responderos en lo que á la enemistad de mi señor primo Amadis toca; pues que estos señores y yo con ellos vos hemos dado las gracias á lo que por vos se nos promete; y si mi respuesta no fuere conforme á vuestra voluntad, tomadla como de caballero, que aunque en las cosas de las armas no os sea igual, por ventura por la edad, que yo mas tengo, y las haber tratado, sabré mas cumplidamente que vos lo que para cumplir con ellas se requiere. Y digo que los caballeros que con justa causa las afrentas toman y en ellas hacen su deber sin que algo de lo que la razon les obliga mengüe ni falte, aunque en ello cumplen lo que juraron, mucho son de loar, pues que la voluntad y la obra quedaron sin deuda alguna. Pero los que los limites

de la razon con fantasia salir quieren, estos tales, los que mas el cabo de la honra alcanzan mas por soberbios y por desabridos que por fuertes ni esforzados los juzgan. Muy notorio es á todos, y á vos, señor, no debe ser oculto, la manera de la muerte de vuestro padre, que así como si la fortuna lo consintiera dando fin á su atrevimiento en llevar al rey Lisuarte como lo llevaba, fuera su gran valor y fama hasta el cielo, asi la deshonra y menoscabo de los que á este Rey servian y ayudaban fuera puesta en los abismos; y por esto no os debeis maravillar que Amadis. habiendo gran envidia de la gloria que vuestro padre alcanzar esperaba, para sí la quisiese, como todos los buenos lo hacen ó lo deberian hacer; y tal muerte como esta, considerando cada uno quererla haber hecho y con ella pensar haber alcanzado gran prez, no deberia por ninguno ser demandada, como aquella que feamente se haciendo, muy gran parte de la honra se aventura en las perdonar. Así que, mi señor, en lo que de vuestro padre toca, y en lo que con Amadis vos avino no se podria hallar justa causa de queja, pues que vosotros y él cumplistes muy enteramente todo lo que caballeros cumplir debian; y si algun cargo imputar se puede, es á la fortuna, que con mas favor á él que á vosotros ayudar á favorecerle le plugo. Así que, mi buen amigo, tened vos por bien que quedando entera y sin ninguna falta vuestra honra hayais ganado aquel tan noble caballero y todos estos esforzados señores que aqui veis, con otros muchos que ver podríades si causa en que menester hubiésedes viniese. Cuando esto hubo oido el gigante Balan, le dijo: Señor Agrajes, aunque para la satisfaccion de mi voluntad ningun amonestamiento necesario era, mucho vos agradezco lo que me habeis dicho, porque, aunque en este caso escusar se pudiera, no es razon que para los venideros se escusase, y dejando de hablar mas en esto como cosa olvidada y pasada, será bien que entendamos en dar fin en esta afrenta con aquel esfuerzo y cuidado que deben tener aquellos que, dejando

recaudo en sus tierras quieren conquistar las agenas. Don Galvanes le dijo : Buen señor, váyanse estos caballeros á sus tiendas, que es ora de cenar, y descansaréis esta noche y mañana , y en tanto serán vuestras tiendas armadas y aposentada vuestra gente , y luego con vuestro consejo se dará la órden de lo que hacer se debe. Así se fueron aquellos señores á sus reales, y quedaron con el gigante, don Galvanes y el rey don Galaor que con ellos aquella noche cenó en aquella grande y rica tienda que ya oistes, con gran placer; y la cena acabada, el Rey se fue á sus tiendas, y ellos quedaron, y durmieron en sus ricos lechos; y venida la mañana, el gigante dijo á don Galvanes que queria cabalgar y dar una vuelta á la ciudad por ver en que disposicion estaba, y por donde mejor combatir se podria. Don Galvanes lo hizo saber al rey don Galaor, y entrambos se fueron con él y rodearon aquella gran ciudad, la cual así como de mucha gente era poblada, así de muchas torres y muros era fortalecida, que como esta fuese cabeza de todo aquel gran reino, y de las ínsulas de Landas que con ella se contenian, y la mas principal morada de los reyes, así como unos en pos de otros venian, así trabajaban de la acrecentar en mayor número de pueblo, y de la fortalecer lo mas que podian; de manera que en grandeza y fortaleza era muy señalada. Pues de que la hubieron visto díjoles Balan: Mis señores, ¿qué vos parece que se podria hacer á tan gran costa como esta? Don Galaor le dijo: No hay en el mundo mas fuerte ni mayor cosa que el corazon del hombre, y si los que dentro estan esfuerzo tienen, mucho dudaria yo que por fuerza tomar se pudiese; pero como en los muchos haya gran discordia, especialmente siéndoles la fortuna contraria y con ellas les sobrevenga luego la flaqueza, pongo duda que así como otras cosas importunables por esta causa se perdieron, esta se perdiese. Pues hablando en esto y en otras cosas, se fueron todos tres de consuno á los reales de don Cuadragante y don Bruneo y de los otros sus compañeros,

y por aquella parte que ellos iban estaban mirando por donde mejor el combate ser podria. Y cuando cerca de las tiendas donde Agrajes posaba llegaron, vino contra ellos el bueno y esforzado Enil, y dijo: Mi señor Balan, Agrajes os ruega que vayais al rey Arábigo que yo en mi tienda preso tengo, que él os quiere hablar, que como vuestra venida le dijeron, envió con mucha aficion y gran amor á rogar á Agrajes que á él diese licencia, y á vos rogase que le viésedes. El gigante le dijo: Buen caballero, contento soy de lo hacer, y podria ser que desta vista se saque mas fruto que de otras grandes afrentas donde mayor se esperase.

Así fueron todos hasta llegar á la tienda de Enil, y el rey don Galaor y don Galbanes se fueron á don Bruneo, y el gigante descabalgó de su caballo, y entró en un apartamiento donde el rey Arábigo estaba, el cual de ricos tapices y paños era guarnecido, y el vestido de nobles paños, de donde por mandado de Agrajes como á Rey le servian; pero tenia unos tan pesados y fuertes grillos, que le quitaban de dar solo un paso; y como el gigante así lo vió, hincó las rodillas ante él y quísole besar las manos, mas el Rey las tiró á sí, y abrazólo llorando, y díjole: Mi amigo Balan, ¿qué te parece de mí? ¿Soy yo aquel gran Rey que tu padre y tú muchas veces vistes, ó hallastes en aquella corte acompañado de tan altos príncipes y caballeros, y otros reyes mis amigos, como muchas veces me hallastes, esperando de conquistar y señorear muy gran parte del mundo? Por cierto antes creo yo que me juzgarás por un hombre bajo, preso, captivo, deshonrado, y puesto en poder de mis enemigos, como tú bien ves; y lo que mas dolor á mi triste corazon acarrea es que aquellos como tú y otros fuertes gigantes, de quien yo mas remedio esperaba, y á quien por mis amigos tenia, los veo venir á dar fin y cabo á mi total destruccion. Esto dicho, no pudo mas hablar con las muchas lágrimas que le sobrevinieron. Balan le dijo: Manifiesto es á mi como mis ojos

lo vieron ser verdad lo que tú, buen rey Arábigo, has diche en te ver muy acompañado y honrado con grandes aparejos y esperanza de conquistar muy grandes señorios, y agora lo veo tan mudado y trocado, no creas mi ánima sienta en ello gran alteracion, porque, aunque mi estado muy diferente del tuyo sea, no dejo por eso de sentir los crueles y duros golpes de la fortuna, que ya sabes tú, buen Rey, como aquel muy esforzado Amadis de Gaula á mi padre Madanfabul mató, y cuando yo mas la venganza de su muerte esperaba vengar, la mi adversa y contraria fortuna quiso que deste niño Amadis fuese vencido y sojuzgado por su gran fuerza de armas, seyendo en su libertad de me dar la muerte ó la vida, y porque, segun la tristeza y gran congoja tuya en tanto grado te sojuzgan que no te darian lugar á oir relacion tan larga como sobre ello contar te podia, bástete saber que, como vencido de aquel á quien yo tanto vencer deseaba, y matarlo por mis manos si ser pudiera, soy aquí venido, donde con legítima causa podria pagarte con otras, ó por ventura mas lágrimas que mi presencia te dieron causa de derramar. Así que, no menos que tú yo habria menester consuelo; pero conociendo las grandes y diversas vueltas del mundo, y como la discrecion sea dada para seguir la razon, tomé por partido de ser amigo de aquel á quien yo tenia por mortal enemigo que mas no ser podia, pues que con justa causa, no quedando cosa alguna por flaqueza de lo que obligado era, lo pude hacer. Y si tú, noble Rey, mi consejo tomas, así lo harás, porque muy conocido tengo que te será bien que lo tomes, y yo como aquel que en el rigor y discordia te tengo de ser enemigo, podrá ser que en la concordia te sea leal amigo. Y cuando esto oyó el rey Arábigo díjole: ¿Qué concordia puedo yo hacer perdiendo todo mi reino? Conténtate, dijo el gigante, con lo que dél buenamente sacar pudieres. ¿No vale mas, dijo él, morir, que verme menguado y tan deshonrado? Como la muerte, dijo Balan, quite toda la gran esperanza, y

muy muchas veces con la vida y muy largo tiempo se satisfagan los grandes deseos, y las grandes pérdidas sean remediadas, muy mucho mejor partido es procurar bien la vida que desear la muerte á aquellos que con mas pérdida de intereses que deshonra hacerlo pueden. Balan, mi amigo, dijo el Rey; por tu consejo quiero ser guiado, y en tu mano dejo todo lo que vieres que hacer debo; y ruégote, que aunque allá fuera en mis cosas enemigo te muestres en ausencia, que viéndome en esta prision en mi presencia como amigo me aconsejes. Así lo haré, dijo el gigante, sin falta. Entonces, despidiéndose dél y tomando consigo á Enil, se fué á la tienda de don Bruneo de Bonamar, donde halló al rey Galaor, Agrajes y don Galbanes, con otros muchos asaz caballeros de gran cuenta, los cuales le recibieron y tomaron contra sí con mucho placer, y él les dijo: Que por cuanto él habia hablado con él rey Arábigo algunas cosas que debian saber, que viesen si era necesario que á ello otros algunos estuviesen. Agrajes dijo que seria bueno que don Cuadragante, y don Brian de Monjaste, y Angriote de Estrabaus fuesen llamados, y asi se hizo; los cuales vinieron y con ellos otros caballeros de gran nombradía. Entonces el gigante les dijo todo lo que con el rey Arábigo habia pasado, que nada faltó, y que su parecer era que, dejando aparte que á muerte ó á vida los habia de seguir y ayudar, que si el rey Arábigo con alguna de aquellas ínsulas de Landas, la mas apartada, se contentase, y sin mas pérdida de gentes lo restante mandase entregar, que la concordia y atajo seria bueno, especialmente quedando aun por ganar el señorío de Sansueña, que así de gentes como de fortaleza era muy áspero. Mucho le agradecieron aquellos señores al gigante lo que les dijo, y por muy cuerdo lo tuvieron, que no pudieron pensar ni creer que en hombre de aquel linaje tanta discrecion hubiese; y así era razon de lo pensar, porque la su grave y demasiada soberbia no dejaba ningun lugar donde la discrecion y la razon aposentarse

pudiesen; pero la diferencia que este Balan tenia á los otros gigantes era, que como su madre Madasima fué tal y de tan noble condicion como la historia lo ha contado, no teniendo de su marido Madanfabul, si este solo hijo no, trabajó mucho, aun que contra la voluntad de su marido, que era malo y soberbio, de lo criar só la disciplina de un gran sabio que de Grecia trajo, con la crianza del cual, y con la que de su madre tomó, que era muy noble en todas las cosas, salió tan manso y tan discreto, que pocos hombres mejor razonados habia mejor que lo él era, ni de tanta verdad.

Y habido acuerdo aquellos señores entre sí, hallaron que si lo que el gigante les decia pudiese haber efecto, que les seria buen partido y mucho descanso, aunque alguna parte de aquel reino al rey Arábigo le quedase; y respondiéronle, que conociendo el amor y voluntad con que allí habia venido, y hablando en aquello que estaba, que antes por él que por otro alguno doblaria sus voluntades en dar asiento con aquel Rey; donde aquí se puede notar que no faltan en las grandes roturas personas que con buena intencion se muevan á poner remedio y se recrecen muertes, prisiones, robos y otras cosas de infinitos males. Pues oido esto por el gigante, habló con el rey Arábigo, y sobre muchos acuerdos y hablas que escusar decir se deben, así por su prolijidad, como por no salir del propósito comenzado, fue acordado que el rey Arábigo entregase aquella gran ciudad con toda la tierra comarcana que debajo de su señorío estaba, y de las tres ínsulas de Landas tomase para sí la una mas apartada, que Liconia llamaban, que era á la parte del cierzo, y de allí se llamase rey; y las otras fuesen así mesmo con las otras entregadas, y don Bruneo se llamase rey de Arabia. Esto hecho, y consentido por el sobrino del rey Arábigo, que el reino defendia, como ya oistes, y por todos los mas principales de la ciudad, entregóse todo como señalado estaba, y suelto el rey Arábigo, el cual con harta fatiga y angustia de su corazon se fue por mar

á la ínsula de Liconia y don Bruneo fue alzado por Rey con mucho placer y grandes alegrías así de los de su parte como de la de los contrarios, porque conociendo su bondad y gran esfuerzo, con él esperaban ser muy honrados y defendidos. Acabado esto, como la historia lo ha contado, á poco tiempo que allí descansaron y holgaron con don Bruneo, ordenaron sus batallas, y todas las otras cosas necesarias á su camino, y partieron de allí la vía de aquella Calafina, que era la mas cercana de donde ellos habian su real tenido; mas los sansones, como supieron que la ciudad de Arabia era tomada y concertado el rey Arábigo con aquellas gentes, temiendo mucho lo que fue, juntáronse todos, así caballeros como peones en muy gran número de muy buenas gentes, que aquel señorío era grande, y las gentes dél muchas y muy bien armadas, y sabidores de guerra, como aquellos que siempre habian tenido los señores muy soberbios y escandalosos, que en muchas afrentas lo ponian; y cuando así se vieron juntos en tanta cantidad, creciéles los corazones, y con gran soberbia y osadía, ordenadas sus haces, llevando por capitanes los mas principales del señorío, salieron al encuentro á sus enemigos antes que á la villa de Calafina llegasen, donde los unos y los otros se juntaron, y hubieron una muy cruel y brava batalla, que mucha gente de ambas partes fue herida, en la cual pasaron cosas muy extrañas en armas, y muertes de muchos caballeros y de otros hombres; pero lo que allí los caballeros señalados y aquel bravo y valiente gigante hicieron, no se podria en ninguna guisa acabar de contar, sino tanto que por sus grandes hechos y esfuerzo de sus bravos corazones fueron los de Sansueña vencidos y destruidos de tal manera, que los mas dellos quedaron muertos y heridos en el campo, y los otros tan quebrantados, que aun en los lugares que fuertes eran no se atrevieron á se defender; así que don Cuadragante, con todos aquellos señores y las gentes que de las batallas les quedaron, aunque muchos muertos y heridos, señorearon el campo sin hallar

defensa ni resistencia alguna. Y si la historia no vos cuenta mas por extenso las grandes caballerías y bravos y fuertes hechos que en todas estas conquistas y batallas que sobre ganar estos señoríos pasaron, la causa de ello es, porque esta historia es de Amadis y sus grandes hechos, y no es razon que los de los otros sean sino casi en sumo contados; porque de otra manera no solamente la escriptura de larga y prolija daria á los oyentes enojo y fastidio, mas el juicio no podria bastar á cumplirse aun ambas las partes; así que mayor razon se deben cumplir con la causa principal que es este esforzado y valiente caballero Amadis, que con las otras que por su respecto á la historia le convino dellas hacer mencion; y por esto no se dirá mas, salvo que vencida esta grande y peligrosa batalla á poco espacio de tiempo, fue aquel señorío de Sansueña sojuzgado, de manera que los lugares flacos, de su propia voluntad no esperando remedio alguno, y los mas fuertes constreñidos por grandes combates, á todos les convino tomar por señor á don Cuadragante. Mas agora les dejarémos muy contentos y pagados de las victorias que hubieron, y contaros ha la historia del rey Lisuarte, que ha gran pieza que dél no se hace mencion.

CAPITULO LII.

Como despues que el rey Lisuarte se tornó desde la ínsula Firme á su tierra, fué preso por encantamiento, y de lo que sobre ello aconteció.

Cuenta la historia, que despues que el rey Lisuarte con la reina Brisena su mujer partió de la ínsula Firme, al tiempo que dejó casadas sus hijas, y las otras señoras que con ellas casaron, como ya oistes, que él se fue derecha-

mente á la villa de Fenusa, porque era puerto de mar y muy poblado de florestas, en que mucha caza se hallaba, y era lugar muy sano y alegre, donde él solia holgar mucho; y como allí fue, luego al comienzo por dar algun descanso y reposo á su ánima de los trabajos pasados, dióse á la caza y á las cosas que mas placer le podrian ocurrir, y así pasó algun espacio de tiempo; pero como ya esto le enojase, así como todas las cosas del mundo que el hombre mucho sigue lo hacen, comenzó á pensar en los tiempos pasados, y de la gran caballeria que de su corte bastecida fue, y las grandes aventuras que sus caballeros pasaban, de que á él redundaba mucha gloria y fama, que por todas las partes del mundo era nombrado y ensalzado su loor hasta el cielo; y como quiera que ya su edad, sosiego y reposo le demandase, la voluntad criada y habilitada en lo contrario de tanto tiempo envejecida no lo consentia; de manera, que teniendo en la memoria la dulzura de la gloria pasada y el amargura de no la tener ni poder haber al presente, le pusieron en tan gran estrecho de pensamiento, que muchas veces estaba como fuera de juicio, no se pudiendo alegrar con ninguna cosa que viese; y lo que mas á su espíritu agraviaba, era tener en su memoria como en las batallas y cosas pasadas con Amadis fue su honra tan menoscabada que en la voz de todos mas constreñido con necesidad que con virtud dió fin á aquel gran debate. Pues con estos tales pensamientos hubo la tristeza lugar de cargar sobre él de tal forma, que este que era un Rey tan poderoso, tan gracioso, y tan humano, y tan temido de todos, fue tornado triste, pensativo, retraido, sin querer ver á persona alguna, como por la mayor parte acaece á aquellos que con las buenas venturas sin recibir contraste ni entrevalos que mucho les duelan, pasan sus tiempos, y amollertadas sus fuerzas, no pueden sufrir ni saben resistir los duros y crueles golpes de la adversa fortuna. Este Rey tenia por estilo cada mañana, en oyendo misa, de tomar consigo un ballestero, y encima de su

caballo solamente la su muy buena espada ceñida, irse por la floresta gran pieza, cuidando muy fieramente, y á las veces tirando con la ballesta, y con esto les parecia recibir algun descanso. Pues un dia acaeció que seyendo alongado de la villa por la espesura de la floresta, vió venir una doncella encima de un palafren corriendo á mas correr por entre las matas, y dando voces demandando á Dios ayuda; y como la vió fue contra ella y díjole: Doncella, ¿qué habeis? ¡Ay señor! dijo ella, por Dios y por merced acorred á una mi hermana que acá dejo con un mal hombre que forzar la quiere. El Rey hubo dello duelo, y díjole: Doncella, guiadme, que yo os seguiré. Entonces volvió por el mismo camino por donde allí viniera cuanto el palafren aguijar pudo, y anduvieron tanto, que el Rey vido como entre unas espesas matas un hombre desarmado tenia la doncella por los cabellos y tirábala reciamente por la derribar, y la doncella daba grandes gritos. El Rey llegó en su caballo dando voces que dejase la doncella, y cuando el hombre cerca de sí lo vió, soltóla y huyó por entre las espesas matas. El Rey lo siguió con su caballo, mas no pudo pasar mucho adelante con el estorbo de las ramas, y como esto vió, apeóse lo mas presto que pudo, con gran gana de lo tomar por le dar el castigo que tal insulto merecia, que bien cuidó que de su tierra podria ser, y corrió tras él cuanto pudo llamándole siempre muy cerca; y pasada la espesura de aquel monte halló un prado que descombrado estaba, en el cual vió armado un tendejon en que el hombre tras quien iba á gran priesa fue metido. El Rey llegó á la puerta del tendejon y vió una dueña y el hombre que huia detrás della, como que allí pensaba se guarecer. El Rey le dijo: Dueña, ¿es ese hombre de vuestra compañia? ¿Por qué lo preguntais? dijo ella. Porque quiero que me lo deis para hacer dél justicia, que si por mí no fuera forzara acá donde yo le hallé una doncella. La dueña le dijo: Señor caballero, entrad y oiré lo que decís, que si así es yo os lo daré, que pues yo doncella fuí y en mucha

estima tuve mi honra, y no daria lugar á que otra ninguna deshonrada fuese. El Rey entró luego á donde la dueña estaba, y al primer paso que dió cayó en el suelo tan fuera de sentido como si muerto fuese. Entonces llegaron las doncellas que tras él venian, y la dueña con ellas, y con el hombre que allí se acogió tomaron al Rey así desarmado como estaba en sus brazos y salieron otros dos hombres de entre los arboles, que tiraron el tendejon y fuéronse todos á la ribera de la mar que muy cerca estaba, donde tenia un navío enramado y tan cubierto, que apenas nada dél se parecia; y metiéronle dentro, y pusieron en un lecho al rey, y comenzaron de navegar. Esto fue tan prestamente hecho, y tan encubierto, y en tal parte, que persona otra alguna no lo pudo ver ni sentir.

El ballestero del Rey, como andaba á pié, no lo pudo seguir, porque el Rey se aquejó mucho por socorrer la doncella; y cuando llegó donde habia quedado el caballo, mucho se maravilló de lo hallar así solo, y metióse cuanto pudo por las espesas matas buscando á todas partes, mas no halló nada; y á poco rato hallóse en el prado donde el tendejon habia estado, y desde allí tornóse al caballo y cabalgó en él y anduvo muy gran pieza á un cabo y á otro buscando por la floresta y por la ribera de la mar, y como no hallase nada, acordó de se tornar á la villa, y cuando cerca della llegó y algunos que por allí andaban lo vieron, cuidaron que el Rey le enviabá por alguna cosa, mas él no decia nada, sino andar hasta donde la Reina estaba, y descabalgó del caballo y entró en el palacio con gran priesa, y como la vió díjole todo lo que del Rey viera, y como lo buscara con mucha diligencia sin lo poder hallar. ¡Ay santa María! ¿qué será del Rey mi señor si le he perdido por alguna desventura? Entonces hizo llamar al rey Arban su sobrino, y á Cendil de Ganota, y díjoles aquellas nuevas. Ellos mostraron buen semblante, dándole esperanza que no temiese, que no era cosa de peligro para el Rey, porque muy presto se podria perder

por aquella floresta, con codicia de dar venganza á la doncella; y que pues él sabia aquella tierra, por donde muchas veces á caza anduviera, que no tardaria de venir; que si el caballo dejó, no seria sino porque con la espesura de los árboles no se podria dél aprovechar; pero teniéndolo en la verdad en mas de lo que mostraban, fueron luego á se armar, y cabalgaron en sus caballos, y hicieron salir toda la gente de la villa, y lo mas presto que ser pudo se metieron por la floresta, llevando consigo al ballestero que los guiase, y la otra gente, que mucha era, se derramó á todas partes; pero ni ellos ni aquellos caballeros por mucho afan que tomaron en lo buscar, nunca dél nuevas supieron. La Reina estuvo todo aquel dia alguna nueva esperando con mucha turbacion y alteracion de su ánimo; pero ninguno fué tan osado que con tan poco recaudo como hallaban volviesen; antes así los que de allí salieron, como todos los de la comarca que las nuevas oian, nunca cesaban de buscar con mucha diligencia. Venida la noche, la Reina acordó de enviar mensajeros á mas andar, y cartas á los mas lugares que ella pudo, y en esto pasó toda la noche sin sueño dormir. Al alba del dia llegaron don Grumedan y Guiontes, y cuando la Reina los vió preguntóles si sabian algo del Rey su señor. Don Grumedan le dijo: No sabemos mas de cuanto nos dijeron á Guiontes y á mí en la casa donde estábamos cazando, como mucha gente lo buscaba, y pensando aquí hallar alguna nueva, acordamos de nos ir antes á otra parte; pero pues que no la hallamos, meternos hemos en la demanda. Don Grumedan, dijo la Reina, yo no puedo sosegar, ni hallo descanso ni remedio, ni puedo pensar que haya sido esto; y si aquí quedase de gran congoja seria muerta, y por esto acuerdo de me ir con vos, porque si buena nueva viniere, allá mas aina que acá la sabré; y si al contrario, no dejaré hasta la muerte de tomar el trabajo que con razon tomar debo; y luego mandó que la trajesen un palafren, y tomando consigo á don Grume-

dan y á don Guiontes, y á una dueña, mujer de Brandoibas, se fué por la floresta lo mas presto que pudo, y anduvo por ella tres dias, que siempre albergaba en poblado, en los cuales, si por don Grumedan no fuera no comiera solo un bocado, mas él con gran fuerza hacia que algo comiese. Todas las noches dormia vestida debajo de los árboles, que aunque algunas aldeas pequeñas hallaba, no queria entrar en ellas, diciendo que su gran congoja no lo consintia. Pues en cabo destos dias acaeció, que entre las muchas gentes que por la floresta encontraron, halló al rey Arban de Norgales, que venia muy triste y muy fatigado, y su caballo tan laso y cansado que ya no le podria traer. Cuando la Reina lo vió díjole: Buen sobrino, ¿qué nuevas me traeis del Rey mi señor? A él le vinieron las lágrimas á los ojos y dijo: Señora, no otras ningunas mas de las que sabia cuando de vuestra presencia me partí; y creed, señora, que tantos somos en su demanda, y con tanto trabajo y aficion le hemos buscado, que seria imposible si desta parte de la mar estuviese no le hallar; pero yo entiendo que si algun engaño recibió que no fué para lo dejar en su reino; y ciertamente, señora, siempre me pesó deste apartamiento suyo con tanta esquiveza y mal recaudo de su persona; porque los príncipes y grandes señores que á muchos han de gobernar y mandar, no pueden usar dello tan justamente y con tanta clemencia que no sean de los mas temidos; y deste tal temor, faltando el amor, luego viene el aborrecimiento, y por esta causa deben poner tal recaudo en sus personas, que los menores no se atrevan á su grandeza, que muchas veces los tales dan ocasion de recordar á otros lo que no tenian pensado; y á Dios plega por la su merced de me poner en parte donde le vea y le diga esto y otras muchas cosas, en el cual tengo yo esperanza que lo hará, y vos, señora, así la tened. Cuando la Reina esto oyó salió de todo su sentido, y amortecida cayó del palafren abajo. Don Grumedan se derribó de su caballo

lo mas presto que pudo, y tomóla en sus brazos; así la tuvo una gran pieza, que mas por muerta que por viva la juzgaban: y cuando acordó dijo muy dolorosamente con abundancia de lágrimas: Engañosa y espantable fortuna, esperanza de los miserables, cruel enemiga de los prosperados, trastornadora de las mundanales cosas, ¿de qué me puedo loar de tí? que si en los tiempos pasados me hicistes señora de muchos reinos, obedecida y acatada de muchas gentes, y sobre todo junta en matrimonio de tan poderoso y virtuoso Rey, en un solo momento á él me quitando lo llevastes y robaste todo; que á él perdiendo, los bienes mundanos me dejas, no causa ni esperanza de recobrar ningun descanso ni placer, mas de muy mayor dolor y amargura me serán ocasion, porque si de mí preciados eran y en algo tenidos, no era salvo por aquel que los mandaba y defendia. Por cierto con mucha mas causa te pudiera agradecer, si como una destas simples mujeres, sin fama, sin pompa me dejaras, porque yo olvidando los flacos y livianos males mios así como ella, por los ásperos y crueles agenos derramara mis lágrimas. ¿Mas porqué me quejaré de tí? pues que los engaños fuertes mudanzas tuyas derribando los que ensalzastes son tan manifiestos á todos, que no de ti, mas de sí mesmos en tí confiando se deben quejar. Así estaba esta noble Reina haciendo su duelo en la tierra sentada, y su amo don Grumedan, los hinojos hincados teniéndole las manos y con palabras muy dulces consolándola, como aquel en quien toda virtud y discrecion moraba, con aquella piedad y amor que en la cuna lo hiciera; mas consuelo no era menester, que ella se amortecia tantas veces que sin ningun sentido y casi muerta quedaba, que era causa de gran dolor á los que la veian; y cuando algun tanto su espíritu algunas fuerzas fue cobrando, dijo á don Grumedan: ¡O mi fiel y verdadero amigo! yo te ruego que asi como estas tus manos en los mis primeros dias fueron causa de los crecer, que agora en los postrimeros en

ellas mismas reciba la mi muerte. Don Grumedan, viendo ser su respuesta escusada segun su disposicion, calló que no dijo nada. Antes acordó que seria bueno de la llevar á algun poblado donde se procurase algun remedio; y así lo hicieron, que él y aquellos caballeros que allí estaban la pusieron en un palafren, y don Grumedan en las ancas teniéndola abrazada, la llevaron á unas casas de monteros del Rey que en la floresta para la guardar vivian, y luego enviaron por camas y otros atavíos donde descansase; pero ella nunca quiso estar sino en la mas pobre cama que allí se halló. Así estuvo algunos dias sin saber donde ir, ni que de sí hiciese; y cuando don Grumedan mas reposada la vió díjole: Noble y poderosa Reina, ¿donde es ida vuestra discrecion en el tiempo que mas menester la hubistes, que tan fuera de consejo la muerte procurais y demandais, no teniendo en la memoria fenecer con ella todas las mundanales cosas? ¿Y qué remedio será para aquel vuestro tan amado marido ser vuestra ánima desas carnes salida? ¿Por ventura, cobrais con ello la salud ó poneis remedio á sus males? Antes por cierto es todo al contrario de lo que los cuerdos deben hacer, que el corazon y discrecion para semejantes afrentas fueron establecidos y dotados de aquel muy alto Señor, y mas con grande esfuerzo y diligencia que con sobradas lágrimas, á las fortunas de los amigos se han de socorrer. Pues si aparejo á esto que digo se vos ofrece, quiero que como yo lo conozco lo sepais. Bien sabeis, señora, que demas de los caballeros y muchos vasallos que en vuestros señoríos viven, que con gran aficion y amor seguirán y cumplirán vuestros mandamientos, de la sangre de vuestra real casa pende hoy casi toda la cristiandad, así en esfuerzo como en grandes imperios y señoríos sobre todos como el cielo sobre la tierra. ¿Pues quién duda que estos, sabiendo esta gran fatiga, no quieran como vos mesma ser en en el remedio della? Y si el Rey vuestro marido en estas partes está, nosotros, que suyos somos, darémos el remedio; y si por ventura á la mar lo pa-

saron, en que tierra tan áspera, ni que gente tan brava podrá resistir que habido no sea. Así que, mi buena señora, dejando á parte las cosas que mas daño que provecho traen, tomando nuevo consuelo y consejo, sigamos aquellos que á la salud y remedio deste negocio aprovechar pueden. Pues oido por la Reina esto que don Grumedan dijo, así como de muerte á vida la tornó; y conociendo que en todo verdad decia, dejando las lágrimas y grandes querellas, acordó de enviar un mensajero á Amadís, que mas á la mano estaba, confiando en su buena ventura, que así como en las otras cosas en esta pornia remedio, y luego mandó á Brandoibas que lo mas apresuradamente que él pudiese buscase á Amadis, y le diese una carta suya que decia:

Carta de la reina Brisena á Amadis.

Si en los tiempos pasados, bienaventurado caballero, esta real casa por vuestro gran esfuerzo fue defendida y amparada, en estos presentes tiempos constreñida mas que lo nunca fue, con mucha aficion y afliccion os llama: y si los grandes beneficios de vos recibidos no se agradecieron como vuestra gran virtud merecia, contentaos, pues aquel justo Juez todo poderoso, en defecto nuestro, lo quiso pagar ensalzando vuestras cosas hasta el cielo, y las nuestras abatiendo debajo de la tierra. Sabréis, mi muy amado hijo y verdadero amigo, que así como el relámpago en la escura noche redobla la vista de los ojos en que hiere, y súbitamente se partiendo en mayor tenebregura y oscuridad que ante los deja; así teniendo yo entre los mios la real persona del rey Lisuarte, mi marido, que era la luz y lumbre dellos y de todos mis sentidos, siéndome en un momento arrebatado, los dejó en tanta amargura y abundancia de lágrimas, que muy presto con la muerte perecer esperan; y porque el caso es tan doloroso que las fuerzas ni el juicio podrian bastar á lo escribir, remitiéndome

al mensagero doy fin en esta y en mi triste vida, si el remedio dél presto no viene.

Acabada la carta mandó á Brandoibas que él por estenso le contase aquellas malas nuevas, el cual fue luego partido con aquella voluntad que fiel criado, como lo era, debia hacer. Pues esto hecho, con aquellos caballeros se puso en el camino de Londres, porque aquella ciudad era cabeza de todo el reino, y allí mejor que en otra parte, si algun movimiento hubiese, se hallaria; pero no fue así, antes estendiéndose las nuevas á todas partes, la alteracion de las gentes fue de tal manera, que grandes y pequeños, hombres y mujeres, desampararon los lugares; y como si fuera de sentido estuviesen andaban dando voces por los campos, llorando y llamando al Rey su señor, en tanto número de gente, que las florestas y montañas todas dellas eran llenas, y muchas de las dueñas y doncellas de gran guisa, descabelladas, haciendo grandes llantos por aquel que siempre en su defensa y socorro hallaron. ¡Oh, cómo se debieran tener los reyes por bienaventurados si sus vasallos con tanto amor y gran dolor se sintiesen de sus pérdidas y fatigas! ¡y cuánto así mesmo lo serian los súbditos que con mucha causa lo debiesen y pudiesen hacer, siendo sus reyes tales para ellos como lo era este noble Rey para los suyos! Pero mal pecado, los tiempos de agora mucho al contrario son de los pasados, segun el poco amor y menos verdad que en las gentes contra sus reyes se halla, y esto lo debe causar la constelacion del mundo ser mas envejecida, y perdida la mayor parte de la virtud no puede llevar el fruto que debia, así como la cansada tierra, que ni el mucho labrar ni la escogida simiente pueden defender los cardos y las espinas con las otras yerbas de poco provecho que en ella nacen. Pues roguemos á aquel Señor que ponga en ello remedio, y si á nosotros como indignos oir no le place, que oiga á aquellos que aun dentro de las fraguas sin dellas haber salido se hallan; que los haga nacer con tanto encendimiento d

caridad y amor como en aquestos pasos habia, y á los reyes que apartadas sus iras y sus pasiones, con justa mano y piadosa los traten y sostengan. Pues tornando al propósito, cuenta la historia que estas nuevas volaron muy presto á todas partes por aquellos que grandes tratos en la Gran Bretaña tenian, de los cuales todo lo mas del tiempo por la mar navegaban; así que, muy presto fue sabido en aquellas tierras donde don Cuadragante, señor de Sansueña, y don Bruneo, rey de Arabia, y los otros señores sus amigos estaban; los cuales, considerando la gran parte que desto á Amadis tocaba en reparar la pérdida del Rey ó del reino, si en él algunos escándalos se levantasen, acordaron, pues ya en aquellas conquistas no habia que hacer y todo estaba señoreado, de se ir juntos como estaban á la ínsula Firme por se hallar con Amadis y seguir lo que él mandase. Pues con este acuerdo, dejando don Bruneo en su reino á Branfil su hermano, y don Cuadragante á Landin su sobrino, que poco antes allí habia llegado con gente del rey Cildadan en su señorío de Sansueña, llevando la mas gente que pudieron, y dejando con ellos los que necesarios eran para guardar aquellas tierras, se metieron en sus fustas por la mar, y el gigante Balan con ellos, que de todos muy amado y preciado era. Tanto anduvieron y con tan próspero viento, que á los doce dias que de allí partieron llegaron al puerto de la ínsula Firme. Cuando Balan vió la gran serpiente que allí Urganda habia dejado, como se vos ha contado, mucho fue maravillado de cosa tan extraña, y mucho mas lo fuera si no le contaran la causa della aquellos que con él venian. Al tiempo que estos señores allí llegaron Amadis, estaba con su señora Oriana, que della no se osaba partir, que como Brandoibas llegase de parte de la reina Brisena con la carta que ya oistes y Oriana supiese lo de su padre, fue su dolor y tristeza tan sobrada que en muy poco estuvo de perder la vida; y como le dijeron la venida de la flota donde aquellos señores venian, rogó á Grasandor

que los recibiese y les dijese la causa por que á ellos no podia salir. Grasandor así lo hizo, y en su caballo llegó al puerto y halló que ya salian de la mar, el rey de Sobradisa don Galaor, y el rey de Arabia don Bruneo, y don Cuadragante señor de Sansueña, y el gigante Balan, y don Galvanes, y Angriote de Estrabaus, y don Gavarte de Val Temeroso, y Agrajes, y Palomir, y otros muchos caballeros de gran prez en armas que seria enojo contarlos. Grasandor les dijo de la forma en que Amadis estaba, y que se aposentasen y descansasen esa noche, y que otro dia saldria para ellos á dar órden en aquel caso que ya á ellos manifiesto seria. Todos lo tuvieron por bien que así se hiciese, y luego se subieron al castillo y se aposentaron en sus posadas, y Agrajes y don Galbanes llevaron consigo á Balan por le hacer toda la honra que ellos pudiesen. Pasada pues aquella noche y habiendo oido misa, fuéronse todos á la huerta donde Amadis estaba; y como él lo supo, dejando á su señora con mas sosiego, y á su prima Mabilia, y Melicia su hermana, y Grasinda con ella, salióse de la torre y vínose para ellos. Cuando así juntos los vió hechos reyes y grandes señores, escapados de tantas afrentas y peligros como habian pasado con tanta salud, aunque en el continente tristeza mostrase por lo del rey Lisuarte, en su corazon sintió tan gran alegría, mucho mas que si para él solo todo aquello se hubiera ganado, y fuélos á abrazar, y todos á él; mas al que mas amor mostró fue á Balan el gigante, que á este abrazó muchas veces, honrándole con mucha cortesía.

Pues estando así juntos, el rey don Galaor, como aquel que en tanto grado la pérdida del rey Lisuarte sintiese como la del rey Perion su padre, les dijo: Que sin poner dilacion de ningun tiempo se debia tomar acuerdo de lo que hacer debian en lo del rey Lisuarte; porque él, si Amadis lo otorgase, luego queria entrar en aquella demanda sin holgar ni haber reposo dia ni noche hasta perder la vida ó salvar la suya si vivo fuese. Amadis le dijo: Buen señor

hermano, gran razon seria que aquel Rey, que tan bueno fué, y tan honrado, y tan socorredor de los buenos, que los buenos en tan extrema necesidad lo socorriesen, dejando aparte el gran deudo que yo con él tengo, que á todos obliga á hacer lo que decis; y por su sola virtud y gran nobleza merecia ser servido y ayudado en sus afrentas de aquellos en quien virtud y buen conocimiento hubiese. Entonces mandaron venir entre ellos á Brandoibas por saber lo que se habia hecho en buscar al Rey, y que les dijese con que la Reina seria mas servida y contenta. El les dijo todo lo que viera, y la gran gente que luego en la hora que el Rey fué perdido salió á lo buscar, y que creyese que si en aquella floresta y aun en todo su reino fuera preso y en algun lugar detenido, que no era cosa que encubrir se pudiera; mas que el pensamiento de la Reina y de todos los otros no era salvo creer que por la mar lo llevaron y en ella lo habian ahogado, que segun el socorro fuera presto, aun para lo soterrar no tuvieran tiempo; y que su parecer era, pues que todo aquel reino habia tanto sentimiento hecho, y con tanto amor y voluntad todos al servicio de la Reina quedaban, no se esperando de otra ninguna parte lo contrario, que ellos en aquella gran flota que allí tenian se debrian partir en muchas partes, que segun en todas las cosas por ellos comenzadas, siempre la fortuna les habia sido muy favorable, que en esta que se ponian no fuese contraria. A todos aquellos señores les pareció muy buen consejo el que Brandoibas les daba, y en aquello se otorgaron que se hiciese, y rogaron á Amadis que tomase cuidado de les señalar la parte de la mar y de las otras tierras que buscasen, porque ninguna cosa quedase de lo uno ni de lo otro, y que luego los llevase ante Oriana, que en sus manos querian jurar y prometer de no dejar la demanda hasta tanto que del Rey su padre nuevas de vivo ó de muerto le trajesen, que con esto pensaban de dar consuelo á su tristeza; pues yendo todos para ir á la torre,

llegó un hombre que les dijo: Señores, una dueña sale de la gran serpiente y créese que es Urganda la Desconocida, que otra no fuera poderosa de allí entrar ni salir. Cuando Amadís esto oyó, dijo: Si ella es, sea muy bien venida, que á tal sazon mas con ella que con otra persona alguna nos debe placer. Luego enviaron por sus caballos para la recibir, pero no se pudo hacer tan presto que antes Urganda no estuviese en tierra y en su palafren, trayéndola sus dos enanos por las riendas y á la puerta de la huerta llegada. Cuando aquellos señores allí la vieron, fueron contra ella, y el rey don Galaor fué el primero, y la tomó con sus brazos del palafren, y la puso en tierra; todas la saludaron y honraron con mucha cortesia, y ella les dijo: Bien creis, mis buenos señores, que de hallaros asi juntos no lo terné por extraña cosa, pues que cuando de aquí partí vos dije, que sobre un caso á vosotros oculto lo seriades; mas dejemos agora de hablar en ello, y antes que mas os diga, quiero ver y consolar á Oriana, porque sus angustias y dolores mas que los mios propios los siento. Entonces se fueron todos con ella donde Oriana estaba. Cuando Oriana la vió por la puerta entrar, comenzó á llorar muy agriamente y á decir: ¡Ó mi buena amiga y señora! ¿cómo sabiendo vos todas las cosas antes que vengan no pusisteis remedio en esta tan grande desaventura avenida á aquel Rey que tanto vos ama? Agora conozco yo, pues que vos le fallecistes, que todo el mundo le fallece; y dando con sus palmas en el rostro se dejó caer en el estrado. Urganda se llegó á ella, y hincada de rodillas, tomándola por la mano, dijo: Amada señora fija, no os congojeis ni aflijais tanto, pues que los imperios y grandes estados de que vos tan ornada y abastada sois traen siempre consigo las semejantes tribulaciones, y sin esta condicion ninguno poseerlo puede, y con mucha razon nos podríamos quejar los que poco tenemos de aquel poderoso Señor si de otra guisa pasase; pues que siendo todos de una masa y de una naturaleza obligados á los vi-

cios y pasiones y al cabo iguales en la muerte, nos hizo tan diversos en los bienes deste mundo, á los unos señores y á los otros vasallos con tanta subjecion y humildad, que con razon ó sin ella nos convenga sufrir prisiones, muertes, destierros y otras cosas de grandes penas, así como la voluntad de los mayores es; y si algun consuelo estos así sojuzgados y apremiados al su gran desconsuelo sienten, no es salvo ver estos juegos de la fortuna que traen estas caidas peligrosas; y como esto sea ordenado y permitido de la su Real Majestad, así son todas las otras cosas que por el mundo se rodean, sin ser á ninguno poder dado, por discrecion ni sabiduría que en sí haya, de solo un punto remover dello. Así que, muy amada señora, recompensando lo malo con lo bueno y lo triste con lo alegre, daréis mucho descanso á vuestra fatiga; y en lo que me decís del Rey vuestro padre, verdad es que á mí antes manifiesto fué, como por palabras encubiertas al tiempo que de aquí partí lo dije; pero no fué en mí tal poder que desviar pudiese lo que ordenado estaba; mas lo que á mí es otorgado en esta venida se porná en obra; lo cual con la ayuda del mayor Señor será causa de traer el remedio que á esta gran tristeza en que os hallo conviene.

Entonces la dejó, y se tornó á los caballeros que juntos estaban por dar órden en el viaje que cada uno habia de hacer, y díjoles: Señores, bien se os acordará que al tiempo de mi partida desta ínsula, cuando juntos quedastes, os dije, que á la sazon que el doncel Esplandian hubiese de recibir caballería, por un caso que á vosotros oculto fuese, todos seríades aquí tornados; pues si así se cumplió la presencia vuestra da dello testimonio. Mas agora yo soy venida como vos lo prometí, ansí para aquel auto, como por vos quitar de las afrentas y muy grandes trabajos que desta demanda en que todos puestos estais os pueden venir, sin que de ellas remedio ninguno de lo que deseais alcanzar os alcance, que si todos los que en todo el mundo son nacidos, con los que por nacer estan, que vivos fuesen, pro-

curasen con toda diligencia de hallar al rey Lisuarte, seria imposible poderlo acabar, segun en la parte donde lo llevaron. Por tanto, mis señores, no entre en vuestros corazones tan gran orgullo, que con poca discrecion siendo primero por mi avisados queriais alcanzar; á saber, aquello que la voluntad del mas poderoso Señor defiende, que sabido no sea, y dejadlo á aquel á quien por su especial gracia le es permitido; y porque de la dilacion grande daño se podria causar, es menester para el efecto de lo que conviene, que así como estais, llevando con vosotros al hermoso doncel Esplandian, y á Talanque, y á Maneli el Mesurado, y al rey de Dacia, y Ambor, hijo de Angriote de Estrabaus, seais mis huéspedes esta noche con alguna parte del dia siguiente dentro de aquella gran fusta que serpiente parece. Cuando aquellos señores oyeron esto que Urganda les dijo, todos callaron, que ninguno supo responder, porque segun las cosas pasadas della dichas tan verdaderas habian salido, bien creyeron que así aquella presente seria, y por esta causa sin mas le decir, acordando de cumplir lo que mandaba, y considerándolo por mejor; y luego cabalgando en sus caballos y ella en su palafren, llevando consigo á Esplandian y á los otros donceles, se fueron á la marina donde Urganda les dijo que en una de aquellas fustas pasasen con ella hasta se meter en la gran serpiente, lo cual ansi fue fecho. Pues llegados y entrados en aquella gran nao, Urganda se metió con ellos en una grande y rica sala, donde los hizo poner mesas en que cenasen, y ella con los donceles se metió en una capilla que en cabo de la sala estaba, guarnida de oro y piedras de muy gran valor, y allí cenó con ellos con muchos instrumentos que unas doncellas suyas muy dulcemente tañian. Acabada la cena, Urganda, dejando los donceles en la capilla, salió á la gran sala donde aquellos señores estaban, y rogóles que á la capilla se fuesen y hiciesen compañia á los noveles. A cabo de una pieza de tiempo tornó Urganda y traia en sus manos una loriga, y tras ella ve-

nia su sobrina Solisa con un yelmo, y Julianda su hermana de esta Solisa con un escudo, y estas armas no eran conformes á las de los otros noveles que acostumbraban en el comienzo de su caballería de las traer blancas, mas eran tan negras y tan escuras, que ninguna otra cosa tanto lo podia. Urganda se fue á Esplandian, y díjole: Bienaventurado doncel, mas que otro ninguno de tu tiempo, viste estas armas conformes á la mancilla y negrura del tu fuerte y obrado corazon, que por el Rey tu abuelo tienes; que así como los pasados que la órden de caballería establecieron, tuvieron por bueno que á la buena alegría nuevas y blancas armas se diesen, así lo tengo yo que á tan gran tristeza negras y tristes se den, porque viéndolas hayas memoria de remediar la causa de su triste color. Entonces se vistió la loriga, que muy fuerte y bien labrada era. Solisa le puso el yelmo en la cabeza y Julianda el escudo al cuello. Entonces miró Urganda contra Amadis y díjole con mucha razon: Estos caballeros podrian preguntar la causa por que en estas armas la espada falte, mas vos, mi buen señor, que sabeis donde la hallastes y de qué tan grandes tiempos le está guardada por aquella que en su tiempo par de sabiduría no tuvo en todas las artes, sino solamente en la del engañoso amor de aquel que mas que á sí mesma amaba, por quien la desastrada y dolorosa fin hubo; pues con aquella encantada espada, que fuerza tiene de desatar y disolver todos los otros encantamentos, puesta en el puño del su muy fuerte brazo, hará tales cosas, por donde los que hasta aquí mucho resplandecian en mucha escuridad y menoscabo serán puestos. Armado Esplandian como oís, entraron en la capilla cuatro doncellas cada una con un guarnimiento de caballero de unas armas tan blancas y tan claras como la luna, orladas y guarnidas de muchas piedras preciosas con unas cruces negras, y cada una dellas armó uno de aquellos donceles, y teniendo á Esplandian en medio, hincados de rodillas delante del altar de la Vírgen María velaron las armas como era en aquel

tiempo costumbre. Todos tenian las manos y las cabezas desarmadas, y Esplandian estaban entre ellos tan hermoso que su rostro resplandecia como los rayos del sol, tanto que hacia mucho maravillar á todos aquellos que lo veian hincado de rodillas con mucha devocion y grande humildad, rogándole que fuese su abogada con él su glorioso Hijo, que le ayudase y enderezase en tal manera que siendo su servicio pudiese cumplir con aquella tan gran honra que tomaba, y le diese gracia por la su infinita bondad como por él antes que por otro alguno el rey Lisuarte, si vivo era, en su honra y reino restituido fuese sin menoscabo. Así estuvo toda la noche sin que en cosa alguna hablase, sino en estas tales rogarias y en otras oraciones, considerando que ninguna fuerza y valentía, por grande que fuese, tenia mas facultad de la que allí otorgada le fuese.

Así pasaron aquella noche, como habeis oido, velando todos aquellos noveles; y venida la mañana, pareció encima de aquella gran serpiente un enano muy feo y muy laso, con una gran trompa en la su mano; y tañóla tan reciamente, que el su muy fuerte son fue oido por la mayor parte de aquella ínsula, así que toda la gente hizo alborotar y salir encima de los adarves y torres del castillo, y otros muchos por las peñas y alturas donde mejor pudiesen mirar; y las dueñas y doncellas que en la gran torre de la huerta estaban, subieron suso á la mas priesa que pudieron por mirar que seria aquello que tan fuertemente habia sonado. Cuando Urganda así lo vió, hizo á aquellos señores que allí donde su enano estaba subiesen; y luego ella tomó ante sí á los cuatro noveles y á Esplandian por la mano y subió tras ellos; y en pos della iban seis doncellas vestidas de negro, con seis trompas doradas; y cuando fueron suso, Urganda dijo contra el gigante Balan: Amigo Balan: así como la natura te quiso extremar de todos aquellos que de tu linaje fueron en te hacer tan diverso de sus costumbres, allegándote á co-

nocer razon y virtud, la cual hasta agora en ninguno de tus antecesores hallar se pudo, en que se puede decir que este don y gracia de la divinal esencia te vino, así por aquel amor entrañable que en tí conozco que á Amadis tienes, quiero yo que otra temporal te sea otorgada entre estos tan señalados caballeros; la cual ninguno antes que nos alcanzaron, ni alcanzar podrán; y esta es, que de tu mano sea armado este doncel caballero; que los sus grandes hechos serán testimonio de ser mi palabra verdadera, y harán estable la gloria que tú alcanzas en dar esta órden á aquel que tan señalado y aventajado sobre tantos buenos será. El gigante, cuando esto oyó, miró contra Amadis sin nada responder, como que dudaba de cumplir lo que la dueña le decia. Amadis, que así lo vió, conociólo luego que su consentimiento era necesario, y díjole con humildad: Mi señor, haced lo que Urganda os dice, que todos hemos de obedecer sus mandamientos, sin que en ninguna cosa contradichos sean. Entonces el gigante tomó la mano á Esplandian y díjole: Hermoso doncel, ¿quiéres ser caballero? Sí, dijo él; y luégo le besó y le puso la espuela diestra, y dijo: Aquel poderoso Señor que tanta de su forma y de su gracia en tí puso mas que en ninguno que jamás se viese, aquel te haga tan buen caballero que con mucha razon pueda yo desde agora guardar la cuarta promesa que hago de nunca ser este acto en otro alguno hecho. Esto así acabado, Urganda dijo: Amadis, mi señor, si por ventura hay algo en vuestra memoria que á este novel caballero querais mandar, sea luego; porque presto le conviene de vuestra presencia ser partido. Amadis, sabiendo las cosas de Urganda, y como aquel amonestamiento sin gran causa no se hacia, dijo: Esplandian, hijo, al tiempo que yo pasé por las ínsulas de Romanía y llegué en Grecia, yo recibí de aquel gran Emperador muchas honras y mercedes; y despues que de su presencia partí, muchas mas, como estos señores en mis necesidades y suyas vieron, por donde le soy obligado á servir todo el

tiempo de mi vida; pues entre aquellas grandes honras que allí alcancé, fue una la que yo debo en mucho tener; y esta es, que la muy hermosa Leonorina, hija de aquel Emperador, mas graciosa y hermosa que en todo el mundo doncella hallar se podria, y la reina Menoresa, con otras dueñas y doncellas de gran guisa me tuvieron en sus aposentamientos con tanto gozo, alegría y cuidado de á mí me lo dar, como si hijo de un Emperador del mundo yo fuera, no habiendo al presente otra noticia de mí sino de un pobre caballero; las cuales al tiempo de mi partida me demandaron un don, que si hacerlo pudiese, las tornase á ver; y si no pudiese ser, les enviase un caballero de mi linajo, de quien servirse pudiesen. Yo se lo prometí asi; y porque yo no estoy en disposicion de lo cumplir, á ti lo encomiendo, que si Dios por su merced te deja acabar esto que todos deseamos, tengas memoria de quitar mi palabra donde presa en poder de tan alta señora quedó; y porque pueda creer ser tú aquel que de mi parte va, toma este hermoso anillo que de su mano tirado fue para lo poner con ella en la mia. Entonces le dió el anillo que aquella infanta le diera con la piedra preciada, compañera de la que en la rica corona estaba, como lo cuenta la tercera parte de esta historia. Esplandian hincó los hinojos ante él y besóle las manos, diciendo que como se lo mandaba lo cumpliria, si Dios por bien lo tuviese; pero esto no se cumplió tan presto como el uno y el otro lo cuidaban; antes este caballero pasó por muchas cosas peligrosas por esta hermosa infanta, solamente por la gran fama que della oyó, como adelante vos será contado. Esto asi hecho, Urganda dijo á Esplandian: Hijo hermoso, haced caballeros á estos donceles, que muy presto os pagarán esta honra que de vuestra mano reciben. Esplandian asi como ella lo mandó lo hizo; de guisa que en aquella hora todos cinco recibieron órden de caballería. Entonces las seis doncellas que ya oistes tocaron las trompas con tan dulce y tan sabroso son de oir, que todos aquellos señores

que allí estaban y los cinco caballeros noveles cayeron dormidos sin ningun sentido; y la gran serpiente echó por sus narices el humo tan negro y espeso, que ninguno de los que miraban pudieron ver otra cosa, salvo aquella grande escuridad; mas á poco rato, no sabiendo en que forma ni manera todos aquellos señores se hallaron en la huerta, debajo de los árboles donde Urganda les habia hablado al tiempo que allí llegó; y esparcido aquel humo no pareció mas aquella gran serpiente, ni supieron de Esplandian, ni de los otros noveles caballeros; de que fueron todos muy espantados. Cuando aquellos señores así se vieron, mirábanse unos á otros, y parecíales que lo pasado fuera como sueño; mas Amadis halló en su mano diestra un escripto que decia:

Vosotros reyes y caballeros que aquí estais, tornad á vuestras tierras; dad holganza á vuestros espíritus, descansen vuestros ánimos; dejad el prez de las armas, la fama de las honras á los que comienzan á subir en la muy alta rueda de la movible fortuna; contentaos con lo que della hasta aquí alcanzasteis, pues que mas con vosotros que con otros algunos de vuestro tiempo le plugo tener queda y firme á su peligro, su rueda, y tú Amadis de Gaula que desde el dia que el rey Perion tu padre, por ruego de tu señora Oriana, te hizo caballero vencistes muchos caballeros fuertes y bravos gigantes, pasando con gran peligro de tu persona todos tiempos hasta el dia de hoy, haciendo temer las brutas y espantables animalías, habiendo gran pavor de la braveza del tu fuerte corazon, de aquí adelante da reposo á tus afamados miembros; que aquella tu favorable fortuna, volviendo la rueda, á este, dejando á todos los otros debajo, otorga ser puesto en la cumbre; comienza ya á sentir los jaropes amargos que los reinados y señoríos traen, que ledo los alcanzaras: que así como con tu sola persona, armas y caballo, haciendo vida de un pobre caballero, á muchos socorristes y muchos te hubieron menester, así agora con los grandes estados que falsos des-

cansos prometen, converná ser de muchos socorrido, amparado y defendido; y tú que hasta aqui solamente te ocupabas en ganar prez de tu sola persona, creyendo con aquello ser pagada la deuda á que obligado eras, agora te converná repartir tus pensamientos y cuidados en tantas y diversas partes, que por muchas veces querrias ser tornado en la vida primera, y que solamente te quedase el tu enano á quien mandar pudieses, toma ya otra vida nueva con mas cuidados de gobernar que de batallar como hasta aqui hiciste; deja las armas para aquel á quien las grandes victorias son otorgadas de aquel alto Juez, que superior para ser su sentencia revocada no tiene; que los tus grandes hechos de armas por el mundo tan sonados, muertos ante los suyos quedarán; así que por los que mas no saben será dicho que el hijo al padre mató; mas yo digo que no de aquella muerte natural á que todos obligados somos, salvo de aquella que pasando sobre los otros mayores peligros y angustias, ganando tanta gloria que la de los pasados se olvide; y si alguna parte los deja, no gloria ni fama se puede bien decir, mas la sombra della. Acabado de leer aquel escripto, hablaron mucho entre sí qué debian ó podian hacer. Asi los consejos eran muy diversos, aunque á un efecto se reduciesen; mas Amadis les dijo: Buenos señores, como quiera que á los encantadores y sabios destas tales, antes sea defendido de les dar ninguna fe; las cosas desta dueña pasadas, y vistas por nosotros en experiencia, nos deben poner en verdadera esperanza de las venideras no por tanto que sobre todo no quede el poder á aquel Señor que lo sabe y puede todo, del cual puede ser permitido que antes por esta Urganda sea reparado y manifiesto lo que tan á duro por otras vias podriamos saber, asi como hasta aquí se nos ha mostrado en otras muchas cosas, y por esto, buenos señores, yo ternia por bueno que así como ella lo aconseja y manda, así por nosotros se cumpla, tornándovos á vuestros señoríos que nuevamente habeis ganado, y mi hermano don Galaor, y don Galbanes mi tio,



tomando consigo á Brandoibas, se vayan á la reina Brisena, porque dellos sepa con qué voluntad querríamos poner todos en efecto su mandamiento, y la causa que por el mesmo cesó de hacer; y della sabrán lo que mas le placerá que sigamos, y yo quedaré aquí con mi primo Agrajes fasta tanto que algunas nuevas nos vengan; y si nuestra ayuda para ellas fuere menester, mucho mas apartados que juntos lo sabrémos; y á donde vinieren, aquellos tengan cargo haciéndolo saber á los otros de acudir. A todos aquellos señores y caballeros pareció buen acuerdo esto que Amadis les dijo; y así lo pusieron por obra, que el rey don Bruneo y don Cuadragante, señor de Sansueña, se tornaron á sus señoríos, llevando consigo á sus hermosas mujeres Melicia y Grasinda; y el rey don Galaor y don Galbanes con Brandoibas se fueron á la ciudad de Londres, donde estaba la reina Brisena. Y Amadis, y Agrajes y Grasandor se quedaron en la ínsula Firme, y con ellos aquel fuerte gigante Balan, señor de la ínsula de la Torre Bermeja, con voluntad de no se partir de Amadis hasta tanto que del rey Lisuarte algunas nuevas se supiesen; y si fuesen tales que socorro de gente menester fuese, de pasar por aquella ventura y trabajo que dar le quisiesen.

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

FIN DEL INDICE DEL TOMO CUARTO.

TESORO

DE

AUTORES ILUSTRES,

Ó

COLECCION SELECTA Y ECONÓMICA

DE LAS MEJORES OBRAS ANTIGUAS Y MODERNAS, NACIONALES Y EXTRANJERAS, (*)

publicada bajo la direccion

de D. Augusto de Burgos.

El Editor.

Esta *Biblioteca* contendrá los partos mas prodigiosos del entendimiento humano; la historia, que enseña, corrige y mejora, el teatro, que tambien mejora, corrige y enseña; libros de crítica, de moral y de religion, viajes que deleiten y admiren, las epopeyas de los principales pueblos y los mejores poemas del nuestro.

(*) Cuando emprendimos la publicacion del *Tesoro de Autores Ilustres,* lo hicimos con grandes esperanzas, que fundamos en el plan que nos habíamos trazado. El éxito mas favorable las ha cumplido, y ahora nos complacemos en manifestar al público el fondo que con el tiempo constituirá nuestra biblioteca, en la lista que va al fin de

Una agradable variedad de escritos y de escritores de todos tiempos satisfará sin duda alguna al lector mas exigente, cualquiera que sea su gusto, sea cual fuere su inclinacion. Con este fin alternarémos unos libros con otros para que así sea su lectura mas deliciosa. Ya darémos una de esas obras sesudas, profundas y filosóficas en que se encierran las meditaciones de un sabio, las reflexiones de la experiencia, los arcanos que adivinan los genios para divulgarlos luego en pró de todo el género humano, uno de esos libros en fin en que se refleja el alma de Kant, ó el espíritu de Bentham, y en seguida otro de naturaleza enteramente distinta. Aquel habrá nacido entre las nieblas del norte, este bajo los rayos del sol de mediodía, y será fogoso como la imaginacion de Alfieri, ardiente como el entusiasmo de Mery, sublime como el pensamiento de Espronceda, apasionado como el corazon de Zorrilla, y libre como el genio de nuestros mejores vates.

No excluimos á los escritores de novelas, pues injusto fuera segregarlos, cuando sus escritos sean historias de las costumbres de diferentes siglos como las de Scott, fisiologías de pasiones como las de Gœthe y de Balzac, ó historias del arte como las de Hugo y de Saintine, etc. Antes al contrario, á obras de esta naturaleza las darémos siempre lugar en nuestra *Coleccion,* para que el ánimo descanse despues de lecturas serias, ó se solace tras de severos estudios.

Con este objeto nos hemos procurado relaciones con los

esta obra. Desde luego procuramos que ilustrasen la Coleccion los mejores autores españoles, y escogimos las tres mas brillantes perlas de nuestra historia, *Melo, Moncada, y Mendoza.* Considerando despues el elevado mérito de algunas obras extranjeras, las dimos tambien cabida con aplauso de nuestros suscritores: seguros estábamos de ello, porque lo bueno debe tomarse dó quiera se halle y fuera necedad aun mas que negligencia, el menospreciar los profundos estudios de un escritor, aunque sea extranjero, sobre todo cuando en sus obras reina buena crítica, imparcialidad, talento y mas aun si versan sobre asuntos de nuestra nacion.

principales editores extranjeros, que nos remiten cuanto sale de sus prensas aun antes de publicarse en su pais. Si conviene salen al mismo tiempo las obras originales, así las de amena literatura, como las de profundo estudio, que sus traducciones, que se hacen directamente del idioma en que aquellas estan escritas.

Si se mira la parte económica de nuestro **TESORO**, se hallará que, siendo la mas barata de cuantas colecciones se han publicado en España, es al mismo tiempo la mas hermosa, que no se queda atrás de las que hacen en Paris los mas célebres editores. En un tomo de tres á cuatrocientas páginas, de letra clara, pero muy compacta y bien legible, como puede verse en las obras que han salido á luz pertenecientes á esta Coleccion, encerramos siempre la materia que otros editores ponen en dos, resultando así nuestros libros á la mitad del precio á que se venden los de las ediciones vulgares cuando menos.

Condiciones de la suscripcion.

Esta interesante COLECCION, adornada con PRIMOROSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE ACERO, se publica por tomos de igual tamaño, los cuales por su letra compacta contienen la materia de dos volúmenes regulares, sin cansar por esto la vista del que los lee.

De este modo se evita el inconveniente de que se extravien, rasguen ó ensucien entregas que aun deben encuadernarse, y al recibir cada una de ellas puede ya leerse sin quedar la impaciencia de curiosidad hasta que llegue la segunda.

Su precio es excesivamente módico, pues por solos 12 rs. vn. en Barcelona y 14 fuera de ella, cada tomo de 300 páginas, y 10 y 12 reales respectivamente los que no llegan á este número, los mismos que cuesta la suscripcion á

cualquier gabinete de lectura, pueden hacerse los suscriptores con una *selecta biblioteca*, quedando así compensadas las ventajas que algunos creen encontrar en las suscripciones por cuadernos, las cuales en último resultado aumentan siempre considerablemente el coste total de las obras.

Publícase un tomo cada quince dias y mas adelante se dará cada ocho, si así pluguiese á la mayoría de los suscriptores.

Estos no tienen que pagar nada adelantado, sino solo dejar nota de su nombre y habitacion, donde se les pasarán los tomos, que podrán satisfacer á medida que los vayan recibiendo, sin que tengan obligacion de suscribirse á toda la Coleccion, pues podrán hacerlo á las obras que mas les convengan.

Los de fuera de Barcelona que gusten suscribirse directamente, podrán hacerlo enviando con carta franca una libranza á cargo de algun particular ó de la administracion de correos, y á favor del editor, el valor importante de la suscripcion, y verificándolo por el de seis tomos á la vez, se les remitirán al precio de Barcelona francos de portes.

Fuera de suscripcion se venderán estos mucho mas caros.

Con las mismas condiciones de suscripcion, publica el Editor una Coleccion completa con el título de *Biblioteca Católica* de las mejores obras de Moral y Religion, antiguas y modernas, nacionales y extranjeras.

Se suscribe en Barcelona en la librería de *D. Juan Oliveres* (editor), calle de Escudellers, número 53, y en las principales librerías del reino.

OBRAS PUBLICADAS

del Tesoro de Autores Ilustres.

El Peregrino, escrito en francés por el vizconde d'Arlincourt, y traducido por D. J. Tió. Un tomo de 400 páginas con lam. Para los suscriptores. . . . . 12 rs.

Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV (contiene hasta la batalla de Monjuich), escrita por D. Francisco Manuel de Melo, y terminada por D. Jaime Tió. Un tomo de 400 pág. láms. . . . . 12 rs.

Expedicion de los Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos; por D. Francisco de Moncada, conde de Osona; con un prólogo y notas por D. Jaime Tió. Un tomo de 260 pág. láms. . . . . 10 rs.

Guerra de Granada, hecha por el rey D. Felipe II contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes; historia escrita por D. D. Hurtado de Mendoza, seguida de *La vida del Lazarillo de Tormes, sus fortunas y adversidades*, por el mismo autor. Un tomo de 270 pág. láms. . . . 10 rs.

Sataniel. Novela histórica escrita en francés por Federico Soulié, y traducida por D. Jaime Tió. Un tomo de 350 pág. láms. . . . 12 rs.

Obras en prosa de Silvio Pellico.—Mis prisiones. Memorias del autor, traducidas del original italiano por J. Llausás. Las precede una noticia biográfico-crítica por A. de Latour, y las completan notas y aclaraciones históricas de Pedro Maroncelli.—Deberes del Hombre traducidos por M. Milá. Un tomo de 325 pág. láms. . . . . 12 rs.

La Estrella polar, segundo viaje del *Peregrino* por el vizconde d'Arlincourt; traduccion de D. J. V. M. de G. Un t. de 416 pag. láms. 12 rs.

Lelia–Espiridion. Por Jorge Sand. Traducidas, la primera por D. J. Tió, y la segunda por D. J. de Luna. Dos tomos de 333 pág. el primero, y el segundo de 300, láms. Cada uno. . . . . 12 rs.

Vida y aventuras del pícaro Guzman de Alfarache, por Aleman. Dos tomos de 300 pág. láms. Cada uno. . . . . 12 rs.
La Torre de Londres, por W. Harrison. Traducida del inglés por Viale y Baeza. Dos tomos de 300 pág. láms. Cada uno. . . . . . . 12 rs.
Masaniello, ó los ocho dias de revolucion en Nápoles. Por Defauconpret. Traducida y adicionada por D. F. de P. Fors de Casamayor. Un tomo de 253 pág. láms. . . . . 10 rs.
Historia de la hermosa Cordelera y de sus tres amantes.—El Mutilado. Por Saintine. Traducidas y adicionadas con las biografias del Petrarca y de Laura, por J. Tió. Un tomo de 300 pág, láms. . . . . . 12 rs.
Los Tres Reinos. Tercer viaje del *Peregrino*, por el vizconde d'Arlincourt. Traduccion de D. J. V. M. de G. Un tomo de 382 páginas laminas. . . . . 12 rs.
Teatro de Alejandro Dumas. Primera serie, contiene: *Enrique III.—Cristina de Suecia.— Margarita de Borgoña.—Catalina Howard.* Traduccion de D. J. Tió. Un tomo de 480 pág. láms. . . . . . . 12 rs.
Novelas ejemplares de Miguel de Cervantes Saavedra. Dos tomos de 270 pág. láms. Cada uno. . . . . 10 rs.
Historia de los Arabes y de los Moros en España. Por Luis Viardot. Un tomo de 300 pág. láms. . . . . 12 rs.
Los Misterios de París, por Eugenio Sue. Cinco tomos de 300 pág. láms. Cada uno. . . . . 12 rs.
Arturo. Novela escrita en francés por Eugenio Sue. Dos tomos de 300 pág. lams. Cada uno. . . . . 12 rs.
Historia de la dominacion de los Arabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas, por el doctor D. José Antonio Conde. Nueva edicion, con las inscripciones de varios monumentos. Tres tomos de mas de 300 pág. láms. Cada uno. . . . . . . 12 rs.
El Judío Errante, por Eugenio Sue. Seis tomos de 300 pág., cada uno 12 rs. y el séptimo de 250 pág., 6 rs.
Hazañas y Recuerdos de los Catalanes. Un tomo de 250 pág. . . 10 rs.
Empresas políticas, ó idea de un Príncipe político cristiano representada en cien empresas por D. Diego de Saavedra Fajardo. Dos tomos de mas de 350 pág. con cien hermosos grabados. Cada uno. . . 12 rs.
Los Eslabones de una cadena, por el vizconde d'Arlincourt. Un tomo de 230 pág. láms. 10 rs.
El Castillo del Diablo, ó el Aventurero; por Eugenio Sue. Un tomo de 380 pág. láms. . . . . 12 rs.
El Castellano, ó el Príncipe Negro en España. Novela histórica española: por D. Telesforo de Trueba y Cosío. Dos tomos de 250 pág. láms. Cado uno. . . . . 10 rs.
La Parodia del Judio Errante. Dos tomos con 300 lams. Cada uno. 15 rs.
Historia de diez años, ó sea de la Revolucion de 1830, y de sus consecuencias en Francia y fuera de ella hasta fines de 1840, con un resúmen histórico que abraza los cien dias y la restauracion; escrita

en francés por Mr. Luís Blanc, y traducida, anotada y continuada hasta 1846 por el Sr. de Burgos. Siete tomos de 300 pág. láms. Cada uno. . . . . 12 rs.

Antonio Perez y Felipe II. Obra escrita en francés por Mr. Mignet; y traducida y anotada con presencia de los documentos originales por D. Jacinto de Luna. Un tomo de 250 pág. lám. . . . . 10 rs.

Martin el Expósito ó Memorias de un Ayuda de Cámara. Por Eugenio Sue. Cinco tomos. Tres de 300 pág. . . . . 12 rs.
el cuarto y el quinto de mas de 200. . . . . 10 rs.

Orlando Furioso, poema de Ludovico Ariosto. Tres tomos, de mas de 300 pág. Cada uno. 12 rs.

Márcos Visconti. Narracion histórica sacada de las crónicas del siglo XIV, escrita en italiano por Tomás Grossi. Un tomo de mas de 400 pág. . . . . 12 rs.

Historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesus, compuesta sobre documentos inéditos y auténticos por J. Cretineau-Joly, y traducida por D. J. Roca y Cornet y D. J. Rubió, redactor el primero de la *Religion*. Siete ts. de 300 pág. Cada uno. . . . . . 12 rs.

Tratado de los principios de la Fe cristiana. Por el abate Duguet. Traduccion libre escrupulosamente revisada por la Autoridad eclesiástica, y enriquecida con algunos apéndices por D. Joaquin Roca y Cornet, redactor de *la Religion*. Tres ts. de 300 pág. Cada uno. 12 rs.

Amadís de Gaula. Cuatro ts. Cada uno. . . . . 12 rs.

Obras de santa Teresa de Jesus. Primera serie: contiene: *Vida de la santa madre Teresa de Jesus.* Un t. de 350 pág. . . . . 12 rs.

— Segunda serie: contiene: *Camino de Perfeccion. — El Castillo interior ó las Moradas. — Conceptos del amor de Dios. — Poesías.* Un t. de 400 pág. . . . . 12 rs.

— Tercera serie: contiene: *Cartas de santa Teresa de Jesus, con notas del excelentísimo y reverendísimo señor don Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Osma.* Tres ts. de 300 pág. Cada uno. . . . . . 12 rs.

Historia de N. S. Jesucristo y de su siglo. Por el conde F. L. de Stolberg, puesta en francés y adicionada con una introduccion y notas históricas, por el abate Jager, y vertida de este idioma al castellano por D. J. Rubió y Ors. Dos ts. de mas de 250 pág. Cada uno. 10 rs.

Obras del V. P. M. Fr. Luís de Granada. Primera serie: contiene: *Guia de Pecadores, en la cual se trata copiosamente de las grandes riquezas, y hermosura de la virtud, y del camino que se ha de llevar para alcanzarla.* Va añadido el *Prólogo galeato* del Autor, y una *Introduccion*, por D. J. Roca y Cornet. Dos ts. de 300 pág. Cada uno. 12 rs.

La Sagrada Biblia, traducida de la Vulgata latina conforme al sentido de los santos Padres y expositores católicos, por el P. Scio de San Miguel, obispo electo de Segovia, y comprobada por el Doctor D José Riera, censor nombrado por la autoridad eclesiástica, etc. — *Nuevo Testamento.* Cuatro tomos Cada uno . . . . 12 rs

Obras del M. Fr. Luís de Leon, de la órden de San Agustin, reconocidas y cotejadas con varios manuscritos auténticos por el P. M. Fr. Antolin Merino, de la misma Orden. Primera serie: *Nombres de Cristo. — La Perfecta Casada.* Dos tomos de 300 pág. Cada uno. . 12 rs.

Obras de santa Teresa de Jesus. Cuarta serie: contiene: *Cartas de santa Teresa de Jesus, con notas del R. P. fray Antonio de san José, religioso carmelita descalzo.* Tres ts. de 300 pág. Cada uno. . . . . 12 rs.

— Quinta serie: contiene: *Libro de las fundaciones de las hermanas Descalzas Carmelitas. — Exclamaciones ó Meditaciones del alma á su Dios. — Modo de visitar los conventos de religiosas Descalzas de Nuestra Señora del Cármen. — Siete meditaciones sobre el Pater Noster, acomodadas á los dias de la semana.* Un tomo de 300 pág. . . . . 12 rs.

AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS, NACIONALES Y EXTRANJEROS,

QUE CONTENDRÁ EL

Tesoro de Autores Ilustres.

A.

Nacionales.

Abarca.
Acosta.
Alarcon (Ruiz de).
Aleman.
Alvar Gomez.
Argensolas (Los).
Argote de Molina.
Arquijo.
Arriaza.
Ayala.
Azara.

Extranjeros.

Abrantes (Duq. de).
Alfieri.
Anacreonte.
Ana-María.
Ancelot (Mad. de).
Antillon.
Anquetil.
Apiano Marcelino.
Apuleyo.
Ariosto.
Arlincourt.
Aulo Gelio.

B.

Nacionales.

Bernal Diaz del Cast
Bleda (Fr. Jaime).
Boscan.
Burgos (F. Vte. de).
Burgos (Javier de).
Burguillos.

Extranjeros.

Bacon.
Baldinotti.
Balzac.
Bartelemy.
Beaumont.
Bembo.
Bentham.
Bentivoglio (Card.)
Bèranger.
Bernard.
Berthoud.
Boileau Despreux.
Bossuet.
Bouilly.
Brisson.
Brot.
Bulwer.
Buffon.
Byron.

C.

Nacionales.

Cabarrús.
Cadalso.
Calderon de la Barca
Camargo.
Campomanes.
Canga Argüelles.
Capmany.
Castillo Solórzano.
Castillejo.
Cervantes.
Céspedes.
Chumacero.
Cienfuegos.
Claros.
Colmenares.
Conde.
Cota.
Cruz (Ramon de la).
Cubillo de Aragon.

Extranjeros.

Camoens.
Campvell.
Canning.
Capefigue.
Catulo.
Carti y Moreti.
Caton.
Cesar (Julio).
Celso.
Chateaubriand.
Chancer.
Chevalier.
Ciceron.
Condillac.
Cooper.
Cormenin.
Corneille.
Cornelio Nepote
Crable.
Cottin (Madama).
Cousin.
Cuvier.

D.

Nacionales.

Diamante.
Donoso Cortés.

Extranjeros.

Dacier.
Dalambert.
Dante.
Defauconpret.
Delavigne.
Delille.
Demóstenes.
Descartes.
Didier.
Diógenes Laercio.
D'Orvigny.
Drouineau.
Ducray.
Dumas.
Dumont (Durville).

E.

Nacionales.

Encina (Juan de la).
Ercilla.
Espinel.
Espinosa.
Esquilache.

Extranjeros.

Eschilo.
Estrabon.
Eurípedes.
Eyriés.

F.

Nacionales.

Feijóo.
Fernandez de Ovie.
Ferreras.
Figueroa (Suarez).
Fuenmayor.
Fuentes.

Extranjeros.

Fedro.
Fenelon.
Fielding.
Flavio Josefo.
Flechier.
Florian.
Foz.
Franklin.

G.

Nacionales.

Garay (Blasco de).
Garcilaso (el Inca).
Garcilaso de la Vega
Garibay.
Godoy.
Gomara.
Góngora.
Gonzalo de Illescas
Gonzalo de Oviedo.
Gonzalo Perez.
Gonzalez.
Gracian (Diego).
Gracian (Lorenzo).
Granado.
Guarinos (Samper).
Guevara.

Extranjeros.

Ganganelli.
Gauthier d'Arc.
Genlis (mad.).
Gibbon.
Gioja.
Girardin.
Gœthe.
Goltsmitz.
Goutrie.
Gozlan.
Gresset.
Grossi.
Guerazzi.

H.

Nacionales.

Hernando del Pulg.
Herrera (Alonso de)
Herrera. (Ant^o. de)
Huerta.

Extranjeros.

Harrisson.
Herodoto.
Hesiodo.
Hoffman.
Homero.
Horacio.
Hugo (A.)
Hugo Celso.
Hugo (Victor).
Hume.
Humboldt.

I.

Nacionales.

Iglesias.
Iriarte.

Extranjeros.

Ireland.
Isócrates.

J.

Nacionales.

Jáuregui.
Jovellanos.

Extranjeros

Jacob.
Janim.
Janin.
Joubert.
Juvenco.
Juvenal.

K.

Extranjeros.

Kant.
Karr (Alfonso).
Keratry.
Klopstock.
Kock.

L.

Nacionales.

Lacueva.
Laguna.
Lanuza.
Lara (Perez de).
Las Casas (Bart. de)
Lista.
Lope de Vega.
Luzan.

Extranjeros.

Lacepède.
La Fontaine.
La Harpe.
Lairtullier.
Lamartine.
Lamennais.
Leibnitz.
Lemercier.
Lesage.
Lucano.
Luciano.

M.

Nacionales.

Maldonado.
Mantuano (Pedro).
Marcial.
Marchena.
Mariana.
Mármol.
Martinez de la Rosa.
Marquez.
Matos Fragoso.
Melo.
Melendez Valdés.
Mena (Juan de).
Mendoza.
Mexía (Pedro).
Mexía (Fernando).
Mingo Revulgo.
Mira de Mescua.
Molino (Miguel del).
Moncada.
Mondejar.
Montalvan.
Montemayor.
Morales.
Moratin.
Moreto.

Extranjeros.

Malebranche.
Malherbe.
Manzoni.
Maquiavelo.
Marmontel.
Marryat.
Martin (Amado).
Massillon.
Masson.
Merimée (Prospero)
Michelet.
Mignet.
Milton.
Mirabeau.
Molière.
Monclave.
Montaigne.
Moore.

N.

Nacionales.

Naharro (Torres).
Navarro.
Navarrete.
Nebrija.
Nuñez de Castro.
Nuñez de Cepeda.

Extranjeros.

Napoleon.
Newton.
Nicole.
Nodier.
Norvins.

O.

Nacionales.

Ocampo (Florian de)
Oliva (el maestro).
Olivares Murillo.
Ortiz de Zúñiga.
Osorio.
Ovalle.

Extranjeros.

Oven.
Ovidio.

P.

Nacionales.

Pacheco Narvaez.
Palacios.
Palafox.
Palominos.
Pellicer.
Polo de Medina.
Puente (Luis de la)

Extranjeros.

Pastoret.
Pascal.
Pecqueur.
Petronio.
Petrarca.
Pindaro.
Pitt.
Platon.
Planto.
Plants.
Plinios (Los dos)
Plutarco.
Polibio.
Prat (de).
Propercio.
Prudencio.

Q.

Nacionales

Quevedo.
Quintana.
Quintiliano.

Extranjeros

Quinto Curcio

R.

Nacionales.

Rebolledo.
Rioja.
Roa.
Rojas.
Roman.
Rufo.

Extranjeros.

Racine.
Ratclife (Ana).
Raynouard.
Remusat (condesa)
Richardson.
Robertson.
Rossi.
Rousseau.

S.

Nacionales.

Saavedra Fajardo.
Salazar.
Samaniego.
Sandoval.
Sarmiento.
Séneca (el Trágico).
Séneca (el Filósofo).
Solís.
Suero de Quiñones.

Extranjeros.

Safo.
Schiller.
Scribe.
Saintine.
Sainte Beuve.
Salustio.
Sand (Jorge).
Sandeau.
Segur.
Sakespeare.
Sheridan.
Silio Itálico.
Silvio Pellico.
Sismondi.
Smith.
Sófocles.
Soulié.
Southey.
Souvestre.
Spanzotti.
Spenser.
Staël (Madama).
Sterne.
Sturm.
Sue.
Suetonio.

T.

Nacionales.

Tirso de Molina.
Toreno.
Torres.
Tostado.
Trueba y Cosío.

Extranjeros.

Tácito.
Tasso.
Terencio.
Teócrito.
Thiers.
Thiek.
Tito Livio.
Tucidides.

U

Nacionales.

Ulloa.

Extranjeros.

Ugo Fóscolo (Hugo).

V.

Nacionales.

Valverde.
Velez de Guevara.
Villamediana.
Villaviciosa.

Extranjeros.

Varron.
Valerio Flaco.
Vander-Welde.
Vertot.
Viardot.
Villemain.
Villeneuve.
Vitrubio.
Virgilio.
Voltaire.

W.

Extranjeros.

Walter-Scott.
Washington Irving.
Wosworth.

Y.

Extranjeros.

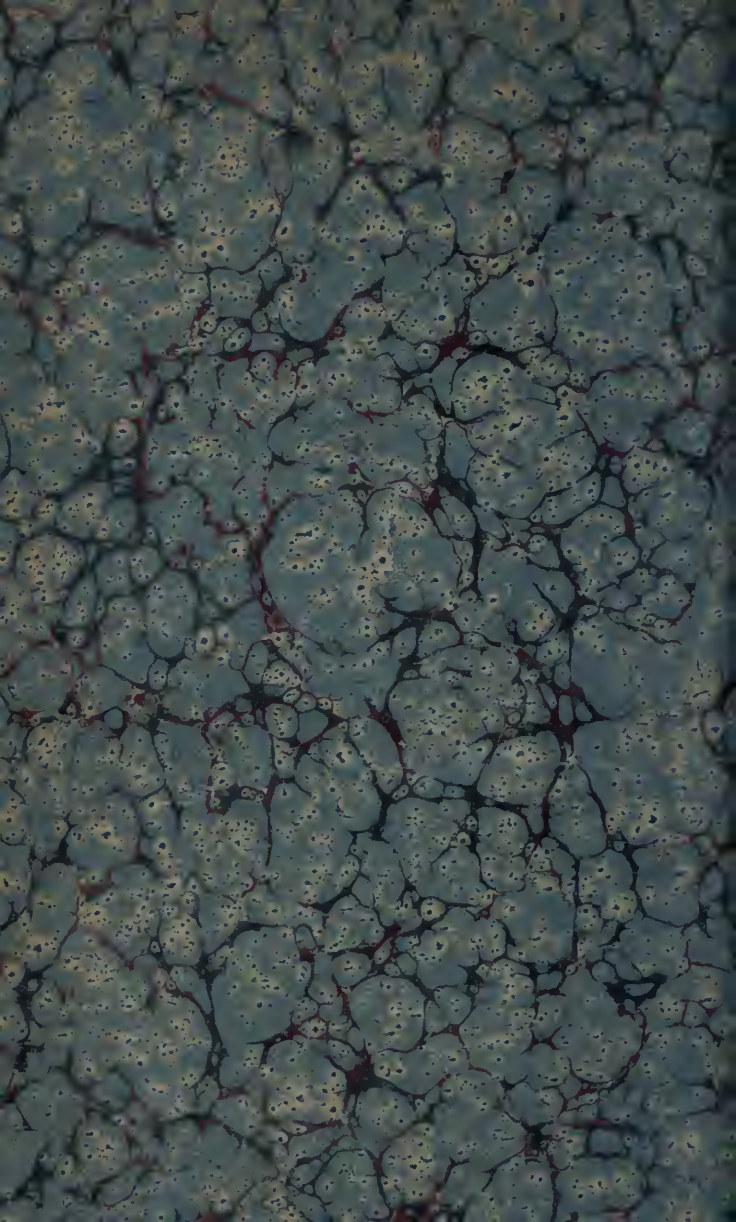
Young.

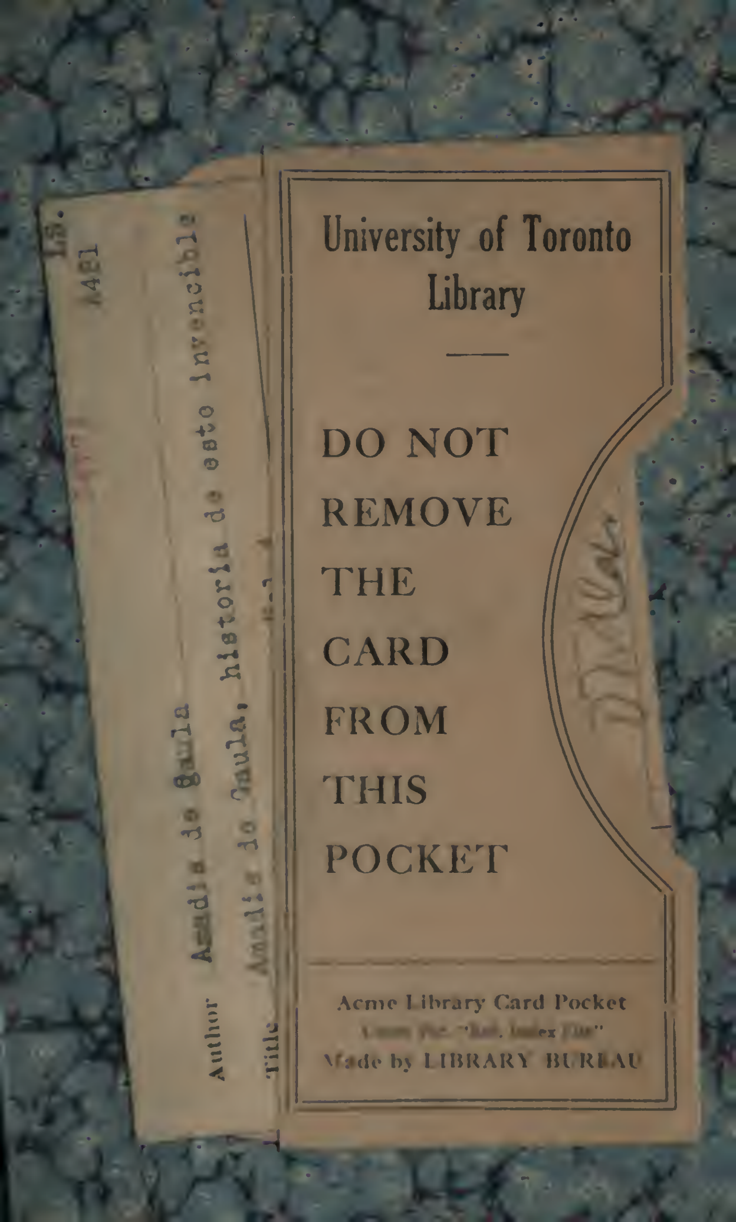
Z.

Nacionales.

Zamora.
Zárate.
Zayas.
Zúñiga.
Zurita.

Y otros muchos que anunciarémos sucesivamente.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
A481
Author Amadis de Gaula
Title Amadis de Gaula, historia de esto invencible

